

SOLO SOMBRAS

DOLORES PAYÁS



Solo Sombras

Dolores Payás

KR Publishing



Solo Sombras

Published in 2019 by
KR Publishing



contact

www.dolorespayas.com

Original © Dolores Payás

Cover photography © Dolores Payás

Dolores Payás has asserted her right to be identified as Author of this Work
in accordance with the Copyright, designs and Patents Act. 1988.

All rights reserved. This book is sold under the condition that no part of
it may be reproduced,
copied, stored in a retrieval system or transmitted in any form or by any
means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise without
prior permission in writing of the publisher

Título original: *Sólo Sombras*

First published in 2019 by Editorial Navona, Barcelona

Cover and book design by Vandame Hrustic

Para Claudia y Julia

*Aun cuando los escenarios de esta novela sean localizables
en cualquier mapa de Pekín, sus trajines y personajes
pertenecen al mundo de la ficción.*

*Como suele decirse, cualquier parecido
con la realidad es pura coincidencia.*

Salvo en lo que se refiere a los Reyes de España.

Ellos sí existen.

Pekín, 11 de septiembre

Durante toda la noche sopló viento de Mongolia. Aullaba. Como si trajera consigo jaurías enteras, lobos de las estepas. Pero no traía lobos sino nubes de arena. La ciudad amaneció rebozada en un manto de color rojo.

Berta Montoya se detuvo frente a los grandes ventanales del salón. Emerald Gardens, piso 30, Chaoyang Park West. La primera luz de la mañana brillaba sobre un *skyline* encendido, irreal. Pensó en avisar a su marido, se contuvo. Una bocanada de bergamota le anunció que ya había salido del baño, el *after shave* le precedía siempre. Pocos segundos después entró en el salón y descubrió la insólita deflagración encarnada. La expresión de su rostro había merecido la espera.

Desayunaron entre fulgores psicodélicos. El fenómeno tenía una explicación científica, aleccionó él. Las arenas del desierto del Gobi son coloradas, la tormenta las esparce y lleva lejos.

A las siete en punto sonó el zumbador del hall, coche y chófer esperaban abajo. Con la puerta del piso abierta, Berta dio un último pase de cepillo a la americana de su consorte. La atmósfera estaba electrizada, reseca. Saltaban chispas de la nada, polvo y borra se pegaban a todo.

Le vio alejarse por el pasillo, de camino a los ascensores. Recogió la mesa y limpió los cuatro cacharros. Hizo la cama, tiró ropa sucia en el cesto. Fin de las tareas domésticas. Volvió a detenerse frente a los ventanales y el extraordinario panorama. Tal parecía que el cielo se hubiera desangrado sobre Pekín.

El Mercedes ralentizó y quedó varado, en el lugar de siempre, a la hora de siempre. Hoy parecía todo más caótico, cosas de la tormenta, pero Max Montoya lo tomó con calma. Los chinos carecían de tradición automovilística, conducían sus coches —nuevos, aparatosos— como si aún fueran bicicletas. De ahí el desbarajuste constante. Paciencia y a despachar.

Contestó correos, revisó la agenda del día. Estaba en ello cuando campanilleó su mensajería privada. Sonrió ante la imagen de la muchacha con

minifalda de tul y volantes, corbata de colegiala y orejas de ratón, que le sacaba la lengua desde la pantalla del Samsung. Qué infantiles eran las muchachas nativas, y cómo le ponían, una atracción fatal. Quedaron en verse esa misma tarde. Habló con Chen, su chófer: hoy ya no le necesitaría. Luego mandó mensaje a Berta: cenaría con clientes. Cumplidos los trámites, regresó a la minifalda y a las orejas de ratón. Un amago de erección fue a la vez recuerdo de la última cita y anticipación de la próxima. Mmm. No olvidar comprarle alguna bagatela.

Un leve topetazo, seguido por una serie de gritos guturales, le sacó de su ensoñación erótica. Habían golpeado el guardabarros del coche de enfrente. Su conductor había salido a valorar posibles daños y de paso enzarzarse en una discusión con Chen. Tras un primer intercambio básico y vehemente, también este bajó del Mercedes para continuar la bronca con más comodidad. Pronto se sumaron varios espectadores y un puñado de alborotadores con ganas de participar. El estruendo de pitidos y vocerío devino insoportable.

El atasco era monumental, cubría el cruce de las dos arterias principales de Tiananmén. Los conductores salían de sus vehículos, estiraban el pescuezo, protestaban en vano. No se movía una rueda. Solo el carril lateral, el de los vehículos ligeros, fluía con normalidad. Era hora punta. Ríos de bicicletas, carros, pequeñas motos y cochecitos de lata circulaban sin tropiezos. Max les dedicó un pensamiento fugaz. Algunos ejecutivos occidentales usaban la bicicleta para desplazarse por la ciudad. El casco los delataba, además del traje y corbata, la mascarilla sofisticada y las gafas protectoras. También Berta iba en bici, en su caso eléctrica, a todas partes. Quizá debería empezar a considerar la posibilidad. Aunque, caramba, un coche con chófer era un lujo inaudito. Chen, ¿por qué no había vuelto?, ¿qué demonios hacía?

Ahí estaba, a pocos metros del Mercedes. Galleaba, sacando pecho en medio de una pequeña aglomeración. De un momento a otro alguien le soltaría un guantazo y el asunto se complicaría. Muy a su pesar, decidió intervenir. Salió del coche cerrando la puerta tras él, luego se abrió paso hacia el núcleo del jaleo. Medía metro ochenta, su cabeza rasurada resultaba muy visible por encima de las coronillas bien pobladas de pelo negro.

El chino de Max Montoya apenas alcanzaba para decir hola y gracias, y el inglés de su chófer no iba mucho más allá. Sin embargo, existen tonos universales y entendibles. *Come on my friend, calm down, come back to the car.* Esfuerzo vano. Chen ni siquiera acusó la presencia apaciguadora. Sí, en cambio, lo hicieron quienes les rodeaba.

La aparición de un occidental en medio de una riña de chinos era insólita y se tradujo en aumento de audiencia. Empeoró el tumulto, hubo empujones. Max Montoya sintió que le arrastraban hacia atrás, alejándolo del lugar de la acción. Se le cayó el teléfono al suelo, trató de agacharse. No pudo, la masa le tironeaba hacia otro lado. En cuestión de segundos se encontró inmovilizado, la espalda contra los cristales ahumados de un todoterreno oscuro. Estaba rodeado por un muro compacto de ojos rasgados que le observaban sin pestañear. Ni se le pasó por la cabeza que pudiera estar en peligro. Le preocupaba mucho más el teléfono extraviado, menudo contratiempo, que la situación del momento. Siempre se le había asegurado que en aquella ciudad no existía el crimen, no tenía motivos para creer lo contrario.

La sangre de los conductores no llegó al río. Tras un rato de entretenimiento general, chulería y desplantes, la discusión feneció de muerte natural.

Chen abrió la puerta del Mercedes con renovadas energías. La pelea le había vigorizado, descargado el mal humor del atasco, volvía de ánimo excelente. Tanto así que una vez sentado tardó unos segundos en asumir el estado de la cuestión. El asiento trasero estaba vacío. Nada ni nadie. De la presencia de su pasajero tan solo quedaba un leve rastro de bergamota.

Se había restablecido el tráfico, no podía permanecer parado allí en medio. Arrimó el coche a la acera que le pillaba más a mano y llamó al móvil de mister Max. Saltó la grabación, teléfono apagado o fuera de cobertura. Sintió mariposas en el estómago pero trató de controlar su pánico. La boca del metro estaba a dos pasos, el mister se habría hartado de esperar, habría decidido finalizar el trayecto, ir a la oficina, en el transporte público. Y allí no tendría cobertura; sí, seguro que sería eso. La idea le tranquilizó, aunque menuda regañina le caería.

Por el espejo retrovisor vio aproximarse a un racimo de guardias, armas en ristre. Había estacionado peligrosamente cerca de la Ciudad Prohibida. Un terrorista suicida había estrellado su coche allí mismo pocos meses antes. Pensó en las explicaciones que le tocaría dar. Tratos con las autoridades, ni hablar. Puso el motor en marcha y se sumó a la marea de coches. Mister Max ya no le necesitaba hoy. Mañana iría a recogerle a la hora acostumbrada. Con un poco de suerte se le habría pasado el enfado.

La ausencia del ingeniero Montoya no llamó la atención en los cuarteles de ENVER, la empresa para la que trabajaba. Solía tener reuniones externas y viajes imprevistos. Entraba y salía de modo constante. Tan solo Tiantian, la

secretaria de dirección, hubiera podido dar la voz de alarma. Pero un tiempo antes había percibido que en la agenda de su jefe había huecos inexplicables que demandaban discreción. Líos de faldas, seguro. Necesitaba conservar su puesto de trabajo, optó por callar.

Madrid, 24 de septiembre

—A los chinos que no me los toquen.

Una nota de crispación chirrió en mitad de la frase de Manolo Pinilla, recién estrenado ministro. La sombra del roce con la República Popular China llegaba en el momento más inconveniente. Se hallaban enredados en varias negociaciones bilaterales, correosas e intrincadas, en las que se jugaban bazas económicas de gran relevancia para España. En un par de semanas viajaría a Pekín. Sería el destino de su primera misión oficial como responsable de Asuntos Exteriores. Iría con los Reyes, pocas bromas.

No es que este bautizo político le hiciera particular ilusión. Estaba lejos de sentir simpatía por los chinos, a quienes tenía por sinuosos y poco fiables. Pero no se los podía ningunear, había que cortejarles. El monstruoso conglomerado que era China se había erigido en potencia económica mundial y su poderío no duraría cuatro días. Se mantendría, al menos, lo que durara su legislatura. Luego, pensión vitalicia y que les zurcieran a todos.

Insistió con firmeza.

—A los chinos, con pinzas y algodón en rama.

—Entonces, ¿qué les digo a los de la prensa?

—Lo acostumbrado. No hay comentarios, etcétera. Y apártese usted de la ventana.

Amparo, la secretaria personal que le habían adjudicado, era tonta del bote. Ahora mismo se acababa de asomar abiertamente al exterior. Sabiendo que abajo empezaban a congregarse las pancartas diarias. No tardaría mucho en llegar el vocerío de los megáfonos.

—A ver. Salga de ahí y tráigame un café. Una lucecita esperanzada brilló en los ojos de la mujer.

—¿Con churros?

—¿Churros? Qué ocurrencia. No. Café con café, café a secas. La mirada de la secretaria volvió a su atonía original. El ministro anterior tenía flaqueza por los churros, y los churros definían una tendencia doméstica, apacible. El café a solas era veneno para la salud, sus usuarios tendían a la trepidación. Lanzó una ojeada esquinada a Pinilla. Los ministros iban y

venían, ella —opositora y funcionaria con plaza fija— permanecía amarrada a su silla, treinta y cinco años ya. Este de ahora era el octavo cargo que veía pasar por el despacho de la calle Serrano: un macho alfa engreído, además de un asno pomposo.

—Perdone. Pensé que, a lo mejor... de ninguna manera he querido molestarle.

Pinilla atajó lo que prometía convertirse en interminable letanía de disculpas.

—Nada, nada. Se aprecia la buena intención.

Amparo le respondió con una mirada de basset desconsolado que le hizo sonrojar. Aquella mujer tenía el supremo talento de hacerle sentir culpable de un modo general, sin saber por qué ni de qué.

Había jurado el cargo apenas hacía un mes y su secretaria no era el único martirio que padecía. Vivía rodeado de un enjambre de asistentes, surgidos de la nada, cortados por el mismo patrón: jóvenes, hiperactivos, preparadísimos. Su trabajo consistía en marearle, atiborrarle de informaciones y consejos. Apenas le dejaban a solas, le acompañaban hasta el baño, le sostenían la p..., como quien dice. Hoy había conseguido deshacerse de ellos. Un descanso.

No duró mucho el relax. Un bramido procedente de la calle le hizo dar un salto en su silla. Ya estaban allí.

La desaparición del ciudadano español en China estaba generando diversos quebraderos de cabeza. El de los manifestantes, en concreto, se debía enteramente a los buenos oficios de la única hija del esfumado. La chica había volado hacia Pekín en cuanto se enteró de la noticia. Allí puso embajada y consulado patas arriba, pero la policía china no soltó prenda. Secreto sumarial, concedieron graciosamente, y el desaparecido siguió sin materializarse. La hija Montoya regresó entonces a España, era una alta ejecutiva bancaria y su trabajo la reclamaba. Transcurrió una semana, ni rastro de su padre. Viajó de nuevo a la Capital Imperial, esta vez se hizo con un intérprete, se personó en la Comisaría Central y montó un pollo. Las autoridades se cabrearon, le retiraron el visado y la pusieron en el primer avión de vuelta a casa. Entonces optó por considerarse agraviada de modo indiscriminado, con chinos y españoles por igual. Diana Montoya Contreras era voluntariosa y estaba acostumbrada al ordeno y mando. No iba a quedarse callada.

Contrató a un abogado estrella como portavoz de la familia. Se convocó a la prensa, que acudió *en masse*; los periodistas se pirraban por teclear

expresiones como peligro amarillo y gigante asiático. Y encima la protagonista de la historia era vistosa y con gancho, no se podía pedir más. Entre todos armaron la marimorena.

Pinilla hizo lo que pudo para aplacar a la chica y a su abogado. Los recibió a ambos en su despacho del ministerio y allí les explicó cómo estaban las cosas. Tenían las manos atadas, las funciones de las instituciones estaban circunscritas a los acuerdos internacionales. No existía convenio de colaboración policial con China, el Gobierno español carecía de atribuciones para emprender iniciativas por su cuenta. Había que esperar, confiar en que Pekín resolvería el asunto. Todos sus argumentos fueron vanos. Es más, Diana Montoya le acusó, con notable insolencia, de hacer la vista gorda para eludir conflictos con las autoridades chinas.

A partir de ahí los hechos se precipitaron. Asesorada por su leguleyo, la ejecutiva organizó una movilización frente al edificio de Exteriores y en cuestión de horas toda una constelación de grupúsculos y asociaciones se había unido a la protesta. La furia de la ciudadanía estaba muy extendida, cualquier catarsis servía para el desahogo. Llegaron los ecologistas. Arco Iris y Edelweiss andaban normalmente a la greña —discrepaban sobre las eólicas—, pero esta vez se aliaron para el sarao. Los siguieron muy de cerca los animalistas; a la protectora de toda la vida, se sumaron las militantes contra las pieles y los defensores de los rinocerontes (pasado el desconcierto inicial, Pinilla fue debidamente informado sobre el uso del cuerno de rinoceronte triturado en la medicina tradicional china). A continuación aterrizaron los de los derechos humanos, por una vez habían andado lentos de reflejos; solían ser la avanzadilla. Acamparon varias asociaciones, pero ninguna tan vistosa como la de los cruzados del dalai lama. Vestían túnicas de color azafrán, calzaban sandalias, cargaban con tubas y gongs de tamaño considerable.

Y esta era la situación contractual. Un incordio, por decirlo de modo suave.

El ministro se levantó de la mesa y fue de puntillas hacia la ventana. Allí sacó medio ojo por entre las cortinas, el día anterior había hecho un sol esplendoroso, las muchachas de las pieles se habían desnudado y embadurnado el cuerpo con salsa de tomate. Hoy, sin embargo, la distracción corrió a cargo de otro grupo. Un par de lamas oriundos de Malasaña le dieron al gong y a la tuba; las notas reverberaron con un sonido lúgubre al que se sumó un coro de voces airadas clamando contra el régimen asesino. Apareció un enorme estandarte con la imagen del pontífice oriental dilecto de progres y

actores. El ministro tuvo una sensación de hecatombe inminente, el tema era sensible. Los cimientos del departamento de Exteriores aún se estremecían de horror al recordar lo acontecido unos meses atrás, cuando a la Audiencia Nacional no se le había ocurrido otra genialidad que la de lanzar una orden de busca y captura internacional contra la cúpula china del Gobierno anterior por crímenes contra la humanidad cometidos en el Tíbet. Entonces se habían librado por los pelos —a decretazo limpio— de ganarse un enemigo rencoroso y letal. No podían, de ninguna manera, permitirse otro episodio de aquellas características.

El sonido de la taza de café al golpear contra la superficie de la mesa le hizo dar un respingo de sobresalto. Amparo tenía la manía de calzar bailarinas, pisaba silenciosa como una gata vieja. Ridículo, a su edad. La miró salir del cuarto, qué poca gracia, señor.

Regresó a la mesa. Seguramente la gravedad del conflicto requería convocar una reunión. Estudió el organigrama del ministerio. Era un laberinto plagado de cargos que se repetían y solapaban, eligió a unos cuantos, más por intuición que por convicción. Y había que organizar videoconferencia con el embajador en Pekín. Iba a levantar el interfono para dar instrucciones en este sentido cuando cayó en la cuenta de que en el exterior habían cesado los gritos.

Parecía hartamente improbable que los manifestantes hubieran desistido. De nuevo se dirigió a la ventana con sigilo. No había nadie, se le aligeró el espíritu. Quizá, después de todo, aquella reunión no fuera necesaria. Había muchos otros asuntos que poner al día, se enzarzó con la montaña de pendientes.

El zumbido del interfono le pilló concentrado en uno de los usuales rifirrafes con Venezuela, de tal manera que le costó un poco asimilar la información. Llamaban de la embajada china, anunció Amparo, con un murmullo avieso.

Se trataba del embajador en persona, y la llamada no era precisamente de cortesía. Su excelencia echaba espumarajos de rabia. De la tromba airada que brotó del teléfono, el ministro dedujo que los manifestantes habían levantado el campamento de Exteriores solo para volver a montarlo frente a la embajada china. Una mala noticia.

Pésima. Los periódicos de la mañana siguiente la traían en primera plana. Y no solo los nacionales, también algunos extranjeros; Amparo le había ido enviando los sucesivos links con notable regodeo. Cuando le trajo el primer

café de la mañana le preguntó si los había recibido todos. Creyó ver un brillo taimado en sus ojos, quizá se estuviera volviendo paranoico.

La diferencia horaria les había jugado a la contra. Pekín había reaccionado de modo fulminante, adelantándose a cualquier posible acción apaciguadora por parte de España. Ahí estaban los hechos, anunciados a bombo y platillo, en unos cuantos idiomas europeos: «Pekín llama al Embajador español a consultas», «Tensión diplomática», «China amenaza con represalias», etcétera.

Sonó el teléfono, era el colega de Interior y su timbre de voz no presagiaba nada bueno. Le estaban bombardeando a demandas desde la embajada celestial; exigían cañones de agua para ahuyentar a los acampados. Se había negado y a partir de ahí la conversación con los chinos había derivado en un debate algo tenso. A Pinilla le dio un sofoco, pero, hombre, ¿no se podía hacer algún gesto de buena voluntad? Su homónimo de Interiores le devolvió al mundo real; cañones de agua, balas de goma y gases estaban fuera de cuestión en un asunto tan baladí, otra cosa eran las manifestaciones multitudinarias. Claro que podían hacer el paripé y organizar un cordón policial, pero ¿para qué? Los acampados seguirían con el mismo numerito solo que un poco más lejos. La prensa los atendería igual y encima se despacharían a gusto diciendo que no había libertad de expresión. Qué más quisiera él que dispersarlos a todos sin contemplaciones, pero en Europa aún existía un impedimento fastidioso llamado derechos humanos, proclamó en tono cavernoso. Los chinos harían bien en recordarlo antes de pedir barbaridades.

No quedaba más remedio que convocar esa reunión. Y además de urgencia.

El grueso de la asistencia llegó con disposición desgana, cuando no de morros indisimulados. Eran las seis de la tarde de un viernes canicular y casi todos tenían casa en la sierra; les habían jorobado la salida de fin de semana. Para colmo, Amparo había olvidado organizar la videoconferencia con China. A esas horas en Pekín todos dormían, costó Dios y ayuda que alguien se pusiera al teléfono de la residencia del embajador. Tras hablar con un criado filipino y somnoliento que pronunciaba el inglés tan mal como ellos —lo que ya era decir—, consiguieron que su excelencia se sumara al encuentro. Pero la conexión fallaba. El diplomático aparecía pixelado, se movía a pequeñas sacudidas y además llevaba un batín muy artístico con dibujos geométricos que creaban un efecto óptico de movimiento perpetuo (moaré). Resultaba algo aturdidor, y Amparo, que estaba sentada al lado de la pantalla tomando notas, se mareó al instante. La cabeza le daba vueltas, baló con voz plañidera. Y no

garantizaba buen rendimiento porque lagrimeaba y veía todo emborronado.

Aún con estos percances, se las compusieron para iniciar la sesión. Uno de los del enjambre asistencial había preparado un informe de antecedentes. Procedió a su lectura.

Maximiliano Montoya, cincuenta y siete años, natural de Jaén, casado con Berta Contreras, de cincuenta y cinco. Geólogo doctorado e ingeniero de Minas, Montoya había estado en nómina de Minería algunos años, luego se trasladó a Estados Unidos, donde trabajó en prospección de yacimientos vía satélite para varias empresas privadas en Idaho, Montana, Colorado. Después, vuelta a España y a un breve paso por la universidad, y casi de inmediato contrato con ENPREV, una empresa de Toulouse con sede en China. ENPREV se dedicaba al análisis y prevención de desastres naturales, también por la vía del estudio foto satélite. Hasta aquí, el informe resultó inteligible para todos pero la cosa se complicó cuando el asistente dijo que Montoya se había especializado en REE. Las siglas causaron perplejidad general y una lluvia de preguntas; nadie sabía qué era aquello. Cuestionado el asistente, protestó con fervor. Bastante había hecho él con preparar el informe, no le había dado tiempo a más.

Fue justo en ese preciso momento cuando los censores chinos decidieron que ya estaba bien. Les debió parecer que la videoconferencia se alargaba demasiado, así que congelaron al embajador y a su batín de estampado geométrico. Los reunidos trataron de devolverle a la vida, apagando y reseteando la conexión, pero de la pantalla solo surgieron chisporroteos y sonidos robóticos. Su excelencia seguía petrificado. Una pena, porque seguro que se disponía a decir algo interesante; tenía la boca abierta y el índice levantado. Y así se quedó, igual que un santo en su hornacina, presidiendo la reunión desde la cabecera de la mesa.

La avería sideral sirvió para que se consultaran las diversas electrónicas. REE, *Rare Earth elements*, Tierras Raras, elementos de la tabla raros. Los presentes sabían de la tabla de elementos, pero entre todos apenas llegaron a recordar una docena, tipo cloro y sodio (piscina y salero). El más rápido del enjambre le dio otra vez a las teclas y largó una retahíla de nombres: escandio, itrio, lantano, cerio, praseodimio, neodimio, prometio, samario, europio... Tuvieron que atajarle, le había tomado gusto a las palabrejas. Lo que necesitaban, puntualizó el ministro, era una explicación de orden general que aportara luz al problema contractual.

—Aquí pone —el asistente señaló la tableta— que hay diecisiete. Son

clave en la industria moderna, y además difíciles de conseguir.

—¿Por qué? —preguntó con brusquedad una de las asistentes convocadas.

—Yo qué sé, será porque no los hay, por eso les llamarán raros —contestó, desabrido, el de la tableta. Andaba con el humor de perros, era uno de los damnificados con casa en la sierra.

Su interlocutora también tenía segunda residencia en la sierra, así que le respondió en tono aún más borde.

—Vaya deducción brillante, tío. ¿Por qué son tan importantes?

—Oye, tú. Sin faltar. —El asistente estaba cada vez más cabreado, consultó de nuevo la pantalla. Ladró, más que habló—. Tienen montones de usos.

—Vale. Pues dinos alguno —inquirió la mujer con voz cortante.

El interpelado deslizó los dedos por su cachivache. Con los nervios, culpa de aquella tipa inquisitiva —seguro que era lesbiana—, perdió la página de Wikipedia sin haber podido leer la entrada. Sin embargo, algo le quedó grabado en la retina. Y lo soltó sin titubeos.

—Fluorescentes.

—¿De cocina? —largó Amparo.

El ministro se tragó la bilis, empezaba a cogerle tirria africana a su asistente personal. Por si fuera poco, la palabra cocina actuó a modo de válvula de escape. Volaron los chascarrillos, la reunión se desbocó. Estaban atascados. Así las cosas, decidieron apelar a los del Instituto Geológico y Minero de España, ellos sabrían explicarles la posible relevancia de aquello.

—Un asunto intrincado —les espetó el funcionario de turno al otro lado del teléfono—. No se puede explicar por teléfono, y menos en tres palabras. Esperad ahí, os mando al que sabe del tema.

Y vaya si esperaron. Y esperaron y volvieron a esperar; a las siete y media bajaron a tomar unas tapas y unos vinos, porque desfallecían todos. Habían tocado casi las nueve cuando hizo entrada el dichoso especialista.

Saber de Tierras Raras, sabía. Lo que no sabía era narrar y sintetizar. Les enchufó una conferencia magistral, salpicada de bibliografía y nombres técnicos. A los cinco minutos de alocución se inició el runrrún estomacal de unos y otros, seguido por los bostezos irreprimibles de casi todos. La reunión se deslizó hacia un dulce y agradable letargo, no tardaron en hacerse oír un par de ronquidos suaves.

Una imprevista reconexión con China les espabiló, su excelencia y el salto

de cama habían resucitado en pantalla. Milagro, aunque no feliz, en Pekín eran las cinco de la madrugada y aquel Lázaro no estaba de ánimo zarzuelero. En cierto modo fue una suerte, pues les dijo lo que les tenía que decir de carrerilla y sin respirar. Después cortó por lo sano. Ya le comunicarían lo que decidieran a la mañana siguiente, por las vías diplomáticas habituales y en horas cristianas.

La información se las traía. Los elementos llamados raros se utilizaban en la fabricación de toda clase de aparatos modernos: móviles, autos eléctricos, ordenadores portátiles, turbinas de viento y un largo etcétera. En suma, imprescindibles. China era su mayor productor mundial y con los años había conseguido monopolizar el mercado, y entonces empezó a reducir la exportación. Fue una decisión unilateral que implementó con astucia, aumentando los impuestos y bajando los límites de tonelaje para exportar. Hablando en plata: menos suministro y encima más caro. Los países afectados —occidentales y aliados— protestaron, los chinos respondieron argumentando que debían proteger su medio ambiente. Semejante afirmación, viniendo de donde venía, era una tomadura de pelo, puro recochineo. Estados Unidos, la Unión Europea y Japón se aliaron e impugnaron la decisión de China en la Organización Mundial de Comercio. Pero a China los organismos internacionales ni fu ni fa, así que la jugada fue irrelevante. La crisis de las REE llegó a su clímax en 2010, Australia y Estados Unidos reactivaron entonces su producción de minerales raros. Sin embargo, en China el sector seguía siendo estratégico y clave, y además cualquier información referente a la geología del país se consideraba secreto de estado. Por eso el sumario sobre la desaparición de Montoya estaba totalmente blindado. Ni el Ministerio de Seguridad del Estado de la República Popular China —los servicios de inteligencia— ni el de Seguridad Pública de la República Popular China —o sea, la policía— facilitarían datos. Punto final.

Las explicaciones, ahora comprensibles, inquietaron a todos. Había de qué preocuparse. Una hipótesis muy plausible sería que el trabajo de Montoya en China sirviera de coartada para actividades más arriesgadas. Espionaje, ni más ni menos. A lo mejor tenía acceso a información relevante, quizá la vendía. Con su currículum, lo más seguro que a los norteamericanos, apuntó alguien. Se echaron todos las manos a la cabeza. Precisamente se acababa de saber —noticias, fiables, de la BBC— que China se había liquidado a una docena de agentes de la CIA en los últimos años. Y nadie había dicho ni mu, ni los norteamericanos ni, desde luego, los chinos. Si Montoya había sido tan

idiota como para meterse en un lío de esa clase, allá se las compusiera solo, sugirieron algunas voces. O eso, o que llame al Séptimo de Caballería, apuntó alguien con sorna.

No era momento para chanzas, protestó el ministro. Con un viaje de estado previsto en pocas semanas, más unos acuerdos bilaterales de gran trascendencia en el aire, no podían permitirse tensiones diplomáticas con China. Había que rebajar el conflicto; urgía desmovilizar a la calle, neutralizar a la prensa. La clave la tenía la hija del desaparecido, si pudieran calmarla, conseguir que dejara de azuzar a los periodistas y a la opinión pública...

—Quizá una psicóloga —apuntó Amparo.

Una mirada furibunda de su superior la hizo enmudecer al instante.

—No diga burradas. ¿Acaso no tiene criterio?

La secretaria se refugió tras un silencio dolido. Al fin y al cabo, había sido la única en aportar alguna idea. Porque nadie más supo qué decir, incluso el enjambre asistencial había quedado mudo.

El ministro Pinilla estaba consternado; todo apuntaba a que el ingeniero Montoya, ciudadano español, era un espía. La desafortunada circunstancia colocaba al país entero bajo sospecha. No quedaba más remedio que llamar a los del CNI, Servicio Nacional de Inteligencia.

Reconfortante, la palabra exacta.

La directora del CNI había asumido la riendas de inmediato, confirmando la primera impresión que el ministro Pinilla había tenido de ella unas semanas antes, el día de su investidura. Una mujer resolutiva y eficaz, capaz de solventar cualquier contingencia con aplomo y cero aspavientos. Soltera, sin hijos; dedicada en cuerpo y alma al servicio.

Carmen Satrústegui llevaba días esperando la convocatoria de Exteriores. Desde el primer momento había intuido que la desaparición de Montoya caía de lleno en asuntos para Inteligencia, lo raro es que no se hubiera apelado antes a ellos. Quizá porque el ministro era novato. También es cierto que el CNI podía haberse adelantado, pero el terminal que operaba en Pekín ignoraba lo que le había sucedido al geólogo y el trato con los del MSS —los colegas de Inteligencia china— era cualquier cosa menos llano. En resumen, no tenía nada que aportar y le molestaba sobremanera quedar en evidencia.

Siendo realistas, lo más probable es que Montoya ya estuviera criando malvas. Y, francamente, tal como pintaba la cosa, mejor no hurgar en el porqué. Pero era responsabilidad del CNI dar soporte a Exteriores, y además Montoya tenía nacionalidad española; algo había que hacer, al menos de cara a

la familia. En aquellos días de silencio había articulado un plan, de ahí que se personara en el ministerio acompañada por el coronel Peláez Vidal, responsable de Apoyo a la Inteligencia.

La hija Montoya había irrumpido en el espinoso tema como elefante en cacharrería. Una malcriada arrogante, sería inmune a cualquier razonamiento sensato. La única opción era negociar con ella, hacerle una propuesta que la forzara a retirarse de la escena. Y eso solo se lograría ofreciéndole acción, o un simulacro de acción.

Ni Exteriores ni Inteligencia podían inmiscuirse en delitos acontecidos en territorio de la República Popular China, pero nada les impedía utilizar los servicios de un colaborador externo. En suma, montar una operación encubierta, una pesquisa oficiosa bajo aparente paraguas institucional. A cambio, Diana Montoya debería apartarse de los focos mediáticos y guardar silencio. Si todo iba bien, los acuerdos comerciales entre España y China se firmarían durante el viaje de estado de los Reyes. La totalidad de la operación duraría poco más de dos semanas. Complejo, sí, pero viable.

Y el tiempo jugaría a favor. Pasados unos días de silencio mediático el público dejaría de interesarse por el desaparecido. Su suerte pasaría a ser un drama privado, solo incumbiría a familiares y allegados. La tensión diplomática aflojaría, las negociaciones de alto nivel avanzarían sin estorbos extras, bastante complicadas eran ya de por sí.

Pinilla vaciló, el plan semejaba una temeridad. Si el colaborador del CNI se metía en algún fregado, se encontraría en la tesitura de tener que acudir al rescate de otro nacional. Eso por no hablar del cataclismo diplomático que se armaría si los chinos descubrían la jugada.

Nada de eso iba a suceder, le explicó el coronel Peláez Vidal. La cobertura del agente sería real y además mantendría un perfil bajo. De hecho, inexistente, porque NO habría investigación en China, la mera idea era un dislate impensable. La operación al completo sería una pantomima destinada a calmar los ánimos y ganar tiempo. El Gobierno español habría hecho acto de presencia y apoyado a la familia en desgracia. Diana Montoya callaría, la prensa no recibiría más carnaza; el público encontraría otros entretenimientos, los chinos se calmarían. Dos semanas de paz. Misión cumplida.

No había alternativas a mano, el ministro tuvo que aceptar. Llegó entonces la hora de hablar del capítulo gastos y Satrústegui no se anduvo con chiquitas. Inteligencia carecía de presupuesto para resolver un conflicto que no comprometía a la Seguridad Nacional y que se podría definir, *grosso modo*,

como un patinazo diplomático. Exteriores debería hacerse cargo del viaje y estancia del colaborador, a lo más que ellos llegarían era a facilitar el nombre de un intérprete de confianza que ayudara al enviado una vez en China. Corría por Pekín un estudiante de chino, hijo de un compañero militar, becado por el ICO. No haría falta pagarle, bastaría con que Exteriores se comprometiera a renovar la beca.

—Fenomenal —apuntó el ministro—, eso aliviará un poco la partida presupuestaria. A ver, Amparo. Tome nota del nombre del muchacho para pasar la recomendación al ICO. Pero la secretaria estaba en otra. Llevaba un rato pensativa, con los ojos clavados en la punta de sus bailarinas.

—En mi humilde opinión, también sería conveniente enviar a una psicóloga. De soporte...

—Pero qué soporte ni qué ocho cuartos. Coño, ¿no ve que no tenemos presupuesto para tanto trasiego?

El coronel Peláez Vidal acudió, galante, al rescate de la damisela.

—No, no... Si es una magnífica idea. La habíamos tenido en cuenta. El Gobierno español mandará a una psicóloga.

Barcelona, 26 de septiembre

El sonido de la ducha en la habitación vecina daba un poco de frescor al cuarto. La atmósfera era sofocante. Olía a sudor, a sexo, y a verano sin aire acondicionado.

Gilda Leyva salió de la cama para meterse en las bragas. Luego fue en busca del bolso, sacó la cantidad canónica y la puso en el bolsillo de los pantalones masculinos tirados sobre una silla. El gesto no nacía del tacto o la delicadeza; ni a ella le daba apuro pagar por los servicios prestados ni a él cobrar por lo mismo. Se trataba de un pequeño ritual, establecido el día del primer polvo, cuando el joven le contó que no era un profesional del sexo sino un espontáneo necesitado de financiación puntual para sufragarse los estudios. De filología clásica, puntualizó, con impasibilidad epicúrea. Hacía un par de años de aquello y la relación se había mantenido sin evolución alguna. Solo el estipendio había variado, de acuerdo al aumento del precio de la vida. Gilda daba por supuesto que él contaba con otras «ayudas» similares y el aspirante a filólogo entendía que ella no tenía más interés que el de un revolcón quincenal. Menos en época de exámenes; naturalmente, los servicios bajaban entonces, en cantidad y calidad. Menos, también, cuando ella se ausentaba, por ejemplo, ahora. No le preguntó dónde iba.

Se enrolló un pareo de camino a la cocina, le molestaba andar con los pechos al aire. Demasiado grandes, incordiaban. Picoteó de pie, con media nalga apoyada en el mármol: un puñado de aceitunas alternadas con yogur, galletas, una pastilla de chocolate. Comía de pena. El reloj marcaba la una de la madrugada. La gimnasia horizontal y un orgasmo bastante prolongado le habían reactivado la circulación y despejado la mente. Se dirigió al despacho, tenía el piso dividido en dos, parte vivienda, parte consultorio. Puede que la decoración relajante de este último espacio —colores pastel, dibujos de mariposas y flores— surtiera algún efecto en sus pacientes. Ciertamente no en ella; padecía de insomnio severo, cronificado.

Encendió el ordenador. Activó el VPN y surfegó desde Estados Unidos, China, Francia y España buscando huellas de Maximiliano Montoya. Apenas las había y ninguna era relevante, salvo, quizá, la tesis doctoral —«Prospección de yacimientos de REE vía satélite»—, que reforzaba la idea

del CNI. Coincidió con ellos en el diagnóstico sobre la desaparición del ingeniero, el asunto apuntaba a espionaje internacional. Hecho bastante inaudito, los latinos no solían enredarse en estos fregados, más propios de anglosajones. En España, concretamente, apenas había tradición. Muy poca en la vida real, menos aún en la ficción.

Casi todas las entradas sobre Montoya eran recientes. Y redundantes; los medios narraban la misma noticia, de agencia, una y otra vez. Geólogo español se desvanece en Pekín, el Gobierno chino no comenta.

La que sí comentaba, sin cesar y sin complejos, era Diana Montoya. Su imagen se multiplicaba en portadas de periódicos y revistas. Rubia, alta y escultural, pisaba con el soberbio aplomo de los cachorros patrios licenciados en Harvard. Economista, para más señas.

El día anterior había recibido una llamada suya desde Chicago. Mantuvieron una conversación somera, la ejecutiva hacía honor a la caja de ahorros para la que trabajaba. No despilfarraba, ni en palabras ni en emociones. Con cuatro adjetivos puso a parir a Exteriores, al consulado español y a la policía china. Apenas nombró a su madre, y cuando lo hizo fue con cierta displicencia condescendiente, casi desdeñosa. Aparentemente, la consideraba incapaz de bregar con las complejidades de la situación.

Omisiones de la hija al margen, resultaba llamativa la ausencia de Berta Montoya en los medios. La esposa del desaparecido mantenía un silencio escrupuloso. Las razones podían ser varias, en cualquier caso, actuaba con más prudencia que su retoño. Si había alguna posibilidad de saber qué había sucedido, la estrategia no pasaba por ponerse a malas con las autoridades chinas.

China, los chinos. Diez años antes nadie pensaba en ellos. Ahora eran ubicuos, estaban cambiando la faz del mundo. De modo gradual habían ido apareciendo por todas partes. Maestros de la vida cotidiana, de la economía familiar. Surgían tras las barras de los bares, en los bazares, en las cocinas de los restaurantes. Sin ir más lejos, en los últimos meses se había abierto una peluquería con masajistas un número más arriba de su edificio, y un almacén de baratijas dos números más abajo. Las baratijas no le interesaba, lo de los masajes sí; tenía toda la pinta de ser una tapadera.

Una mañana entró, el ambiente era familiar, mezcolanza de barrio. Había un par de señoras maduras con los rulos puestos ojeando revistas del corazón. Una de las chicas se ocupaba de la manicura; la otra, junto con un par de familiares varones, dormitaba en un sofá que algún día había sido blanco. Tres

niños muy pequeños, también chinos, correteaban por allí. Tuvo dudas, quizá lo de la tapadera fuera solo fruto de su imaginación calenturienta (la tenía, oh, sí). Pidió un masaje. La muchacha del sofá, en bata y chancletas, la hizo pasar a una cabina destartada y sin ventilación. El aroma era denso, mezcla de *noodles* y cera para depilar. Se desnudó y tumbó en la camilla, primero boca abajo. Desde el agujero en que descansó la cara podía ver lo que había debajo: una papelera con clínex usados y restos de comida, unos zapatos, cáscaras de pipas.

Pese a la liviandad corporal de la chica, el masaje fue un castigo severo. No hubo sensualidad aparente. Aunque en un momento dado, cuando las manos femeninas se detuvieron un poco más de lo previsto en la zona interior de los muslos, comprendió que si abría un poco las piernas obtendría el servicio completo.

Tomó la costumbre de ir de vez en cuando. La naturalidad era tal que algunas veces el hijo pequeño de la masajista jugaba a carreras de coches en el suelo, entre los pies de su madre. Con el tiempo llegó a establecer cierta relación con la muchacha. Oriunda de Sichuan. Hablaba un poco de español y se reía por cualquier cosa. La tanteó, no se turbó lo más mínimo. Sí, sí. Tenía muchos clientes en el barrio; señores, casi todos. Y lo dijo entre risas, no le concedía más importancia.

Un día, tras un par de semanas de ausencia, abrió la puerta, y se dio de bruces con un escenario distinto. La peluquería había dejado de existir, el local era solo salón de masajes. Las anteriores luces cegadoras y claras habían dejado paso a una semipenumbra con brillos en algunas esquinas estratégicas. Los varones de la familia se habían esfumado. Las dos chicas que solían turnarse en masaje, peluquería y manicura, y que normalmente vestían de andar por casa, llevaban ahora tacones de aguja, medias de rejillas, escotes vertiginosos y minifaldas. Lo más notable de todo, sin embargo, era el tipo trajeado que estaba tras una mesa de recepción, colocada en la entrada. Un sesentón con bigotillo de cepillo, fenicio de pura cepa. Se presentó como el nuevo gerente y de buenas a primeras le ofreció un bono: por cinco masajes de cincuenta minutos un descuento de tres euros la sesión. Gilda hizo un cálculo rápido, de dinero y de minutaje. Cada masaje le salía diez euros más caro que antes. Protestó. El tipo le dedicó una sonrisa meliflua e hizo un gesto amplio que abarcó el mobiliario nuevo, las luces ambientales, las chicas acicaladas y maquilladas.

—No me irá usted a comparar las instalaciones. *He fet posar dutxes.*

Se quedó por puro morbo. *Gaudeixi del servei*, le dijo el macarra con voz relamida cuando entró en la flamante cabina remozada. Había una penumbra aterciopelada, y las usuales lucecitas rojas de cualquier burdel barato; y una ducha y una cama. Le preguntó a la chica por la novedad. Le respondió que había aumentado la clientela y que el gerente las trataba bien. Aunque no, no ganaban más que antes. Inútil hacer la pregunta siguiente, no había que ser un lince; el tipo las había amenazado con denunciarlas por prostitución encubierta a menos que se prestaran a trabajar para él. Pequeñas miserias locales. A la salida rechazó el bono y no regresó más.

Y este había sido su único contacto directo con China y los chinos.

En tránsito, 27 de septiembre

Se le atravesó de inmediato el aeropuerto de Frankfurt. Por antipático y desmesurado. Anduvo como tres kilómetros para llegar a la nueva puerta. Un paseo que la irritó sobremanera; tenía los pies pequeños y delicados, muy bonitos. Calzaba siempre tacones de aguja y caminaba lo mínimo posible. Nada, si podía evitarlo.

Tras mostrar la tarjeta de embarque la hicieron pasar a un espacio aislado e inhóspito, antesala del *finger*. No era el protocolo habitual, dedujo que estaría particularmente destinado a los viajeros chinos. Nunca había visto a tantos confinados en un mismo lugar. Los occidentales, en raquílica minoría, se habían atrincherado en una pequeña barra situada en una esquina.

Copas. Buena idea.

Se dirigió al gueto blanco y un caballero añejo le ofreció su taburete al instante. Trepó a él, le bullían los pies tras la caminata. Pidió un whisky, le sirvieron una ración insignificante a precio más que significativo. Bebió mientras contemplaba el panorama. Había abundancia de humanidad y bolsas de compra; familiares y amigos —o eso supuso— se mostraban los tesoros adquiridos, reían y parloteaban sin cesar. Pidió un segundo whisky, que también pagó contrarreembolso. Se acababa de liquidar la dieta del día.

Embarcaron. El avión era descomunal y despegó del suelo con lentitud agónica. Detestaba volar tanto como caminar; se aferró al respaldo de enfrente como una sanguijuela, los ojos fijos en la pantalla líquida en la que los números de la altitud se sucedían, uno tras otro, con alarmante parsimonia. Media hora más tarde, sin que el aparato hubiera sufrido una sola sacudida, se apagó el *fasten your seat belt* y consiguió tranquilizarse. Pero la crispación le pasaría factura. Tendría agujetas en hombros y brazos, se le agudizaría el problema de cervicales; y le dolerían los pies, culpa de la caminata.

Apareció la tropa del aire, mezcla políticamente correcta de muñecas chinas y walkirias teutonas. Su paso dejaba corrientes de perfume caro y el frufrú de medias de cristal. Poco a poco la atmósfera cambió a relajada y jovial. Y doméstica; los pasajeros chinos iban y venían en pantuflas, se visitaban unos a otros, encadenaban té y hacían estiramientos en el pasillo. Se había establecido un definitivo ambiente de autobús al pueblo. No había

sofisticación capaz de neutralizar a tanto campesino conchabado; azafatas y aeromozos emprendieron graciosa retirada tras las cortinas, dejando al pasaje abandonado a su suerte. Proliferaron entonces los *instant noodles* y las bolsas llenas de chucherías, y hasta apareció algún muslo de pollo *al ast* como surgido de la nada.

Bien. Ella tenía un whisky, los cacahuets rancios de rigor. Y tiempo de sobra para pensar.

La llamada de Peláez Vidal la había pillado por sorpresa. Habían transcurrido tres años desde el fiasco de Grecia. Tres años sin una sola noticia de los servicios de inteligencia. Nada. Cero. Ni un saludo navideño.

¿Por qué la repescaban ahora? La *boss* Satrústegui no era inclinada al perdón. Hija y hermana de militares, dura como pedernal. Poco amiga de las mujeres; machista en activo y a matar. Dudoso que estuviera dispuesta a olvidar el estropicio que ella les había organizado en Atenas. Y antes de contactarla habría andado fisgando en su vida personal, el CNI monitorizaba siempre a sus colaboradores. Pensó en el estudiante de lenguas muertas y contuvo un bufido; un manchón más en la —ya— larga lista de sus pecados. Satrústegui era simpatizante del OPUS. Con toda probabilidad, numeraria. Sin duda, virgen.

Discreción total y perfil chato, le había subrayado una y otra vez el coronel durante la entrevista que tuvieron en el Pans and Company de Ramblas. Y a nosotros nos olvidas desde ahora mismo. Ni mails ni llamadas desde el VPN ni contactos con el terminal chino ni leches; los amarillos lo controlan todo. Tú eres solo psicóloga, enviada por Exteriores para enjugar las lágrimas a la esposa del desaparecido. Cuando estés a solas con ella le haces cuatro preguntas que den el pego, que parezca que investigas. Pero básicamente se trata de que pongas un hombro en que llorar y escuches lamentos. La mujer es una simple ama de casa y debe estar hecha polvo, no te será difícil hacer un papel creíble. De la hija nos ocupamos nosotros, nos aseguraremos de que no interfiera. El consulado te adjudicará un intérprete por si necesitas algo. Lo usas cuando quieras, tú misma. A partir de ahí, a disfrutar. Paseas un rato, vas a la Muralla y te hinchas a comprar *copycats*. Viaje pagado, dietas, país exótico. Oportunidad de rehabilitarte ante el servicio con mínimo esfuerzo. Aquí paz y allá gloria.

Plausible todo. Y fácil, demasiado fácil. Lo sorprendente es que la chica Montoya se hubiera tragado semejante despropósito. De finanzas sabría mucho, de entresijos diplomáticos, nada. La mera idea de una investigación

encubierta en China era risible. Operación Peonía, la había llamado Peláez Vidal, y lo decía con absoluto convencimiento, el sarcasmo no era lo suyo. Nombre muy pertinente, la enviaban a China de florero. ¿O no? Sintió un malestar difuso, Carmen Satrústegui no daba puntada sin hilo. La cobertura de psicóloga era perfecta, aun así, algo no encajaba.

Pidió otro whisky. Enlazó ya con el vino tinto para acompañar la bandeja usual de inanidades. Acabó con todo, luego se dispuso a afrontar las siguientes horas en compañía de un manual de chino harto optimista (*El Mandarín en 500 palabras*). Tenía afición por las lenguas y los jeroglíficos complejos, el chino mandarín reunía ambos entretenimientos en uno.

Ni en óptimas condiciones dormía, en un avión la posibilidad era remota. Sin embargo, en algún momento debió perder la conciencia. Soñó en barroco. Se le escapaba algo difuso pero trascendental. Lo perseguía con afán, en un supuesto Pekín con decorados de cartón piedra, cortesanas vestidas de oropel, Fu Manchús de garras ondulantes, coletas hasta el culo y ojos como rendijas. Un sueño infantil, simplón; no lamentó despertar.

Descendían ya, levantó la pantalla de la ventanilla. A tiempo de ver cómo el avión se zambullía en una espesa niebla de color sucio; el reputado *smog* de Pekín.

Tras las horas de inmovilidad le fue difícil embutirse en los zapatos. Una larga excursión por los pasillos del aeropuerto no mejoró el asunto. Se sumó a las colas del control de pasaportes. Avanzaban a paso de caracol. Llegó su turno. La mujer policía dudó, llamó a una compañera. Juntas estudiaron pasaporte y visado. Acudió un tercer policía, esta vez varón y con más galones; seis pares de ojos se clavaron en ella. Les aguantó el escrutinio con cara de esfinge, que escarbaran todo lo que quisieran. Era lo que aparentaba ser: psicóloga clínica contratada por el Gobierno español. Le sellaron el pasaporte.

Y vuelta al *hicking*. Cambio de terminal en un tren elevado, otra vez pasillos y escaleras mecánicas. El equipaje tardó una eternidad en llegar, la tortura de los pies devino insoportable. Un pastor alemán de la policía se los husmeó con prolongada atención, por un momento creyó que los iba a utilizar de meadero. Había tres perros de la misma marca, vagabundeaban, sueltos, por encima de los equipajes de mano.

Pasó una hora. Por fin la correa se puso en marcha y empezó a escupir equipajes. Se despeñaban de una altura considerable, con violencia y ruido ensordecedor.

Las pequeñas convenciones de cortesía habituales en Europa no se aplicaban allí. Predominaba un sálvese quien pueda agresivo, brusco. Tuvo que empujar a dos o tres personas para pescar su maleta, y nadie la ayudó a cargarla en el carro. Llegó agrietada, con el cierre roto.

El último *duty free* del aeropuerto estaba alevosamente emplazado en la salida. Pasajeros medio adormilados hacían acopio de botellería. Picó el anzuelo, compró un par de maltas por si acaso. Encontró Bowmore, su marca favorita. Estupendo.

Se dirigió a la parada de taxis. El aire exterior olía a gasolina barata y a carbón quemado. Faltaba poco para el anochecer, la cola de espera era, una vez más, larga y pausada. Dos chóferes no legales ofrecían servicio alternativo a los viajeros occidentales. Uno de ellos fue particularmente insistente y la mosqueó. Después vio que hacía lo mismo con otra mujer que viajaba sola; no era cosa de ponerse paranoica.

El vehículo que le tocó en suerte llevaba el asiento del conductor casi horizontal, tuneado como el de un piloto de Fórmula 1. La ocurrencia era muy creativa pero reducía drásticamente las dimensiones del vehículo. Atrás apenas si había lugar para un solo pasajero, tuvo que acomodarse como mejor pudo. Llevaba impresa la dirección y se la alargó al piloto, un joven con tupé y melena de corte trapezoidal. El chaval la miró con el ceño fruncido, a continuación largó una retahíla de sonidos de los que ni siquiera consiguió captar el tono. *Shie Shie*, le contestó, una y otra vez, como un loro.

El vehículo partió como una flecha entre petardeos y derrapes. Trató de ponerse el cinturón, no lo había. Levantó la mano para agarrarse al asa que suele haber encima de la ventanilla, encontró aire. Fue un trayecto salvaje, más consola de ordenador que carrera de taxi. Volaron y zigzaguearon, sorteando obstáculos por todos los puntos cardinales. Atrás quedaban vehículos, autobuses, bicicletas, peatones, carritos, motocicletas.

Oscurecía cuando entraron en la ciudad. Tras circular por un par de avenidas grandes e iluminadas, el coche se perdió en una sucesión de calles laterales, mal iluminadas y sin apenas transeúntes. Por un momento pensó que había pringado. Buscó el manillar de la puerta, ponderó la idea de abrirla y saltar en cuanto el taxi bajara velocidad en algún cruce o semáforo. Pero no tenía donde ir, ni siquiera le habían facilitado los datos del terminal del CNI en Pekín. Omisión por seguridad. Cuanto menos sepas, mejor, había sermoneado Peláez Vidal.

Se detuvieron tan bruscamente como habían arrancado. El piloto le señaló

un rótulo fluorescente de tonos amarillentos. Tenía el brillo opacado por la suciedad y el polvo. Sin embargo, las letras eran legibles: Holiday Inn.

La calle estaba desierta y negra; ni un alma, ni un escaparate a la vista. La escasa luz del alumbrado público no permitía ver el edificio con claridad y la del rótulo también era insuficiente. Arrastró la maleta por un patio desangelado y casi tan negro como la boca del lobo, pero consiguió dar con la puerta de entrada.

El recepcionista dormía plácidamente en el mostrador, la cabeza apoyada sobre un almohadón salpicado de flores multicolor. Gilda carraspeó con fuerza y la cabeza se elevó como propulsada por un resorte. El hombre debía tener larga práctica en estos despertares porque no hubo tránsito entre el sueño y la vigilia. La atendió rápido, en una suerte de trance. No hablaba inglés, se entendieron por señas. Pasaporte primero, luego las llaves. Le señaló el pasillo con un dedo rematado por una uña larga y sucia, la habitación estaba en la misma planta baja. Lo dejó ahuecando el cojín con afecto, no tardaría en regresar a su prado florido.

Omitió analizar la «suite» en detalle, su visión periférica le bastó para confirmar la cochambre general. Pero no fue este contratiempo lo que le masacró la noche sino el colchón. Tenía la dureza del diamante y ninguno de sus atractivos. Peinó las horas leyendo a la mortecina luz de una bombilla cenital, sentada en la tapa del WC, con los pies a remojo dentro de la bañera. Viajaba bien provista de drogas pero desestimó tomar algo para dormir. Prefirió reservarse para la siguiente noche. A las 4:30 empezó a amanecer, el cuarto no tenía cortinas, una luz pálida destiñó la habitación.

De súbito le llegó un griterío, más el sonido de timbres de bicicletas y trajines diversos. Miró la hora, las seis de la mañana. Trató de abrir la ventana, estaba atascada. Una vieja capa de polvo ya carbonizado cubría el cristal, afuera solo se entreveían movimientos difusos. Se duchó evitando rozar las paredes del baño. Le dolían la espalda y el cuello, y los pies; y los hombros y brazos, y hasta los dedos de las manos. Estaba mareada.

No hubo testigos de su lamentable estado. Demasiado temprano para el desayuno, comedor cerrado. La recepción estaba desierta, tuvo un atisbo del cojín florido en un estante bajo las casillas de las llaves. Ni rastro de su dueño.

Nada más salir del hotel se topó con una gran pirámide de coles frescas. En su cima se sentaba una anciana desdentada y sonriente. La calle rebosaba de chamarileros, bicis, carretillas y puestos de verduras. Un velo sombrío

cubría la pintoresca escena, la dichosa polución. No había aterrizado en un país extranjero, sino en otro planeta. La invadió una creciente sensación de irrealidad, tenía la cabeza hueca, la zarpa de un gato clavada en las cervicales. Era imperativo comer algo, tomar un analgésico fuerte. Cerca de allí divisó una suerte de tasca portátil: una carretilla motorizada con fogones y una olla llena de vapores, rodeada por tres mesitas minúsculas y taburetes de tamaño proporcional. Se dejó caer en uno de ellos. Había ya un par de comensales acucillados frente a unos tazones repletos. Le trajeron un bol y unos palillos.

Julián Zurbano despertó con una resaca del copón. Era lo que tenía ir a las fiestas de los españoles. Hacían piña, comían jamón y se ponían de vino tinto. El vino resultaba prohibitivo en las tiendas, pero para eso estaban los distribuidores patrios. Jóvenes, en su mayoría, emprendedores que se habían animado a desembarcar en Pekín, ahora que el tinto hacía furor entre la nueva clase media china. A estos compatriotas les sobraban las energías y las ganas de juerguear. Resultaba fácil arrimarse a su sombra y así comer y beber a destajo. Uno de ellos, más listo que el hambre, había montado un local de sevillanas. Se había traído a un guitarrista aflamencado, otro damnificado de la crisis, y a vivir. Los chinos y, sobre todo, las chinas estaban puestos a cualquier experimento. El local hacía lleno cada noche.

Le costó un rato reagrupar neuronas y recordar lo que tenía que hacer. A su lado dormía una muchacha. ¿Li, Qian? No recordaba muy bien cómo se llamaba, mucho menos cómo había llegado hasta allí. Pero poca cosa habrían hecho con la borrachera que llevaban. Reptó por el colchón, posó los pies en el suelo y tropezó con un vestido de faralaes. A las chinas no les sentaba bien ese estilo; no tenían caderas ni culo, los lunares se les escurrían sin gracia. En fin, divagaciones con restos alcohólicos, rumió, mientras tomaba un par de litros de té y trataba de recomponer los pedazos ontológicos de su yo maltrecho.

Ocho años llevaba en China, casi nada. La noche anterior había soplado sus treinta velas. Una cifra redonda que merecía cierta introspección reflexiva, se dijo con pesar. Debía admitir —ay—, que de los veintidós a los treinta no había madurado lo previsto. Al menos lo previsto por su familia, para eso le había mandado tan lejos. En Burgos no daba palo al agua. Y su padre, harto de perseguirle de barra en barra, le había empaquetado hacia Pekín. Aprenderás la lengua del futuro, le anunció, aplastante. Julián no había heredado el espíritu belicoso de los Zurbano —militares, todos—, y acató sin ofrecer resistencia. Le sentaron en la silla de un centro de estudios chinos, allí se apalancó. No se

puede afirmar que le aprovechara en exceso pero iba tirando. Los exámenes de final de curso adolecían de nivel bajito y los pasó todos, aunque siempre rozando la red. Al segundo año el ICO le concedió una beca —una vez más fruto de los afanes paternos—, luego se la prorrogaron. Y así fue matando días, semanas, meses.

La llamada y convocatoria de su consulado le habían sobresaltado un montón. Cometía varias irregularidades. Circulaba en una moto vieja con matrícula falsa (las legales costaban una pasta, pero alguna había que llevar porque sin matrícula las gasolineras no servían combustible). Y vivía de realquilado no inscrito. Compartía vivienda con un acupuntor y un herbolario, alemán e italiano respectivamente, estudiantes de medicina tradicional china. Entre los tres se habían montado un chiringuito apañado; clavaban banderillas, recetaban pócimas y enseñaban caligrafía. Habían creado una web de acogida para una clientela de perfil definido: jóvenes occidentales que llegaban huyendo de las crisis. No eran pocos, así que sobrevivían razonablemente bien. Los chinos tendrían muy mala fama pero lo cierto es que nunca se metieron con ellos. Les dejaban hacer su pequeño *business* siempre y cuando no se inmiscuyeran en política o dieran la tabarra con temas delicados.

Acudió a la cita consular con el corazón en un puño. Solo le habían emplazado para pedirle que se pusiera a disposición de una psicóloga enviada por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Un alivio, aún así tendría que estar tres semanas de guardia, y ¡sin cobrar! Que la misión se relacionara con los Montoya no le añadía encanto al trabajo. La desaparición del geólogo era la comidilla de la colonia española y corrían rumores bastante truculentos. Si hubiera tenido agallas o un poquito más de carácter se hubiera negado, pero no tenía (ni lo uno ni lo otro). También estaba el asunto de la renovación de beca, andaba sin fondos, para variar. Y encima su padre, por el que sentía un santo temor, le había dado un toque breve pero contundente. Esperaba que le hiciera quedar bien. Este era su primer encargo profesional, tendría ocasión de lucir los conocimientos adquiridos en los últimos años.

Lo de los «conocimientos adquiridos» le causó desasosiego. En lo que concernía a su labor como intérprete y traductor, se hallaba en terreno pantanoso. El chino era un idioma tremendo. Con los años algo se le había pegado pero de ahí a dominar la lengua celestial había un buen trecho. Por supuesto que pillaba las conversaciones cotidianas, siempre y cuando sus interlocutores no le hablaran demasiado rápido. O no se enzarzaran en discursos llenos de fatigosos recursos líricos; los chinos eran muy dados a las

metáforas y frases para la eternidad. Amaban la retórica, los discursos barrocos.

Salió a por la moto masticando pensamientos deshilachados y tirando a lúgubres. El trasto, de séptima mano, sentía empatía por su conductor y, de acorde con ello, se negó a arrancar durante un buen rato. Cuando lo hizo, jinete y caballero pusieron rumbo a Tuanjiehu.

Raro que a la psicóloga le hubieran buscado acomodo en semejante barrio. Los occidentales no lo frecuentaban, estaba lleno de *compounds* habitados por nacionales. Tuvo que hacer malabarismos entre los puestos de comida y todo el jaleo del mercado para llegar al hotel, un Holiday Inn local supercutre. Su ánimo se ensombreció aún más, qué trabajo piojoso, por favor. En recepción le dijeron que la persona que buscaba había salido. No podía haber ido lejos, dejó la moto frente al hotel y salió en su busca.

Cantaba como un pulpo en un garaje. Sentada en aquel taburete de guardería, flanqueada por los trabajadores del mercado. La única occidental en toda la calle. Una señora madura y regordeta, ataviada con un traje chaqueta informe, línea Merkel, de color azul agua. Llevaba el pelo granate y ahuecado, zapatos con taconcitos de aguja. Julián se quedó atónito. ¿De dónde habían sacado a semejante antigualla? Salvo por los tacones y el atrevido tinte del pelo —un color inexistente en estado natural, puro *photoshop*— parecía su tía abuela de Quintanilla de los Baños.

En la distancia corta resultaba aún más extraterrestre. Debía tener una cuarentena larga. La nariz torcida como la de un boxeador, las mejillas redondas, los ojos como cabezas de alfiler de color negro. El ahuecamiento del pelo no conseguía disimular del todo una incipiente calva en la coronilla. Llevaba las manos perfectamente manicuradas, con las uñas pintadas de granate chillón, a juego con el pelo. Y los pies, muy pequeños, enfundados en unos Lotus de piel carísimos. Si lo sabría él. Alguna vez los había contrabandeado para revender. Los chinos pagaban fortunas por «marcas» que luego copiaban a la perfección y sacaban al mercado a precios razonables (para deleite de compradores occidentales: retorcida paradoja mercantil).

La vio pelear esforzadamente con los palillos. Ya se había manchado toda la pechera del traje, y tenía una buena pechuga, menuda estantería. Quizá por esa pechera sucia, o por la resaca, o porque atesoraba un afecto especial —reminiscencia infantil— hacia su tía abuela fenecida. La cosa es que de súbito se vio invadido por una oleada de ternura. Bendita mujer. Él la acogería bajo sus alas.

—¿Señora Leyva...?

Se levantó. Un tapón, igual que su tía.

—Gilda. Me llamo Gilda. Por Rita Hayworth.

La buena nueva fue recibida con una sonrisa vacilante, de cortesía.

—No sabes quien es Rita Hayworth, ¿eh?

Otra vacilación educada.

—Magnífico. Nos ahorraremos comparaciones idiotas.

Pekín, 29 de septiembre

Los Montoya residían en Chaoyang Park West, zona que alternaba un puñado de *compounds* tradicionales con edificaciones de más reciente construcción destinadas a occidentales y chinos ricos de última hora. Abundaban las copias art deco inspiradas en los viejos rascacielos de Nueva York, y los engendros con toques egipcio babilónicos, techos de pagoda y extravagancias ornamentales.

Esmerald Gardens entraba en esta última categoría. Tres rascacielos de color arena rematados por cúpulas bizantinas y pequeñas pirámides refulgentes, repartidos en un solar amurallado con jardines y parque infantil. Para entrar al condominio había que pasar bajo un arco de piedra flanqueado por esculturas doradas que representaban a un grupo de centuriones romanos. Cruzada la descabellada guardia pretoriana se llegaba a una garita con barrera. Un par de centinelas, esta vez de carne y hueso, custodiaban el fuerte.

El que esa tarde levantó la barrera llevaba la estrella roja cosida a la gorra y bailaba dentro de un uniforme militar que le sobrepasaba al menos en dos tallas. Era muy joven pero se tomaba a pecho el papel; se cuadró, marcial y solemne, al paso del taxi en cuyo asiento trasero viajaba una mujer occidental.

Su gesto fue apreciado como es debido. Porque la señora del pelo granate bajó la ventanilla, sacó la mano y le hizo esa seña universal que consiste en levantar el dedo pulgar de modo asertivo. Tamaña complicidad le dejó transido de emoción. Olvidó roles, empaque, reglamentos, y en su rostro, hasta entonces grave, se dibujó una adorable sonrisa juvenil. Inocencia, esperanza, ganas de comerse el mundo... Como si de súbito se aclarara el horizonte, aquella sonrisa marcó un antes y un después del día. Superado el bache de la llegada, Gilda Leyva empezaba a sentirse de nuevo en forma. China, llevaba tiempo con ganas de ir.

Poco antes había despedido a Zurbano con una lista de recados destinados, en gran parte, a adecentar lo que sería su madriguera durante las próximas tres semanas. Un poco sórdida, sí, aunque había visto agujeros bastante peores. Le vino a la mente la pestilente pensión del Pireas, ahuyentó olor e imagen de inmediato. Basta de recuerdos.

Volviendo al becario, le había caído en gracia. Un carácter pasivo, inmaduro para su edad (le calculó unos treinta años). Sin embargo, tras la fachada amorfa apuntaba sentido del humor, y una visión fatalista, lúcida, del mundo. Esa mañana apestaba a alcohol del día anterior y cargaba con todos los síntomas de una hermosa resaca. Probablemente la arrastraba de modo semipermanente. Un estado que conllevaba cierta fragilidad emocional; pocas defensas, en suma. Zurbano, además, era un sentimental y padecía nostalgias.

Durante la primera hora de su encuentro, acucillados los dos en aquella mesa para liliputienses, le había abierto su corazón, y explicado vida y milagros de sus ocho años de estancia en Pekín. Dedicaron el resto de la mañana, ya sentados en sillas más ortodoxas, a chismes de diverso calibre, sobre expatriados en general y sobre la colonia española en particular. Julián narraba con chispa y malicia, y Gilda disfrutó de los cotilleos. Tenían sustancia, muy en especial el protagonizado por el propio embajador hispano. ¿Estaría el CNI al corriente de las andanzas excelentísimas, mejor dicho, de las andanzas de las entepiernas excelentísimas?

Tan agradables devaneos mentales quedaron abortados en seco cuando traspasó la puerta del edificio. El hall del Esmerald Gardens no admitía distracciones de ninguna clase. De talla ciclópea, sus muros estaban revestidos con frescos que recreaban escenas inspiradas en Knossos: toros, bailarines, cenefas griegas. El suelo era una pista de mármol salpicada de pequeños oasis en los que palmeras falsas y racimos de dátiles de plástico sombreaban sofás adamascados en negro y oro. Enormes lámparas con cascadas de estalactitas y estalagmitas de cuarzo rosado surgían del techo. Y como guinda, de la bóveda central del edificio colgaba un delfín —azul rutilante— en el momento de brincar sobre las olas. Lo dicho, no cabían distracciones.

Tras cruzar este vasto delirio kitsch, Gilda embarcó en uno de los ascensores. Dos pantallas líquidas escupían anuncios chillones sin cesar. El resto de la caja estaba forrado de chapa con aguas broncíneas que creaban reflejos distorsionados, como espejos de feria.

Subió los treinta pisos en compañía de una dama autóctona. Por el modo impertinente y altivo con que la repasó, la adivinó rica de nuevo cuño. En brazos llevaba a su mascota, una caniche nívea y espumosa que calzaba cuatro diminutas Nike de color negro. Ambas hembras despedían olas de Chance Chanel, casaban muy bien con el alma del lugar.

Salieron juntas del ascensor. Dueña y perra vivían en el mismo nivel que

los Montoya. De hecho, en la vivienda de enfrente. Antes de entrar en su casa, la mujer se quitó los zapatos y los tiró en el rellano. Había ya otros pares en confuso desorden, más una bolsa de basura y varios muebles de desecho. Ciertos hábitos no mueren con el engrosamiento de la cuenta corriente.

La perra debía gozar de ciertas prebendas porque entró con sus cuatro Nike bien enfundadas.

Escuchó, primero el campanilleo del timbre, luego unos pasos muy leves que se aproximaban. Levantó los ojos. Movimiento instintivo; el noventa por ciento de la gente con la que trataba era más alta que ella. Pero se vio obligada a reajustar la mirada. La mujer que le abrió la puerta tenía su misma estatura.

Había visto fotos de la hija, espectacular. Y del padre, un tipo alto y bien plantado de ojos azules, debía haber sido rubio antes de ser calvo. Contaba con encontrar algo por el estilo. Se equivocó, Berta Montoya hubiera pasado desapercibida en cualquier parte.

Tenía las facciones pequeñas y poco dibujadas; nariz corta, labios muy finos. Y una piel pálida y aceitunada, sin apenas arrugas. Llevaba el pelo, negro y liso, peinado hacia atrás, atado en una cola limpia y tirante. Su cuerpo era delgado, lineal. Vestía vaqueros de tela ligera y una camisa mao blanca de manga corta cerrada hasta arriba. Calzaba zapatillas planas de lona, también blancas. Cero cosmética; ni maquillaje ni aromas artificiales. Representaba menos edad de la que tenía.

—Por favor, pase.

Se movía con suavidad, hablaba con voz amortiguada. Pero la mano que le alargó en la misma entrada fue sólida. La condujo hasta el salón y le pidió que se pusiera cómoda, luego desapareció hacia la cocina en busca del té.

Difícil deducir la personalidad de los Montoya por lo que se exponía en su sala de estar. Los únicos elementos definitorios eran una bolsa con palos de golf y una biblioteca bastante sustanciosa. La bolsa estaba apoyada en una esquina y tenía pegada una tarjeta con el nombre y dirección del desaparecido. Los libros, en inglés y francés, eran variopintos pero casi todo ensayos. Filosofía, historia. Poca ficción, un puñado de clásicos, tres Patricia Highsmith en versión original. El resto de la biblioteca trataba diversos aspectos de China. Gilda hojeó un par de volúmenes. El nombre de su propietaria y la fecha de compra estaban inscritos en la primera página. La letra de Berta Montoya era pulcra, legible.

Golf para él, lectura para ella. Arquetipos burgueses.

Por lo demás, un espacio inodoro y aséptico. Tras los abusos ornamentales del hall, su desnudez producía un efecto apaciguador. No había fotografías de familia ni recuerdos personales. Tampoco objetos decorativos, salvo un par de dibujos florales a tinta —las sempiternas peonías—, colgados en una de las paredes. Sofá, mesas y sillas carecían de diseño preciso aunque fueran homogéneos en estilo. Una vivienda de alquiler amueblada, seguro, pero otra familia se las hubiera arreglado para darle un toque hogareño. Berta Montoya no debía ser una ama de casa interesada en estas menudencias.

Aun así, el salón contenía elementos interesantes. Por ejemplo, en la parte alta de los muros había un par de respiraderos para el aire acondicionado. Horas antes Julián se había explayado largamente hablando del control que las autoridades ejercían sobre los occidentales residentes en China. Según él, el Partido era omnisciente, conocía los títulos de sus librerías y el contenido de armarios y cajones; sabía la talla de los sostenes de las mujeres y el color de los calzoncillos de los maridos. La administración de los edificios tenía llave maestra para entrar en cualquier vivienda que se le antojara. Todas las mujeres de la limpieza eran espías informantes, al igual que los conserjes y empleados de los condominios. «Eyes and Ears of the Dragon», les llamaban, y respondían a las siglas BJCYZ, solo en Chaoyang Park se calculaba que había unos 120.000 de estos agentes, un servicio de Inteligencia paralelo.

Al margen de los aires conspirativos del becario, la teoría se sustentaba en una base real y era de sobras conocida por los servicios de inteligencia del mundo entero. Aquellos respiraderos resultaban idóneos para esconder micrófonos. Gilda no estaba dispuesta a correr riesgos innecesarios; sacó libreta y lápiz y garrapateó tres palabras para su anfitriona.

Berta Montoya las leyó antes de posar la bandeja sobre la mesa. Asintió sin mostrar sorpresa alguna; o ya se le había ocurrido que la espiaban o tenía un gran control sobre sí misma. Tal vez ambas cosas.

Sirvió el té. Sus gestos eran de una parquedad notoria. Como si no deseara desvelarse, ni siquiera en el desplazamiento más banal. No hacía falta mucho estudio para aventurar un diagnóstico. Muy introvertida. Personalidad hermética, reservada.

El aroma de la infusión era agradable y cítrico. Bebieron despacio, a sorbos cortos que alternaron con algunas frases de cortesía. Tras el breve ritual, Gilda se presentó formalmente como psicóloga enviada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España. El suyo fue un discurso oficial, que la «paciente» escuchó con rostro inescrutable. Estaba sentada en una silla

recta, las piernas juntas, las manos cruzadas sobre el regazo.

—¿Cómo se encuentra, señora Montoya?

—Razonablemente bien, gracias.

—¿Sufre de ansiedad?

—No.

—¿Dificultades para conciliar el sueño?

—Un poco. Duermo de manera algo fragmentada.

—¿Toma alguna medicación?

—Prefiero no hacerlo.

—¿Cuántas horas consigue descansar?

—Entre seis y ocho.

La sesión siguió, sin variaciones de tono o contenido, unos minutos más.

«Estará hecha polvo», había dicho Peláez Vidal. Falsa profecía. Ni deprimida ni desintegrada en modo alguno. La esposa del desaparecido no necesitaba psicólogos de soporte; contaba con recursos propios para afrontar su dolor. Fuera mucho o poco, hondo o superficial. Difícil saberlo.

Acordaron salir a dar un paseo.

Bajaron los treinta pisos. La figura austera de Berta Montoya semejaba un despropósito en el escenario enloquecido del hall. Ella debió adivinarle el pensamiento porque le facilitó una explicación antes de empujar la puerta rotatoria de salida.

—La vivienda la proporciona la empresa de Max.

Frente al edificio había una camioneta llena de pequeñas macetas con flores multicolor. Una cuadrilla de empleados componía un intrincado dibujo sobre un parterre en cuyo centro borboteaba una fuente. No cavaban ni trasplantaban, se limitaban a colocar las macetas de plástico sobre la tierra, tal cual. Poco iban a durar aquellas flores.

—Pondrán otras. Aquí todo es efímero, sustituible.

Segunda vez que le interceptaba el pensamiento. Introvertida, pero no ensimismada. Al contrario, era observadora y perspicaz. Nada que ver con la imagen que su hija le había transmitido, y tampoco era una simple ama de casa, como apuntó Peláez Vidal. No resultaría fácil engañarla, su actuación como investigadora tendría que ser convincente.

Atravesaron un mar de bicicletas aparcadas tras los edificios. Y esquivaron a la centuria romana saliendo del condominio por una puerta trasera y sin vigilancia ubicada al fondo del jardín. Del otro lado de la avenida estaba Chaoyang Park, el gran pulmón de Pekín. Entraron por un

acceso secundario que daba a una zona acotada, independiente del cuerpo central del parque.

El espacio ajardinado descendía en suave pendiente hasta desembocar en un lago elíptico bordeado por un camino de tierra. Aquí y allí emergían algunas fantasías decorativas. Bustos de ilustres revolucionarios, balaustradas con leones de piedra, rincones rocosos. La visibilidad era escasa, una gasa ahumada lo envolvía todo. Al otro lado del gran estanque se medio adivinaban las siluetas espectrales de unos rascacielos en construcción, punteados por un bosque de grúas. El sol de la tarde flotaba por encima de la obra como un pequeño balón, rojo y distante.

El agua tenía color marrón verdoso y una consistencia espesa. En ella danzaban toda clase de porquerías inorgánicas más algunos peces muertos panza arriba. El pálido reflejo de los rascacielos y de sus grúas gigantesas parpadeaba entre la suciedad. De la superficie líquida se desprendía un leve olor a fango y descomposición.

Era un atardecer caluroso y seco pero el paseo estaba sombreado por enormes sauces llorones. De vez en cuando se levantaba un poco de brisa, la lianas de los árboles levitaban y se enredaban. Apenas había gente, el ruido de tráfico de la ciudad llegaba como un siseo, remoto y constante.

Berta Montoya entró directamente en materia. Una narración somera, sin explicaciones tangenciales.

El día de la desaparición había transcurrido de modo rutinario. Ella y su marido desayunaron juntos. A las siete sonó el zumbador del portero automático. Chen, el chófer, esperaba abajo. Despidió a Max en la puerta del piso. Vestía un traje beis de algodón ligero y no llevaba maletín, durante la semana solía dejar el ordenador en la oficina. Media hora más tarde recibió un wechat —equivalente chino del wasap— de él. Ese día cenaría con clientes, llegaría tarde. Sucedió a menudo. No tuvo más noticias a lo largo del día, tampoco eso era insólito. La pareja no compartía dormitorio. Berta Montoya se acostó temprano y durmió de un tirón. Por la mañana fue a la cocina para preparar el desayuno. Entonces cayó en la cuenta de que el piso estaba en silencio. Normalmente oía el sonido de la ducha, pasos, puertas. Fue al dormitorio de su marido, descubrió la cama sin deshacer.

Llamó a su teléfono, le saltó el contestador. Le envió un mensaje via wechat, no obtuvo respuesta. Telefonó a las oficinas de ENPREV, aún no habían abierto. A las siete sonó el timbre de abajo. Chen llegaba a la hora acostumbrada. Bajó a su encuentro. Hablaron, medio en chino medio en inglés

consiguieron entenderse. La mañana anterior él y mister Max habían encontrado un atasco de mucha consideración en Tiananmén. Su marido había decidido continuar el viaje en metro, pero antes le había dicho que aquel día ya no lo necesitaría.

Volvió a llamar a la oficina. Esta vez la atendió Tiantian, secretaria de dirección. El día anterior monsieur Max no había aparecido por la oficina en todo el día. No había avisado ni mandado recado.

—¿Por qué no dio la voz de alarma la secretaria?

La pregunta era de rigor. Se habían perdido veinticuatro horas preciosas.

—Habló de un potencial viaje imprevisto, problemas de comunicación entre los distintos departamentos. Vaguedades. Una explicación posible es que los chinos no se meten en asuntos ajenos, mucho menos si hay occidentales de por medio.

No había indignación en la voz de Berta Montoya. Su tono era resignado.

—¿La conoce personalmente?

—Creo haberla visto una vez. Pero hemos hablado por teléfono otras, en francés, lo domina bien.

Berta Montoya viraba en un sendero preciso, rozaba plantas que le eran familiares. Seguían un trayecto automatizado, aquel paseo debía de ser una rutina de su vida.

—Comprendí que había pasado algo grave. Max jamás se hubiera ausentado un día entero de la oficina sin antes avisar. Entonces le pedí a Chen que me llevara directamente al consulado español.

Su paso era elástico, deportivo. A duras penas podía seguirla, y menos mal que no tenía piernas largas. Gilda no sentía una especial simpatía por los deportistas y además le seguían apretando los zapatos. Señaló un banco cercano, se aposentó sin aguardar respuesta.

—¿Le importa si nos sentamos?

—Perdone, usted debe estar cansada del viaje.

—Un poco. Por favor, prosiga.

—Vino la policía, nos condujeron hasta la Comisaría Central. Les dije lo que sabía.

—¿Con quién trató?

—Había tres agentes uniformados, dos hombres y una mujer. La mujer hablaba inglés y dirigió la conversación. Al poco rato se sumó un hombre. Vestía de civil pero debía tener más rango porque asumió el mando absoluto. Su español era impecable. Gilda asintió. Tenía sentido. La mujer era de la

policía, el hombre, de los servicios de inteligencia, el MSS.

—Hábleme de Chen.

—Un joven agradable, servicial. Tiene coche propio y trabaja como independiente. Colabora con una empresa que ofrece vehículos con chófer. Así es como le conocimos. ENPREV tiene suscripción con esa empresa. Sus ejecutivos pueden utilizar el servicio siempre que lo deseen.

—En ese caso los chóferes serían aleatorios.

—Sí. Pero Max pidió que se le adjudicara a Chen de modo permanente.

—¿Alguna razón especial?

—Conduce con prudencia. Y no fuma, su coche no está impregnado de humo.

—¿Con qué frecuencia lo utilizaba?

—Cada mañana, para ir a la oficina. Por las tardes, con flexibilidad. Si hay cenas de negocios prefiere regresar en taxi, no le gusta tener a un chófer esperando en la puerta del restaurante. Algunas veces también le llama al margen de la empresa. Para ir a jugar al golf fuera de la ciudad con sus amigos. O para que nos lleve al aeropuerto, o simplemente de paseo. Chen casi siempre está disponible, basta con mandarle un mensaje pocas horas antes. Max le tiene simpatía.

Rectificaba constantemente los tiempos verbales para hablar de su marido en presente. Y no perdía la compostura. En ningún momento se le quebró la voz, ni perdió el control de sus emociones. Un esfuerzo notable. Gilda buscó signos de agotamiento en ella. Apenas cierto velo apagado en la mirada, un desmayo en las mejillas.

—¿Quiere que lo dejemos por hoy?

—Me siento bien, gracias.

Pero no estaba cómoda, instalada en el borde del banco, rígida, lista para ponerse en pie. El movimiento debía resultarle tranquilizador. Había que seguir paseando. Gilda se levantó, la siguió al instante.

Caía la tarde. Pasaron frente a dos abuelas que jugaban con sus nietos sobre un parterre medio baldío, con parches de hierba parda y reseca. Levantaron los brazos de los niños para que saludaran a las extranjeras. Contestaron al gesto con sonrisas, difícil resistirse a unos niños tan

encantadores. A decir de Zurbano, también aquellas abuelas dulces y aparentemente ociosas —y Pekín estaba lleno de ellas— eran BJCYZQZ, espías del Partido, encargadas de pasar el correspondiente parte de barrios y vecindarios. Espionaje clásico, por decirlo de alguna manera; los servicios secretos chinos usaban tácticas obsoletas. Un secreto a voces.

—¿Notó algún cambio en su marido en los últimos tiempos?

—Estaba de excelente humor. Había empezado a dirigir un máster en la Universidad de Pekín. Como profesor invitado. La idea le ilusionaba, siempre le ha gustado la enseñanza.

La siguiente cuestión era delicada pero Gilda prefirió no recurrir a subterfugios. No con la señora Montoya.

—¿Le considera capaz de pasar información sensible a terceros?

La negativa fue instantánea. Y rotunda.

—Max nunca se ha interesado por asuntos ideológicos o políticos.

—¿Y por dinero?

—Menos aún. No somos codiciosos.

Se incluyó en la segunda parte de la respuesta. Interesante. Seguramente cierto. Pero omitía algo fundamental, implícito en las dos preguntas anteriores. Porque no era de recibo que Max Montoya dispusiera de información sensible. Esperó unos segundos, para darle tiempo a rellenar el hueco. No lo hizo, tomó ella la iniciativa.

—¿Cree que su marido pudiera haber tenido acceso a información sensible?

Por primera vez la vio dudar, preparar sus palabras.

—Resulta difícil saber qué criterios rigen para calificar una información como «sensible». Las empresas extranjeras que se instalan en China suelen organizar *training* jurídico para sus empleados. Porque las leyes del país son complejas y a menudo tienen fronteras imprecisas. Se ha dado el caso de extranjeros que las infringen sin ser conscientes de ello. Tengo la impresión de que lo mismo se podría aplicar a la «información sensible»

Un razonamiento impecable. ¿Se habría metido Max Montoya en un lío sin darse cuenta? Era una hipótesis realista, también atractiva. Pero de inmediato detuvo el flujo especulativo para recordarse que solo representaba un papel. Irrelevante todo. Operación Peonía, con ella de florero. No habría investigación y, dada la opacidad que se gastaban los chinos, jamás se sabría lo sucedido. Irritante, a Gilda le fastidiaban los acertijos sin resolver.

Llegaron a un pequeño templete. Tenía una bonita puerta lacada en rojo y

verde, techos de pagoda. Y un patio abierto, con porche de madera y pequeñas estatuas de dragones pueriles que rugían por las esquinas. Media docena de personas de edad avanzada practicaban taichí con espada en su plazoleta central. Y de súbito la tarde se ralentizó para emprender un ritmo más pausado, acompasado con el de los mayores. La narración había quedado en el aire y Gilda tuvo una extraña sensación de vacío, de momento suspendido. Pensó que se debía a su estado físico y mental, al *jet lag*, pero también Berta Montoya estaba abstraída. Se había detenido frente a uno de los dragones; contemplaba sus ojos saltones, la lengua de fuego que caracoleaba y se ramificaba formando pequeñas llamas puntiagudas.

Pasaron unos segundos antes de que volviera a hablar.

—En Pekín apenas existe el crimen. Tampoco hay secuestros exprés ni violencia xenófoba.

Calló de nuevo, levantó una mano y la posó sobre la cabeza del dragón. Luego volvió sus ojos hacia Gilda.

—Señora Leyva, usted está mejor enterada que yo. Aquí no sucede nada que no sepan, o controlen, las autoridades chinas.

Tras decir estas palabras, se dio la vuelta y emprendió el camino de vuelta a casa con pasos de autómata. El templete, más en concreto, aquel dragón preciso, era el destino final de su trayecto cotidiano.

Había representado bien su papel, suficiente para el primer día. Estaba rendida. Necesitaba llegar al hotel y dormir, pero la curiosidad pudo más que el cansancio. No quiso irse sin antes echar un vistazo a la habitación del desaparecido.

Pactaron una visita sin palabras. Y se descalzó antes de entrar en el piso, seguía sin descartar la presencia de micrófonos.

El dormitorio de Max Montoya era amplio, tan desangelado como el salón. Un armario de pared a pared, una cama king size, las mesitas de noche. Otro respiradero cerca del techo. Un intenso olor a bergamota la recibió en cuanto abrió la puerta corredera del armario. Anticipó un vestuario de hombre vanidoso. Y llevaba razón, con una salvedad, y es que el ingeniero era un presumido cartesiano. Nada de fantasías. Zapatos clásicos, camisas impolutas, casi todas iguales. Una veintena de trajes en diversos colores y materiales, para las cuatro estaciones del año. Gama de grises para los de invierno y otoño, cachemiras y lanas; algo más de color, pero suave, para los algodones y linos de primavera y verano. Tras la inspección, se dio cuenta de que el corte de los trajes era idéntico, clavado al único original que colgaba en la primera

percha: un Pierre Cardin intemporal (*Made in France*). Sorprendente, debían ser copycats. Y además llevaban todos la etiqueta de un mismo sastre. Salvo la palabra *taylor* y un nombre —Wu Wang— el resto estaba escrito en caracteres chinos.

La ropa casual resultaba algo más atrevida. Rojos y verdes suaves para la sección golfera, calzado deportivo inglés. Muchas gorras. Recordó que el desaparecido llevaba la cabeza afeitada como un huevo. Ni un pelo, salvo las patillas: largas, bien delimitadas. Coquetas, había que pasarse un rato frente al espejo para conseguir un dibujo tan preciso.

Los cajones para la ropa interior estaban compartimentados y ordenados a la perfección. Por temas: calcetines, corbatas, calzoncillos. Joyas: relojes, gemelos. Había una exagerada simetría en la organización y en el modo prolijo en que las prendas menudas estaban plegadas. Algo más que método: neurosis. En el baño, adosado al dormitorio, prevalecía el mismo orden. Las distancias entre los diversos objetos eran siempre las mismas, una precisión absurda. *After shave* y colonia a juego —Korrés, ah, Grecia la perseguía—, de ahí el aroma a bergamota que impregnaba todas las pertenencias del desaparecido.

Cremas para la cara, cremas para el contorno de los ojos, lociones para el cuerpo, para los pies. Y luego, pinzas para depilar, tijeritas, espejos con efecto ampliador. Además de neurótico, Max Montoya era un pavo real. Y el pavo real despliega su cola para impresionar a las hembras. Le vinieron a la mente los comadros de Julián; las muchachas chinas patrullaban, el coto de caza *expat* era una cantera inagotable. Y los varones occidentales, sobre todo los maduros, picaban con gran facilidad.

Echó un vistazo al botiquín aun a sabiendas de que no iba a encontrar nada; los maridos no suelen guardar los condones en el domicilio conyugal. Tampoco en los cajones de las mesitas de noche, que revisó uno por uno. Dos libros de golf, unas gafas de lectura. Neutralidad absoluta.

Se tumbó un momento en la cama, era cómoda. Cerró los ojos, se quedó en blanco durante un breve lapso de tiempo. Quizá fueran cuarenta segundos, no más, pero suficientes para restablecer algún circuito cerebral. Se levantó con una idea fija. Abrió el armario, sacó uno de los trajes y lo desplegó sobre la cama, cerca de la luz. Fotografió la etiqueta con el nombre y lo que supuso que sería la dirección del sastre. Devolvió el traje a su lugar y abandonó el territorio masculino.

Frente a la habitación de Max Montoya había una puerta ajustada, pensó que daría al cuarto de Berta Montoya. La empujó, acertaba.

Otro universo, mucho más expresivo. En un rincón había una cama estrecha y simple, un canapé, el resto del espacio estaba casi enteramente ocupado por una gran mesa de trabajo. De hecho, un tablón enorme sostenido por varios caballetes y con cuatro espacios de trabajo, uno por cada costado. Muchos libros, en la mesa, en el suelo. Rollos de papel de seda, pinceles, tinteros; un par de caligrafías a medio hacer. El ordenador, cuartillas, libretas, ejercicios de chino; diccionarios en varios idiomas. Objetos étnicos, artesanías. Todo ello en aparente desorden, esa suerte de mezcla acogedora y estimulante que caracteriza la mesa del artista o del estudioso, o de quien tiene pasiones y proyectos personales. Bajo la apariencia átona de la señora Montoya se escondía una mujer intensa.

Una fotografía apoyada al desgaire en el pie de una lámpara llamó su atención. En blanco y negro, mostraba a un ramillete de mujeres chinas montadas en bicicleta. Vestían con sencillez, al estilo campesino: pantalones bombachos, camisas mao, sombrero cónico tradicional. Tras ellas había unas casas antiguas, de madera; un pueblo con solera. Más al fondo, terrazas con arrozales descendían hacia un valle abismal. El blanco y negro de la imagen la desorientó, creyó que sería una instantánea antigua, luego reparó en que las mujeres llevaban gafas de sol actuales. Todas sonreían, la fotografía transmitía amistad, complicidad femenina.

De pronto se sintió observada. Levantó los ojos, Berta Montoya la estudiaba en silencio desde el dintel de la puerta.

Las miradas de las dos mujeres se cruzaron, era inevitable que hubiera una ponderación mutua. Y entonces Gilda percibió un cambio, sutil, no comprobable con hechos objetivos. Su anfitriona no movió un músculo; ni un solo gesto o expresión delató que desaprobaba la inspección de su mundo privado. Sin embargo, la mutación estaba allí, tan real como si se materializara frente a sus ojos. Un retraimiento feroz; las escotillas se cerraron, lenta pero inexorablemente. Luego, Berta Montoya entró en modo de alerta. Máxima alerta.

Afuera, el sol empezó a hundirse tras el *skyline* pekinés. Durante largos segundos fue una brasa agónica naufragando en una gran extensión de cenizas. Los cielos se tiñeron de un color rosáceo, degradado. Y una luz turbia invadió el cuarto.

La agente Leyva sintió un leve estremecimiento en la columna. Le siguió un hormigueo de excitación que si no era de orden sexual se le acercaba mucho. Un llamado irresistible que reconoció de inmediato. Su alma de sabueso

acababa de despertar.

Abrió los ojos, segura de que serían las seis de la mañana. Salió de la cama, se impuso la cruda realidad. El reloj marcaba las 00:35, había dormido unos cuarenta minutos.

Fue en busca de un hipnótico. Lo tomó acostada, estaba diseñado para fulminar *in situ*.

Siguiente fase, pensamientos positivos. Confort razonable, la nueva colchoneta de espuma bajo la sábana cumplía; buena gestión de Zurbano. Habían cenado juntos en un antro infame del barrio. Comieron apaños de textura huidiza y sin formas concretas, una difícil pesca con los palillos. El ambiente era bullicioso, muy jovial. Tras beber cuatro cervezas tibias el becario se puso locuaz. Habló de Burgos, de su familia; hijo, nieto, biznieto de militares. Debía haberlo imaginado, se lo habían puesto de sombra, su padre sería compinche de Peláez Vidal. Aunque con semejante perfil —el becario era un bienaventurado— de poco les serviría como espía. Cero en psicología, los del CNI. Hilarante. La risa murió en el embozo de la sábana. Menudo sarcasmo. Vivía acechada por informantes de todo pelaje y condición. Horas antes, cuando recuperaba sus zapatos en el rellano del Esmerald Gardens, la puerta del piso de enfrente se había entreabierto. Asomó una Nike diminuta que arañó el suelo. Un metro más arriba, los ojos de la vecina insolente la contemplaban con descaro. Otra chica Bond. Pues vaya. El 007 contractual no le levantaba un pelo. Palidez, pescado hervido. Los pensamientos se deshilachaban, señal de que llegaba el sueño. No conducirlos por sendas racionales. *Surtout pas*. Rubios, quita. Mejor morenos. La piel recia y aterciopelada de Vassilis. Un cosquilleo en el pezón izquierdo, για τον έρωτα. Olor a mar, macho cabrío. Sal en la lengua. Senda prohibida, *fuck off*. Los chinos tenían fama de chismosos. El perro era un chismoso. No el perro, la vecina. Julián Zurbano, alma extraviada. Berta Montoya, un enigma. El ingeniero Montoya en el metro. La secretaria, una irresponsable. Tiempo, alguien quería ganar tiempo. Para borrar huellas. Hacer desaparecer un cadáver. ¿Dónde estaba el ingeniero presumido? Plumas de pavo real; verde, azul irisado. La leve bocanada de reflujo le devolvió una gota de whisky a la boca. Malta, roble, humo. Y una última pregunta urgente, perentoria: ¿En qué tienda se compraban las Nike para caniches?

Pekín, 30 de septiembre

Para ser psicóloga, era francamente inconexa. Primero fueron los recaditos dispersos, que si la colchoneta de espuma, una lámpara de minero, la tarjeta de móvil chino. Más un mapa gigante —¿por qué gigante?— de Pekín en *pinyin*, alfabeto latino. Luego le salió con que a la mañana siguiente quería ir a la Muralla, ya tenía elegido hasta el chófer.

Mientras cenaban —cómo se puso la blusa, debía buscarle un tenedor plegable para el bolso— le alargó una tarjeta con el teléfono de un tal Chen. Marcó el número con la secreta esperanza de que no estuviera disponible. Pero lo estaba y además era uno de esos chinos entusiastas. Lo reconoció por la voz; nativos con ganas de complacer a los occidentales.

Y esta era la situación contractual: las siete de la mañana y saliendo de la ciudad a paso de caravana en el desierto. A él se le descoyuntaba la boca de tanto bostezo. Ella, en cambio, se hallaba en plena forma; totalmente despierta, observaba el panorama circundante con gran interés.

—Primorosas. Cutis de porcelana.

¿De qué demonios estaba hablando? Había apartado la vista del exterior para fijarse en él. Le miraba sin pestañear; la cabeza ladeada, los ojillos bullendo de curiosidad, una sonrisa alentadora en los labios. Y de súbito comprendió, si sería cotilla...

Suspiró de puertas para adentro. La materia daba para mucho, pronto se halló contándole sus aventuras y desventuras, más de lo último, amorosas. Y la cosa no paró ahí, luego siguió con una enumeración de los romances y adulterios híbridos —hispano-sinos— de media colonia española. Todo ello sazonado con detalles muy concretos sobre el embajador y su amante nativa. El ligue en cuestión decía ser escritora pero todos la sospechaban espía del *establishment*. Menos el diplomático, que la creía enamorada hasta las cachas (a ella y a unas cuantas más, su excelencia tenía muy alta opinión de sí mismo).

—Una *honey trap*.

—¿Perdón?

—Agentes secretos. Utilizan el sexo para extraer información a sus víctimas. Los hay también en versión masculina. Caramba con la dama. A

saber de dónde habría sacado el dato.

—Me gustan las novelas de espías —se apresuró a notificarle, con voz casi contrita.

Irrefutable. Las de espías, y las de chismes. Y resultaba una oyente muy agradecida. Crujió de júbilo cuando le aseguró que el responsable de Cultura hacía honor a su nombre: Morros. Y lanzó una carcajada tras otra —risas de taberna, contagiosas— al escuchar las peripecias del agregado militar. El caballero en cuestión no hablaba una palabra de inglés, ni de nada, por otra parte, y había desarrollado una obsesión enfermiza por el golf. Su conversación estaba salpicada de expresiones tales como *handicap*, *holes* y *par one* (jandicap, joles, parone) y vivía sus días encadenando hoyos. Se había ganado el apodo de Picharrún, *pitch-and-run* en versión española.

Hicieron un primer alto para visitar un taller artesanal que les quedaba de camino. El *cloisonné*, piezas de cobre con aplicaciones de esmalte, era un arte cursi y pasado de moda muy indicado para señoras de mediana edad. A Gilda le encantaría y Julián se había empeñado en hacerla feliz. Las razones de tan noble causa resultaban oscuras, ni él mismo alcanzaba a dilucidarlas. Su protegida había pulsado alguna fibra subconsciente, despertado sus impulsos de *boy scout*. Quizá, se dijo, la incontinencia verbal que sufría cuando estaba con ella formaba parte de este reblandecimiento clínico. Era un hecho que hablaba de más, que cometía indiscreciones. En fin, daba igual. Estaban en Pekín, que no en Burgos; que saliera el sol por Antequera.

El recorrido del taller no tenía mayores complicaciones; proceso y espacios se sucedían de manera consecutiva, como vagones de tren. La casualidad hizo que Julián supiera bastante de la materia. Había visitado el lugar con su madre hacía pocos meses, aún conservaba fresco el discurso que le había soltado.

—El *cloisonné* es una técnica artesanal muy antigua que los chinos elevaron a categoría artística. Las expediciones que transitaban por la Ruta de la Seda incluían siempre objetos de *cloisonné* entre sus artículos. Alcanzaban precios exorbitantes en los mercados de Occidente...

Gilda le escuchaba a medias en tanto analizaba cuestiones más prioritarias. Picharrún era, sin lugar a dudas, el terminal español del CNI en China. Agregados militares de las embajadas = informantes, un automatismo. El detalle no tendría la menor relevancia de no ser porque el militar jugaba al golf, al igual que Max Montoya. Y el golf generaba endogamia ayuda. ¿Cuántos españoles lo practicaban en Pekín? Los dos hombres forzosamente tenían que

haber coincidido. Peláez Vidal se lo había callado, ¿por qué? De nuevo sintió un malestar indeterminado; un leve, pero definitivo, olor a chamusquina.

El estruendo de un parloteo interrumpió sus reflexiones. Una bandada de turistas nacionales acababa de entrar en la habitación. Eran adultos de aspecto campesino: menudos, enjutos, de piel morena y manos rugosas. Vestían de forma modesta y se expresaban con alegría infantil, la visita parecía deleitarlos. Operaban como masa uniforme, salvando una excepción. Destacaba un hombre; más alto que los demás, llevaba una camisa blanca metida en un pantalón negro poco llamativo. Lo excepcional eran sus zapatos. Gilda, experta en la materia, los escaneó al instante. Alta calidad. Es más, por unos momentos pensó que serían unos *castellanos*. Descartó la idea, imposible que un chino de provincias pisara con calzado confeccionado en el barrio de Salamanca. Sea como fuere, se trataba de un varón notable. Sus ojos se encontraron durante unos segundos y no le rehuyó la colisión. Autoridad, astucia, aquella mirada había perdido la inocencia largo tiempo atrás. Nada que ver con el rebaño, quizá fuera el guía que los dirigía, o un líder local.

Al finalizar la visita pasaron a la tienda del taller, allí los esperaba su chófer departiendo cordialmente con una de las empleadas. Habrían llegado a algún entendimiento con comisión de por medio porque, en cuanto pusieron los pies en el lugar, Chen se pegó a ellos y los llevó de *tour* por la tienda, con la clara y aviesa intención de hacerles gastar. O, mejor dicho, hacer gastar a la señora del pelo rojo, porque ya se veía que con el estudiante más joven, obvio asistente de la señora, no tenía nada que rascar.

En las estanterías y vitrinas se exponían decenas de objetos. En su mayoría herían los ojos, estaban cargados de dorados y colorines, pecaban de una exagerada opulencia. Gilda tenía criterios estéticos muy flexibles, y el buen o mal gusto la traía por completo al fresco. Ahora bien, tan olímpico desinterés no se extendía a su cuenta corriente. Ella valoraba el dinero como es debido, y los precios de aquella horterada ancestral no parecían haber hecho más que subir desde los tiempos de las expediciones de la Ruta de la Seda. Que ni loca, vaya.

Tras rechazar, una tras otra, las piezas que Chen le proponía —iban de más cara a menos cara—, acabaron recalando en el rincón de los saldos, una esquina donde se amontonaba el minizoo del zodiaco chino. Eran bestezuelas pequeñas, de acabados toscos, aun así valían el equivalente a veinte euros cada una. El chófer la miraba con expectación y, en cierto modo, existe algo llamado peaje del turista. Gilda ya estaba resignada a sacar la cartera cuando

de la manera más inesperada recibieron una visita. Se trataba del director del taller, lo identificaron por la chapa colgada de su americana; *Mister Sun, chairman*, rezaba. Llevaba una caja plana de tamaño medio bellamente embalada en las manos y se detuvo a pocos pasos de ellos. Hizo una reverencia formal destinada a la señora del grupo, acto seguido largó una perorata.

Fue una alocución copiosa y florida que dejó al terceto paralizado por la sorpresa. Y muy en especial a Julián. En honor a la verdad, pilló el significado del torrente lírico solo a cachos, pero captó la sustancia básica, que transmitió a Gilda con voz atónita.

—La casa le ofrece un obsequio.

—¿Por qué?

Buena pregunta, de la que ignoraba la respuesta. Disparó a ciegas.

—Aman España. Desean que guarde usted un recuerdo inolvidable de la visita.

—¿Cómo saben que soy española?

Otra buena pregunta que iba a quedar sin respuesta.

—Nos habrán oído hablar.

—Pregúntale.

—Mejor no. A ver si la liamos.

El *chairman*, entretanto, empezaba a mostrar signos de fatiga en los brazos; la caja debía pesar lo suyo.

—No acepto regalos de desconocidos. Traduce.

Al becario se le heló la sangre en las venas.

—Ni sueñe con rechazarlo. Sería considerado una grave ofensa. Cójalo, se lo ruego; se lo imploro.

Su terror resultaba cómico, no tenía sentido hacerle sufrir más de lo conveniente. Y la curiosidad contaba, Gilda quería ver qué le ofrecía el destino ¿bombones?, le gustaban rellenos de licor. Asintió. Julián suspiró, aliviado.

—Muy bien. Ahora reciba la caja con las dos manos, ¡con las dos manos! Busque la etiqueta que lleva el precio, debe estar en algún lugar visible.

En efecto, lo estaba, y marcaba 1.999 yuanes. Qué barbaridad. El becario contuvo un respingo de sobresalto; con el tiempo había aprendido a desconfiar de la generosidad china.

—Sonría. No como hiena. Con dulzura, mire que son 250 euros al

cambio. Y diga algo que se interprete como agradecimiento. No. No abra el regalo aquí. Luego, más tarde, cosas del protocolo.

Impartía las instrucciones como ventríloquo. Hablaba entre dientes y lucía una mueca congelada. Su miedo era esclarecedor, pensó Gilda. Pobre Julián, el coste del obsequio le había causado una conmoción; improbable que fueran bombones, ni rellenos de oro líquido. Pronto saldrían de dudas. Ciertamente era inaudito recibir un obsequio de semejante precio, así por las buenas.

Ya estaba en posesión del paquete pero el *chairman* no parecía dispuesto a abandonarlos. Seguía con ellos, rebosante de solicitud. Una coyuntura algo embarazosa, habían quedado los cuatro en posición estática y tirando a pasmada. La entrada del grupo de campesinos en la tienda rompió el hechizo. Se dirigieron hacia el exterior escoltados en todo momento por mister Sun. Ofrecía té, caramelos y galletas que se iban materializando en manos de diversos empleados. Atenciones difíciles de eludir; fue un trayecto largo, plagado de ceremonias y paréntesis.

Poco antes de traspasar la puerta de salida, Gilda sintió una compresión en el cogote. No eran molestias cervicales sino un escrutinio ajeno. Se dio la vuelta de súbito para toparse, una vez más, con los ojos del tipo de la camisa blanca y los pantalones negros. Trató de retener sus facciones pero no lograba individualizar los rostros chinos. Se quedó con el distintivo de su calzado; costoso, fuera de lugar.

Al fin consiguieron abandonar la factoría y despegarse de su *chairman*. De camino al coche Chen dirigió una mirada de reproche a Zurbano. El estudiante no le había avisado que aquella señora era alguien de consideración, había que serlo para merecer semejante trato de preferencia. Y encima se había quedado sin su comisión, pero prevaleció su carácter optimista, decidió trasladar sus esperanzas a la propina.

De nuevo en ruta, Gilda desembaló el obsequio. Tras varias capas de lazos y papeles rutilantes apareció un plato grande, ligeramente convexo, de ornamentación muy elaborada. Una serpiente se enroscaba sobre un fondo de agua y juncos. Su cuerpo seguía el perímetro de la circunferencia, y la cabeza, erguida, ocupaba el centro. Los ojos del reptil se salían del plato para desafiar a cualquiera que se le pusiera enfrente. Gilda los contempló con expresión pensativa.

—¿Regalan los chinos cosas tan caras así como así?

Julián, que seguía atónito, ahuyentó su desconcierto con una broma boba.

—Qué va. Habrá hecho usted una conquista.

—No creo. Aquí no molan las tetas grandes.

Fue un desliz, un susurro para consumo propio, pero el becario tenía el oído afinado. Parpadeó con asombro; las señoras desvalidas y regordetas mediana edad no utilizan lenguaje de camionero. Tampoco la voz semejaba la de su protegida, como si hubiera hablado un *alien* borde agazapado dentro de la psicóloga. Apartó la inquietud, lo escuchado sería algún ruido inusual del motor del coche. O una alucinación sonora, fruto de la resaca, un día de estos tendría que plantearse lo de la bebida.

Gilda le sacó de sus disquisiciones.

—¿Tiene algún significado este dibujo?

—No sé. Pero en la tradición china la serpiente simboliza la prudencia aunada a la sabiduría.

—Ya.

Lo dijo de un modo curioso, como si hubiera hallado respuesta a un acertijo que le rondara por la cabeza. Y a él le volvió el desasosiego, su dilecta se estaba comportando de manera impredecible.

Prudencia combinada con sabiduría, reflexionaba entretanto la excéntrica dama. Conque era eso, un mensaje con advertencia. No te metas en líos, decía. ¿De dónde procedía el aviso? Apenas tuvo tiempo de especular, habían llegado al parking que había al pie de la Gran Muralla. Gilda bajó del coche, levantó los ojos.

—Oh —murmuró. Y el resto pasó al olvido.

Lo que se cernía en las alturas no guardaba relación con una obra de arte o un monumento al uso. Otra cosa, otro concepto. Se le agolparon varios epítetos, todos excesivos, dramáticos, y es que cualquier definición debe, por principio, ajustarse al objeto definido. Una obra colosal de ingeniería enajenada, quizá fuera la expresión más acertada. En cualquier caso, ninguna fotografía, postal, o imagen del icono, la había preparado para enfrentarse a la realidad. Y le sucedió lo que a todo el mundo cuando visita por primera vez la Muralla: acogotamiento y mudez, seguidos por una aguda sensación de euforia.

Zurbano lanzó una mirada de soslayo a los zapatos de su acompañante. Le había pedido que se pusiera calzado cómodo; ni caso, ella seguía con sus tacones. No le daría cuatro pasos, y menos mal que habían elegido Mutianyu, tramo de Muralla restaurada, con logística para turistas.

Las colas para subirse a la cabina que los izaría eran tremendas, temió que se le echaría para atrás. También pensó que le daría vértigo la subida; imponían un poco, la velocidad y la altura. No fue así en ninguno de los

supuestos. Más bien al contrario, se le habían coloreado los mofletes y le centelleaba la mirada. Como si le hicieran una gracia inmensa las incomodidades de la excursión: los empujones y pisotones, las sacudidas de la cesta de subida y el ruidoso olor a multitud. Julián desechó sus anteriores zozobras, era gratificante verla disfrutar. La pobre mujer habría viajado poco o nada, aquella debía ser la experiencia más trepidante de su vida, y se la estaba proporcionando él. Emocionante.

Llegaron arriba. Tal y como había previsto, el suelo era demasiado irregular para los tacones de aguja que se había puesto. Pero la forzada inmovilidad no la frustró en absoluto. Se sentó, tan ancha y oronda, en lo alto de la escalera de la primera torre. Parecía perfectamente feliz.

—Vete a dar una vuelta —le dijo—. Yo de aquí no me muevo.

Julián tenía ganas de estirar las piernas y no se hizo rogar. Caminó dos metros, al instante fue engullido por la masa. Y es que en lo alto de la Muralla no cabía un alfiler más. Tal parecía que la multitud iba a rebasar las balaustradas para caer en el vacío, y estrellarse en los suelos boscosos que se extendían al pie del monumento. El aluvión humano avanzaba, lento pero imparable, formando una cinta que caracoleaba por el borde de la cordillera hasta donde alcanzaba la vista, al menos unos tres kilómetros. Familias enteras posaban para las consabidas fotos y *selfies*, charlaban y reían; respiraban juntos, se estrujaban los unos contra los otros.

El espectáculo cortaba el aliento y Gilda lo estudió con una mezcla de asombro y sobrecogimiento. Un colectivo vivaracho, el de la República Popular China. Avasallador, aun sin ser consciente de ello, por acumulación.

Se levantó para otear más allá de las almenas. A su alrededor se desplegaba un paisaje épico. Espacios inmensos, organizados en diversos planos. Renglones tras renglones de montañas, unas en tonos ocres y rojizos, otras sombrías y grisáceas. Cobijadas todas bajo un cielo altísimo, apto para satélites y otros pajarracos de presa.

Volvió a contemplar la inaudita avalancha de hombres y mujeres que la envolvía. Su mala reputación les perseguía de modo implacable. Se decía que eran crueles y poco compasivos, que no valoraban las virtudes del humanismo. Juicios establecidos desde un prisma occidental, sin tener en cuenta el pedigrí del país. Mil trescientos ochenta millones de almas, en su mayoría descendientes de la miseria y el hambre. Y ahora progresaban. Comían, sus hijos iban a la escuela; sabían leer y escribir, eran imbatibles en matemáticas. Visto desde la perspectiva adecuada —la de ellos—, si en el camino de este

progreso se extraviaban unas cuantas de estas almas, la pérdida carecía de relevancia. Porque cada uno de aquellos puntitos sería sustituido, en el acto, por miles de puntitos más. Lo que contaba era el éxito del conjunto y no el triunfo de las unidades. La ingente cantidad de habitantes de China determinaba una forma precisa de abordar el mundo. Y de organizarlo; sin una jerarquía fuerte y una población con predisposición a la obediencia, el estado colapsaría.

Había sido una experiencia ilustrativa y vigorizante. Incluso Zurbano, que solía arrastrarse por todas partes con astenia de adolescente, se había reanimado. Tenían hambre y se detuvieron en un enorme restaurante de carretera. Parecía más fábrica de producción seriada que no taberna; de hecho, un dispensador de comidas atestado de paseantes nacionales.

Chen quiso comer en una mesa aparte pero Gilda hizo que se sentara con ellos dos. Lo había estado observando a lo largo de la mañana. Entendía que Montoya lo hubiera elegido como chófer; por agravio comparativo, resultaba un conductor excelente. No aceleraba ni frenaba de súbito, no daba golpes bruscos de volante. Llevaba una medalla con el rostro de Mao colgada del espejo retrovisor y de vez en cuando le daba un toque afectuoso con la yema de los dedos. Él y Julián conversaron a trechos, y cuando el coche quedó varado en unas obras los vio compartir bromas, reír juntos. ¿Qué edad tendría? Semejaba joven aunque era difícil aventurar una aproximación con los chinos; no encanecían, apenas se arrugaban.

Al iniciar el viaje, Zurbano le había hecho saber que venían de España (captó la frase —*women laizi Xibanyá*—, primer capítulo del manual de mandarín), y su susto fue obvio y notorio. Pero la naturalidad y franqueza de su interlocutor lo tranquilizaron en pocos minutos.

Ahora lo tenía sentado enfrente, pudo examinarlo mejor. Un tipo de ojos avivados, cuerpo ligero, movedizo. Notó que la trataba con una cortesía rayana en la deferencia, lo sucedido en la factoría de *cloisonné* la había revalorizado, la creía importante. Bien. Muy oportuno. Con la ayuda de Julián le sometió a un interrogatorio suave ¿De dónde era originario? ¿Estaba casado? ¿Hijo o hija? Preguntas inocuas que podían interpretarse como el interés —natural— de una señora extranjera por toda clase de asuntos domésticos.

Estaba casado, por supuesto. Sus padres y los de su mujer eran del mismo pueblo de Yunnan, ahora residían con la pareja, en la capital. Seis adultos que se desvivían por un único hijo-nieto. El chico tenía diez años y era el orgullo

de la familia. Inteligente, buen estudiante, habían planeado grandes gestas para él. Sería economista y empresario de éxito, el país estaba necesitado de ambas cosas.

Las atenciones de la extranjera halagaban a Chen, y la idea de una propina sustanciosa añadió alas a su entusiasmo. No tardó en echar mano del móvil y desplegar una galería de imágenes, monográfico dedicado a su heredero. Ya fuera en casa o en el parque, acompañado por los abuelos o por la madre, el chaval posaba con gravedad de académico, como si comprendiera que sobre sus hombros descansaba la futura gloria de su linaje. Mantenía siempre los dos dedos en alto, esbozando la V de victoria, pero semejaba más bien abrumado por la responsabilidad que se le había venido encima. En un par de imágenes vestía uniforme escolar —traje azul marino, sombrero de paja, americana, corbata roja, escudos adheridos—, un disfraz etoniano que no contribuía a aligerarle de tanta responsabilidad.

Cuando, unas horas más tarde, Chen depositó a la pasajera en el hotel, su anterior optimismo quedó justificado. Recibió una propina muy generosa y la promesa de una futura utilización de sus servicios.

La jugada había sido calculada. Gilda estaba segura de que le necesitaría de nuevo, y más pronto que tarde. Para entonces le quería disponible, y receptivo.

Tras despedirse de él y de Zurbano, depositó el regalo en su habitación y volvió a salir del hotel. Había entrevisto un supermercado de nombre cascabelero —Jinkgelong— a un par de manzanas. La entrada era discreta, casi invisible, pero el interior estaba lleno de maravillas comestibles tan vistosas como incomprensibles. Se divirtió deambulando entre las estanterías y eligiendo fruslerías al azar. Desde allí mismo llamó a Berta Montoya, le dio su nuevo número de teléfono chino, quedaron en verse a la mañana siguiente.

Luego se enclaustró en la habitación.

Recapituló. A ciegas y con las manos atadas, este era el estado de la cuestión. Pensamiento transversal como única disyuntiva. Acumular datos sueltos, hipótesis, ideas descabelladas, prescindiendo de prejuicios y sin desechar nada de antemano. El cerebro se encargaría de asimilar y procesar. Trabajaría por su cuenta, en algún momento se haría la luz y pariría algo.

Desplegó el mapa gigante de Pekín y lo pegó a una de las paredes del cuarto. Se puso la lámpara de minero, estudió y memorizó la estructura básica de la ciudad. Urbanística racional, un centro abrazado por siete anillos elípticos que se iban agrandando conforme se alejaban en dirección a la

periferia. El trazo de las líneas de metro se adecuaba con lógica al diseño, y las grandes arterias de la ciudad añadían los puntos cardinales a su nomenclatura: Bei, Nan, Dong, Xi.

Chaoyang Park era la gran zona verde de referencia de la zona central. Ubicó con facilidad el lago por donde había paseado con Berta Montoya y, justo al lado de la puerta oeste, los rascacielos del Esmerald Gardens. La plaza Tiananmén quedaba a medio camino entre estos y las oficinas de ENVER, lugar de trabajo del ingeniero desaparecido. Según declaraciones de Chen, Max Montoya habría tomado el metro en el mismo Tiananmén, en la parada del mismo nombre, muy cerca de la Ciudad Prohibida. Para llegar a ENVER desde allí, había que tomar la línea 2 y luego hacer un par de transbordos.

El recuerdo del chófer le trajo un súbito flash, de la memoria visual emergió un nombre: St. John's School. Estaba inscrito en el escudo del uniforme de su heredero. Trató de introducir las palabras en el ordenador pero el servidor chino se negó a conectar con el buscador occidental. Activó el VPN y se montó en una de sus muchas alfombras mágicas; dos segundos después aterrizaba en Los Ángeles. Acceso concedido

La St. John's School tenía una web de acogida que abundaba en imágenes y explicaciones rimbombantes. Era un centro bilingüe internacional, con un alumnado mezcla de expatriados y ricos chinos. Aun con la hucha de cuatro abuelos juntos y la del salario de los dos progenitores, aquella escuela no estaba al alcance de una familia china de clase media. Alguien financiaba los estudios del chaval. ¿Los servicios secretos chinos? Absurdo que pagaran por lo que podían obtener gratis mediante una simple política de intimidación básica, por no hablar de la usual apelación al patriotismo (y el jovial Chen, con su medallita de Mao, era un patriota).

Se sirvió un segundo whisky y abrió una de las bolsas de chucherías al azar. Extrajo algo parecido a unas bolitas de carne seca, se metió un par en la boca. Fuego puro. Le vino a la mente el pequeño dragón del templo de Chaoyang, el que echaba llamas por la boca. Creyó ahogarse y trató de aplacar el incendio con más whisky, aunque el alcohol quizá no fuera tan buena idea. Lloraba a mares, un líquido acuoso empezó a resbalar nariz abajo. Al sonarse descubrió que entre las transparencias brillaban unas hebras de color negro. Ni en la Gran Muralla se había librado del *smog*, la gran plaga china.

Se levantó para ir en busca de papel higiénico. El *cloisonné* estaba sobre la cómoda, apoyado contra la pared. Los ojos de la serpiente la siguieron

hasta la puerta del baño y luego la repescaron al resurgir de él, rollo de papel en mano. Se pusiera donde se pusiera, la mirada del reptil la acechaba y perseguía. Un truco óptico conocido, y una ampliación del mensaje: te vigilamos siempre. Quien lo había mandado tenía un sentido del humor a la vez tortuoso y pueril.

Aun así, buenas noticias. La advertencia era reactiva, alguien había salido de la madriguera para responder a su desafío. Porque ir de paseo con Chen había sido una provocación premeditada. El chófer estaría bajo vigilancia, quizá él mismo fuera cómplice en la desaparición de Montoya, y de haber querido comportarse con cordura Gilda jamás lo hubiera llamado. Pero buscaba forzar los acontecimientos, precipitar «algo» con los escasos elementos que poseía, de otro modo su recorrido como investigadora sería muy corto, por no decir nulo.

Acalló una voz estridente, su Pepito Grillo particular. La sermoneaba de modo machacón. Se le había ordenado no investigar. Su papel de agente debía ser ficticio, pura fachada ante la familia Montoya. Se estaba metiendo en un berenjenal. Otra vez, *again and again*. Era incorregible. Sí. *And so what?* Rememoró los días de Atenas, las noches ebrias, el éxtasis anterior al cataclismo. Y sintió la misma puñalada de dolor físico, una quemadura en la piel. Vassilis. Igual hoy que hacía tres años, la llaga no había cicatrizado.

Tres años, un tercer whisky. La serpiente la contemplaba con ojos burlones. Bebió a su salud. Uno no escapa a su propia naturaleza, y su naturaleza la impelía a perseguir rastros y descifrar misterios. ¿Prudencia?, ¿aunada con sabiduría? Al cuerno con ello. *You only live once*.

Julián Zurbano cruzó el salón esquivando al nutrido grupo de calaveras que ya había iniciado la fiesta en el sofá y en el suelo de la casa. Entró en su habitación y cerró la puerta tras él. Estaba agobiado.

¿Era de veras una psicóloga Gilda Leyva? ¿Por qué los chinos le habían hecho un regalo de tanto valor? No se le había escapado el interrogatorio al que había sometido a Chen ¿Qué interés podía tener ella en aquel chófer?

Zumbó Skype, su progenitor. Quería reporte de cómo había ido el nuevo trabajo y qué le había parecido la psicóloga. Un sexto sentido le aconsejó ser prudente. Redujo las explicaciones al mínimo y a lo positivo. Todo perfecto. Oh, sí. Una señora mayor encantadora, habían ido al taller de *cloisoné* y a la Muralla. Mañana la acompañaría a Tiananmén y a la Ciudad Prohibida. Su padre, sin embargo, insistía en conocer más. Si había pasado todo el día con ella, si estaba contenta. Se lo sacó de encima con una excusa banal y regresó a

sus cavilaciones.

¿Y si Chen fuera el chófer de los Montoya? La idea le produjo una sacudida eléctrica, un peso en la boca del estómago. Pero el sempiterno estudiante de chino estaba muy fogueado en la técnica del avestruz y se sacudió la inquietud como el perro se libera de sus pulgas. Veía cosas que no existían. El alcohol, todo era culpa del alcohol. Tenía que dejar de beber, hoy mismo, ahora mismo. Hecho. Esta noche no saldría, se quedaría en casa.

Toc toc. Un rostro rubicundo, ya algo congestionado, asomó tras la puerta.

—Vamos a Sanlitun. Invita el chef del Migas. Tope comida y bebida, gratis, es su cumpleaños.

No hubo ni amago de lucha entre voluntad y conciencia. De la primera no tenía y la segunda ni siquiera intentó protestar, segura de que llevaba todas las de perder. Al cuerno con ello. *You only live once.*

Pekín, 1 de octubre

De nuevo le había hecho levantar al alba como quien dice. Para alargar el día, argumentó, las horas se acortan demasiado cuando uno amanece tarde. Así que a las 7:30 estaban felizmente atorados frente a la plaza Tiananmén, y el percance no la irritó en absoluto.

—Conque era esto —soltó, en tono de confirmación enigmática.

Zurbano trató de despejarse. Estaba embotado, aún borracho de la noche anterior. Miró la plaza y le entró el desánimo. Era una mañana tan horrible como cualquier otra, la densa cortina de *smog* oscurecía el aire y difuminaba el paisaje urbano. Más allá de los coches se adivinaba el inacabable rectángulo de cemento de la plaza, sus vasijas gigantescas construidas con miles de flores multicolor, y dos inmensas pantallas líquidas sobre las que se sucedían imágenes refulgentes de desfiles militares. Contra el cielo sucio ondeaban hileras de banderas rojas, y en el pavimento —impoluto— varios racimos de soldados iban y venían, marcando paso marcial. Gilda los observó con interés desapasionado.

—¿Cumplen alguna función?, ¿o son meramente decorativos?

El becario no lo tenía muy claro pero aventuró una hipótesis. Se trataría de una parafernalia programada para dejar pasmados a los innumerables visitantes de provincias que, después de divagar y embobarse en la plaza, pasaban a engrosar las largas colas de entrada a la Ciudad Prohibida. Miles y miles de campesinos tutelados por la descomunal fotografía de Mao Zedong que presidía la entrada a la antigua Ciudad Imperial. La imagen del líder no era fija. Los chinos, con la flexibilidad que da la astucia comercial, la iban adaptado a las necesidades del momento, de tal modo que el *chairman* había pasado por varias etapas —joven luchador, conductor de masas, estadista asentado— hasta mudar al abuelo levemente juvenil, benévolo y protector, que se exhibía ahora.

Seguían sin moverse, lo realista era aceptar que la situación se alargaría. Mejor apearse y seguir a pie, anunció Gilda, y correspondía a su asistente comunicar la deserción al taxista. Se pilló un cabreo monumental, no hacía falta entender chino para adivinar las maldiciones que les echó. Julián acabó por darle todo el dinero que llevaba en la cartera, en la suya, porque su dilecta

ya se había pirado; zigzagueaba —trepada a sus taconcitos— por entre los vehículos atascados.

Contrariamente a lo que le sucedió en la Muralla, Gilda no sintió ninguna conmoción frente a Tiananmén. Al natural, al igual que en imágenes, la plaza resultaba un mamotreto sin atenuantes. Su tamaño sobredimensionado confirmaba la fijación de China por el colosalismo. Una idea que venía reforzada por la atmósfera reinante. Aquel era un mundo de posholoceno cayendo ya de lleno en el antropoceno. Un mundo en el que la madre Naturaleza había sido definitivamente liquidada en favor del hormigón, del asfalto y el cemento.

Sin embargo, en el aire empañado había también alegría, buen humor. El toque humano se debía a las bandadas de provincianos eufóricos; centenares, miles de criaturas descubriendo por primera vez la capital imperial de su país. Bruñidos, curtidos por el aire frío y limpio de sus tierras, se distinguían mucho de los pekineses, entes cerúleos y enfermizos. Llevaban de la mano a críos extraordinariamente guapos, de pómulos altos, mejillas como rosas y cráneos potentes. A primera vista parecían todos similares pero una observación más detallada revelaba las diferencias, algo atribuible a las muchas etnias que componen el caleidoscopio chino. La política gubernamental del hijo único no se les aplicaba, algunas familias cargaban con dos o tres niños.

Un par de ancianas minúsculas vestidas de modo exótico —mujeres Yu, explicó Julián— los abordaron sin ninguna timidez. Paseaban con sus tocados de gala y a pelo, sin mascarilla y sin apenas dientes. Reían, parloteaban, los escudriñaban con una expresión mezcla de temor y asombro pero, por encima de todo, diversión. Alargaron un teléfono a Julián, por gestos le pidieron hacerse una foto con la extranjera del pelo granate. La flanquearon, una a cada lado, teniendo mucho cuidado en ni siquiera rozarla, luego levantaron los dos dedos de rigor. Eran tan menudas que a su lado Gilda se sintió pujante.

La imagen de las dos ancianas posando con una occidental extravagante despertó la curiosidad de decenas de paseantes. Una pequeña muchedumbre se agolpó para verlas de más cerca, hubo empujones, un movimiento envolvente. De pronto Gilda se vio rodeada por una pequeña masa impenetrable. No sintió que hubiera hostilidad, aun así resultaba inquietante, como una pequeña emboscada. Su acompañante la rescató entre risas, lo de las aglomeraciones era el pan de cada día en China.

Abandonaron la plaza. Cruzar la calle conllevaba alto riesgo; los conductores hacían lo que les daba la real gana, el tráfico era un caos y los

semáforos, postes meramente decorativos. Pero los sufridos peatones habían adoptado una dinámica muy juiciosa para vencer tanto escollo. Quien deseaba pasar al otro lado se detenía en el borde de la acera y allí aguardaba la llegada de otros viandantes con el mismo deseo. Siempre los había; se iban sumando, de uno en uno, o por parejas o grupos. Llegaban y se quedaban muy quietos, pegados los unos a los otros. Cuando el grupo inicial había engrosado hasta convertirse en una manada de al menos sesenta individuos, entonces estos descendían de la acera y avanzaban en bloque, todos a una. Y los conductores, enfrentados a la pequeña concentración humana, se veían obligados a detener sus vehículos para cederles paso. Fin del problema. Era un minicomplot tácito, no pactado. El grupo sabía de modo instintivo —sin necesidad de debate asambleario— cuándo tenía suficiente fuerza como para cruzar sin peligro. Notable. El poder de la masa, la esencia de China.

A Gilda le entró un repentino desánimo. ¿Cómo encontrar un dato relevante, diferencial: la aguja en medio de este pajar? Jamás descubrirían lo sucedido con Montoya. Y sin embargo... su instinto le decía que la clave estaba ahí, precisamente ahí, en el hecho mismo de la colectividad. En ese enjambre de apariencia indistinguible.

Se había quedado extrañamente callada, como perdida en sus pensamientos. Y su ausencia fue bálsamo para Julián; seguía con la cabeza espesa y un latido sordo pero constante en las sienas. Se alegró de no tener que atenderla, contestar a sus preguntas. Cuando abandonaron la plaza pensó que visitarían la Ciudad Prohibida, mojón turístico de recibo. Pero Gilda se dirigió hacia la parada de metro Tiananmén, sin titubeos y sin dar explicaciones.

—Es hora punta —la previno, musitando.

Como si oyera llover, pasó por alto la advertencia. Bajaron por las escaleras mecánicas. Pasaron sus pertenencias —bolso y mochila— por la correa de seguridad que escaneaba todo bulto que entrara en el subterráneo. Tras detenerse unos segundos frente al mapa general de líneas, Gilda se dirigió hacia la 2. Seguía callada, se diría que taciturna, y su silencio no invitaba a preguntar.

Hora punta, en efecto. Ningún caos bajo tierra, allí se mantenía la disciplina de modo estricto. Las multitudes se desplazaban siguiendo carriles pautados, había largos túneles con barreras metálicas que impedían el cambio de sentido. Una vez decidida la dirección, no había escapatoria posible; imposible salirse de la vía adjudicada. Tampoco era factible dar la media

vuelta y deshacer el camino andado porque el gentío arrastraba inexorablemente. Y lo mismo sucedía con la corriente que avanzaba en dirección contraria, aprisionada también en su propia vía. Durante los diez minutos que duró la caminata, Gilda contempló miles de rostros que se acercaban y luego desaparecían a sus espaldas. Un desafío asumir que eran individuos distintos y no meros clones. Su similitud desasosegaba. Le preguntó a Julián si él acertaba a distinguirlos.

—Ahora ya sí. Al principio no.

Tuvo un principio de sonrojo al recordar que, poco después de llegar, se acostó dos veces con la misma chica creyéndola otra. Cuando ella lo descubrió se puso furiosa, y fue inútil que él tratara de salvar la situación jurándole que la había creído gemela de la primera. La cosa no coló, recibió un bofetón que casi le tumbó al suelo. Pese a sus cuerpos pequeños, las chinas tenían una fuerza considerable, quizá por la costumbre de dar masajes violentos; quien más quien menos era versada en la materia. Le derrotaban, en todos los aspectos. Suspiró, pero se contuvo y cerró la boca. La actitud de su compañera no se prestaba a la confidencia; además, ciertas anécdotas no se cuentan a las señoras, aunque sean psicólogas.

Llegaron al andén. El primer convoy venía repleto y Gilda creyó que nadie osaría subir. Se equivocaba de medio a medio. En cuanto se abrieron las puertas de los vagones el orden y concierto de los pasillos desapareció como por ensalmo. Y se instauró la ley de la selva: empujones, codazos, pisotones, lo que fuera con tal de lograr embucharse en la amalgama que abarrotaba los trenes. No obstante, eran forcejeos extrañamente silenciosos. No se escuchó una sola queja o protesta; nadie se inmutó.

Dejaron pasar el primer convoy y se incrustaron, como mejor pudieron, en un vagón del segundo. Gilda quedó comprimida entre la puerta deslizante y Zurbano, que insistió en protegerle las espaldas. El olor a humanidad sofocaba. No era el sudor conocido en otras tierras, los chinos no transpiran, sino una suerte de emanación popular; aroma a ajo, a comida local, a té y tabaco fuerte. Y por encima de todo, el tufo a humo y metales pesados que impregnaba los ropajes, seguramente colgados a secar en las calles.

Tres paradas fueron más que suficientes para una evaluación. Mucha prisa debía haber tenido Montoya para abandonar la comodidad de su coche y continuar su viaje en semejantes condiciones. Por no hablar de los dos cambios de línea necesarios para llegar a la oficina. Y en cuanto a ella, en la vida había caminado tanto, qué ciudad, señor.

Salieron al exterior, el aire había oscurecido debido a un aumento de la polución. Gilda notó una ligera molestia en la garganta al tragar saliva, no le concedió más importancia; la idea de un resfriado era peregrina, hacía calor. Miró el reloj, debía apresurarse si quería llegar a su cita con Berta Montoya. Había memorizado la dirección en chino y no requería asistencia. El becario estaba amarillo verdoso —la resaca, sin duda—, haría bien en irse a casa. Le aconsejó que pidiera un taxi del otro lado de la calle, su barrio quedaba en el este y ella iba hacia el oeste. Julián la miró, admirado —él carecía de sentido de la orientación—, y obedeció como un corderito. Lo contempló mientras se alejaba, se movía con una gracia desgarrada y cautivadora, absolutamente inconsciente. Nunca había conocido a un joven tan modesto, tan desprovisto de malicia. Ni siquiera era consciente de sus atractivos pese a ser obvios. Alto y delgado, moreno, con ojos negros, cejas gruesas y pestañas largas. Una guapura muy española, seguramente exótica en China. No era raro que anduviera siempre en líos con una u otra nativa, debían hacer cola a la puerta de su casa. Bendita juventud.

Berta Montoya la esperaba en la entrada de Chaoyang Park. Plácida y sosegada como el día en que la conoció, vestía de modo similar: una camisa azul mao, tejanos y zapatillas de lona. Se saludaron con un encaje de manos, repitieron la ruta de dos tardes antes.

No le preguntó cómo avanzaba la investigación, si es que avanzaba. Ni si había utilizado la tarjeta con el número de Chen que le había dado. Permaneció muda, en espera de que ella iniciara la conversación.

—Hábleme de Max, por favor. Su carácter, su vida cotidiana.

Fue más parca que en la conversación anterior, no le regaló una palabra más allá de las necesarias. Lo describió como hombre de buen carácter, amante de su trabajo, apreciado en la oficina. Un punto impetuoso y bastante cabezota, y en extremo sociable, le agradaba estar rodeado de gente. Tenía toda clase de amigos y conocidos, solía salir mucho con sus compañeros de golf. Pertenecían a un mismo club, casi cada fin de semana jugaban en un campo u otro, a veces pernoctaban en algún hotel en las afueras. Hacían otras actividades juntos: copas, barbacoas, cenas. Anglosajones, en su mayoría; norteamericanos, sobre todo. Montoya se sentía a gusto entre ellos, los encontraba llanos, menos complicados que los europeos. Los años vividos en Estados Unidos tenían algo que ver con ello.

Hablaba de su consorte con moderación, casi desapego. Seguía utilizando el presente, pero esta vez no se incluía en el paquete. Nada de «nosotros».

—Usted, ¿no le acompañaba?

—Raras veces. Soy poco sociable.

Una manera como cualquier otra de definirse más selectiva.

La conversación fue interrumpida por una serie de ladridos agudos. Primero fue una mancha clara entre la bruma gris, luego se materializó en un perrito blanco trotando por el sendero. La caniche, sí, la misma que vestía y calzaba. Y hoy vestía como *prima ballerina*, tutú rosa de gasa y satén, y calzaba Nike a juego. Debía conocer bien a Berta Montoya porque dio un brinco y se lanzó a sus brazos entre jadeos de excitación. Ella la cogió al vuelo, le rascó la cabeza y le dijo algunas palabras en chino. Recibió unos cuantos lametazos en la cara de premio.

Gilda escudriñó las cercanías en busca de la vecina impertinente. Estaba apostada tras un árbol y llevaba unas tupidas gafas de sol, como si la polución no oscureciera ya lo suficiente y pudiera cegarla. No hizo ademán de acercarse a ellas, ni tan siquiera esbozó un saludo. Se limitó a vocear un nombre con fuerte acento. *Bárbara* —*Bálbala*, versión china— era muy dócil: de inmediato saltó al suelo, corrió a su lado y dio un nuevo brinco para aterrizar en el amante pecho que la aguardaba. Poco después, perra y mujer se desvanecían en el smog.

Pasaron un par de minutos y Berta Montoya no abría la boca. Gilda sintió una oleada de cansancio mezclado con irritación, fatigaba tanto hermetismo. La esposa del desaparecido le había retirado su potencial confianza al encontrarla fisgando en su cuarto, ahora cualquier información requeriría fórceps.

—Me comentó usted que su marido estaba contento. Participaba en un máster de la Universidad de Pekín.

Una vez más fue tacaña en explicaciones. Se limitó a confirmar lo del buen talante y a decir que el máster trataba sobre interpretación de imágenes vía satélite. No dijo quién le había propuesto el trabajo ni cuántos días por semana le destinaba. Se disponía a preguntárselo cuando de pronto se le vino encima un agotamiento radical, igual que si le hubieran saltado los fusibles de golpe. La razón no era la obvia renuencia de Berta Montoya, tampoco el *jet-lag*, que a ella le podía durar sine die; de hecho, vivía instalada en un perpetuo *décalage* horario. O, en todo caso, no era solo eso. Algo más le estaba sucediendo, en los últimos diez minutos la ligera molestia de la garganta había degenerado en un dolor real, invasivo. Sintió que se le iba la cabeza, apareció una nube de telarañas flotando frente a sus ojos. Dio un traspiés, y quizá se

hubiera desmoronado de no ser por los buenos reflejos de su acompañante. Berta Montoya la agarró del brazo con una firmeza inesperada, la condujo hasta un banco cercano y la sentó en él.

—Se encuentra mal.

Sentada a su lado, la observaba con comprensión, una solicitud fraternal.

—¿Es la garganta, verdad? Las faringitis de aquí son exageradas y muy dolorosas. Cosas de la polución. Enciérrese ahora mismo en el hotel, con un pañuelo en el cuello y mucha agua caliente. No salga a la calle, descanse todo lo que pueda. ¿Ha traído medicación básica? ¿Antitérmicos, analgésicos?

—Sí.

—Empiece a tomarlos. Hablaré con los de recepción y le haré llegar unas infusiones de hierbas que la ayudarán. Si en un par de días no mejora, iremos al médico. La acompañó hasta la calle, la acomodó en un taxi y dio la dirección al conductor.

—Llámeme a cualquier hora del día o la noche. No lo dude. Sé lo angustiioso que puede ser enfermarse en esta ciudad.

Su serenidad y eficacia eran más que reconfortantes. Mientras estuviera a su lado nada malo podía acontecerle: Berta Montoya pertenecía a esa categoría de mujeres que ella calificaba de *ángeles de la guarda*. Eficaces, serenas, solidarias; fiables cien por cien. Todo un descubrimiento.

Se arrastró como pudo hasta la habitación. El recepcionista ni siquiera levantó los ojos de su teléfono móvil al verla pasar. Estaba inmerso en una película de guerra; tiros y bombazos atronaban desde el patio, también aullidos de dolor.

Le temblaban las piernas, notó que le subía la fiebre. El calor era opresivo, insoslayable. Tomó una dosis potente de antitérmico, se desnudó y tumbó en la cama en espera de que la medicación surtiera efecto.

Encendió el ordenador y navegó por la web de la Universidad de Pekín.

University of Peking, podio de honor, estaba entre las treinta mejores del mundo. Educación de primera, instalaciones modernas, departamentos flamantes. Rastreó sin tener una idea precisa de lo que buscaba. Pero su brújula interna la condujo por el buen camino, el campus albergaba doce laboratorios y uno de ellos estaba dedicado al estudio de la REE, Tierras Raras. Aunque asociado a la universidad, el Rare Earth Materials Chemistry dependía directamente del Gobierno. Con toda lógica, en China la información geológica era clasificada, secreto de estado.

Montoya, profesor invitado y doctor en la materia, habría establecido

lazos con sus colegas de especialidad. Nada más natural que visitar el laboratorio de la REE, aunque solo fuera por cortesía. Se reforzaba la hipótesis del espionaje; el desaparecido sí podía haber tenido acceso a información sensible, y sí podía haber hecho uso, o mal uso, de ella.

¿Y qué pintaba Berta Montoya en este posible tinglado? Esposa inteligente y perspicaz, algo tenía que saber o, como mínimo, barruntar. Según los informes, ella y Max llevaban juntos desde la adolescencia; conocería a su marido como a la palma de su mano. Pero cualquier conjetura sobre la señora Montoya resultaba más que arriesgada. La insólita faceta de samaritana revelada poco antes acreditaba que era una caja de sorpresas. Muchos repliegues ocultos había en esa personalidad; una mujer notable.

Pensar en ella resultaba placentero. Le producía ese calorcillo que se siente al recordar algo acogedor, cálido. Berta Montoya desprendía un carisma raro, no exteriorizado en fachada y sin embargo profundo. Le gustaba, habían establecido cierta conexión mental, un reconocimiento mutuo. Parcialidad nada apropiada, mucho ojo con las ofuscaciones emocionales, su flaco. Atenas, Vassilis. Catástrofe, palabra griega.

Llamaron a la puerta. Los beneficios del fármaco eran aún inapreciables y la mera idea de levantar una pierna o un brazo semejaba imposible; la ley de la gravedad se había triplicado, las extremidades le pesaban como piedras. Pero los golpes continuaron, insistentes y cada vez más fuertes. Tan molestos que prefirió afrontar la dura travesía antes que seguir soportando el ruidoso tableteo. Se enrolló un pareo y reptó hasta la entrada, dispuesta a mostrar las uñas al inoportuno visitante. Se dio de bruces con el recepcionista. Aguardaba en el pasillo, por una vez con aspecto despejado. Es más, tenía la expresión de quien acaba de recibir un buen tirón de orejas. Dijo algo que sonó perentorio, casi amenazador, luego le alargó un sobre acolchado de tamaño medio y se escurrió en la oscuridad, de vuelta a sus trincheras. Desde la recepción llegaban ecos bélicos, voces de mando, ráfagas de metralla.

Volvió al lecho con plomo en los pies. Se dejó caer sobre el colchón, quedó de inmediato aplastada por varias toneladas de aire. La fiebre seguía subiendo, sentía la cabeza caldosa, llena de brumas.

El envío venía cerrado y sin palabras: ni destinatario ni emisor. Lo despegó y trató de sacar el contenido, pero se había atascado en el fondo, entre las burbujas de plástico. Tuvo que agitar con fuerza el sobre para que por fin saliera despedido.

Los neurólogos afirman que el cerebro es capaz de sobreponerse a los

fallos mecánicos del cuerpo. Algo de verdad habrá en ello porque lo que cayó sobre la cama la sacó de su sopor.

Diana Montoya la contemplaba desde la pantalla de un Samsung. Estaba acodada en la barandilla de un velero y lucía una sonrisa de anuncio dentífrico destinada al fotógrafo, quizá el dueño del teléfono, seguramente su padre. Porque aquel móvil solo podía pertenecer a Max Montoya.

Se le escapaban las yemas de los dedos hacia el aparato, pero la batería estaba ya a mitad, si se agotaba resultaría muy complicado volver a acceder sin la contraseña. Probó con su cargador y no servía. Se vistió. Fue en busca de papel, lápiz. Tomó nota del modelo de aparato, cogió la cartera y se dirigió a recepción. Toda una proeza caminar hasta allá, y aún más proeza hacerle entender al recepcionista lo que deseaba, pero doscientos yuanes le activaron con razonable velocidad.

Fue una espera larga y, sobre todo, marcada por el suspense. Veía descender la carga del Samsung, milímetro a milímetro. Hacérselo llegar así habían sido ganas de tocar las narices. Una broma, pueril y a la vez retorcida, similar a la de la serpiente acechadora (allí seguía, de centinela). El remitente del teléfono y el del plato respondían a idéntico perfil de personaje; inmaduro y malicioso, ligeramente sádico.

Los minutos se estiraban, interminables, los entretuvo barajando hipótesis. El olfato y el sentido común le decían que ambos «obsequios» procedían de los servicios secretos chinos. La tenían localizada y, sin embargo, no habían montado un cisco ni la habían expulsado del país. Sus razones tendrían y no serían filantrópicas. Querían algo de ella, pronto se pondrían en contacto, no le cabía la menor duda. Sin embargo, si los chinos eran responsables de la desaparición de Montoya, ¿qué diablos podían necesitar de ella? No tenía lógica. Muchas preguntas sin respuestas.

Por fin llegó el cargador. *In extremis*; apenas dos minutos antes el teléfono había emitido una cascada de trinos pajariles —otra broma tortuosa—, aviso de que la batería estaba a punto de extinguirse. Enchufó rápidamente el aparato mientras el conserje se volvía a sus trincheras contando sus bien ganados yuanes.

Abrió la aplicación universalmente utilizada en China: el wechat.

Berta Montoya encabezaba la lista de contactos, cosa que entraba en el orden natural de las cosas. Le seguía una muchacha nativa disfrazada de colegiala y con orejas de ratón. También eso entraba en el orden natural de las cosas: primer puesto para la esposa, segundo para la amante. *Very predictable*. Había acertado, los pavos reales se engalanan para buscar hembras, y si son jóvenes, mejor.

La colegiala ya no tenía edad de vestir uniforme escolar pero casi. Se llamaba —o hacía llamar— Wendy y era una monada. Tenía carita de niña traviesa, labios gruesos, piel inmaculada. Gastaba un inglés básico y plagado de errores pero lo compensaba con un plasticismo impresionante. Sus conversaciones con el ingeniero Montoya, si es que se las podía llamar así, estaban salpicadas de recursos dramáticos. Además de los vistosos iconos chinos —corazones, flechas, animalitos enamorados, etcétera—, usaba imágenes de cosecha propia más que subidas de tono. La criatura era una auténtica bomba sexual y hacía gala de una imaginación erótica desatada, muy poco acorde con sus escasas primaveras, aunque una de sus bazas fuertes fuera, precisamente, jugar la carta de su aspecto aniñado. Mucho *selfie* coqueto, por supuesto, pero también varios *posts* con vídeos, algunos harto imaginativos, otros, sencillamente explícitos. O ambas cosas a la vez. En uno aparecía cubierta con unas alas de cisne que luego desplegaba para mostrar un cuerpo casi impúber de sexo rasurado. A continuación se masturbaba rozándose apenas con una de las plumas blancas. En otro, lamía un helado verde —¿pistacho?, ¿kiwi?— con el que luego se refrescaba los pezones y el vientre, al contacto con el calor de su cuerpo el helado se deshacía y resbalaba por la piel, etcétera. También había primeros planos más directos, paisajes muy concretos anegados de flujo.

Las repuestas del ingeniero a estos estímulos eran patéticamente entusiastas. El deseo que sentía por la joven había liquidado por completo su sentido del ridículo.

El comienzo de la aventura coincidía con el del máster en la universidad. No era casual; otro de los contactos del wechat agrupaba a los alumnos del curso y ahí estaba ella, Wendy, la novia de Peter Pan. Un tópico, profesor y

alumna ligando.

Rastreando los mensajes se seguían con facilidad las fluctuaciones de Max Montoya en relación con el romance. Vanidad henchida tras el coqueteo iniciado por ella. Amago de prudencia, leve resistencia, cristalización del deseo, fin de la prudencia; primer encuentro y polvo. Euforia y autocomplacencia, seguidos por el temor a liarse en exceso. Vanos intentos de distanciamiento, de mantener el *affaire* dentro de unos límites razonables, fríos. Intentos derrotados, una y otra vez, por las astutas estrategias de ella. Desaparecer, pasar de él. Reaparecer, más apasionada que antes, sumisa y disponible. Luego volver a esfumarse. Negarle hoy los favores, para concedérselos mañana y volvérselos a negar pasado. Y así hasta conseguir la total derrota y rendición del adversario: toma de posesión de la plaza, con entrega de llaves —cremallera de la bragueta en este caso— incluida. En cuestión de dos meses Montoya había quedado totalmente atrapado en la red.

La última conversación entre los amantes databa de la mañana de la desaparición. Se daban cita para la tarde del mismo día. El último *post* de Montoya era breve, «meeting in the usual place, fancy a spicy fiesta?». Caramba con la metáfora —fiesta picante: sexo sabroso—, que además iba acompañada de un corazón rojo palpitante, icono muy poco propio de un doctor talludito como él. Luego, silencio de ambos. Y Wendy también dejaba de intervenir en el grupo de alumnos del máster. En lo que respectaba al wechat, la colegiala estaba tan desaparecida como el ingeniero.

Conclusión: una *honey trap*, y muy buena, por cierto. Calentaba que daba gusto, tanto que Gilda estuvo casi tentada de darse un gusto. La contuvo la fiebre, no necesitaba subidones de presión ahora mismo. Mucho menos un latigazo vascular con la consiguiente migraña, alguna vez le había pasado, muy desagradable.

Hubo una breve interrupción. El conserje se personó con un termo lleno y una taza limpia, acompañados de una pequeña nota. Reconoció la letra pulcra de Berta Montoya —«tome una taza cada dos horas, cuídese por favor»—, muy amable por su parte. La infusión tenía un sabor amargo y estaba hirviendo, tardó minutos en beberla.

No había absolutamente nada, en los chats de Berta Montoya y su marido, que pudiera hacer sonrojar a un bebé. Mantenían una relación pragmática; más que marido y mujer, parecían socios en alguna sociedad limitada. Ni apodos cariñosos ni seducción de ninguna clase. Las frases se constreñían a cuestiones prácticas; casi todas las conversaciones las iniciaba él y casi

siempre porque requería una cosa u otra de ella, aparentemente Berta era su factótum para todo, o casi. Otras veces mandaba recados: no voy a cenar, llegaré tarde, salgo de viaje. En las últimas semanas, la mayoría de estas ausencias coincidían con sus encuentros con la colegiala.

El triángulo hombre-esposa-amante era convencional. No obstante, de las conversaciones emanaba un subtexto esclarecedor. Montoya estaría enganchado a la piel de la colegiala pero dependía totalmente de su mujer. Ella era su roca, el puerto sólido en el que recalaba cuando se sentía débil o frágil. A tal punto que después de alguna bronca o desacuerdo con Wendy apelaba de inmediato a su legítima; buscaba su afecto, la confirmación de que no estaba solo en el mundo. El desaparecido era un caradura muy humano.

Los últimos mensajes del triángulo ratificaban las declaraciones de Berta Montoya y encajaban cronológicamente con los mensajes a Wendy. Tras quedar con la amante, Max avisaba a su mujer de que no llegaría a cenar. Después, nada más, Y a la mañana siguiente, dos mensajes de Berta, preguntándole dónde estaba y si estaba bien.

Chen aseguraba que Montoya había tomado el metro hacía las 8:15 de la mañana, podía ser o no cierto. Lo que sí estaba certificado es que aquella mañana ya no llegó a la oficina. Si Wendy era una *honey trap* y había participado en la desaparición del ingeniero, entonces la cita que le había propuesto para cenar tenía por objeto ganar tiempo. Una manera astuta de ganar tiempo, ella sabía que Max Montoya llamaría a su mujer avisando de que no iba a cenar, y también debía saber que la pareja no compartía cama. Ergo, lo más probable es que Berta no se diera cuenta de la ausencia de su marido hasta la mañana siguiente. Eso estaba claro. Lo que no estaba tan claro es por qué también se dio por supuesto que su secretaria no chistaría. Tiantian, se llamaba.

Buscó el contacto en el wechat. Allí estaba, con una fotografía de la mujer en primer plano. Joven, con un flequillo muy extremado, cortado en una diagonal perfecta que nacía en la raya lateral del pelo para atravesarle la frente de una punta a otra. Había dos mensajes de ella la mañana de la desaparición. En francés, ambas veces preguntaba a monsieur Max a qué hora tenía previsto llegar a la oficina. Y, al no obtener respuesta, mandaba un tercer mensaje avisando de que le cancelaba una cita para el mediodía. Luego, silencio total. Era algo más que un silencio respetuoso, era temeroso. Quizá Berta Montoya acertara en su diagnóstico, los chinos no se metían en nada y quienes habían hecho desaparecer a Montoya contaban con ello. También

podría ser que ambos, el chófer y la secretaria, formaran parte de la trama.

En cualquier caso, la confluencia de ambos silencios —el de la esposa y el de la secretaria— había retrasado la búsqueda del desaparecido en veinticuatro horas. Útiles para esconder a un secuestrado, para hacer desaparecer un cadáver, un rastro.

Las conversaciones entre Diana Montoya, tercer contacto del wechat, y su progenitor hubieran sido buena materia para su consultorio de psicóloga. Los chats revelaban una complicidad casi enfermiza, ella le hablaba de sus conquistas sin ahorrarse detalles concretos, la vanidad y el narcisismo parecían ser sus rasgos más acusados, quizá herencia genética. Él no tenía el descaro de contarle sus propias aventuras pero diseminaba pequeñas pistas —aquí y allí— que dejaban claro el asunto. Diana Montoya daba por sentadas las infidelidades de su padre y de manera tácita se hacía cómplice de ellas. Curiosa relación paternofilial, con una identificación y cercanía fuera de lo común. Algo perversa la idea de padre e hija compartiendo secretos de alcoba de los que la esposa y madre quedaba excluida. Y, desde luego, se daban más declaraciones de afecto entre ellos dos que entre marido y mujer. Una familia retorcida, como casi todas, por otra parte.

Se detuvo aquí. La fiebre volvía a subir y el dolor se agudizaba. Cada vez que tragaba saliva sentía la garganta en carne viva. Dolía tanto que casi alcanzaba a visualizar el estrecho canal inflamado: la mucosa llagada y sangrante.

Se sirvió una nueva taza de la infusión amarga, repitió dosis de antitérmico. Cerró los ojos e inició un ejercicio para relajarse. Ninguna dificultad en sedar el cuerpo, nunca la tenía. Su incapacidad era otra: no conseguía detener su cerebro. La información hallada en el móvil había introducido una nueva variante en la investigación: crimen pasional. En ese caso el motivo serían los celos. Sin embargo, resultaba difícil imaginar a Berta Montoya presa de algo tan primario como los celos, no a su edad y tras cuarenta años de relación. Y deshacerse de un marido tampoco era tarea fácil, ni siquiera en un entorno familiar; en un país como China, ficción pura. Sin embargo, Gilda no pensaba descartar nada. Espionaje o crimen pasional, trama enredada en cualquiera de los supuestos.

Iba a meterse de lleno en estos laberintos cuando el zumbido de un motor la desvió hacia otra parte. Un ente malvado, con las facciones de Carmen Satrústegui, le estaba perforando el cráneo, una, dos, tres, cuatro veces... Cada pequeño orificio hacía las veces de chimenea y expelía bocanadas de humo a

presión. ¿De dónde procedían? Entró en una de ellas, aterrizó en medio de un engranaje complejo que trabajaba a toda máquina alimentado por una fogata enorme. En el interior de su caja craneal una voz chillaba ¡Más madera!, ¡más madera! Demasiado combustible, iba a explotar.

Salió a medias de su adormecimiento febril, el tableteo de un taladro retumbaba en su cabeza. Sonaba cercano, muy cercano. Y lo estaba, pues de súbito se abrió un pequeño boquete en una de las paredes del cuarto. Cayó algo de yeso en el suelo, solo entonces se detuvo el ruido. No se levantó a inspeccionar, por ella como si querían tirar el edificio entero abajo. Tenía el cuerpo bañado en un sudor frío como baba de reptil, el pareo que se había echado por encima estaba totalmente empapado. Se sentía acabada, vieja, enferma. Le dolían todas las articulaciones, apenas si podía moverse. Estaba exhausta y, sin embargo, el agotamiento físico no traía descanso ni olvido. Todo lo contrario, convocaba un extenso surtido de angustias.

No osó tomar pastillas para dormir. La fiebre y los fármacos la atontarían demasiado, quería mantener la cabeza clara a toda costa. Idea nefasta, porque le dio por pensar.

Perogrullada cierta. De noche las cosas se ven negras. Más que negras, tenebrosas.

La agente Leyva desovilló el pasado, a sus espaldas se extendió una larga alfombra de fracasos, de errores y decisiones insensatas. Analizó su vida presente, se repetía la pauta. Como muletilla irremediable, una serie de compulsiones obsesivas la conducía a dar los mismos traspiés, una y otra vez. La urgencia de hurgar, comprender y descifrar resultaba superior a sus fuerzas. Debía existir una razón y no era el amor a la verdad, desde luego. Tampoco la lealtad a la patria, o la adscripción a alguna ideología precisa. Semejantes adornos requerían tener fe, y ella no tenía. Los excesos de lucidez suelen ser incompatibles con la fe, uno de esos casos en que el superávit genera déficit.

Había aplicado para el puesto del CNI una tarde de aburrimiento exasperado. Le apasionaban, de modo adictivo, los acertijos y enigmas; el desafío en sí mismo. Aún así solo estaba capacitada para trabajar como colaboradora externa. Carecía de espíritu de equipo —otra limitación—, ni siquiera simpatizaba con los colegas. Su valoración de la pirámide jerárquica era pesimista: cuanto más arriba más cinismo, cuanto más abajo más candidez, y ya en la base, estupidez persistente.

Eso la dejaba en una posición descarnada: la de intrusa. Nada nuevo. Siempre se había sentido fuera de lugar. En la escuela era capaz de resolver

los problemas de matemáticas en cuestión de segundos, sin necesidad de papel y lápiz, y los cálculos complejos le salían solos, de modo intuitivo. Su talento la hacía profundamente desdichada, lo que ella anhelaba era la pertenencia; deseaba, más que nada en el mundo, formar parte de alguna pandilla, integrarse en algún grupo. Lo intentó, trató de hacerse la simple, simuló compartir dificultades de aprendizaje con sus compañeros. Raras veces consiguió engañarlos.

La conjura de la medianía contra la excelencia nunca falla. Los mediocres tienen el olfato fino, localizan al diferente por mucho que este trate de ocultarse. Y entonces proceden al linchamiento con la crueldad que suele caracterizar a los insignificantes, a los mezquinos. Fue sencillo herirla a ella, mujer, adolescente, y poco agraciada; tetas grandes, piernas cortas, nariz torcida.

Se metió a estudiar psicología para gestionar sus complejidades. Una idea peregrina, ningún título o diploma le resolvería el embrollo principal: convivir consigo misma. La carrera era una inanidad, se la sacó con notas altas prácticamente sin pegar ni golpe, incluso se deprimió, demasiadas horas de ocio. La especialidad clínica pedía más laboriosidad, aun con todo le sobraba cerebro por todas partes. Se dedicó a las lenguas difíciles, al ajedrez y al *bridge*.

Había días, sobre todo noches, en los que no se toleraba. Su yo le era insufrible, un ente pegajoso del que no conseguía desprenderse porque se le enganchaba como lapa. Observaba a sus congéneres con extrañeza, vivían sin necesidad de bregar a todas horas con tan fastidiosa conciencia. Soltaban amarras cada día, se abandonaban a su devenir cotidiano sin soportar la tensión que suponía ese perpetuo estado de sitio, la lucha permanente contra uno mismo. Y, al parecer, este talento básico, el de fluir sin complicarse la existencia, era privilegio de una gran mayoría. Desde luego de todos los inconscientes del mundo entero, y, quizá, también de un puñado de sabios y filósofos: los pocos elegidos. Entre ambos extremos, la medianía torturada, ella.

Pasó la noche desgranando suplicios, gotas de agonía cayendo de un grifo mal cerrado, a cámara lenta y con estruendo. El temor a la muerte no entraba en su catálogo de miedos; la muerte es fenómeno natural y ella poseía una mente sofisticada. Sus tormentos giraban en torno a una posible pérdida de sí misma, al abismo de la locura. O, lo peor de todo: a un absoluto apagón cerebral. Esa era, en el fondo, la esencia de sus pesadillas: el horror máximo.

Berta Montoya llevaba razón. Acongojaba enfermar en Pekín. Convocar su presencia la sacó de sí misma un rato. Se preguntó cuál sería su estado anímico. ¿Sabría de la colegiala? Si no de esta, de otras similares. Gilda intuía que los «deslices» de Max Montoya eran pauta, no excepción, y su mujer tenía demasiada agudeza como para ignorarlos ¿Estarían pactados? ¿Los padecería?

Llegó una luz de color jade pálido, fue la única mejora. Seguía con temperatura alta, la garganta era un amasijo de carne doliente.

Miró la hora, las 5:30. Se impuso actividad, había que bajar la fiebre con medidas drásticas. Fue al baño, inestable, agarrada a muebles, paredes. Se colocó un gorro de plástico en la cabeza. Reguló la temperatura de la ducha para que estuviera lo más fría posible. Puso una toalla en el suelo de la bañera y se sentó en ella. Dejó que el agua le corriera por el cuerpo y lavó el pareo allí mismo, con un poco de jabón de baño. Tiritaba, los dientes le castañeteaban, pero el frescor la tonificó. De vuelta al cuarto buscó un pareo limpio, sacudió las sábanas, dio la vuelta a los cojines. Reordenó dos o tres enseres y pertenencias; un intento de sanear, normalizar su pequeño desastre.

A las siete se presentó el conserje con fruta, termos con agua caliente e infusiones; de nuevo amabilidades de Berta Montoya. Trató de comer algo, se le atragantó la piña, demasiado ácida y fibrosa, pero consiguió engullir un plátano tras masticarlo y convertirlo en papilla. Ingirió los líquidos, volvió a tomar analgésicos y antitérmicos.

Amontonó cojines en la cama para estar más sentada que postrada. Retomó el teléfono.

El contacto *Golf players* estaba compuesto por una pequeña manada masculina centrada en el deporte y alrededores, lo que traía consigo mucho *diner* y sesiones de *drinks* varios días a la semana. Además de Max el grupo incluía a un Rick, un Clive, un Pepe y un Jimmy. Antes del verano el número de jugadores había fluctuado; circulación intensa en primavera, fugas durante las primeras vacaciones estivales. Alguien había regresado a su Italia natal, un segundo a Melbourne, un tercero a Singapur. Jimmy había sido el último en sumarse al grupo, a principios de verano, su introducción había sido obra de Pepe. Ningún nativo en la pandilla, solo *expats*.

Rick llevaba la voz cantante. Él había formado el grupo y asumido las riendas de inmediato, arrastrando a los demás a una vorágine de actividades, deportivas y gastronómicas. No pasaban dos días sin que propusiera algún encuentro, y se resistía a aceptar un «no» como respuesta. Una personalidad

bossy, acostumbrada al mando. Tipo hiperactivo, amante de la buena mesa y la bebida. Sobre todo de lo último, entretenía sus veladas nocturnas en un lugar llamado Casablanca. No le agradaba beber solo, buscaba compañía constantemente. Clive y Jimmy se la proporcionaban a menudo, Max de vez en cuando. Pepe se abstenía, a juzgar por sus macarrónicos posts —profusión de *Ok Donkeys*, pulgares levantados y otros iconos básicos— el inglés no le alcanzaba para confraternizar fuera de los campos de golf.

Había imágenes de los hombres en diversos campos y resorts, en campeonatos, recogiendo trofeos, comiendo y bebiendo. Cotejando fotos de grupo con las de los contactos Gilda asoció fácilmente rostros y nombres. Rick, alto y de espaldas anchas, pelirrojo de aspecto irlandés. Jimmy, norteamericano de ascendencia oriental, aunque no parecía chino, quizá oriundo de un país del sureste asiático. Clive, delgado y huesudo. Los tres hombres tenían intereses y aspecto de altos ejecutivos, y también buena planta, cada uno a su manera. A juzgar por el lenguaje que utilizaban, eran norteamericanos de nivel cultural superior a la media, y cualquiera de los tres podía ser también agente de la CIA. Sus edades oscilaban entre los cincuenta y los sesenta años, no había esposas a la vista. Max Montoya, cosmopolita y apuesto, no desentonaba entre ellos. El que sí desentonaba era Pepe, gastaba un look que le delataba como español medio al instante. Baja estatura, algo barrigón, bigotito, rostro cejijunto. No debía haber mucho español expatriado que jugara al golf, Gilda coligió que sería el apodado Picharrún. Tendría que averiguarlo.

La tertulia masculina se ceñía al golf, a chistes sobre el golf y a citas para jugar al golf, alternado todo ello con convocatorias para comer y beber. El conjunto del chat desprendía una monotonía verde, de ensalada sin aliño. Una tediosa extensión de hoyos y prados lustrosos; nada sorprendente que Berta Montoya prefiriera largarse a pastos más fértiles.

La última conversación del grupo llevaba fecha del día anterior a la desaparición de Montoya. Rick proponía salir a jugar al golf el sábado siguiente. Cuatro días más tarde, el chat se había desactivado. Gilda supuso que los jugadores habrían armado un nuevo grupo, les daría apuro seguir sus charlas banales con un posible difunto entre los contactos.

Dio un repaso a otros contactos. Encontró el de Chen, las conversaciones de este con Max eran repetitivas. Trato cortés, instrucciones y respuestas escritas en inglés más que básico.

El resto de la aplicación no daba más pistas. Una veintena de contactos sin

aparente interés. Un puñado de chicas jóvenes, quizá antiguos ligues o coqueteos, las conversaciones habrían sido borradas. Y una tal Sherry que mandaba varios mensajes, en diversas fechas, avisando que un traje o una camisa estaban listos para ir a recoger. Sin duda empleada de Wu Wang, el *taylor* de Montoya. Conservaba la fotografía con la dirección en su móvil, en cuanto consiguiera tenerse en pie le haría una visita.

Las diez de la mañana y la cabeza hecha una maraña. Se forzó a comer otro plátano, a beber más agua caliente, más infusión. Luego encendió el televisor, necesitaba un cambio de escenario.

Por el primer canal pasaban una película bélica, conflicto sino-japonés, con decorados de cartón piedra y actores imposibles. Pasó al siguiente para darse de bruces con el polo opuesto, misma temática pero con imágenes y actores reales. Tan reales que tuvo que parpadear varias veces hasta asumir lo que veía. Se trataba de un documental sobre las atrocidades japonesas cometidas en China. Rodado en un grosero blanco y negro que le confería un aplastante y tenebroso certificado de realidad, mostraba crueldades inauditas. Una fila de mujeres chinas eran obligadas a meter las manos en una palangana con un producto —¿cal viva?— que les corroía la carne al instante, dejando la extremidad en un puro esqueleto. Los gritos que lanzaban eran estremecedores, helaban la sangre. Un infierno emitido en *prime time*; las diez de la mañana, muchos hogares tendrían estos horrores presidiendo la cocina, con los niños pequeños correteando alrededor de la mesa y de los abuelos.

Cambió a toda prisa de canal. Apareció el primer plano de una mujer cantando con gran sentimiento, le resbalaban unos gruesos lagrimones por las mejillas. El siguiente plano —contracampo— mostraba a la audiencia, mayoritariamente femenina, llorando a moco tendido. Era un *reality show* local, y tras el paisaje anterior resultaba casi refrescante. Pero una vez acabó la canción volvieron las truculencias. Esta vez la cosa iba de accidentes domésticos, había niños atrapados en desagües del retrete, encajados en el tambor de la lavadora; madres desesperadas, patrullas al rescate. Siguió zapeando, cruzó de puntillas por telenovelas absurdas con emperadores de pacotilla, eunucos de voz atiplada y concubinas de aspecto feroz. Luego vinieron nuevos espantos: cámaras ocultas, sucesos lúgubres. Y vuelta a los documentales de guerra sino-japonesa, a las palizas y torturas. Aquellos días había una nueva trifulca diplomática entre China y Japón, Zurbano le había comentado que la embajada nipona estaba rodeada de fuertes medidas de seguridad porque una multitud enfurecida había tratado de asaltarla. Tal

bombardeo de imágenes recordatorio del conflicto pasado no era casual, el Gobierno chino alimentaba y mantenía la tensión; un sólido enemigo externo distraía siempre de los conflictos internos. Política de manual, aunque a veces fallaba. Mucho aprendiz de brujo suelto por el mundo.

Por fin se quedó en el canal inglés de la CCTV, televisión oficial china. Tras unas informaciones más o menos escoradas referidas a Europa, al euro y a la crisis de los países mediterráneos, y una nota sentimental estrafalaria centrada en el barrio de Lavapiés —reportaje sobre un cura que distribuía sopas a los pobres—, el presentador pasó a los acontecimientos nacionales. Hubo diversas loas a logros conseguidos por el Gobierno, y un rato dedicado a ensalzar al todopoderoso Xi Jinping. Luego vino la parte sabrosa del noticiario: el apresamiento de unos estafadores que se dedicaban a adulterar carne de rata y otros bichos no comestibles para convertirla en piezas de cordero y de ternera. El reportaje no se andaba con chiquitas, los periodistas habían entrado en las naves donde se llevaba a cabo la adulteración —proceso muy alambicado— y se habían hartado a filmar montañas de carne, huesos y sangre, más pilas de ratas y bichos varios desmadejados. Después habían seguido la ruta de la distribución fraudulenta por mercados y lonjas, y una vez más se habían puesto las botas de filmar despojos sanguinolentos. Todo ello alternado con entrevistas a víctimas de la estafa y visiones fugaces de los delincuentes: tipos de aspecto facineroso, con ojos a la funerala y caras tumefactas.

Y en medio de esta carnicería se quedó dormida. Soñó sin filtros, una miscelánea caótica. Lo visto en pantalla más Berta Montoya, la colegiala desnuda, su sexo afeitado; Picharrún, la serpiente acechadora, la calvicie de Max Montoya; las masas, el metro, Tiananmén; la Muralla, Zurbano y los jugadores de golf. El paquete entero giró y giró en su cabeza, como colada en la centrifugadora.

Una violenta arritmia cardíaca la devolvió a la conciencia. Tenía una acongojante sensación de apremio; algo se le estaba escapando, entre aquel maremágnum de datos había códigos trascendentes. Urgía encontrarlos, descifrarlos, corrió tras ellos pero en cuanto se le despejó la cabeza el momento de lucidez se enturbió hasta desaparecer en algún limbo lejano. Lo único que quedó fue una faringitis aguda con fiebre de caballo. Y el corazón desbocado.

Eran las tres de la tarde, la serpiente del plato la miraba, burlona y cruel. Rabiaba de impotencia y desesperación, y para que la fiesta fuera completa

tuvo un ataque de ansiedad. Insoportables horas, hubiera querido patearlas, hacerlas añicos.

Respiró hondo, a ritmo pausado y fijo. Paciencia, canturreaba al inspirar, más paciencia, canturreaba al espirar. Cerró otra vez los ojos, soltó el cuerpo. Convocó olas, azul, cielo, sol, mar. Luego llegó un bendito olvido. No más combustible, la maquinaria dejó de funcionar. Se deslizó por un tobogán agradable hacia regiones oscuras y frescas, de añil brillante, de color de vino tinto. Nadaba entre bandadas de peces dorados que espejeaban y refulgían cada vez que atravesaban un rayo de sol extraviado entre las aguas. Planeaba sobre silenciosos paisajes marinos, transparentes y limpios. El mundo, su mundo, estaba en paz. Y era bello.

Julián levantó los ojos de un libro que estaba leyendo y la miró con una sonrisa afectuosa.

—Le ha dado fuerte, ¿eh? Suele pasar la primera vez. Después, el cuerpo se acostumbra a las bacterias pekinesas.

Estaba sentado en un silla cercana a la cama. Su presencia familiar y, sobre todo, el tono desdramatizado, resultaban apaciguadores.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un rato. Ha estado usted hablando en sueños.

—¿Alguna indiscreción?

—Seguro. En lengua desconocida.

—Ah.

—Vassilis. Nombre griego, ¿verdad?

Así que allí es donde había estado. Con él. En alguna cueva resguardada.

—También eslavo.

—Ya. Pero usted hablaba en griego, creo.

La contemplaba con asombro.

—¿Cuántos idiomas conoce?

—Algunos. ¿Qué hora es?

—Las nueve, si esta noche descansa mañana estará mejor. Le he traído unas cápsulas de valeriana, por si la ayudan. No tome más de dos, no sea que la atonten demasiado.

¡Valeriana! Contuvo la risa para no ofenderle. Valerianas a ella, a quien nada que no fuera un narcótico serio conseguía tumbarla. Bienaventurado Julián. Al ver que no le contestaba al teléfono había llamado al hotel. La extranjera del pelo rojo estaba poco menos que por morirse, le había transmitido el recepcionista. Y corrió a su lado, para velarla.

Aceptó sus cándidos hierbajos con gratitud profusa. Y calmó su inquietud; iba a estar bien, podía irse tranquilo. Ya en la puerta de salida la avisó, había sonado el teléfono.

—Los dos teléfonos —precisó.

Y señaló el aparato de Montoya, encima de la mesita de noche. Su rostro no delataba nada, ni siquiera se había acercado a curiosear el aparato. Un chico discreto y honesto, buen elemento. Si tuviera un poco más de sangre en las venas...

En cuanto se cerró la puerta chequeó los aparatos. Dos llamadas de número desconocido en el móvil de Max Montoya, serían los colegas chinos; pronto volverían a intentarlo. En el otro teléfono, una llamada perdida de Berta Montoya seguida de un wechat: «¿Mejoría? ¿La llevo al médico?»

Le contestó: «Mejoría. Mañana la llamo. Buenas noches». Aun a riesgo de interacción, tomó una de sus pastillas más potentes. Era prioritario recuperarse. Se enroscó en la cama, sonrió recordando a Zurbano, su expresión cuando la previno sobre la valeriana ¿Qué sabrá la gente normal de los insomnes? El mundo se divide en dos mitades antagónicas condenadas a no entenderse: los que duermen, los que no duermen. Fundido a negro.

Diez horas más tarde había doblado la esquina. Amaneció con el cuerpo rígido pero sin fiebre ni dolor de garganta. Tenía hambre, y esa flojera, propia de las convalecencias, tan fácil de confundir con la melancolía existencial.

Por primera vez se acercó al comedor a desayunar. El bufé consistía en una mezcla caótica para consumo de clientela nativa. No le incomodó en absoluto; ingrediente más, ingrediente menos, así solía comer ella también. Dulce, agrio, picante y salado en revoltijo, *noodles* al lado de bombones y caramelos. Cruasanes y brioches con arroz y *dumplings*, gelatinas de colores, ensalada de algas y pasteles de chocolate. Patatas con carne, frutas y platos de macarrones con mayonesa. Lo insólito, sin embargo, era el entretenimiento que el hotel deparaba a los comensales recién levantados de la cama.

Una pantalla gigantesca presidía el fondo del comedor, nada más entrar se dio de bruces con un perro enfermo de diarrea y vómitos. Más tarde, mientras comía, asistió al parto múltiple, por cesárea, de una gata, seguido por el despioje de una mascota comadreja y la extracción de garrapatas hinchadas de sangre en el lóbulo de la oreja de un basset gigante. Pese a lo poco adecuado del horario del pase, la emisión era bien intencionada: un programa didáctico que mostraba el día a día de un equipo de veterinarios de la ciudad. En cualquier caso, a los clientes del hotel no les quitó el hambre. Iban y venían

del bufé sin cesar, llenaban sus platos, comían con evidente placer, también los niños.

Alegría, alegría. A los chinos les iba el *gore*.

Pekín, 3 de octubre

Se duchó y vistió pensando en el triángulo Montoya. La próxima entrevista con Berta sería delicada, encaje de bolillos. Como si la hubiera oído, vibró el teléfono. Quedaron para más tarde. Fue ella quien le aconsejó visitar a los *blind masseurs*, un masaje le tonificaría el cuerpo tras la sacudida de la fiebre.

—No se arrepentirá, son extraordinarios.

¿Masajistas ciegos? Lo primero que se le ocurrió —porque la cabra tira al monte— fue que se trataba de alguna perversión sexual. Berta Montoya la sacó de su error. Estaban entrenados por Sanidad, excelentes profesionales, y tenían reconocimiento oficial. Le enviaría un wechat con la dirección en chino para mostrar al taxista.

—Pida un *body with oil* con la masajista número 24. Es la mejor. El lugar está a dos pasos del parque, la esperaré en el templete.

Air quality, la aplicación que marcaba los niveles de *smog*, la avisó: *Very unhealthy*. No quiso tentar al destino, se cubrió el cuello con un pañuelo y la boca y nariz con una mascarilla, ambos comprados en el mercadillo callejero que había frente al hotel. *100% silk*, decía la etiqueta del pañuelo. Menuda jeta, claro que por un euro y medio.

El rótulo del salón de masajes —en chino e inglés— colgaba en el tercer piso del edificio. Tras cruzar un hall sucio y oscuro, se metió en un ascensor de la misma cuerda. La depositó en un pasillo siniestro con toques pseudovegetales: plantas de plástico rebozadas en varias capas de mugre. Traspasó unas cortinas de tela color tabaco y pisó un suelo de cristal bajo el que había unos peces rojos apresados en un miniestanque con nenúfares, también de plástico. Los peces, empero, vivían y coleaban. Enfiló otro corredor con recovecos, varias láminas que representaban el cuerpo humano colgaban de los muros. Un hombre y una mujer, en poses hieráticas; la musculatura, los tendones y el sistema nervioso a la vista, y los puntos sensibles marcados con círculos y flechas de colores. Tras doblar un par de esquinas llegó a la recepción. El tablero era alto y al principio no vio a la mujer, vestía bata blanca y estaba sentada en una silla baja, doblegada sobre su móvil. Tras ella, en la pared, había una serie de fotografías colocadas en

fila: el equipo de la casa. Una treintena de primeros planos frontales con un número debajo. Las imágenes tenían muy mala calidad, recordaban esas instantáneas, tantas veces vistas, del delincuente ingresando en comisaría. Localizó el número 24, una rubia, o eso le pareció desde donde estaba.

La mujer de la bata blanca seguía inmersa en su móvil, tecleaba a velocidades inauditas. Ciega no era, al menos esta. Y tampoco muda, porque le escupió un exabrupto en cuanto descubrió su presencia. Imaginó que sería un «¿qué quiere?» malhumorado, debía haberla interrumpido en medio de alguna tarea interesante. Le notificó que no hablaba chino —*duìbùqǐ, wǒ bù shuō zhōngguó huà*— con la mejor de sus sonrisas. Pero su buena disposición no la aplacó. La miró como la Medusa calibraría a sus víctimas y a continuación le lanzó a la cara un catálogo con los masajes y precios. Tuvieron un tira y afloja tenso porque insistía en endilgarle el servicio más caro y no el *body with oil* que ella le pedía. Por fin se dio por vencida, pero de inmediato reanudó el ataque, esta vez por quién iba a dar el servicio. Llamó a un hombre, número 12, decía la placa de su solapa, que empezó a tironearla del brazo para llevársela a la cabina. Y simuló no entender sus negativas y sus gestos cuando ella le señalaba, una y otra vez, la fotografía de la rubia número 24. O tenía ganas de incordiar o el tipo era su compinche y esperaba participar de la posible propina. Tras mucha gesticulación y gritos por ambas partes, cada mujer en su idioma de origen, Gilda acabó por salir victoriosa del encuentro.

Hizo aparición la masajista número 24. Y no era rubia sino albina, una china albina. Tenía el pelo nevado, la piel blanca como la leche. Tras el velo de ceguera que opacaba su mirada se adivinaba el color de sus ojos: un azul celestial, inocente. Parecía patológicamente tímida, aunque quizá estuviera solo amedrentada. La pájara de recepción la obsequió con una serie de ladridos violentos, su tono áspero y desagradable denotaba odio y menosprecio a partes proporcionales. Fue un alivio salir de una órbita cargada con tan malas vibraciones.

Siguió a la chica por los pasillos, caminaba sin titubeos. Llegaron a una puerta, la invitó a entrar en la habitación y le hizo gesto de que se quitara la ropa mientras ella, púdica, le daba la espalda y se ponía de cara a la pared. Gilda dedujo que no era ciega del todo, quizá distinguiera bultos, formas.

El cuarto sí era ciego cien por cien. No tenía ventanas y estaba enteramente tapizado en un tono morado sucio. Había dos camillas gemelas, ambas con faldas de pliegues y gasas doradas. La percha en la que colgó su ropa también era dorada. La iluminación, tenue, procedía de unas luces bajas,

las sombras se acumulaban en las esquinas.

Le preguntó cómo se llamaba, *Nǐ jiào shénme míngzì?*

—Lixúe —contestó en un susurro apenas audible.

Se tendió boca abajo, con el rostro colocado en el agujero de la camilla. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra descubrió un paisaje familiar. Basura menuda, chancletas viejas, el mismo que avistaba en la peluquería china de su barrio, antes de que se convirtiera en burdel catalán.

No tardaron en aparecer unas zapatillas blancas bajo la camilla. Iban y veían, entraban y salían de su radio de visión. Una coreografía compleja; no alcanzaba a comprender bien cómo funcionaba el asunto, cuál era la técnica. La presión, de diversa intensidad, provenía de pulgares, codos, antebrazos, además de las palmas de las manos. En un momento dado la muchacha se subió a la camilla para trabajarle la espalda. En cuclillas, un pie a cada lado de su cintura, usaba todo el peso de su cuerpo. Un masaje poco complaciente, aquel ángel pálido le estaba haciendo ver las estrellas. Claro que quizá después volaría, con las articulaciones sueltas, liberadas.

Se esfumaron las zapatillas, la puerta se abrió y cerró, se volvió a abrir. Escuchó un rumor extraño, similar al de un lecho de guijarros acariciado por el oleaje. Un segundo más tarde tenía un montón de piedras ardientes rodando sobre la piel, debían ser cantos erosionados porque se deslizaban con gran suavidad. Después Lixúe los emplazó, alineados con las vértebras de su columna, de las cervicales al sacro. Los dejó allí mientras le masajeaba los pies. En raras ocasiones se había sentido tan suelta, abandonada.

Se fueron las piedras de su espalda, desaparecieron las zapatillas, volvió a abrirse la puerta. Transcurrieron un par de minutos de silencio y vacío.

Y de pronto dos triángulos oscuros; dos manchas que asomaban bajo la falda de la camilla. Punteras, punteras de zapatos. Zapatos negros, lustrosos, de primera calidad, pegados a la pernera de un pantalón también negro. Pasó del relax al estado de alerta total sin transición. Contuvo el primer instinto, levantarse de un brinco.

—Por favor, no se mueva.

«Su español era impecable», había dicho Berta Montoya. Aquí estaban, los servicios de inteligencia de la República Popular China, concretados en el galán que le había hecho llegar la serpiente, el del calzado caro, el tipo entrevistado en el taller del *cloisonné*. La invadió un pánico cervical. Morir sería lo de menos, desaparecer en China, el infierno.

Pasos, roces suaves. Una tela le cubrió por completo espalda y piernas.

—Incorpórese despacio, no vaya a marearse. Estos masajes bajan la tensión.

Obedeció en lo de la lentitud; ganaba algo de tiempo, fracciones de segundo. Se envolvió en lo que resultó ser una sábana de tamaño precario y color pardo dudoso.

Lo tenía enfrente, con el culo medio apoyado en la otra camilla; las piernas estiradas, pantorrillas y pies cruzados. La miraba con una sonrisa cordial en los labios, emanaba autoridad y no carecía de atractivo el maldito. Vestía como dos días antes; camisa blanca, pantalón negro; calzaba unos estupendos castellanos (lo eran, no se había equivocado: pequeña satisfacción).

Le alargó una mano.

—Hang Zhao.

—Gilda Leyva.

Desde luego, una presentación retórica, él conocía su nombre y seguro que mucho más. Le aceptó el encaje de manos aun a riesgo de perder el equilibrio. Estaba en una posición que dificultaba mucho mantener la dignidad; sentada en la camilla, con los pies desnudos flotando sobre el suelo, los grandes pechos apenas cubiertos por la sábana. Ridículo.

La entrada de la mujer de recepción distendió un poco la atmósfera. Arrastraba un pequeño carro en el que había un juego de té tamaño casa de muñecas, y era un compendio de sonrisas y reverencias hacia el recién llegado; la viva imagen del servilismo. No quedaba nada de la borde que maltrataba a su empleada ciega.

Hang Zhao ni se dignó a darle las gracias. Le hizo un gesto altivo para que se fuera, luego sirvió el té en las minúsculas tacitas. Le ofreció una, conservó la otra. Tenía manos delicadas y femeninas, uñas largas, una manicura más impecable que la suya; llevaba laca transparente.

Tras chupetear unas tres gotas de té, le soltó un bombazo inesperado.

—Ignoramos dónde está el doctor Montoya. No sabemos qué le ha sucedido.

Gilda trató de conservar la cara de póquer adoptada para la ocasión. La noticia era absurda, increíble.

—Comparto su desconcierto —añadió su interlocutor en tono cómicamente desolado. Se entendía, lo habitual era que «ellos» hicieran desaparecer al personal, no que se les desvaneciera por iniciativa ajena, propia o de terceros.

—Un gran fracaso de nuestro servicio. —Suspiró. Volvió a chupetear

el borde de su tacita.

Gilda se mordió la lengua, no debía hacer preguntas. El té olía a crisantemo, a cementerio.

Hang Zhao sacudió un poco la cabeza, como para sacarse de encima ideas tan derrotistas. Permaneció en silencio un minuto largo. Luego cambió el registro. Retomó la conversación en tono asertivo, propagandístico.

—Para el año 2020 el Gobierno chino se propone tener el mejor equipamiento del mundo para la detección y tratamiento de Tierras Raras.

Lo más grande, lo mejor, lo más rico. China: la hipérbole.

—Muy loable.

—Loable, no. Imperativo, somos los primeros productores mundiales y vamos a seguir siéndolo. Tenemos los yacimientos, nos falta la tecnología. Y no me interrumpa, si es tan amable. Hablaba un español más que perfecto, literario. De castellano hidalgo y con acento puro. Apenas un ligero resbalón en las «eles», esa letra que tanto les cuesta pronunciar a los chinos. ¿Dónde lo habría estudiado? ¿Salamanca?

—Déjeme que le cuente una historia. Supongamos que nuestro Gobierno se dispone a comprar alta tecnología a ciertas empresas de Estados Unidos. Dado que el sector es clave, estas empresas informarán rutinariamente a la CIA. Y en el estado actual de las relaciones, lo natural es que la Agencia quiera saber cómo y dónde vamos a utilizar nuestras adquisiciones.

Una nueva pausa, sirvió más té, vuelta a los sorbitos de gorrión.

—Y ahora imagine, solo imagine, que por esta vez nosotros nos sentimos inclinados a satisfacer sus deseos. ¿Me sigue?

Afirmativo. Le seguía, y además podía anticipar lo que vendría a continuación. Pero volvió a morderse la lengua; tendía a pasarse de lista.

—Bien. Si colocamos a un profesional con el currículum adecuado en el lugar conveniente, podemos tener casi la certeza de que los norteamericanos intentarán captarlo como transmisor de información.

Hablaba con lentitud, se escuchaba, saboreaba sus propias palabras. Otra profecía cumplida: un narcisista. Maldita la gracia, empezaba a tener frío, el aire acondicionado estaba demasiado fuerte. Intervino para precipitar el aterrizaje en lo sustancial.

—Un PHD, doctor especializado en Tierras Raras, dirigiendo un máster en la Universidad de Pekín. Por ejemplo, un geólogo español sin relación previa con Inteligencia pero con vínculos profesionales en Estados Unidos.

La miró con aprobación.

—Correcto.

Max Montoya, utilizado como señuelo sin él saberlo. Posicionado al lado de unos colegas chinos, proveedores de datos, más o menos falsos, previamente seleccionados por los servicios de inteligencia chinos. Hasta aquí, posible. También plausible que la CIA picara el anzuelo, el currículum y los años americanos de Montoya avalaban su candidatura como posible espía colaborador. Lo que no era tan de recibo es que este aceptara cooperar. ¿Por qué iba a meterse en semejante berenjenal?

—Montoya no daba el perfil de informante.

—También correcto. Pero la CIA tenía modo de apretarle las tuercas. En Colorado mantuvo relaciones sexuales con una menor. La chica mintió respecto a su edad y él cortó de inmediato cuando se dio cuenta. El asunto no trascendió, nadie lo supo. Nadie, excepto Inteligencia, claro está. El ingeniero ocupaba un cargo de responsabilidad en una empresa clave y la CIA controla de modo automático al personal de su nivel. De esto hace solo cuatro años. El patinazo quedó archivado, listo para ser exhumado en cualquier momento. Sucede. No sería raro, ahí está el caso de Polanski, sin ir más lejos.

Wendy, el disfraz de colegiala. Montoya y su fijación, un trastorno compulsivo: las jovencitas.

—La colegiala es agente de ellos, asumo.

—Excelente profesional. Nadie diría que ya no cumplirá los treinta años. Muy buenas caracterizaciones, se ha especializado.

—¿Que ha sido de ella?

—Salió de China, vía Seúl, la misma noche de la desaparición de su conciudadano. No le pusimos trabas. Asumimos que había finalizado su trabajo, que el ingeniero ya estaba captado. En lo que se refería a nosotros, había cumplido su cometido. Estábamos listos para pasar la información que queríamos. Detenerla hubiera significado alertar a nuestros oponentes, y además no nos interesa la pesca menuda.

—Y entonces, a la mañana siguiente, se enteraron de que Montoya había desaparecido.

—Así es. Fue una desgraciada coincidencia que la esposa y él no durmieran juntos, y que su secretaria temiera perder el puesto. Sospechaba que su jefe tenía amantes, algo muy común por aquí, y no quiso meterse en líos. Esas veinticuatro horas de silencio fueron nefastas.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Queremos que trabaje para nosotros. Usted descubrirá qué le ha pasado a Montoya. Si está vivo o muerto, la causa de su desaparición.

Ya estaban, lo esencial, la explicación de todo. El seguimiento a distancia, la serpiente, el envío del teléfono. Trató de ganar tiempo.

—¿Qué le hace pensar que yo tendré éxito donde ustedes han fracasado?

—*Women hold up half the sky*, dijo nuestro *chairman* Mao Zedong.

—Ya. ¿Le importaría ser algo más concreto, por favor?

—Su historial. Es usted una agente de primera clase. Combina una mente extremadamente lógica con una intuición casi patológica. Es muy raro poseer ambas características. La considero capaz de armar un rompecabezas usando elementos dispares, contradictorios.

—Me sobreestima. Estoy en territorio desconocido, carezco de recursos.

—Le juega a favor. Nosotros somos una maquinaria demasiado pesada, oficial. Usted, en cambio, va por libre, se mueve con agilidad y soltura.

Hang Zhao hizo una pequeña pausa, volvió a servir té con parsimonia. Dada la situación, el sofisticado ritual semejaba un dislate bastante grotesco, aquellas tacitas, por Dios.

—Habrà analizado el teléfono que le enviamos.

—¿Dónde lo encontraron?

La taza vibró en sus manos. La pregunta le había enojado, la respondió con notorio malhumor.

—Nos lo hizo llegar la policía. Recepción anónima, procedencia del aparato desconocida.

Gilda dedujo que la relación entre policía e Inteligencia era tensa. Nada insólito, solía pasar. Y en lo que respectaba al teléfono, su envío anónimo podía significar cualquier cosa. Desde mucho hasta nada. La ciudadanía china vivía atemorizada por las autoridades, no resultaba sorprendente que tratara de evitar todo contacto con ellas. Un tipo honesto que hubiera encontrado el Samsung de un extranjero trataría de sacarse la patata caliente de encima de la manera más expeditiva y aséptica posible.

La voz de Hang Zhao retornó a su tono habitual.

—Estamos seguros de que el enlace americano de la colegiala es uno de los jugadores de golf. Usted puede acercarse a ese grupo sin levantar resquemor.

—Yo no juego al golf. Es más, no me gusta nada el golf.

—No. Pero le gusta beber.

Estaba pillada, sin tiempo para reflexionar. Trató de procesar la idea quemando etapas a toda velocidad. Pensando en los posibles desenlaces del embrollo en que se encontraba; ninguno de ellos era feliz, ni remotamente. Se encaminaba hacia una emboscada y nadie acudiría al rescate. Porque de súbito se dio cuenta de que la operación había sido orquestada por el CNI, por los suyos. Los servicios secretos chinos no la habían localizado debido a sus voluntarias imprudencias sino que le habían seguido los movimientos desde que puso el pie en Pekín. La filtración procedía de Madrid, Satrústegui ajustaba cuentas con ella. La «prestaba» a los chinos con una hoja de perejil en la boca. *Be nice to the chinese*. Necesitaba contentarlos para cumplir con Exteriores —los famosos acuerdos bilaterales— pero no podía ofrecerles ayuda explícita para no entrar en conflicto con los norteamericanos, aliados naturales de España. La jugada sería otra: mandar una francotiradora de carácter imprevisible. Ella «traicionaría» al servicio. Era idónea para la misión: individualista, díscola, rebelde. Si había choque con la CIA, el CNI se lavaría las manos. A la agente Leyva se le había dado una cobertura perfecta y ordenado no actuar. Esto último con mucha insistencia, manera perversa de asegurarse que hiciera lo contrario (la conocían muy bien). La agente Leyva había desobedecido, se había expuesto de modo temerario. Iba por libre, allá ella.

Por parte del MSS, Inteligencia China, no había inquina personal pero sí una estrategia simétrica. En caso de bronca con Washington, Pekín negaría su intervención. Y si rechazaba trabajar para ellos la detendrían de inmediato; publicidad, escándalo, expulsión, un nuevo conflicto diplomático.

Operación Peonía era una cortina de humo, desde luego, aunque no para engañar a Diana Montoya. La hija Montoya era solo un alfil útil en el tablero. La finalidad era satisfacer a los chinos y de paso sacrificar a la reina. La reina era ella, y estaba acorralada. Jaque mate, esta sería su última misión. Satrústegui la forzaba a claudicar, a finalizar su carrera de modo vergonzante. Bien. No le daría ese gusto. Elegiría el escándalo público. A tomar por saco, allá se las apañara Exteriores con su diplomacia.

La voz de Hang Zhao interrumpió sus divagaciones nihilistas.

—Considere también la situación de Julián Zurbano, su intérprete, creo que le ha cogido cierto afecto.

Se le cayó el alma a los pies.

—Ha incurrido en algunas ilegalidades. Nada demasiado grave,

descarriós de juventud. Solo le caerían unos seis meses de cárcel. Supongo que incluso un joven frágil como él podría soportarlos.

No, no podría. La suerte estaba echada.

El resto de la conversación consistió en un informe de rutina que Gilda escuchó sin hacer comentarios. Hang Zhao no le dijo nada que ella no supiera o hubiera imaginado, lo cual significaba que le escatimaba datos. Sin ir más lejos, ¿dónde estaba el ordenador de Montoya? No quiso preguntarlo, también ella se callaba lo que sabía o sospechaba. De haber juntado fuerzas, el chino y ella hubieran podido ganar un concurso de hipocresía. Jugaban al gato y al ratón; reservas, omisiones y mentiras estaban en el tablero. Por el momento lo único cierto era que los servicios secretos de China no sabían qué demonios le había pasado a Maximiliano Montoya.

Antes de abandonar la cabina, Hang Zhao le cantó un teléfono de contacto, sería la línea directa con él.

—Número 05072015 ¿se lo escribo?

No. No hacía falta. Ni papel ni ejercicio de mnemotecnia. 5 de julio de 2015, el día del referéndum de Alexis Tsipras y el *Oxi*. El día en que su corazón había saltado por los aires. El MSS lo sabía todo sobre ella.

Regresó Lixúe. Le hizo gesto para que se tumbara de nuevo en la cabina, esta vez boca arriba, y continuó con el servicio. Su expresión era impávida. No ver, no oír, no hablar, no significarse para sobrevivir. La *omertá* de todos los sistemas opresivos, demócratas o no.

Ni se fijó en los últimos minutos del masaje. El nuevo giro de los acontecimientos impedía cualquier relax. Debía empezar de nuevo, establecer nuevas hipótesis de trabajo.

La CIA aborda a Montoya y este, obligado por las «circunstancias», acepta convertirse en informante. Poco después desaparece. ¿Por qué? ¿Está iniciando una nueva vida en algún paraíso caribeño de bandera amiga?, ¿le ha dado la CIA otra identidad? Si fuera así, significaría que les ha entregado información de una relevancia enorme, y no las inanidades «a la carta» que los chinos le estaban ofreciendo en bandeja. ¿Ubicación de grandes yacimientos desconocidos? O, y aquí se le desató la imaginación, ¿un nuevo elemento? ¿Habrían sido capaces los geólogos chinos de dar con un nuevo elemento? La idea era fascinante, la acarició durante unos minutos. Resultaba factible.

¿Y cómo encajaba Berta Montoya en el nuevo esquema?

Estaba en el templete, practicando taichí con el grupo de gente mayor. Se detuvo un rato a contemplarlos, resultaba extraño ver a los esforzados

ciudadanos y sus espadas evolucionando a cámara lenta en medio del smog. Aunque, bien mirado, aquel ejercicio, tan suave, resultaba muy adecuado para la atmósfera reinante; un deporte más trepidante y aeróbico hubiera sido suicida, de infarto inmediato.

Vestía una leve túnica suelta y pantalones bombachos, ambos en tonos cremosos. De lejos ni siquiera la reconoció, tuvo que acercarse a pocos metros para diferenciarla del resto del grupo. La observó un rato, su técnica no desmerecía en absoluto: equilibrio, flexibilidad, control. Cuando percibió su presencia se apartó de sus compañeros, cruzó las manos sobre el pecho y se despidió de ellos doblgando el cuerpo por la cintura.

No usaba mascarilla y Gilda se quitó también la suya, demasiado incómoda para hablar. Emprendieron el sendero que bordeaba el lago. Cruzaron unas cuantas frases de cortesía referidas a la reciente faringitis, luego dieron unos pasos en silencio.

—¿Qué sabía usted del trabajo de su marido?

—En líneas generales, creo que todo. Al detalle, muy poco; Max nunca ha sido de los que pasea con el trabajo auestas. Ni siquiera trae el ordenador a casa, lo deja en la oficina. Por cierto, se lo quedaron «ellos».

—Lo supuse. Dígame, ¿viajaba mucho?

—A menudo, sí. Casi siempre viajes cortos. Dos o tres días fuera, a lo sumo cuatro. ENVER trabaja en todo el territorio chino.

—¿Le acompañó alguna vez?

—De ninguna manera. Ni a los viajes ni a cenas de negocios o con clientes. En China las esposas no existen, ni siquiera se consideran útiles como elemento decorativo.

La observación tenía la suficiente carga irónica como para resultar llamativa. El discurso de Berta Montoya asomaba la patita.

—¿Recuerda cuál fue su último viaje?

—Inner Mongolia. Pocos días antes de desaparecer. En los últimos meses iba bastante.

Caliente, caliente. En Mongolia Interior —Baotou— se hallan los mayores yacimientos de Tierras Raras del mundo.

—¿Alguna razón especial para ello?

—Lo ignoro. Quizá un nuevo cliente.

Lo siguiente era hablar de las infidelidades. No resultaba fácil, la gentileza que Berta Montoya había mostrado en los días de su enfermedad la colocaba

en situación incómoda. Trató una aproximación sesgada.

—Tengo la impresión de que usted pasa mucho tiempo a solas.

—Estoy en excelentes términos con la soledad.

—¿Cómo llena su tiempo?

—Leo, dibujo, mucha caligrafía. Estudio chino, es una ocupación inacabable. Se le pueden dedicar tantas horas como se desee.

—...con la seguridad de no llegar a ninguna parte.

Era un intento de aligerar la atmósfera, prepararla para lo que vendría a continuación.

—No tan radical pero, desde luego, se avanza muy lentamente.

Rieron un poco las dos, primera vez que reían juntas. La de Berta fue una risa queda, reconfortante. Preciosa risa. Hizo que Gilda se sintiera miserable, porque ahora iba a herirla. Fin del momento de complicidad, no quedaba más remedio que cambiar de registro. Se hizo de nuevo un silencio, contó hasta cinco, no más. ¿Para qué esperar más?

—Su marido mantenía relaciones sexuales con una de las alumnas del máster.

Sintió la súbita tensión como una corriente eléctrica transmitida vía aire. Un choque violento, la mano que tenía del lado de ella le tembló, incontenible.

—Usted lo sabía, ¿verdad?

Se tomó un tiempo interminable para responder. Lo hizo con una neutralidad pasmosa; voz helada, dominio absoluto en cada matiz, cada semitono.

—Todos tenemos nuestras zonas secretas. Es un derecho inalienable que el matrimonio no invalida. Casarse no significa compartir todos los ámbitos de la vida.

No había nada más que decir. Berta Montoya conocía las infidelidades de su marido. El dolor, o el resentimiento, que ello pudiera causarle, estaba guardado bajo candado.

Se había detenido, un soplo de brisa ahuecó su túnica ligera, por un momento se transparentó un torso menudo, con unos pechos apenas insinuados. Miraba a través del lago y en su expresión había como una ausencia; un espacio vacío, fuego apagado y triste.

—Creo innecesario prolongar esta entrevista. Usted debe descansar, será mejor que regrese al hotel.

Manera muy elegante de mandarla a la porra.

Le hizo caso, pasó la tarde tumbada en la cama.

A las seis se acercó a la taberna del barrio. Estando sola no tenía modo de interpretar la carta en chino, se guio por las fotografías. Eligió imágenes de platos abundantes y de aspecto grasiento que le forraran bien el estómago. Esa noche iba a beber en serio.

En China todo se hace temprano, lo que tiene sus ventajas. Entró en el Casablanca recién tocadas las ocho de la noche, vestida y maquillada para una velada de copas y sociabilidad. Le había costado lo suyo dar con el lugar. La dirección lo situaba en Sanlitun, el barrio más occidentalizado de la ciudad, pero el bar era minúsculo y estaba oculto en el fondo de un callejón. Casi parecía un antro clandestino, había que llamar a un timbre para entrar.

Se trataba de un espacio pequeño y acogedor, similar al salón de una vivienda privada. Tenía una barra de madera bruñida, media docena de mesas con sillones de cuero. Y un barman amistoso, ese personaje literario que conoce tu nombre y propone el cóctel adecuado a tu estado de ánimo; el que te aguanta la borrachera y simpatiza con tus desgracias. No en vano el local se llamaba como se llamaba. En los muros había fotografías de Bogart y Bacall, Walter Brennan y el set de rodaje. Y en un rincón dormía —de pie, era vertical— un piano blanco.

A Gilda le gustaban las barras. La del Casablanca tenía encanto y un agarradero para colgar el bolso, extra de agradecer. Pidió un whisky sour y entabló con el camarero, un chino pasado por agua criado en Taiwán. Casi toda su clientela era *expat*, le contó en un inglés más que decente, los pekineses ricos preferían frecuentar lugares más ostentosos, añadió con desdén. El Casablanca no se regía por normas de club exclusivo pero mimaba a sus clientes fieles, y cerraba las puertas en cuanto el espacio se llenaba demasiado. Nos interesa preservar cierto ambiente, remató con orgullo.

Fue aterrizando la parroquia. Predominaba el espécimen Rodríguez organizado en pequeñas células. También llegó un cuarteto prototipo: dos ejecutivos occidentales maduros acompañados por sus respectivas jóvenes chinas: espectaculares, vestidas de noche y repeinadas. Debía ser una primera cita porque la liturgia se desarrollaba con una ortodoxia admirable. Las chicas mariposeaban y reían, pedían champán francés y contemplaban a los señores

con arrobo. Ellos sacaban la cartera con gesto dadivoso, aleccionaban con aplomo, miraban a su alrededor para asegurarse de que los machos cercanos habían detectado el atractivo de sus «presas». Y cuando ellas desaparecieron en dirección al baño se hicieron gestos y guiños cómplices. Gilda pasó un rato entretenido observándolos, la eterna comedia humana.

Una cosa llevó a la siguiente. Montoya y su colegiala ¿dónde follarían? El wechat de Max daba a entender que tenían un lugar fijo, mas no podía ser un hotel; en China la obligación de mostrar documentación era insoslayable. Algún amigo les habría prestado su casa, cualquier Rodríguez de los que había por allí, por ejemplo. Un romance, aun ajeno, ayudaría a sobrellevar el tedio diario, porque la atmósfera general olía a eso: a un hastío letal.

Bebió con lentitud premeditada. Recién estaba comenzando el segundo cóctel cuando Rick, el cabecilla de los golfistas, hizo su entrada triunfal. Lo reconoció por las fotografías, por supuesto. Aunque de todos modos no había confusión posible; su soltura y la campechanía autoritaria con que saludó a toda la concurrencia lo retrataban. Se comportaba más como dueño del bar que como cliente.

Palmeó al barman en la espalda y pidió dos gin-tonics a la vez. Venía ya cargado, debía haber estado bebiendo durante la cena. Se sentó en el taburete vecino a ella, le alargó la mano, anunció su nombre, nacionalidad y profesión: ingeniero aeronáutico. Por ese orden; era de *esa* clase de norteamericanos.

Ella hizo lo mismo: Gilda Leyva, española, psicóloga.

—Gilda, ¿por Rita Hayworth?

Había topado con un cinéfilo, maldita suerte.

—Mi padre tenía una fijación con ella.

—El mío con Boggie. Me bautizó Rick, yo cumplo, voy cada noche a Casablanca.

Celebró su propia broma con una carcajada. Acercó el vaso al suyo, brindaron por ello. El escaso criterio de sus respectivos progenitores pareció hacerle pensar que algo sólido los unía. La miró fijo, acercando demasiado la cara a la suya. Empezaba a tener los ojos vidriosos.

—Usted me cae bien. Yo tenía un gran amigo español. Brindemos.

No le preguntó quién era el gran amigo español, pero chocaron otra vez los vasos. Conversó un rato con él, aprovechando que aún estaba más o menos coherente. Le contó que era de Arizona y trabajaba para una gran empresa internacional. Los chinos tenían previsto sembrar el país de aeropuertos y ellos estaban más que dispuestos a colaborar y sacar buena tajada del asunto.

A partir de cierto estadio la velada devino confusa. Las copas vacías abandonaban la barra, aterrizaban otras llenas sin que aparentemente nadie las pidiera. Gente nueva, casi todos ellos hombres, entraban y se sumaban a los desmanes alcohólicos. Rick estaba rojo sanguíneo, pletórico de energía y entusiasmo. Hablaba y hablaba; de China, del amor, del mundo. Proclamaba sus ideas y opiniones a los cuatro vientos, como un aspersor en plena sesión de riego. Vociferaba, se abrazaba a cualquiera que se le pusiera por delante. Y pagaba, sobre todo, pagaba. Mejor dicho, su empresa pagaba, cosa que no se abstenía de proclamar sin reparos. El hombre combinaba unos cuantos arquetipos: el antihéroe, el gringo campechano, John Wayne: el tipo viril, un poco bruto pero generoso y leal. Dudoso que fuera el enlace de la CIA; demasiado bocazas, demasiado entrañable. Quizá alguno de los otros colegas del golf se acoplara mejor al papel. En algún momento aparecerían por el Casablanca, si no hoy, mañana.

Hacia las once la borrachera general llegó a su clímax. Con los ojos lagrimeantes, Rick se sentó al piano y destrozó *As Time goes by*.

—*Play it again, Rick* —chillaron unas cuantas voces ebrias pidiendo un *encore*. Y la volvió a destrozarse, esta vez con más saña si cabe.

Entró luego en modo «amor universal». Se pegó a ella como un imán.

—*Amiga... I tell you: you'll become my best friend.*

También Max había sido su mejor amigo, insistió. Ah, el *amigo* Max. Un romántico, repitió varias veces de modo inconexo. Vacilaba y trastabillaba pero no acababa de caerse, lo que denotaba larga experiencia en borracheras. Vivía casi a la vuelta de la esquina, le acompañó hasta la puerta del edificio, un rascacielos *déco* rematado por una especie de alcachofa gigantesca y abierta.

—Suba a tomar un trago. Usted tiene ojos inteligentes. Es muy inteligente. Ahora es mi mejor *amiga*.

Subieron hasta el piso 22. La llevó directa al mueble bar, una monstruosidad niquelada repleta de botellas. Allí padeció un súbito raptó de lucidez.

—Beber y jugar al golf. Aquí no hay otra cosa que hacer.

Tras las sentenciosas palabras regresó a su estado natural, la ebriedad. Sirvió un par de copas, cayó más líquido fuera que dentro de los vasos. Se sentaron en un sofá exagerado de terciopelo verde con bordados dorados. Apuró el vaso hasta el fondo y luego se quedó grogui, con los ojos en blanco. Bastó con empujarle un poco para que se derrumbara; le levantó las piernas y

le tiró una manta por encima. No se movería, al menos durante unas horas.

Dio una vuelta por el piso. De alquiler: lujoso, amueblado con boato. En el dormitorio principal había algunas fotografías. Rick, subido a un descapotable con una mujer de su edad en el asiento del copiloto, quizá su esposa. Detrás, una inmensidad desértica erizada de cactus. Luego, fotografías hogareñas, graduación de los hijos. Y en casa, chicos y chica rubios, un pavo enorme en el centro de la mesa. *Thanksgiving*, clichés.

Entró en lo que debía de ser el cuarto para invitados. Una cama de cuerpo y medio y un armario empotrado lleno de palos de golf y enseres diversos en desorden. El parpadeo de unos neones exteriores la atrajo hacia la ventana, en la cúspide del rascacielos de enfrente había una pantalla enorme que emitía anuncios publicitarios. Un grupo de jóvenes, epítome de la modernidad nativa, engullía pizzas variadas con expresión de felicidad. El spot finalizaba con el primer plano de una pizza gigante cuyo cromatismo evocaba cierta hispanidad: amarillo (yemas de huevo, mayonesa), rojo (pimientos rojos, chiles, tomates). *Ask for the Fiesta!, the funkiest pizza in city!*

Meeting in the usual place. Fancy a spicy fiesta? fue el último mensaje del desaparecido. Su imaginación calenturienta le había jugado una mala pasada, *spicy fiesta* no era una metáfora de sexo picante sino una expresión textual. Montoya invitaba a Wendy a comer pizza, manjar propio de jovencitas. Gilda esperó a que volviera a pasar el anuncio para tomar nota de la dirección del restaurante. Se llamaba Bella Vita y estaba en el barrio. Pizza picante —*in the usual place*— y después, sexo. De eso a la siguiente corazonada solo había un paso. Rick no era más que un niño grande, su concepto de la camaradería masculina estaría de acuerdo a su edad mental. Encubrir la aventura extramatrimonial de un amigo «romántico» entraba en esta lógica de patio escolar.

Se sentó en la cama, apartó la colcha de un manotazo; aún quedaba un leve rastro de bergamota en la funda del almohadón. Abrió el cajón de la mesita de noche, allí estaban los condones. Una conocida marca española, Max Montoya desconfiaba de la eficacia china en la materia, se los traía de la madre patria.

Antes de salir del piso echó un último vistazo al salón. Rick dormía boca arriba, roncaba y respiraba con dificultad. Mala postura, si le daba por vomitar podía ahogarse. Le empujó hasta ponerle de costado. Estaba tan inerte como un saco de patatas, pero abrió por un momento los ojos y la enfocó con dificultad. *Amiga*, murmuró con voz pastosa, luego volvió a extraviarse en sus junglas alcohólicas.

La calle bullía de actividad, por allí corría el dinero que daba gusto. Clubs nocturnos, karaokes, bares, restaurantes. Había docenas de taxis patrullando, levantó la mano y detuvo al primero que pasó. Miró la hora. Medianoche, hora joven para los españoles.

Había llegado el momento de tener una charla con Julián Zurbano.

Su importancia como traductor era obvia, pero había más. Si algo se torcía y las cosas acababan mal, alguien debía tener toda la información. Necesitaba un confidente, un cómplice íntegro que fuera testigo de sus pasos. Julián encajaba en el rol. Explicarle el estado de la cuestión no empeoraría sus circunstancias pues aunque él no lo supiera ya estaba en el centro del embrollo. Inteligencia lo había expuesto al adjudicárselo como ayudante. Quizá su padre, el militar, ignoraba la complejidad de la estrategia del CNI y la extensión del riesgo en que le había colocado. Aun así, con semejante progenitor, el chico no necesitaba enemigos.

Puesto ante la disyuntiva, las lealtades del becario no se inclinarían hacia Burgos ni Madrid, en eso se jugaba el cuello. De hecho, le preocupaba más que se le escapara corriendo, dejándola sola ante el peligro. Cualquiera con dos dedos de frente optaría por la estampida inmediata, y Julián no podía calificarse como un tipo aguerrido precisamente. Las autoridades chinas le atemorizaban, y con razón. Más aún ahora, cuando supiera que estaban al corriente de sus picardías.

Lavó los dos vasos que había en el baño, puso la botella de Bowmore en la mesita de noche. La habitación tenía una única silla, la acercó a la cama. Ella se instalaría en la cabecera, apoyada en los cojines; los dos días de fiebre alta pasaban factura, estaba cansada. La conversación sería larga.

Llegó. Venía algo achispado pero no borracho, estado ideal para encajar sobresaltos con cierta serenidad. Lo importante es que no cundiera el pánico. Escanció el Bowmore y le señaló el asiento al lado de la cama.

De pronto la señora de mediana edad y aspecto frágil tumbada entre almohadones se convirtió en otra persona. Y en cierto modo fue un alivio que el desasosiego de Julián durante los días anteriores se concretara en certezas. No habían sido fantasías suyas, ni delirios provocados por los excesos alcohólicos. Gilda no era lo que aparentaba sino una colaboradora externa de los servicios de inteligencia españoles.

Sonaba irreal. Pero no más que China, o que los últimos ocho años de su vida en China. Así que se quedó callado, escuchando lo que le contaba. Palideció un poco cuando Hang Zhao hizo su entrada en la narración; casi

estuvo a punto de mirar de reojo tras él, por si ya le estaba echando el aliento en el cogote. Sin embargo, no se alteró seriamente hasta que se hizo mención a la familia.

—Tu padre y mi superior en el CNI fueron compañeros en la Academia Militar. Misma promoción.

Las implicaciones no le penetraron a la primera. Era, en efecto, un alma bendita sin la menor malicia. Había que darle más pistas.

—No te llamaron solo para que me hicieras de traductor.

Aún tardó unos segundos en comprender. Mas de pronto recordó la conversación telefónica con su progenitor, el tono inquisitivo, su insistencia en saber más sobre Gilda. Se hizo la luz. Y entonces, como si le hubieran dado a un *dimer*, su enfado nació y creció de modo gradual. Empezó con un sentimiento de incredulidad que se tradujo en ligero rubor sobre las mejillas.

—¿Esperaban que yo la vigilara a usted?

—Que les mantuvieras más o menos informados de mis movimientos, digamos.

Se extendió el enrojecimiento, alcanzó frente y cuello.

—¿Sin consultarme?

—No sé. ¿Lo hicieron?

—No. No lo hicieron. Los hubiera mandado al infierno, la mera idea suponía un insulto.

Como a muchas personas afables, a Julián Zurbano le costaba sulfurarse, pero cuando lo hacía el fragor y la explosión eran considerables, perdurables. Estaba indignado. Había vivido su infancia y adolescencia bajo un régimen castrense, luego le empaquetaron hacia Pekín y aceptó sin rechistar; nunca protestó ni se rebeló contra la potestad paterna. Pasaron ocho años, ya tenía treinta primaveras, y su padre le seguía tratando como a un menor de edad por no decir algo peor. Hasta aquí habíamos llegado, no más. Estaba harto, saciado, ahíto, hartó, saciado, ahíto. El mantra le fue calentando. Viró hacia un bermellón, sus ojos despidieron chispas, el vaso de whisky tembló en sus manos. Gilda temió que la emprendiera a gritos o que rompiera algo. No había que subestimar a los caracteres bonachones, cuando perdían los estribos los extraviaban de modos desafortunados. Trató de apaciguarle.

—*Take it easy*. Tú tienes el control de la situación, no tu padre. Ni los de Inteligencia, ni yo. Y tú decides lo que vas a hacer a continuación. Sales por esa puerta, no te llamo más. No sabes nada de todo este embrollo. Los chinos te dejarán en paz, tengo su palabra, y además te renovarían el visado. El

CNI, viendo que ya no estás a mi lado, también te olvida. Ahí acaba la historia.

—¿Ha aceptado usted colaborar con este tío Hang para protegerme a mí? Pregunta delicada, respondió con una media verdad.

—También yo me hago un favor.

Bebieron un trago, a él le rechinaron los dientes. Salvo ese mínimo sonido incidental, lo demás era silencio. Procuró no mirarle para que no se sintiera observado o presionado; cuando la gente va a tomar decisiones importantes mejor dejarla en paz.

Julián pensaba en su vida. Había transitado por ella como si no fuera suya, como si otro tipo la estuviera viviendo en su lugar. Se había dejado arrastrar hacia un lado, hacia otro, con lasitud y pasividad. Esta noche el destino le presentaba la oportunidad de rectificar.

Aquel era el momento, el punto de inflexión de su existencia. Ahora o nunca.

La desgracia de los Montoya no contó en su determinación, que tampoco se vio insuflada por ningún espíritu quijotesco o heroico; no estaba él para gestas guerreras. Algo sí pesó la cercanía de Gilda, hacía mucho tiempo que ningún adulto le caía tan bien. Pero, en resumidas cuentas, se embarcó en la aventura por una razón sencilla: quería ser protagonista de su propia vida.

Siguió una charla larga e informativa salpimentada con algunos episodios turbadores. El becario no tenía vocación de espía, solo era un joven púdico y discreto de Burgos. Fisgar en móviles ajenos no entraba en sus parámetros. La idea ya resultaba desagradable de por sí, si encima el teléfono contenía informaciones de alto voltaje, un suplicio. Ser testigo de las obscenidades de la colegiala fue francamente embarazoso, la frialdad con que Gilda analizaba imágenes y textos agravaba su malestar.

El chat de los golfistas fue más llevadero y le permitió sentirse útil por primera vez. Pudo confirmar que el señor bajito y regordete de las fotografías era el agregado militar de la embajada española en Pekín. De nombre José Panagua, Pepe para los colegas de golf, el Picharrún para los jóvenes alegres de la colonia hispana. La intuición de Gilda quedaba ratificada, Madrid había omitido notificarle que su terminal mantenía relación con el desaparecido. Estaba por ver qué papel había desempeñado en la trama. En cualquier caso, él había introducido a Jimmy en el grupo de jugadores de golf, no sería casual.

Tras el breve respiro en los campos de golf, Zurbano vivió de nuevo momentos desagradables cuando Gilda le dio a leer las conversaciones entre

Montoya y su esposa. Aquel hurgar en las intimidades maritales, en concreto, le escandalizó.

—Se supone que usted es la psicóloga de ella. ¿No hay códigos éticos para estas cosas?

—Estaríamos aviados. Los espías, espían. Espiar es su razón de ser.

Se lo dijo con absoluto cinismo, una sonrisa en los labios. ¿Qué había sido de su tía abuela de Quintanilla de los Baños?

—No pongas esa cara de susto. Me preferirías haciendo calceta, ¿eh?

Imagen tranquilizadora, oh sí. Desvanecida para siempre.

—Y tutéame ya. Haces que me sienta decrepita.

Y así fue cómo la querida tía Matilde se exilió en algún distante desván infantil para dejar paso a su *alter ego* burlón: la agente Gilda Leyva.

Julián Zurbano salió del hotel flotando entre nubes de fantasía. China, una ilusión, su vida en China, otra ilusión. Su nuevo rol como asistente de una espía, quimera y locura. ¿O no? De súbito, este desatino le parecía más concreto y tangible que todo lo vivido hasta entonces. Quizá fuera una deformación optimista atribuible al whisky. Habían bebido de manera sostenida durante unas cuantas horas, Gilda tenía más aguante que él.

Durmió poco y mal, demasiadas emociones.

A primera hora de la mañana, medianoche hora patria, se disparó Skype. Era su padre. Dudó, no le apetecía nada hablar con él. Pero empezaba a sentirse imbuido en su nuevo papel de asistente de espía y decidió contestar para no levantar sospechas. Desactivó la cámara porque aún le faltaba mucho que aprender en lo relativo al camuflaje de emociones. Arguyó que la conexión fallaba, no daba para imagen y sonido a la vez. Y cuando su progenitor le preguntó por la psicóloga se sacó de la manga varios tours turísticos. Todo iba como una seda, la señora estaba de excelente humor, disfrutando de los paseos y el *shopping*.

Cerró la sesión de Skype con una sensación exultante. La idea de dársela con queso a su padre resultaba tan gratificadora que incluso consiguió no sentirse culpable por ello, un éxito. Fue a la cocina y se hizo un café. Lo tomó frente a la ventana, vivía a pie de tierra, en un *compound* destartado. Afuera, la comunidad empezaba a desperezarse. Pasó un cochecito de lata, su vecina llevaba la niña al colegio, y la anciana del piso de arriba bajó a regar el huerto. Le vio tras la ventana, levantó una mano para saludarle. Le devolvió el gesto con una sonrisa, y de pronto se sintió invadido por una oleada de humor aventurero. País exótico, servicios secretos, agentes, trepidación, amantes

chinas. La vida... por fin, la vida.

Pekín, 4 de octubre

Encontró a Gilda en el comedor del hotel, rodeada de comestibles variopintos y muy desconjuntados. Su mesa no se diferenciaba en nada de la de los comensales nativos. Se lo hizo notar, ella le contestó con los carrillos llenos.

—Me da igual comer una cosa que otra.

—Pues China es tu país. Aquí se come de todo: lo que vuela, lo que nada, lo que camina, lo que reptar.

—Medida muy juiciosa. Con el hambre que han pasado... ¿Quieres un café?

Planificaron la estrategia del día. La pizzería Bella Vita no abría hasta mediodía, visitarían primero a Wu Wang, el *taylor*. Convenía hacerse con un pretexto, lo encontraron enseguida. Julián acababa de recibir su invitación anual para asistir a la gala de la Hispanidad que se celebraba en la Embajada de España. Un superfiestón, en el que la embajada tiraba la casa por la ventana, y abría edificio y jardines para regocijo de un montón de asistentes de todo pelaje y condición. Se trataba de una juerga simpática, agradablemente promiscua, con abundancia de tapas, jamón, vino, tortillas de patatas, flamenco y croquetas. En los últimos años el sarao había sido esponsorizado por el Banco de Santander, quizá una financiación algo cuestionable desde un punto de vista ético pero, sin duda, garantizaba buena comida y bebida, así que pelillos a la mar. La fiesta tendría lugar a mediodía, sería buena ocasión para hacerse con los últimos cotilleos, y seguro que estaría el Picharrún. La invitación era para dos, Julián podía llevar a Gilda como acompañante.

—No tengo qué ponerme.

—Fenomenal. Te hacemos algo de gala en lo de Wu Wang.

—¿Tú te crees que nado en millones?

—Los sastres chinos son populares y baratos, todo el mundo los usa. Nada que ver con los nuestros.

Una aclaración tranquilizadora, también explicaba la hilera de trajes seriados vistos en el armario de Max Montoya.

—¿Habrà tiempo? —No faltaban muchos días para la gala.

—Trabajan a velocidades supersónicas, sobre todo si se les lleva una

pieza de referencia.

Miró apreciativamente el traje chaqueta de Gilda.

—Copiamos el que llevas pero con una tela de vestir, aquí las hay fantásticas. Tendrás que dejarlo unos días en la sastrería.

—Corro a cambiarme. Tómate otro café.

La tienda de Wu Wang se encontraba en el interior del Ya Show Market, un edificio de cuatro pisos atestado de paradas de toda clase. Los dos niveles bajos estaban enteramente dedicados a los *fakes*: bolsos, zapatos, ropa. Un despliegue espectacular con énfasis especial en las marcas de lujo y en las piezas «exclusivas», de las que había cientos; magnífica contradicción solo posible en China. La cantidad de propuestas y tentaciones era tanta que llegaba a marear.

Hasta hacía poco, los mercados de *fakes*, más o menos improvisados o lujosos —pues también en las falsificaciones se daban niveles de calidad—, habían proliferado en muchas ciudades chinas. Pese a las constantes quejas de Occidente, de las oficinas de patentes y de las marcas afectadas, el Partido había hecho siempre la vista gorda. Pero ahora las cosas estaban cambiando a toda velocidad. La policía había recibido órdenes de confiscar las copias ilegales; había redadas, se clausuraban tiendas y lonjas. El mismo Ya Show, tal y como lo veían ahora, tenía los días contados.

—¿Y cuál es la razón de tan súbito celo? —inquirió Gilda mientras subían por las escaleras mecánicas.

—Los chinos han empezado a diseñar sus propias creaciones. Y no les gusta nada que se las fusilen.

—El cazador cazado.

—Algo así.

Los pisos superiores albergaban solo tiendas de confección y venta de tejidos. Las máquinas de coser se alternaban con las exposiciones de telas: sedas, cachemiras, popelinas, lino, brocados. Cientos de rollos amontonados, en pie y acostados, ordenados y desordenados, dependiendo de la tienda. Una orgía de colores, de estampados y brillos.

Hallaron la sastrería que buscaban en el cuarto piso. Era grande, llena de luces y muy aparente. Los diversos tejidos estaban prolijamente colocados en soportes especiales. De las paredes colgaban decenas de fotografías enmarcadas, celebridades que habían pasado por el probador. Un buen muestrario en el que había un poco de todo: miembros de la realeza,

deportistas de élite, actores. Mucho rostro conocido: los Clinton, la marca al completo, George Clooney, Maradona, también la reina Sofía de España. Las imágenes tenían protagonistas variopintos y un denominador común; en todas ella asomaba el mismo actor de reparto, un caballero chino que posaba, grave y pomposo, con la distinguida clientela. Dedujeron que sería el dueño de la tienda, y parecía irle muy bien; llevaba relojes caros, anillos y brazaletes de oro. Tenía una pinta de mafioso rozando la caricatura.

La tienda estaba vacía o eso creyeron al principio. Pasearon un buen rato antes de descubrir a una chica acurrucada bajo la máquina de coser. Era muy joven y canija, casi adolescente, y dormía en posición de momia inca, con la manos abrazadas a las rodillas. Tenía el pelo apelmazado, las uñas rotas y los dedos destrozados a pinchazos. Cerca de ella, también en el suelo, había un bol de plástico con restos de comida y los palillos atravesados. En medio de aquel ambiente flamante, la joven y su puesta en escena daban la nota discordante; un brochazo de pobreza y realidad.

Zurbano carraspeó quedamente. Lo primero que hizo ella fue levantar el brazo, como para protegerse de un golpe. Su expresión era de terror absoluto aunque mudó de inmediato en cuanto vio que eran clientes. Se puso en pie con un brinco ágil, luego se estiró la ropa, llevaba un uniforme insípido, tipo azafata de congresos, con un pañuelo que le cubría el cuello. La placa prendida en su pecho anunciaba su nombre, Sherry; habían dado con el contacto wechat de Montoya a la primera. Gilda notó que tenía una curiosa malformación en el lóbulo de la oreja: el cartílago finalizado en un pequeño cuerno con una bolita al final, como la antena de un caracol. En la Edad Media la hubieran quemado por bruja y, desde luego, montaraz era un rato largo. Apenas sonreía o hablaba, gastaba un inglés elemental de pronunciación endemoniada, difícil de pillar.

Le contaron lo que deseaban, luego se tomaron su tiempo para encontrar una tela adecuada. Elección difícil, había demasiadas opciones. Ella les condujo por los diversos meandros textiles como una sombra silenciosa; solo abría la boca si se le preguntaba su opinión, y aun entonces la daba con gesto adusto y palabras cortas. Gilda, que no había palpado un tejido en su vida, hubiera estado totalmente perdida de no ser por Zurbano. El becario se reveló un excelente cómplice de marujeos; su colaboración sobrepasó la del mero acompañante para entrar de lleno en las tareas, mucho más complejas, de una asesoría sofisticada.

—Tiene que ser una tela que permita algo de estructura. Las sedas son

de alto riesgo, muy difíciles de trabajar. Su caída está diseñada para cuerpos lineales, sin curvas, por eso sientan muy bien a las chinas y bastante mal a las occidentales. Al revés pasa lo mismo: a las chinas no les caen bien los diseños occidentales, no tienen percha para llevar ropa tan estructurada.

Decir que Gilda quedó pasmada sería poco, jamás hubiera atinado con un análisis tan sutil.

—¿Cómo sabes tanto de esto?

—Mi tía era modista. Pasé la infancia al pie de la máquina de coser.

En el calor del entusiasmo acabaron eligiendo un algodón satinado y reluciente en tonos verdes con un dibujo de pavos reales y flores de loto. Una vez tuvieron la pieza cortada, al propio Zurbano le embargaron algunas dudas.

—Quizá sea un poco extremado. Es un estampado muy... chino.

—Y sí. ¿Qué sentido tiene hacerme un traje aquí si no va a ser chino?

Diáfano argumento. Se teñía el pelo de color granate inexistente, ¿por qué no iba a usar un traje verde esmeralda con plumas irisadas? No era, lo que se dice, una dama de estilismo comedido.

Llegó el momento de discutir precios y Gilda dejó el asunto enteramente en manos de su asistente. Se alejó de él y Sherry para deambular por la tienda. La primera impresión general de orden y limpieza no resistió un análisis más en profundidad. En las esquinas y rincones había suciedad, polvo y borra. Y detrás de uno de los paneles de tejidos, encontró una vieja mesa escritorio, seguramente la del jefe, que era un auténtico vertedero de papeles, agujas, retales y muestrarios polvorientos. Estaba fuera del campo de visión de Sherry, pudo escarbar en ella sin testigos molestos. El cajón inferior, más grande que los demás, funcionaba como archivo de clientes. Se guiaba por letras occidentales, cada cliente tenía sus correspondientes hojas de pedido, una por cada pieza. Además del precio, el pedido llevaba grapado un pedacito de la tela usada más un esquema básico del traje, vestido o pantalón. Un sistema básico y muy eficaz. Buscó en la M, no halló a Montoya, tampoco a un mister Max. Miró luego en la B, quizá los pedidos estuvieran apuntados con el nombre de ella. Halló hojas de pedido de una Beth y una Bárbara pero, definitivamente, ninguna Berta entre la clientela. Nada, ni rastro de todos aquellos *copycats* —del Pierre Cardin primigenio— que colgaban en el armario del desaparecido. Y, sin embargo, había fichas de clientes de hasta dos años antes y los Montoya llevaban tan solo un año y medio en China. Sus pedidos deberían haber estado allí.

Regresó al mostrador. El tira y afloja usual de los regateos parecía estar

llegando a un momento climático. Julián había asumido por completo el mando de la operación. Tras llegar a un acuerdo sobre el precio —muy razonable—, se sentó en un taburete a contemplar cómo Sherry le tomaba las medidas. Observaba el proceso con ojo crítico, metía cuchara sin cesar, se levantaba para darle instrucciones.

—Estira el brazo y dóblalo hacia el pecho para que te tome la medida de las mangas. Tienden a hacerlas demasiado cortas. Hay que marcar bien las pinzas de costura. Las mujeres chinas no tienen pecho ni nalgas, los sastres de aquí no las usan, siempre las colocan mal.

Se manejaba con una soltura que denotaba más que familiaridad con el tema. Estaba en su elemento, como pez en el agua. Pero entretanto se le había despistado, tuvo que recordarle a qué habían venido.

—Pregúntale si tiene otros clientes españoles. Si conoce a los Montoya. Díselo en chino.

No sirvió de mucho. La chica musitó dos frases con los ojos clavados en el suelo, parecía un animalillo huraño. Se les había cerrado como un molusco, ni el mandarín ni la simpatía de Zurbano lograrían sacarle información que no deseaba dar.

—¿Qué te ha contestado?

—Pelotas fuera. Que tiene clientes de todas partes, que no los recuerda a todos. Y que dejes el cincuenta por ciento como paga y señal.

Descendían por las escaleras mecánicas cuando se cruzaron con el dueño de la tienda. Ascendía por la escalera vecina, lo identificaron por las fotografías y el aire gangsteril. Iba ataviado como un pincel, y transportaba varios quilates de oro macizo en muñecas y dedos. Gilda miró la mano cargada de anillos que se apoyaba en la barandilla y sintió una súbita náusea. La uña del meñique tenía al menos tres centímetros de largo; se la habría dejado crecer para rascarse la oreja, la nariz, otras partes.

Las tres camareras que atendían en el Bella Vita eran también muy primaverales pero, al contrario que Sherry, se comportaban con el desparpajo de quien pasa el día en contacto con un público joven y cosmopolita. Dominaban el inglés, lucían cortes de pelo de rabiosa modernidad y vestían conjuntos *funkies* con minifaldas. Pero el rasgo más notorio de su atuendo era un halo de verduras y flores que flotaba sobre sus cabezas. Cada vez que las movían, zanahorias, margaritas, lechugas y pimientos bailaban y se agitaban con alegre frenesí. Pasada la perplejidad inicial, Gilda dio con el truco. De una sencillez prístina: clips de pelo de los que brotaba un cable rígido de

nailon en cuya punta se había clavado la flor o la verdura. Había que tener una mente ingeniosa para diseñar un adorno tan cándido y a la vez irónico. ¿O no sería irónico?

Las chicas llevaban colgadas chapas con sus nombres, los tres occidentalizados —Nancy, Daisy, Betty: *pin ups*—, impostura que compartían con Sherry. Según Zurbano, estos fakes onomásticos se daban de manera generalizada, sobre todo entre los jóvenes.

—Dicen que nosotros no sabemos pronunciar sus nombres chinos, cosa cierta. Pero yo creo que les va cambiar de identidad. Y además lo hacen cada vez que se les antoja, un lío.

Un lío, claro, aunque también una ocurrencia práctica. Divagaron un rato sobre el asunto. A Julián le hubiera gustado ser un Guillermo en alguna etapa de su biografía. Y Gilda se habría librado para siempre de un nombre que la comprometía estúpidamente para rebautizarse con algo neutro y sensato.

Habían llegado hasta allí siguiendo las huellas de Montoya, tenía lógica pedir una pizza *Fiesta*, la más *funky* de la *city*. Los atendió Daisy, y desde el primer instante dejó bien sentado que su interés se centraba exclusivamente en el cliente varón. A él y solo a él se dirigió cuando requirió ciertas clarificaciones sobre el pedido.

—*You like it hot, mild hot or very hot?*

El ataque descolocó a Zurbano por lo frontal. Estuvo unos segundos con la boca abierta, luego, viendo que la muchacha se disponía a repetir la embarazosa pregunta, se apresuró a contestar.

—... *mild hot* —farfulló, ruborizándose como una doncella medieval.

A Gilda le dio una risa floja que camufló con varias toses y carraspeos. Vaya con la cría, qué flirteo descarado. Tras tomar el pedido había regresado junto a sus compañeras, ahora las tres andaban susurrando. Lanzaban miraditas coquetas al chico extranjero, se daban codazos y reían como bobas. El local aún estaba semivacío, ellas andaban ociosas; buen momento para que Julián se estrenara.

—Ve a hablar con las señoritas, te aguardan con los brazos abiertos.

Se levantó, aunque un poco a regañadientes y un mucho avergonzado. Le observó mientras se aproximaba a las muchachas, no tenía ni idea de lo seductora que resultaba su torpeza, y eso le hacía aún más atractivo. Las menudas camareras también eran receptivas a sus encantos desmañados porque le recibieron aleteantes de expectación. Pronto le tuvieron sitiado.

Berenjenas, calabacines, coles y narcisos le envolvieron, como si padeciera un súbito asalto de la madre naturaleza encarnada en aquellas menudas baratijas de plástico. Muy gracioso.

Le vio sacar el teléfono, estaría mostrando imágenes de Montoya y de Wendy. Las muchachas se acercaron a mirar y el movimiento desató una agitación temblorosa de la botánica multicolor. Luego hubo mucha verborrea, Daisy, Betty y Nancy pretendían hablar al mismo tiempo, competían por llamar la atención de Zurbano. Él trataba en vano de moderar sus intervenciones. Diez minutos más tarde regresó a la mesa seguido de cerca por Daisy y la *Fiesta mild hot*.

No le había hecho falta tirarles de la lengua, se quitaban la palabra de la boca las unas a las otras. Reconocieron a Montoya de inmediato. Asiduo del local durante unas semanas, había dejado una huella imborrable con sus generosas propinas, raras en China. Luego desapareció de un día para otro. También identificaron a su sempiterna acompañante, compatriota a la que calificaron de antipática y arrogante. *Not a nice lady*, había dicho Nancy. *Very rude*, había añadido Betty. *And a wangler*, había rematado Daisy, la más maliciosa del grupito. A decir de esta última, la supuesta colegiala simulaba ser mucho más joven de lo que en realidad era. En suma, les caía gorda, y precisamente por eso las tres se recochinearon de mala manera el día en que su *lover* occidental le dio plantón.

—¿Plantón?

—Eso dicen. Fue una tarde, la última tarde en que la vieron por aquí.

Las orejas de Gilda estaban más tiesas que las de un sabueso tras un rastro fresco.

—Wendy llegó sola, estuvo esperando a Montoya casi una hora. Las chicas se divirtieron incordiando. Iban por turnos a la mesa a tomar el pedido, solo para oírle decir que aún no quería comer nada, que esperaba a un amigo.

—¿Cómo acabó la cosa?

—Cuentan que se fue poniendo nerviosa. Hasta que por fin hizo una llamada y a continuación salió pitando. Tan deprisa que ni esperó el cambio, había tomado una coca cola. Muy raro, según ellas, porque era muy agarrada. La calificaron de rata. De cloaca, según Daisy.

—Esa Daisy es una buena pieza. ¿Recuerdan qué día fue eso?

—El día de la tormenta de arena, dicen.

—¿Tormenta de arena? —De súbito tuvo la impresión de perder pie, una desestabilizadora transmigración espacial.

Otro fenómeno específicamente pekinés que requería esclarecimiento. Tenía que ver con el viento de Mongolia, explicó Zurbano; según como soplara arrastraba arenas del desierto del Gobi, y entonces la ciudad se recubría de una capa de color encarnado.

—Parece un decorado para película de catástrofes con mucho efecto especial. Todo un espectáculo, sobre todo cuando después vuelve a bajar el *smog*.

—¿Sucede a menudo?

—Depende, es aleatorio. Puede pasar dos o tres veces al año, dos veces en un mes. O ninguna en dos años.

—¿Te sería posible averiguar la fecha de la última tormenta?

Zurbano tenía un examen por la tarde, quedó en enviarle la información aquella misma noche. Después callaron para concentrarse en la pizza. De todos modos la llegada de una ruidosa pandilla nativa a la mesa vecina impedía seguir una conversación articulada. El ruido era atronador. Como por arte de magia, el local se había llenado de jóvenes, y la edad media de las criaturas era tan estival que a su lado hasta Julián semejaba un señor venerable. Y ella, la abuela de todos, desde luego. Recordó los tarros de crema y artículos de tocador en el armario del desaparecido. Max Montoya se resistía a envejecer. Quizá el local, con su decoración y compañía adolescente, le regalaba la efímera ilusión de la eterna juventud. Eso, y los polvos con Wendy, naturalmente.

La *spicy Fiesta*, aun siendo *mild hot*, hacía honor a su nombre, picaba como un demonio. Tuvo que comer despacio y selectivamente, apartando los pequeños pedazos de guindilla camuflados entre el queso y el tomate. Aun así, se colapsó un par de veces. Su asistente la cubrió de atenciones, le dio golpecitos en la espalda y pidió cantidades ingentes de cerveza fría para calmar sus sofocos.

El trío de *pin ups* no cesó de mariposear por las cercanías de la mesa pero Julián ignora sus maniobras. Tras sacarles la información que buscaban había vuelto a su displicencia habitual en lo que respectaba al sexo opuesto. Con razón se metía en embrollos de faldas sin darse cuenta —palabras de él—, nada exacerba más a una mujer que la indiferencia de un hombre. Daisy, en especial, se tomó muy a pecho sus desaires. Concluyó que Gilda era su rival en la lid, y cada vez que pasaba cerca de la mesa la asaeteaba con miradas llameantes de hostilidad. Llegada la hora de cobrar ignoró la mano tendida de Zurbano para poner la factura bajo las narices de su acompañante.

—*Your mother will pay, won't she?*

Lo dicho, una buena pieza.

Julián se fue a su evaluación y Gilda pasó la tarde encerrada en el hotel con lápiz y papel. Hizo diagramas y esquemas, probó combinatorias. Presentía que estaban llegando a un punto de inflexión, y su olfato no solía fallarle en estos asuntos. Estaba entre excitada y desasosegada, solía sucederle cuando sus pesquisas se aproximaban a fases concluyentes.

Volvió a cenar temprano en la taberna del barrio. Elegía a ojo, guiada por las fotografías del menú, por lo que cada plato implicaba una nueva sorpresa y un misterio profundo. Ahora mismo, sin ir más lejos, le acababan de traer algo que podían ser crestas de gallo, lenguas de pato, o estómago de cualquiera de los dos (su idea de la morfología de ciertos animales era imprecisa). En la mesa de al lado estaban comiendo una bandeja de fritos al estilo andaluz, solo que las bestias no eran calamares o chanquetes sino insectos, crujientes y tostados. Reconoció saltamontes, grillos, quizá hormigas gigantes. Recordó la afirmación de Julián, los chinos comían de todo; lo que reptaba, lo que nadaba, lo que caminaba, lo que volaba. Y lo que saltaba, añadió para sí misma. En cualquier caso, a ella no le suponía un conflicto. Tenía pocas manías y ninguna pretensión de gourmet relamida; comió todo lo que le pusieron delante y punto final.

El barman del Casablanca la recibió como si fuera una cliente de toda la vida que volviera de la guerra tras dolorosa separación. Y para celebrarlo le preparó su whisky sour sin esperar que ella lo pidiera. Excelente profesional, gran proveedor de falacias; la hizo sentir en casa.

No tardó en llegar Rick, esta vez acompañado de sus colegas de golf, Jimmy y Clive, ambos fácilmente identificables por las fotos del wechat. Se instalaron en la barra, y Rick procedió a realizar las presentaciones con desbordante entusiasmo. Todos eran íntimos suyos, *amigos* del alma: Jimmy, Clive, Gilda, él, ellos, ella. La vida sería un desierto afectivo de no ser por ellos, por ella. Ah, los amigos. Durante un buen rato chapotearon en un mar bravío de *friendship* y virilidad noble. Y alcohol, porque los hombres habían bebido ya lo suyo.

Gilda se las ingenió para hacer un aparte con Jimmy. De los tres hombres era el más compuesto y sereno, y su relación con Pepe le postulaba como el posible agente de la CIA. Se trataba de un tipo cordial, originario no del sureste asiático, sino de Corea del Sur. Dirigía una empresa de conservantes

relacionados con la industria alimentaria. Apenas tuvieron tiempo de intercambiar cuatro frases convencionales cuando empezaron las rondas. Se repitió, paso a paso, el ritual de la noche anterior. Hubo, si cabe, más confusión y jaleo, y esta vez la confusión la alcanzó también a ella. Se le fue la mano con la bebida, y una vez sobrepasada la dosis —lo sabía bien— resultaba arduo, si no imposible, detenerse. La propia borrachera impulsaba a beber más y más. Para colmo, mezclaron. Rick se emperró en hacer una cata de cócteles siguiendo las letras del alfabeto, locura a la que el barman accedió sin titubeos (debía recibir porcentaje por trago servido). Por suerte, a ella le quedaba una miaja de sensatez y, cuando llegaron a los Greyhounds —de la letra G—, las connotaciones de la palabra —sabueso— le recordaron que no estaba allí de juerga sino por imperativo profesional. Mejor hacer un mutis discreto porque de seguir con aquella pandilla de locos acabaría con una melopea histórica. Se retiró sin alharacas, solo Jimmy notó la escapada. Insistió en escoltarla hasta la calle, allí llamó a su chófer por teléfono, por lo visto tenía el coche aparcado en las cercanías. En tres minutos llegó una espléndida limusina. Todas sus protestas fueron vanas; la instaló en los asientos de atrás y le pidió la dirección del hotel, que luego él mismo comunicó al conductor. Todo un caballero, y hablaba chino con fluidez, un argumento más en favor de su posible pertenencia a la CIA.

Hizo el trayecto repantingada en un asiento mullido, dentro de un Buick que olía a cuero y a limpio. Iba medio borracha pero no lo suficiente como para sentirse mareada y con mal cuerpo. Al contrario, estaba en disposición beatífica, tirando a gaseosa, y todo le parecía estupendo. Pensó en el trío de amigos, y sus reflexiones tuvieron un tono afable, tolerante. Aquellos expatriados compensaban la monotonía de sus vidas con gratificaciones materiales: alcohol, chicas, golf, lujo, confort. Una suerte de vida colonial a deshora; no obstante, sería injusto juzgarles con excesiva severidad, en cierto modo era comprensible.

Llegando a la habitación se quitó falda y blusa a sacudidas muy poco elegantes, dejando todo desparramado por el suelo. Hacía calor pero no quería usar el aire acondicionado, aún tenía fresco el recuerdo del terrible dolor de garganta. Ya en bragas y sostenes se sentó frente a la mesa e intentó trabajar, debía reconstruir la velada paso a paso, entre los cientos de tonterías que se habían dicho había alguna información relevante. No hubo modo, se le caía la cabeza, el cuerpo oscilaba peligrosamente en la silla. Acabó por tumbarse encima de la cama, allí se quedó traspuesta al instante. Despertó dos

horas más tarde, tenía una resaca fantástica, la boca seca y rasposa como papel de lija, los nervios desafinados como cuerdas flojas de guitarra. Un castigo bien merecido. Ni siquiera valía la pena acostarse para volver a dormir; pasada la primera reacción comatosa, el alcohol no hacía más que enervar y fragmentar el sueño. De hecho, era el peor enemigo de los insomnes como ella. También quedaba descartada cualquier medicación, demasiado alcohol y drogas, combinación letal. Sabía todo eso, y aun así había bebido más de la cuenta. Deplorable, señora, y a su edad. Stop. No era hora de torturarse sino de trabajar. Regresó a la mesa y a la tarea de reconstruir y desbrozar la juerga báquica. Se impuso una disciplina, empezó por los *dramatis personae*.

Rick. Conforme avanzaban noche y cogorza, su amor por la humanidad se ensanchó para abarcar la totalidad del sistema planetario. Vitalista y sentimental, el alcohol le agudizaba ambos rasgos, y le convertía en un puro torbellino de emociones, fatigaba entrar en su órbita. Clive, en cambio, era de los que tenía cogorzas centroeuropeas, densas, pesadas. Aquella noche había llegado al Casablanca ya discursivo, luego no había hecho más que espesarse más. Sacaba temas trascendentales, pretendía debatirlos, y resultaba inútil tratar de escaquearse con bromas, no pillaba una. Fatigaba aún más que Rick, zona plúmbea.

Jimmy. Otra división, y su candidato favorito como agente colega. Sangre fría, aplomo, regulaba bien los niveles de alcohol, y había dado un primer paso para aproximarse a ella. La había colocado en su coche, conseguido la dirección de su hotel. ¿Qué le había dicho al despedirse? *I'll call you soon*. De ser así, dudoso que fuera para ligar, más quisiera ella. No estaba mal el tipo, dentro de la gama «lejano oriente», uno de los más sexis que había conocido, porque, debía confesar, en general no le hacían mucho tilín los asiáticos. Y además tenían fama de estar poco dotados. ¿Guardaría eso alguna relación con el tamaño de la nariz? En alguna parte había leído que existía una proporción entre la talla de la nariz y la de los atributos masculinos. Y desde luego los asiáticos no tenían esas nupias grandes y aquilinas de, por ejemplo, los italianos o griegos, o turcos; gama «oriente medio», otro cantar. Bueno, basta. Menudas estupideces cavilaba, divagaciones impertinentes, se le iba la olla. Aun así, era un hecho que Jimmy le había dado un beso muy poco fraterno al irse. Y nunca se sabe por donde puede saltar la liebre. Ya vale. *Shut up*, Gilda Leyva.

Repescó el hilo de sus deberes, extraviado durante la intempestiva

digresión sexual (el alcohol desinhibía en exceso, qué cruz). Hizo retroceder las manillas del reloj, puso la reversa para volver a entrar en el Casablanca. A lo largo de la vela - da se había nombrado a Montoya varias veces. Rick había propuesto un brindis críptico —por los ausentes— pero Clive había concretado, citando a Max explícitamente. A continuación el de Arizona había levantado los ojos hacia el cielo, el techo del bar en este caso, y pronunciado aquel clásico de hoy y de siempre: «donde quiera que estés, amigo». No había quedado ahí la cosa, porque enseguida metió la directa para dedicar un epitafio elogioso al desaparecido. Durante la eulogía había vuelto a decir que Max era un romántico y entonces Clive había intervenido de nuevo para hacer una apostilla, algo referente a las minas. ¿Qué fue ello? No conseguía recordarlo. Trató de abrirse paso entre sus nieblas cerebrales, solo consiguió ponerse de mal humor. Un problema de falta de riego, necesitaba algo de movimiento. Se puso en pie y se dedicó a recorrer la habitación de modo sistemático, en todos los sentidos posibles. Diez minutos y una treintena de vueltas más tarde sintió la cabeza más despejada.

Se sentó de nuevo en la mesa y volvió a rebobinar la velada, el brindis y el panegírico dedicado a Max Montoya. Esta vez la memoria no le falló. Clive había dicho, más o menos: «Max, el único geólogo del mundo entero que no puede bajar a una mina». ¿Por qué no podía bajar a la mina? ¿Por qué?

La respuesta apareció en su mente iluminada por una docena de focos. ¡Claustrofobia! Max Montoya padecía claustrofobia aguda, un ingeniero de minas que no podía entrar en una cueva ni bajar a la mina. Absurdo, un chiste, de ahí la broma que había merecido otro brindis. Claustrofobia aguda. Las dos palabras retumbaron en su cabeza como un cañonazo. Se duchó con agua fría para refrescarse y liquidar el alcohol residual. Dio más vueltas por la habitación. De un extremo al otro, sorteando la cama, y vuelta a empezar. Igual que una fiera enjaulada, desnuda como vino al mundo.

Había bastado un leve movimiento del caleidoscopio para que el paisaje cambiara por completo. Quienes sufren claustrofobia aguda no viajan en metro, Chen había mentido. Pero lo más significativo no era su engaño sino el silencio cómplice de Berta Montoya. Ella sabía que su marido jamás hubiera entrado en una estación de metro y, sin embargo, no contradijo la declaración del chófer. Las implicaciones eran diáfanas.

Tropezó, casi se cayó de bruces. Su pie desnudo había quedado enredado con la falda tirada en el suelo. Al incorporarse, vio una pequeña luz azul que parpadeaba a través de la tela: la mensajería del teléfono. El aparato debía

haberse deslizado del bolso cuando llegó al cuarto bebida. Se agachó, lo sacó de entre el lío de ropa y abrió la aplicación wechat. Tal y como habían acordado, Zurbano enviaba la fecha de la última tormenta de arena: 11 de septiembre, día de la desaparición de Montoya. No hubo sorpresa, de alguna manera lo esperaba. O, quizá sería mejor decir, lo temía.

Montoya se desvanecía por la mañana, por la tarde Wendy acudía a la cita convenida porque ignoraba que su amante no se presentaría. Le aguardó en el Bella Vita durante una hora entera sin enviarle mensaje ni llamar, ambas cosas hubieran quedado registradas en el teléfono del geólogo y además hubieran sido la reacción espontánea, natural —«ya estoy aquí» o «¿dónde andas?»—, de una amante. Pero Wendy no era una amante normal sino una *honey trap*, así que esperó a su víctima y, viendo que no llegaba, empezó a inquietarse. Si Montoya no acudía a la cita significaba que algo se había torcido, su cobertura había explotado. Siguió entonces el protocolo habitual, llamó a su superior —Jimmy, se jugaba el cuello— y pidió instrucciones. Se le ordenó salir del país. Debió pasar por el lugar de recogida acordado —allí tendría pasaporte, dinero y documentos falsos— y luego se dirigió al aeropuerto para tomar el primer avión con plaza libre a Seúl; los había cada hora. Los servicios secretos chinos, creyendo que ya había hecho su trabajo, le permitieron salir sin poner impedimentos. Chica afortunada.

De todo ello se deducía que los servicios secretos norteamericanos y sus homólogos chinos compartían despiste e ignorancia. En la tarde del día 11 de septiembre, ni la CIA ni el MSS sabían que Max Montoya se había esfumado varias horas antes, a primera hora de la mañana. Mucho menos el porqué se había esfumado.

La información que acababa de recibir de Julián confería contornos mucho más nítidos al nuevo paisaje. La claustrofobia de Montoya y la fecha de la cita fallida de Wendy eran dos datos que se complementaban para señalar una nueva ruta. Llevaba al infierno. Y durante unos segundos Gilda se quedó en vilo, contemplando la sima abierta a sus pies.

Todos los caminos conducían a Berta Montoya.

Madrid, 5 de octubre

El ministro Pinilla estaba satisfecho. Semejante estado de ánimo era inaudito en la vida de cualquier político, no digamos en la de un responsable de Exteriores, espacio en el que se sucedían tensiones y conflictos sin cesar. Cuando no daban guerra —literal o metafórica— unos, la daban los otros, y tal parecía que el mundo conspirara para fastidiar, normalmente en varios frentes a la vez. Y eso que España era un país tirando a inofensivo, de perfil discreto. Llevaba siglos sin invadir a nadie, y tampoco se metía con nadie desde, al menos, la época colonial. Lo de Irak había sido de boquilla, ni la cabra de la Legión había facturado.

Se congratulaba de haber delegado la crisis «Montoya» en Carmen Satrústegui. Su instinto había sido certero, la directora del CNI había reconducido el problema con astucia y prudencia, pisando un terreno sembrado de huevos sin rozar una sola cáscara. La hija del desaparecido había enmudecido, los chinos se habían calmado. La negociación que se traían entre manos estaba prácticamente cerrada —aunque con ellos sería temerario cantar victoria antes de tiempo—, los acuerdos redactados. Los contratos se firmarían en un par de días en Pekín, durante el viaje oficial de estado de los reyes. Sería una magna ocasión, buen gol para Exteriores y la diplomacia española; modestia aparte, las cosas se habían manejado bien, pero que muy bien. Tan bien que España se convertiría en el socio preferente del Imperio Celeste en la cuenca mediterránea.

La presencia de los reyes daría cuerpo y empaque al acuerdo. Tenía el convencimiento de que en China serían recibidos con los brazos abiertos. En los folletos informativos que había leído para prepararse un poco el viaje, se decía que los chinos sentían un respeto reverencial por la autoridad. Tamaña devoción les venía de Confucio y se había consolidado a lo largo de todas aquellas dinastías con sus emperadores invisibles, endiosados y enclaustrados tras los muros de la Ciudad Prohibida. Después, el país entero pasó, sin casi transición, a reverenciar a Mao Zedong y sucesores, y ahora amaba a Xi Jinping y a su señora, por lo visto una cantante de ópera muy popular, o quizá una bailarina del Ejército Rojo. Daba igual. Volviendo a lo importante. Al contrario que en España, donde la autoridad era motivo de cuchufleta y

recochineo, en China se veneraba a los líderes, y el culto a la personalidad gozaba de una excelente salud. Así que los reyes de España arrasarían, porque, además de todo lo dicho, eran guapísimos, cultos, altos y elegantes. Trató de recordar el viaje de otros monarcas modernos a China, le sonaba que habían ido los de Holanda (guapa moza, la reina argentina). Dudó entre si llamar a su mujer, leía el *Hola* todos los jueves desde hacia cuarenta años, seguro que ella sabría. Al final optó por preguntar a los de su enjambre asistencial, de paso los tendría un rato entretenidos.

Sea como fuere y, en resumidas cuentas, lo esencial era que la Operación Peonía funcionaba. La psicóloga del CNI había hecho sus deberes y, a juzgar por los resultados, manejado la cuestión de manera correcta, políticamente correcta. El asunto iba tan como la seda que ni siquiera le habían llegado más noticias al respecto. Satrústegui había hecho honor a su palabra: nada de informes farragosos y mareantes, nosotros le entregaremos soluciones concretas. Eficiencia, pragmatismo, palabras mágicas, el abracadabra de la *real politik*. Pronto se cerraría el tema, firmados los acuerdos comerciales ya podrían olvidar el penoso conflicto. Una desgracia lo del ciudadano desaparecido, aunque algo habría hecho para merecer semejante fin. Buscarles las cosquillas a los chinos, menuda ocurrencia.

Se había previsto un viaje oficial de cuatro días de duración para los reyes. Todo en marcha y sobre ruedas, la delegación que viajaría con ellos en el avión estaba completa; un nutrido grupo de empresarios de varios sectores, prensa, los ayudantes usuales. Allá, en Pekín, el embajador se había esmerado, también era relativamente nuevo en el puesto, ansiaba lucirse y quedar bien. Al margen de las actividades protocolarias organizadas por las autoridades chinas, los reyes realizarían una visita privada a la Gran Muralla y a los osos panda del zoo. Lo normal, vaya. Eran de carne y hueso, querían hacer lo que todo el mundo.

Y, lo normal, también, los medios estaban jorobando, el usual raza raza sobre los derechos humanos. Siempre dando la nota, quizá creían que España era el único país del mundo civilizado que anteponía los intereses comerciales a la ética. Los periodistas, además, tenían una curiosa obsesión con China, y últimamente les había dado por subirse al púlpito y hacer sermones regañando a los reyes, como si los monarcas constitucionales fueran quienes decidían dónde y cuándo tocaba ir a hacer el paripé. Es que no se enteraban, una pesadez. Para moralinas ya tenían a Francisco, el pontífice, y bien estaba que él fuera aleccionando y diciendo a todos lo que tenían que hacer o dejar de

hacer. Era su trabajo, pero el de ellos, el del Gobierno español, era asegurar que la maquinaria económica siguiera funcionando y que se pagaran las facturas a final de mes. La ciudadanía pecaba de obtusa y no acababa de asimilar una verdad tan básica como esta. En fin, cosas de la democracia, las autoridades chinas no padecían estos problemas, lo que decía el Partido iba a misa y encima no tenían que pensar en contentar a un electorado levantisco, con lo que podían hacer planes a largo plazo. A veces casi los envidiaba. Desde luego, se ahorran mucho guirigay y quebradero de coco.

Él y su equipo de trabajo viajarían en un vuelo regular que llegaba unas horas antes que el de los reyes. Si se hacía necesario, alargaban la estancia uno o dos días más para acabar de cerrar temas y dar soporte a la delegación comercial. En paralelo a los actos de cara a la galería, había que concentrarse en lo relevante; las comisiones y reuniones a puerta cerrada, las negociaciones, en suma. Llegarían a buen fin, quería ser optimista.

La expedición tenía un único punto negro y es que Amparo, su secretaria, se había sumado al equipo; ni en la Conchinchina se iba a librar de ese martirio. Para colmo, estaba tan emocionada que no daba pie con bola. Alguna amiga idiota del consulado —de allá— le había contado lo baratos que eran los *copycats* en Pekín, llevaba días aturdida, metida siempre en internet, a la caza de mercados y direcciones. Ya la había pillado varias veces navegando por el Google Maps, tenía el mapa de Pekín cuajado de estrellas, tiendas, por supuesto. También había oído campanadas místicas, bobadas sobre templos taoístas, el ying y el yang. Parecía creer que en algún lugar de aquella inacabable lonja comercial —no otra cosa era China— existían fuerzas esotéricas que la conducirían a un plano superior. Bueno, quizá fuera mejor así. No le vería el pelo, ni en Pekín ni cuando migrara a una dimensión más elevada. A ver si se quedaba pastando en ella.

Y en cuanto a sus propias expectativas, el inminente viaje a China le había reactivado una vieja fantasía: no quisiera morir sin antes haber catado a una oriental. Qué muñecas. Respiró hondo, la mirada perdida en la pared frente a su mesa que, en este caso, sustituía el infinito. Tuvo que apartarla enseguida, porque del muro colgaba un retrato de los reyes, y en los ojos de ambos —sobre todo en los de la reina— solo leía reproches. Era muy inapropiado que un ministro de Exteriores de un país serio alimentara semejantes aspiraciones. Bueno, bueno, tampoco había para tanto, se justificó, un momento de flaqueza lo puede tener cualquiera. Lo más probable es que no habría suerte. Y en el entretanto, soñar no cuesta dinero ni hace daño a nadie.

Pekín, 5 y 6 de octubre

—A las siete de la mañana te plantas allí—le espetó Gilda en tono tajante.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para seguir a Berta Montoya.

La petición dejó a Julián, primero atónito, luego demudado. Había ido a primera hora al hotel esperando tener una charla amistosa con la que ya llamaba, en su fuero interno, la «boss». La encontró en el comedor, rodeada de su hilarante caos comestible, pero enseguida intuyó que esa mañana no estaba para bromas. Algo no iba bien, tenía un aspecto sombrío y ojeras muy feas bajo los ojos. Masculló unos huraños buenos días y a continuación le largó la orden sin tan siquiera invitarlo a un café. Él trató de escabullirse aunque sin mucha convicción, llevaba todas las de perder.

—No me lo estás pidiendo en serio.

—¿Por qué no?

—No lo he hecho nunca. Se dará cuenta.

—Vas con la cara cubierta: gafas de sol y mascarilla. No te ha visto nunca, no te conoce.

—Bueno, yo a ella tampoco.

—Eso tiene fácil solución.

Atajó sus débiles protestas en tono brusco, y con la misma aspereza le hizo una descripción de Berta Montoya que podía ajustarse a la mitad de la población del planeta tierra.

No osó discutirsele. Era la primera vez que se enfrentaba a sus malas pulgas y eso le intimidó. Le disgustaba el mal rollo; era un Libra, quería perpetua armonía a su alrededor y cuando no la tenía se angustiaba. En definitiva, dijo que sí a todo y luego puso tierra de por medio lo más rápido posible.

Se sentía tan inseguro en su nuevo papel que decidió hacer un reconocimiento previo del terreno. Del Holiday Inn se fue directo al Esmerald Gardens, no le pillaba demasiado lejos.

Hubo suerte, el chaval que guardaba la barrera del condominio era de carácter expansivo y suspiraba por relacionarse con jóvenes occidentales. Le bastó con simular un pequeño percance mecánico en la moto cerca de su

garita, en pocos minutos se había acercado a ayudarlo. Tuvieron una charla muy cordial, de chicos. Hablaron de motos y bicis y coches, le fue de perlas porque su dominio del mandarín alcanzaba bien para estas conversaciones a ras de suelo, y no otras de vuelos más abstractos. El hecho de que se las apañara con el idioma fue un tanto definitivo a favor suyo. Rem, así se llamaba el chaval, lo consideró un halago personal. A su modo de ver el esfuerzo de estudiar chino debía interpretarse como un homenaje a la República Popular, de la que él llevaba un uniforme, remedo del de la guardia nacional, con gran orgullo. Total, Julián se lo metió en el bolsillo, y así consiguió toda clase de anécdotas e historias sobre los occidentales que vivían en el condominio.

Pronto salió a colación el nombre de Berta Montoya, era la única española del edificio. Rem simpatizaba con ella, una señora amable que también estudiaba chino. Se había comprado una bicicleta eléctrica *standart*, la más sencilla del mercado. Dijo esto último en un tono algo dudoso, casi reprobador, pues ¿de que sirve ser más rico si no se ejerce de más rico? Los inquilinos del Esmerald Gardens eran gente acomodada, en el parking había una flotilla de coches que incluía muchos Mercedes, un Lamborghini y hasta un Rolls Royce. La señora española era un poco rara, no hacía lo que todos los demás. Guardaba su bici en el aparcamiento trasero, con las de los empleados, y encima le había puesto una tela china de colores en el asiento, esto último tampoco le parecía demasiado ortodoxo.

Aprovechando la coyuntura, Zurbano trató de llevar la conversación hacia Max Montoya. A final de cuentas, su desaparición era de conocimiento público —aunque no los detalles— y, siendo él también español, no tenía nada de raro que estuviera al corriente. Pero la mención al geólogo retrajo de inmediato al chaval. Balbuceó que se le necesitaba en la barrera y se alejó como si lo persiguieran unos cuantos diablos. Bien, en cualquier caso algo le había sacado.

A la mañana siguiente la moto le funcionó a la primera, aleluya. Pertrechado con sus estupendas ray band (*fake*) y una mascarilla lo más neutral posible —tenía algunas profusamente decoradas—, enfiló hacia Chaoyang Park, y de allí directamente a la puerta trasera del Esmerald Gardens. Se ubicó en el otro lado de la calle y fingió estar concentrado en su móvil. Eran las siete de la mañana, había un trajín constante de entrada y salida de bicis y pequeños ciclomotores, y de personal; nativos, en su mayoría, probablemente empleados del condominio. Echó un vistazo a su alrededor por si veía a alguien más apostado. Si lo había, no lo detectaba; la

totalidad de los servicios secretos chinos podía estar pegada a sus talones, el no se enteraría. Porque seguro que para este oficio, como para todos, hacía falta práctica. Y él no la tenía, ni práctica ni teórica, y tampoco había recibido un adiestramiento de urgencia, que hubiera sido lo normal en su caso. Con eso de que la jefa estaba de humor canino le había dejado abandonado a su suerte. Ni un miserable *tip* le había dado.

Media hora más tarde avistó a Berta Montoya. Y menos mal que se le había ocurrido enrollarse antes con el chaval de la entrada, pues de no haber sido por el sillín forrado —peonías rojas sobre azul celeste—, jamás hubiera atinado a reconocerla. Su aspecto era muy neutro, tenía un cuerpo menudo, el pelo negro y liso. Pero es que además iba vestida como todo el mundo, y también llevaba gafas de sol y mascarilla.

Puso en marcha la moto y la siguió de lejos, mejor dicho, siguió la tela del sillín, porque tanto la bicicleta como ella pasaban desapercibidas. Viéndola así, del montón, la hubiera catalogado como una mujer totalmente inofensiva. De hecho, lo que prevalecía en él era una creciente sensación de incredulidad. Aun estando al corriente de la investigación, la hipótesis de Gilda le resultaba difícil de tragar. Todo el asunto semejaba un perfecto despropósito. Para empezar, a estas alturas del partido eso de asesinar al marido sonaba a rémora, con lo sencillo que resultaba divorciarse, sobre todo si no había una gran fortuna de por medio, y en el caso de los Montoya la propia Gilda desestimaba el móvil económico. Para continuar, liquidarse a un consorte en China demandaba mucha planificación y un operativo complejo, por decirlo de modo eufemístico. Y para terminar, aunque el plan se consiguiera llevar a cabo con éxito, ¿cómo demonios hacer desaparecer luego el cadáver? Existía una imposibilidad de facto, era un crimen impracticable.

Vio que doblaba la esquina y enfilaba la avenida principal para sumarse al carril de vehículos ligeros; un río de ciclistas, pequeños coches de lata, biscúters y carritos llenos de mercancía. Circulaban en hora punta, la de las mareas masivas. Una suerte, pues entre accesorios y olor de multitud le resultó fácil perderse entre la gente para no ser descubierto. Cruzaron bajo el puente del tercer anillo y doblaron hacia la izquierda. Arriba, los miles de coches avanzaban ya a paso de tortuga, pronto quedarían atascados, atornillados al asfalto. Ellos, en cambio, fluían sin mayores problemas. En pocos minutos estaban ya bajo la CCTV, el rascacielos más famoso de Pekín. Apenas si se distinguía, aparecía como una fantasmagoría ultramoderna y espectral, flotando entre humos y metales pesados.

Cuando un rato más tarde Berta Montoya dobló de nuevo, esta vez a la derecha, Zurbano llamó por teléfono.

—Vamos en dirección a Tiananmén.

—No te despegues de ella. Avísame de cualquier cambio.

Gilda salió a la calle. Había estado esperando la llamada de Zurbano en una cafetería —copycat francés, cruasanes pegajosos, café infumable— cercana al Esmerald Gardens. Tendría al menos una hora entera por delante. De haber algún imprevisto, Julián la avisaría por teléfono.

Miró el cielo, color negro humo. Continuaban sumergidos en una niebla densa y pastosa. ¿Cuántos días ya? Había perdido la noción del tiempo. Hizo las cuentas, llevaba siete días en China —semejaban una eternidad, toda una vida—, y seguía atascada con el jet-lag, ya no saldría de él. La suciedad ambiental y la falta de luz resultaban opresivas, por no hablar de los resultados de sus pesquisas. Apenas había dormido en las últimas dos noches, y se había pasado el día anterior dando vueltas incoherentes por la ciudad. Tenía sus razones. Era inevitable que el MSS la monitorizara, el único modo de despistarlos consistía en realizar muchos movimientos en varias direcciones, de tal manera que los importantes se perdieran en una maraña de idas y venidas sin sentido. En consecuencia, había destinado la jornada a pasear por lugares turísticos y marear la perdiz. Había visto el cuerpo embalsamado del *chairman*, experiencia entre siniestra y kitsch, y visitado a los osos panda del zoo, incluso se había comprado uno de peluche, guiño malicioso dedicado a Hang Zhao, no iba a ser él el único con un sentido del humor retorcido y pueril. Aun con esta mínima gratificación, el tour turístico no había contribuido a mejorarle el humor. Se mirara por donde se mirara, nadaba en un charco de mierda.

Accedió al condominio por la puerta trasera. La suya era una incursión clandestina, cuanto menos se dejara ver, mejor. Pero nada más entrar se dio de bruces con el joven muchacho de la barrera. Estaba en el aparcamiento de las bicis, abrazado a una chica, los dos andaban con la ropa un tanto revuelta y la cara congestionada. Desde luego, la reconoció al instante —con ese pelo—, por un momento temió que cuestionara su presencia sin haber pasado por el control de seguridad, o que le preguntara qué hacía allí. Pero le rehuyó la mirada, estaba más incómodo que ella, su cita con la muchacha también debía ser clandestina o, cuando menos, oficiosa. Por si acaso, decidió adelantarse a cualquier reacción, les sonrió amistosamente a ambos y levantó el pulgar con

gesto cómplice. El chico se relajó al instante, le regaló otra de sus encantadoras sonrisas y corrió a retomar su puesto de centinela.

Las instrucciones que Gilda había recibido eran detalladas y claras, al igual que la descripción de aquella parte del condominio. Se introdujo en el edificio de los Montoya por un acceso poco visible, la puerta de servicio, después bajó un tramo de escaleras que la condujo a un dédalo de pasillos y despachos, las oficinas de la administración. El lugar bullía de empleados y personal de mantenimiento, una pequeña colmena bajo tierra. Había tipos vestidos con buzos azules, acarreando escaleras y cajas de herramientas; mujeres de la limpieza, carros llenos de escobas, trapos y cubos.

Los despachos estaban perfectamente señalizados, en inglés y chino, y no tuvo ninguna dificultad en encontrar el que buscaba. Ni siquiera le fue necesario presentarse; nada más verla, una secretaria de edad madura le alargó un sobre. En el interior había unas llaves, Hang Zhao cumplía con su parte.

El día antes había hecho uso de su línea directa, y él le respondió al instante. Despojada de la presencia física de su propietario, la voz hablaba un español de perfección casi irreal, podía haber sido la de un actor de doblaje. Mantuvieron una conversación parca, ni él hizo preguntas innecesarias ni ella le dio explicaciones prematuras. Aún no había llegado el momento. Adujo que necesitaba revisar las pertenencias de Max Montoya con detalle y sin la esposa fiscalizando: ¿había manera de entrar en el apartamento? Por supuesto que la había.

Esperó a que el montacargas de servicio estuviera libre para subir a solas, la caja olía a basura y comida putrefacta. Al acercarse al piso de los Montoya, escuchó una cacofonía violenta desde el pasillo. Procedía de la vivienda de enfrente, y en algunas latitudes hubiera provocado la llegada inmediata de una patrulla de policía. No se detuvo a interpretar las sutilezas de la sinfonía, tampoco hacía falta; era obvio que se trataba de una pelea doméstica. Se oían sonidos superpuestos: una voz masculina airada, golpes sordos, chillidos femeninos aterrorizados, objetos rotos, todo ello punteado por abruptas cascadas de ladridos. En otro país y en circunstancias diferentes no hubiera dudado en intervenir. En China se imponía un silencio prudente.

Entró rápidamente en el apartamento. Tras quitarse los zapatos, que dejó en el recibidor, se dirigió a la cocina. Tenía una pequeña despensa adosada donde encontró lo que buscaba: una escalera de mano, la caja de herramientas.

Subió a la escalera y desatornilló la tapa de uno de los respiraderos de la

sala. No había micrófonos pero los había habido; aparato y cables habían dejado marcas precisas sobre el polvo, y nadie se había tomado la molestia de borrarlas. ¿Para qué?, este espionaje básico debía ser el pan de cada día en edificios habitados por occidentales. Aquellas legiones de empleados de mantenimiento y limpieza entrando y saliendo de los apartamentos no tenían otra función que esta: controlar, vigilar. Eran los ojos y oídos del Dragón, del Partido. Cerró la tapa y dejó las cosas en su lugar. Hora de arremangarse y trabajar.

Buscaba zambullirse en los territorios de Berta Montoya, escarbar hasta llegar al fondo. Necesitaba saber el cómo, pero también el porqué. Para que una mujer de su perfil se convirtiera en asesina antes tenía que haber descendido hasta cotas de oscuridad muy profundas.

Entró en la habitación, una primera inspección superficial ratificó que las apariencias seguían igual. La pequeña cama estaba hecha, la gran mesa de trabajo tenía el mismo desorden agradable entrevisto la primera vez.

Fue sistemática, comenzó por lo que no estaba a la vista. Abrió el armario ropero, mucho más modesto que el de su marido. Colores limpios y claros. Prendas de inspiración china, cuando no claramente locales: pantalones sueltos, camisas mao. Un par de vestidos casaca chinos de seda, muy elegantes, de gala. Buscó la etiqueta, no tenían. Sacó uno de los vestidos del armario y lo acercó a la ventana, allí lo miró con más atención. El tajo estaba tan bien hecho que apenas se notaba, la etiqueta del traje había sido cuidadosamente recortada. Tuvo una repentina intuición, se dirigió a la habitación de Max Montoya y revisó su armario de nuevo. Las antiguas etiquetas de Wu Wang habían sido sustituidas por otras, en este caso, de marcas conocidas: Hugo Boss, Ralph Lauren... De no haber sido por aquella etiqueta fotografiada unos días antes, hoy Wu Wang sería un nombre leído y olvidado. Pista borrada, ¿por qué?

Regresó a los dominios de Berta y procedió con los cajones. Ropa interior discreta y práctica, de algodón y sin fantasías sugerentes; ni asomo de picardías o guiños sexis. Todo simple, ordenado y sobrio, nada excepcional. Una normalidad insultante, la personalidad de aquella mujer era tan críptica que se extendía a su guardarropa.

Sintió un creciente sentimiento de irritación. No se trataba de una furia impersonal, sino claramente señalizada. Apuntaba a la mujer que vivía en el piso pero, sobre todo, era una cólera dirigida contra sí misma. La manipulación había sido hábil pero también obvia: una ruta sembrada con

rótulos y flechas, que ella había seguido, más sumisa y obediente que Pulgarcito. «Aquí no sucede nada que no sepa o controlen los chinos», primer guijarro. «Le ofrecieron un máster en la Universidad de Pekín», otro guijarro. Las sutiles insinuaciones de que Max podía tener información sensible para vender, los viajes a Mongolia, otras tantas pistas traicioneras.

Por si eso no fuera suficiente, estaban luego los aspectos emocionales. Berta Montoya la había adivinado de inmediato; captó sus carencias, su necesidad de ser reconocida y estimada. Y se le ofreció, tácitamente, como amiga. Desplegó su capacidad de seducción para crear una inmediata sensación de complicidad. Su crisis de salud, la aguda faringitis, le vino como anillo al dedo.

Había picado, tragado el anzuelo con cebo y caña. Ni su doctorado en psicología clínica ni toda su maldita experiencia le habían enseñado cautela. La emoción seguía triunfando sobre la razón, se había enamorado de Berta Montoya, ofuscada por su personalidad carismática. Lo suyo con los afectos era una fatalidad sin remedio, pero de nada servía azotarse y entonar el sempiterno *mea culpa*. Ahora debía llegar hasta el final, desentrañar el enigma como si Berta fuera solo una figura más en el código por descifrar.

Levantó la tapa del ordenador que había encima de la mesa. No tuvo que exprimirse el meollo pensando en un posible *password*, el aparato estaba encendido, hibernando. Tampoco había contraseña para entrar en el gmail, igualmente accesible. No halló nada notable, nada que no pudiera leer cualquier persona, cercana o ajena. Mientras fisgaba entró un nuevo mensaje, no lo abrió para no delatarse, pero sí tomó nota del remitente y las primeras palabras, visibles en pantalla. La Hutong School Volunteering programme se dirigía a su destinataria como *Dear Berta, as a former teacher we are glad to inform you...* Berta Montoya había sido voluntaria del programa. Había dado clases de algo, ¿de qué?, ¿cuándo?

Siguió divagando por el cuarto. No sabía con exactitud lo que buscaba, ni siquiera tenía idea de lo que deseaba encontrar. En alguna parte debía existir algo que le sugiriera un guion, una secuencia de acontecimientos. Por no hablar del motivo, los motivos de Berta. Anduvo por la habitación, tocó objetos al azar. Se sentó un rato, trató de sentir la atmósfera que la rodeaba. Vacío su mente y la lanzó a divagar sin trabas; si se dejaba impregnar por la personalidad de ella, como una médium, quizá le sobrevendría algún trance esclarecedor. Tenía que entenderla, meterse en su piel. Comprender cómo funcionaban sus mecanismos cerebrales.

Abrió los ojos. Observó el entorno como si lo viera por primera vez. Lo despojó de contexto y dueña, estudió pieza por pieza, centímetro a centímetro. Y de modo gradual tomó conciencia de que todo, en aquella habitación, estaba relacionado con el intelecto. Su primera percepción de desorden acogedor, personal, era falsa, una mera puesta en escena. En aquel espacio no había un solo objeto íntimo, ni una sola llamada a las emociones, a los afectos. La iconografía que rodeaba a Berta Montoya —pinturas, caligrafía, estudio— era intelectualmente rica, refinada. Pero anormalmente neutra, ¿dónde estaba la familia?, ¿los amigos? ¿Y qué decir de la hija? No había imágenes de Diana Montoya, con o sin su madre o su padre.

Imágenes... La otra vez que ella visitó esta habitación había una fotografía. Una fotografía muy simpática de un grupo de mujeres chinas en un pueblo. Abrió cajones y carpetas, hasta debajo del colchón buscó. Fue en vano. La única referencia humana del cuarto había desaparecido, improbable que fuera un azar.

Antes de irse dio una vuelta por el salón. Nada había cambiado, la sensación de gelidez, los palos de golf, los muebles feos de alquiler, la asepsia general. Pero sí, había un cambio. Una carencia, su memoria fotográfica echaba de menos alguna cosa. Le costó un rato detectar lo que era, por fin dio con ello. Había algo diferente en la biblioteca. Hizo un recuento mental de los libros vistos la vez anterior. Juraría que había tres novelas de Patricia Highsmith, ahora había dos. Puede que el asunto tuviera una explicación simple, pero empezaba a pensar que nada de lo relacionado con Berta Montoya era simple. Estaba tratando con una personalidad altamente sofisticada.

Omisiones, supresiones. Fotografía desvanecida, etiquetas de traje recortadas y sustituidas, trabajo de voluntariado silenciado, afectos ausentes, libro evaporado. La cara oculta de la Luna. Un nuevo grito procedente del piso de enfrente desplazó su foco de interés. Hubo un portazo estruendoso, alguien se había largado de la casa, y de muy malas maneras. Escuchó unos sollozos apagados, luego, nada. Aguardó un par de minutos antes de salir.

Cerró la puerta con sigilo, se alejó por el pasillo, pero antes de doblar la esquina sintió una imperiosa necesidad de darse la vuelta. La vecina de los Montoya la contemplaba. Estaba de pie, bajo el dintel de la puerta de su piso, con la caniche, hoy vestida de amarillo, en brazos. Una de las luces del techo daba de lleno sobre su rostro, y esta vez no llevaba gafas de sol que lo camuflara. La miraba fijamente, pero solo con un ojo, porque el otro lo tenía

totalmente cerrado y amoratado.

Antes de que se pusiera en marcha el ascensor, escuchó aún un último sonido. Eran gemidos caninos, la perrita estaría consolando a su ama. Y de súbito recordó. Un grito de la vecina en el parque: *Bálbala*. Llamaba a su perra, la caniche se llamaba *Bárbara*. Una tal Bárbara tenía ficha de cliente en Wu Wang.

Encontró un gran ramo de flores sobre la mesa de su habitación del hotel. Las reconoció como rosas —hasta ahí llegaba su escaso conocimiento botánico—, y ello pese a que habían pasado por el trance de un proceso muy artificioso. Tenían un tamaño desmesurado, y un florista creativo las había forrado con minúsculas lentejuelas de colores de tal modo que las había lilas, negras y de color azul eléctrico. El ramo venía acompañado por una tarjeta que llevaba garrapateada la firma de Jimmy y una invitación a cenar esa misma noche. Se lo ponía fácil, la nota no requería confirmación; si no decía nada, su silencio se interpretaría como una aceptación tácita. El Buick pasaría a recogerla a las siete en punto.

Ni se planteó rehusar, no había razón para ello. Asumía lo que el pretendiente quería y no era su cara bonita, desde luego. Un *honey trap* masculino y maduro, sería interesante ver qué táctica utilizaba para abordarla. De paso quizá podría sacarle algún dato suplementario que ratificara su hipótesis, a saber, que la CIA tampoco tenía zorra idea del paradero de Montoya. Además, esta movida la favorecería, Hang Zhao la creería concentrada en los norteamericanos.

Existían otros argumentos, más pragmáticos aún, para aceptar el convite. Por ejemplo, se ahorraría la pasta de una cena, lo que no era nada desdeñable en el estado actual de la situación. Cada día se liquidaba al completo la dieta y encima tenía que añadir dinero de su bolsillo. Una misión ruinoso, el camino de sus pesquisas parecía estar empedrado de billetes de cien yuanes. Desaparecían de su cartera a velocidades inauditas, se hartaba de ir y venir del cajero, China era un país mucho más caro de lo que ella había supuesto. Y una última y definitiva razón: la curiosidad. Quería descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llegar Jimmy para extraerle información. Manera de decir, y de decirse, que un polvo no le vendría nada mal, así de claro. Estaba francamente tensa, necesitaba una repasada.

La llevó a cenar a un restaurante chino aunque nada que ver con la taberna del barrio. Era un lugar pijo y de lujo, teñido en elegantes tonos sombra, con una iluminación tan atenuada que a duras penas distinguieron lo que comían.

Tampoco es que importara mucho, se trataba de manjares poco abundantes y demasiado sutiles para su colmillo vulgar. Se quedó con hambre, lo equilibró engullendo más calorías en forma de alcohol. Buena cosa, porque con tan escasa luz y unos cuantos tragos cualquier hijo de vecino acaba por parecer sexi. También ella, también él.

Fue una cena ligera en la que charlaron de generalidades inofensivas. Jimmy preguntó mucho sobre España. Hablaba un español razonable —eso le habría permitido entablar con Pepe el Picharrún—, le gustaba el país y había viajado por el interior, mucho más interesante que la costa. Un hombre inteligente, con sentido del humor. Hacia el final, después de que se hubieran bebido casi dos botellas de vino, le puso una mano en el muslo, por debajo de la falda.

—Tienes un morbo que te lo pisas.

No le podía decir que era atractiva; no lo era y él sabía que ella lo sabía. Así que le concedió otras virtudes ofreciéndole un piropo verosímil que no insultara a su inteligencia. Tipo listo, los tipos listos le daban ganas.

Fueron a casa de él, sin palabras y sin negociación. Iniciaron un precalentamiento silencioso y simulado en el asiento trasero del Buick, usaron solo las manos, fuera del campo de visión del espejo retrovisor del chófer. Un forcejeo clandestino que les puso a los dos a tono; la idea de la transgresión, por menuda que sea, siempre añade picante al eros. Llegadas al hogar terminaron la faena, ya sin prisas, en el sofá de la sala. Era espacioso y blando, apto para adultos.

Jimmy era un buen amante, disfrutaba en el empeño. Utilizaba la lengua con salero, para hablar y para lo que hiciera falta. Y en cuanto a sus atributos, ninguna queja, cuando el objetivo no es hacer niños, hay gestas más interesantes que la penetración. En tanto que *partenaire*, el hombre sabía bien lo que se traía entre manos, algo fundamental en estos menesteres, donde cualquier atisbo de inseguridad puede aguar la fiesta en cuestión de segundos (engranaje delicado, el de la sexualidad femenina). Aun sabiendo que estaba recibiendo coba para fines nada románticos, Gilda disfrutó con la sesión. Qué más daba, ella no era relamida, tampoco en eso.

Después él descorchó una botella de champán que tomaron encuerados en el sofá. Gilda callaba y observaba. Se preguntaba cuánto tardaría en atacar, y cómo se las arreglaría para hacerlo con tacto.

—Bonito polvo —*nice fuck*— nos acoplamos como buenos colegas — dijo, por fin.

«Colegas»; el guante estaba lanzado pero no lo recogió. Se limitó a emitir un ruidito asertivo. Breve pausa. Él intentó el abordaje desde otro ángulo.

—No sabía que las psicólogas follaran con tanto arte.

—La sexología es una rama de la psicología.

—Eso lo explica todo.

—Tangencialmente. No es mi especialidad, la sexología, quiero decir.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Pérdidas y derrotas.

—¿Alguna en particular?

—No en vacaciones.

Leyó la decepción en su mirada. Había despilfarrado una buena dosis de energía con ella, trabajado para nada. Casi le dio lástima, y hasta estuvo a punto de sincerarse. Decirle: OK, sí, mira, chico. Somos colegas pero ahora mismo no estamos del mismo bando. Y ni soy una chica Bond ni tú eres 007, pero si quieres otro polvo, estoy puesta. Se calló todo menos lo del otro polvo, por si había suerte. Y la hubo, Jimmy sabía perder con deportividad y de nuevo la hizo feliz, al menos mientras duró el evento, que de eso va el sexo. Después puso el Buick a su disposición, aunque no llegó a tanto como para acompañarla a casa, cosa que ella tampoco deseaba.

En la calle había un par de chicos merodeando sin ton ni son. Del MSS, sin duda. Perfecto. Hang Zhao sabía que había estado trabajando en serio, y durante un rato estaría entretenido dándole vueltas a la pista equivocada. Por el momento no quería compartir sus descubrimientos con él. Claro que acabaría obligada a hacerlo, la catástrofe era inevitable. De nuevo sintió una oleada de furia, Berta Montoya la había colocado en una posición imposible. Pero acalló pensamientos negativos. Hoy, ahora, esa noche, con el cuerpo agradablemente satisfecho, no quería pensar en ello. Debía dormir, tratar de dormir.

Pekín, 7 de octubre

Todo marchó como una seda en tanto se mantuvieron en la arteria principal. Pero al girar por una de las calles laterales y luego adentrarse en el *hutong*, las cosas empezaron a complicarse. El laberinto de callejuelas era sencillamente ininteligible. Y no es que no se esforzaran. De hecho, probaron diversos rumbos —todos los puntos cardinales—, para acabar desembocando siempre frente a la misma jardinera llena de berenjenas y zarcillos de alubias verdes. Vaya enredo. Gilda interrogó a Julián con la mirada, él dirigía la expedición. Pero su asistente sacudió la cabeza con pesar.

—Lo siento. Estoy perdido.

—Volvamos a la avenida principal y empecemos de nuevo. Julián la contempló como las vacas pasar al tren.

—Buena idea —dijo, dubitativo—. ¿Dónde dirías tú que está?

El ruido del tráfico llegaba, amortiguado. Sí, claro. Pero ¿en qué dirección? Habían extraviado el camino por completo. Y no solo el camino, también habían extraviado la ciudad. El barrio en el que paseaban no guardaba relación con el Pekín que Gilda había conocido hasta el momento. Era un pueblo desconocido en el que las calles no tenían más de dos metros de ancho y las casas apenas les sobrepasaban la cabeza. Todas las puertas estaban abiertas de par en par, en el interior se adivinaban patios llenos de trastos, zapatos, bicicletas. El humo de las cocinas se colaba por los intersticios de los tejados y las pequeñas ventanas, y la calle se llenaba de ruidos domésticos; cacharros de cocina, risas, voces. Se hallaban en el corazón del *hutong*, el viejo barrio pekinés por excelencia y un organismo en vías de desaparición.

El prólogo de la aventura había tenido lugar a primera hora de la mañana. El becario, ahora también aspirante a espía, se había presentado en el hotel para pasar reporte de su misión del día anterior. Seguir a Berta había resultado más llevadero de lo que él temía, el único problema fue el aburrimiento durante los ratos de espera. La mujer se había tirado cuatro horas enteras encerrada en una casa del *hutong Dashilar*, allí, ella y otros alumnos recibían clases de caligrafía de una señora mayor.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto desde la ventana.

—¿Qué ventana? —le preguntó Gilda con voz incrédula.

En su mente, Pekín estaba indisolublemente asociada a los rascacielos.

Fue entonces cuando se enteró de que el *hutong* —callejón, en su traducción literal— daba nombre a los antiguos vecindarios pekineses. Y que consistía en un conglomerado de pequeñas viviendas bajas construidas con ladrillos de color enteramente gris. Quedaban ya pocos *hutongs* en la ciudad, el Dashilar era uno de ellos y, casualidad de casualidades, estaba tan solo a trescientos metros de la plaza Tiananmén y del lugar donde quedó atascado el coche que llevaba a Max Montoya.

Habían contratado los servicios de Chen para más tarde. Tenían el tiempo justo para acercarse al *hutong*. Zurbano propuso la moto, cuestión de evitar los latosos atascos de la hora punta. También sugirió que Gilda sustituyera la falda tubo por unos pantalones, de otro modo viajaría muy incómoda. Pero topó con un rechazo terminante, ni pantalones ni zapatos deportivos, anatema.

Se sentó de lado, con la falda modosamente estirada hasta las rodillas. Circularon treinta metros, otras tantas veces que estuvo a punto de dar con sus huesos en el asfalto, culpa de los obstáculos —peatones, bicis, coches— que se empecinaban en salirles al paso. Había que replantear el asunto; la postura de aristocrática dama inglesa en día de cacería era suicida. Volvieron a lo canónico, las horcajadas. Y así iniciaron la peripecia del día, con Gilda de paquete en la moto de su joven asistente. Pierna aquí, pierna allá, tacones y la falda arremangada hasta casi enseñar las bragas; es lo que tienen las faldas tubo, son inflexibles.

Después de un trayecto alarmante plagado de frenazos, culebrillas y derrapes, avistaron la Ciudad Prohibida con la protectora foto del padre de la patria. Borearon la plaza Tiananmén por Guangchang y cruzaron Qianmen hasta llegar a la altura del Dashilar. Zurbano aparcó en la calle principal porque pensó que le sería más fácil recordar el lugar y casa exactos si hacían el resto del camino a pie. Dejaron la moto y se internaron en el *hutong*. La mayoría de los callejones no tenían nombre y su trazado no seguía ninguna pauta. Dado todo esto, no es de extrañar que se perdieran en cuestión de minutos.

La canícula apretaba, el calor era sofocante. Las ventanas de las casas estaban a la altura de la calle. Julián llevaba razón, era perfectamente factible espiar su interior. El problema residía en que no conseguía dar con la casa de marras. Siguieron divagando al azar con la esperanza de encontrar algo que le

rescatara la memoria. Un árbol, un poste, un baño público, los había cada pocos metros, pero lo cierto es que todo el barrio tenía una extraña homogeneidad. El mismo color gris perla, el mismo polvo, habitantes similares.

La ciudad había quedado confinada a una dimensión lejana, tan solo un rumor sordo. De no ser por el *smog*, maldición que les alcanzaba también allí, hubieran podido creerse en el interior de una burbuja aislada, un microcosmos paralelo y arcaico en el centro de la monstruosa aglomeración urbana.

Daban ganas de frotarse los ojos, ¿habían pasado al otro lado del espejo?

Julián se agachó para sortear una ristra de calabacitas colgantes, las hojas de la planta trepadora habían creado un arco triunfal que cruzaba de un lado a otro de la callecita. Un poco más allá, un hombre de media edad, vestido con camiseta de tirantes y una toalla tirada sobre los hombros, secaba el tinte — negro— de su pelo al sol. Una jaula de bambú con un canario colgaba de un alero. Por todas partes había parterres improvisados con verduras estivales, y tendederos de los que colgaban calcetines y bragas, pero también salchichas, patos desplumados y coles. Frente a una de las viviendas dos ancianos jugaban al dominó sobre una estera colocada en el suelo, a su lado, las abuelas parloteaban con los nietos sentados en el regazo.

En una esquina se toparon con un grupo de parroquianos acucillados alrededor de una olla común. Reían, hablaban por los codos. Zurbano tentó su suerte y los abordó. Cuatro segundos más tarde les habían señalado unos taburetes enanos para que se sentaran, y en dos más les habían puesto boles repletos de comida en las manos. Impensable decir que no a un convite tan sincero, no les quedó más remedio que instalarse y volver a desayunar.

La calle era el hábitat natural del becario, entre gente sencilla estaba cómodo; bromeaba con desenvoltura, se mostraba encantador, sin asomo de timidez. Y el corro vecinal del hutong lo adoptó sin reservas. Aquel joven español larguirucho parecía hacerles una gracia enorme, no hacían más que reírse, de él y con él, y acribillarle a preguntas. Una pena que Gilda no pudiera participar más que con alguna ocasional sonrisa de asentimiento. Se dedicó con fervor a comer, qué otra cosa iba a hacer. El contenido de los boles era, para variar, un arcano inextricable, y picaba muchísimo, pero para entonces ya empezaba a acostumbrarse. Acabaría el viaje con gastroenteritis y, de conseguir sobrevivir al desastre que se avecinaba, sería con tres o cuatro kilos de más. Como mínimo.

De vez en cuando Julián le arrojaba alguna palabra, hueso de consolación

para que no se impacientara demasiado.

—La maestra de caligrafía no está en su casa ahora. Me están contando su historia. Luego te digo.

Por fin se despidieron, deshechos todos en sonrisas, hinchados de tanto comer y beber té. Zurbano había recibido la hoja de ruta para salir y pronto se hallaron de nuevo en la avenida principal. Estaba satisfecho y calificó su charla con los vecinos de fructífera. El *hutong* era un ecosistema autónomo en el que todos se conocían y las noticias volaban. A los chinos les entusiasmaban los comadreos y, si no tenían nada que ocultar, se comportaban con candidez. Le habían dado la información que buscaban sin hacerse rogar demasiado.

Berta Montoya era una presencia habitual en Dashilar, llevaba meses yendo casi todos los días. Se la tenía por una mujer amable, nada arrogante (rasgo habitual de los occidentales). Caía bien por eso, y también porque era una protegida de la profesora de caligrafía. La doctora Guan-Yi —así se referían a ella, y con gran respeto— estaba considerada como una de las personalidades más relevantes de la comunidad. Era una mujer admirable, que se había hecho a sí misma pese a tener una vida muy dura, y aquí el chismorreó había derivado a una mera frase susurrada referida a un padre violento y agresivo. En cualquier caso, Guan-Yi gozaba de reputación de sabia, los vecinos aseguraban que veía y adivinaba cosas que escapaban al resto de los mortales. Poseía poderes, era capaz de ver más allá de la realidad.

—¿Percepción extrasensorial? —preguntó Gilda.

—Eso dicen. También dicen que otra de sus protegidas es una chica ángel.

—Una metáfora, presumo.

Otra cosa sería desvarío. En un ambiente tan mercantil, donde todo el mundo corría tras el dinero, la idea de un mundo paranormal habitado por brujas y ángeles contenía una paradoja excesiva. Zurbano la sacó de su error. Para los chinos no existía incompatibilidad entre el negocio y la magia. Eran gente pragmática e ingeniosa que de todo sacaban utilidad, habían logrado pergeñar una brillante síntesis de las dos cosas. Apelaban a las fuerzas ocultas para que estas los ayudaran a resolver cuestiones crematísticas.

—Si entras en un templo los verás sobornando a los dioses, metiendo dinero en la hucha del patrón de las hipotecas, por ejemplo, o del que favorece la concesión de préstamos y la consecución de buenos negocios. Nada que ver

con el misticismo occidental, o con aspiraciones nobles de tipo contemplativo. Ellos abordan la religión como una transacción más. Invierten, y esperan algo concreto a cambio.

—¿Qué pasa cuando la cosa no funciona porque los dioses no cumplen?

—Cambian de proveedor. Pagan mordida a otro.

Por otra parte, un número sustancial de las familias que vivía en el *hutong* era de procedencia campesina, sus miembros aún mantenían sólidos vínculos psicológicos con su vida anterior. En la China rural subsistían multitud de supersticiones, aplicables a todos los aspectos de la vida. El *hutong* era caldo de cultivo idóneo para esta cultura paralela y, si Gilda se fijaba, vería amuletos colgados en casi todas las puertas y ventanas de las casas.

Retornando a la doctora Guan-Yi. La existencia de líderes locales, tanto en el sentido político como espiritual, resultaba necesaria en un tejido social que funcionaba como colectivo. Se trataba de gente respetada, que ejercía gran influencia en el resto de la comunidad. La maestra de caligrafía era también herborista y doctora en medicina tradicional china. Pasaba consulta en una de las farmacias más famosas de la ciudad. No andaban lejos del lugar, decidieron echar un vistazo.

El edificio se encontraba en una calle comercial atiborrada de tiendas de baratijas brillantes: bibelots tradicionales, antojos de comer, bisutería, abanicos, zapatillas y ropa. Había mucha alegría en el ambiente; multitudes apretujadas de compradores nacionales que salían de un establecimiento para entrar en otro, y luego otro y otro; un compra vende incesante. Toda la zona era un *fake*, reconstrucción moderna y kitsch de un barrio de la dinastía Ming. Dicho en plata, un parque temático chino para consumo local, con arcos de madera policromada, casas rematadas por techos de pagoda, manadas de dragones y leones, farolillos y colores chillones. La nueva clase media nacional quería pasear y hacer turismo en su país de origen, y el Partido estaba pronto a estimular el consumo interno. Dado que la Revolución Cultural había arrasado con todo lo viejo, ahora había que reconstruirlo para regocijo de los propios ciudadanos patrios. Curiosas circunvalaciones de la historia.

Lo que Julián llamaba farmacia resultó ser un gran supermercado de cuatro plantas dedicado a medicamentos y drogas de toda clase. La arquitectura del inmueble también era neoMing, con los adornos y relumbres propios del estilo, más las usuales exageraciones necesarias que confieren un extra de verosimilitud a la recreación. El interior, de diseño similar, consistía en

decenas de mostradores, correspondientes a otros tantos negocios, en los que se ofrecían algunos medicamentos estándares occidentales pero, muy en especial, remedios curativos propios de la medicina tradicional china. El conjunto provocaba sentimientos encontrados, uno no sabía bien si estaba en un zoco de curanderos o en una farmacia al uso. Una vez más, el efecto impactante funcionaba por acumulación; la variedad y cantidad de mercancía era cósmica. Se exponían cápsulas y ungüentos, pomadas, polvos, parches y toda clase de productos extravagantes que tanto podían proceder del mundo animal como del mineral o vegetal. Sin embargo, había predominio de formas vegetales, casi todas ininteligibles para un lego en la materia. Quizá lo más llamativo fueran los hongos y las raíces, ambos presentados de manera exquisita y con precios acorde al envoltorio, o sea, prohibitivos. Las raíces adoptaban formas muy barrocas y descansaban en primorosos estuches de tapas acristaladas. Costaban fortunas, ni los diamantes de Tiffany (esos que son para siempre). Millones de yuanes, cantidades que traducidas a euros daban unos resultados insólitos. Por ejemplo, una especie de tubérculo retorcido con multitud de ramificaciones y un tamaño no superior a los quince centímetros, se vendía por seiscientos cincuenta mil euros.

—¿Qué es? —inquirió Gilda, con asombro.

—Una raíz de ginseng.

—¿Y el precio?

—Porque es centenaria. Cuanto más antigua, más cara. Significa que se ha criado en el mundo salvaje. Es más pura, menos contaminada.

—¿Para qué sirve?

—Las sencillas y baratitas lo mismo para un barrido que para un fregado, se supone que son buenas para la salud, así, en general. Estas tan raras pertenecen a otra división. Son únicas, la mitología popular asegura que curan a los muertos.

—Resucitan, querrás decir.

—Curan. Eso es lo que dicen.

—¿Y las regulaciones? ¿Qué opina Sanidad de todo esto? Aparentemente, poco, o muy poco. Por el momento las autoridades no intervenían demasiado en estos asuntos. Quizá se tipificaban como privados, si uno se quería gastar su fortuna en remedios improbables que costaban millones, allá penas. Desde luego, no eran ilegales, aunque algunos entraban en la categoría de las drogas y requerían prescripción médica. Venenos potentes, fue lo primero que pensó Gilda. Venenos potentes, al alcance de

cualquiera, y sin regular. Si había hierbas para «curar» a los muertos, quizá las hubiera para «enfermar» a los vivos. Comunicó su hipótesis a Zurbano.

—Supongo que es posible. En casa tengo un compañero que estudia herboristería tradicional china. Preguntaré.

Los dispensarios estaban en el piso alto. Subieron por unas aerodinámicas escaleras mecánicas; ni lo cortés quita lo valiente ni lo Ming excluye la tecnología puntera. Zurbano halló el despacho de la doctora Guan-Yi enseguida. En la puerta tenía un rótulo con su nombre y enfrente una pequeña sala repleta de gente que aguardaba turno. Unos metros más allá había una zona adyacente con una serie de camillas ocupadas por pacientes de los dos sexos, inmóviles y acribillados de agujas: la zona de acupuntura. Vieron llegar a uno de ellos, cargaba con sus accesorios: pequeños cojines, una toalla —que tendió sobre la camilla—, la botella llena de té caliente.

Se respiraba un ambiente doméstico, familiar. A esa hora la mayoría de los pacientes eran jubilados de aspecto humilde. Muchos abuelos con sus nietos, conversación incesante; todos parecían conocerse, el consultorio debía funcionar como lugar de encuentro social. Si se prescindía de las agujas y las raíces exóticas, la atmósfera no difería mucho de la de un ambulatorio de la Seguridad Social española en una mañana de día laboral.

Gilda y Zurbano curiosearon un rato sin osar tomar asiento, su aspecto era demasiado exótico, llamaban mucho la atención. Tuvieron un atisbo de Guan-Yi cuando esta abrió la puerta para despedir a una paciente y recibir a otra. Era una mujer de mediana edad sin apenas arrugas, menuda y sonriente, que irradiaba aplomo y sabiduría. Antes de volver a encerrarse en el despacho, entró unos minutos en la sala de acupuntura. La vieron revisar las agujas de algunos de los que estaban en las camillas del pasillo. Al salir pasó cerca de ellos y se detuvo un momento. De cerca, su aspecto era tan sobrio y austero como de lejos, no llevaba maquillaje ni accesorios decorativos. Quizá por eso resultaba muy llamativa la única joya que llevaba: un gran anillo cuadrado en el dedo corazón, un fragmento de cerámica antigua con una inscripción.

La mujer esbozó una leve sonrisa, murmuró un *ni hao* amable. Sus ojos se clavaron en Gilda y adquirieron una expresión más inquisitiva y grave, profesional. Tenía una mirada inteligente, despierta. La observó unos segundos y dijo unas cuantas palabras en chino. Se dirigió a Zurbano, como si supiera de antemano que él sí iba a entenderla. Después, les hizo a los dos un saludo con la cabeza y regresó a su consulta.

—Traduce, por favor. —La voz de Gilda tenía un punto de

preocupación, el escrutinio la había desasosegado.

El becario estaba perplejo, contestó con voz algo vacilante.

—Ha dicho que te quedas. Que estás enferma, que ella puede ayudarte a dormir.

La última frase le desencadenó taquicardia. No tenía ninguna gracia vérselas con gente que podía leer a través de uno sin tan siquiera haber cruzado palabra. Ninguna, en absoluto. Aquello no era racional, la percepción extrasensorial no existía. ¿Cómo, entonces, había adivinado su problema con tan solo mirarla? Y esta mujer estaba vinculada a Berta Montoya. De súbito tuvo miedo, mucho miedo. Se dio la vuelta y emprendió una veloz retirada. Quería alejarse de allí lo más rápidamente posible.

Julián la siguió al trote, sin comprender demasiado bien lo que acababa de suceder. Llegando a lo alto de la escalera se detuvo en seco, tan en seco que chocó contra su espalda y casi se despeñan los dos. Gilda se había quedado clavada, con los ojos fijos en algún lugar a sus pies.

La había reconocido de inmediato. Era inconfundible, su color pálido, el pelo níveo que la rodeaba como un halo, la piel translúcida. Tanteó el suelo con el bastón blanco en busca del inicio de las escaleras mecánicas, luego avanzó un paso y se agarró a la barandilla móvil. Ascendió en perfecto equilibrio y sin vacilaciones, no era la primera vez que hacía ese recorrido, se encontraba en terreno conocido. Llegó arriba, rozó a Zurbano; a ella, que se había retirado un poco, no la alcanzó a ver, o a sospechar, puesto que era ciega, o casi. La siguió con la mirada, la vio cruzar la sala de espera y entrar en el despacho de Guan-Yi sin tan siquiera llamar. La chica ángel, la masajista albina. Lixúe.

La circunferencia se ampliaba. El mundo de Berta Montoya era una tela de araña que se expandía y empezaba a mostrar un diseño definido.

El coche, con Chen al volante, pasó a recogerlos en una de las esquinas del Ritan Park. Tras valorar varias posibilidades, habían decidido ir al Mausoleo de Tian Yie, el eunuco imperial. Se trataba de una atracción turística poco frecuentada, sita en las suburbios de la ciudad. Zurbano la conocía. Al lado de la tumba se levantaba un curioso museo, lugar adormecido con unas características que complicarían cualquier intento de seguimiento por parte del MSS.

Habían preparado el interrogatorio con antelación. Era una conversación de la que seguramente saldrían informaciones relevantes. Debía llevarse a cabo en un entorno tranquilo donde nadie los pudiera escuchar y en el que el

chófer de Montoya se sintiera a salvo de oídos y ojos chinos. Iban a darle el susto de su vida.

A Chen la llamada de Zurbano le alegró mucho, siempre suponía una satisfacción que sus clientes repitieran. Y no se le había olvidado la sustanciosa propina de la señora del pelo granate.

Fue a recogerlos de muy buen talante. Se saludaron con cordialidad, la señora importante se sentó atrás pero el chico español se puso a su lado y durante el viaje le entretuvo y dio palique. Iba señalando la ruta y entretanto explicaba, mitad en chino mitad en inglés, anécdotas sobre la vida y milagros de los eunucos. Y caramba, qué vida, qué milagros...

En tiempos de la dinastía Ming vivían veinte mil de ellos en la Ciudad Prohibida. Eran los únicos varones que tenían permitido acceso al recinto, atendían las necesidades del emperador, sus esposas, concubinas y legiones de hijos. La mayoría procedían de familias pobres, a veces eran los propios niños los que pedían ser castrados con la esperanza de luego ser admitidos en la corte. Durante la operación quirúrgica se les extraía absolutamente todo, testículos y pene. Las tres piezas se guardaban luego en una bolsa de cuero que a partir de entonces el eunuco llevaría permanentemente colgada del cuello. La idea era que al morir pudiera reunirse con sus atributos masculinos para convertirse de nuevo en un hombre completo. Hubo eunucos muy importantes, uno de ellos inventó el papel, sin ir más lejos. Tian Ye, cuya tumba iban a visitar hoy, había sido custodio del sello imperial, y falleció en 1583. El emperador le tenía en tan alta estima que hizo construir aquel mausoleo especialmente para él.

Con estas narraciones se pasó raudo el trayecto. Se mirara por donde se mirara, eran historias fascinantes y morbosas. Chen las escuchó con gran atención y cuando, un poco más tarde, Gilda le invitó a sumarse a la visita en vez de esperar sentado afuera, aceptó al instante. Los cuentos del chico español le habían picado la curiosidad, quería ver cómo era el monumento, estaba pensando en colocarlo en su web personal. Lo pondría en el top de su lista de atracciones turísticas cercanas a la ciudad. Sería un *hit*.

La tumba era muy bella, construida con piedra labrada. Tenía pabellones, estatuas del homenajeados y leones. Pero lo más notable resultó ser el museo.

El billete de entrada costaba una cantidad irrisoria, que entregaron a un funcionario. El tipo pecaba de indolencia y, tras embolsarse el puñado de yuanes, desapareció al instante dejando museo y visitantes a cargo de su hija. La niña no tendría más allá de diez años, los siguió durante unos minutos pero

pronto se hartó y empezó a alargar distancias hasta también esfumarse por completo. Unos segundos más tarde la vieron reaparecer tras la cristalera de lo que parecía ser la oficina del lugar. Allí preparó un atril, sacó un violín de su estuche y se puso a practicar ejercicios prescindiendo de cualquier otra consideración, y eso incluía a los visitantes. El lugar estaba totalmente desierto, hicieron el tour tan solo acompañados por los repetidos maullidos de fondo del instrumento.

Pese al incordio de la banda sonora, la colección expuesta no defraudó sus expectativas; era truculenta y tenía un punto insano. En una vitrina se exponía uno de los cuchillos usados para operar a los castrados, un instrumento curvo y oxidado terminado en punta y gastado por el uso. Y en otra de las salas se presentaba la perla de la colección, una momia notablemente bien conservada. El cadáver embalsamado no pertenecía a Tian Yi, sino a otro eunuco, un anónimo desconocido. Por desgracia, llevaba las partes pudendas modestamente cubiertas con un pedazo de seda amarilla, con lo que quedaba escondida la zona geográfica más interesante de la pieza. Aun así, resultaba efectista.

Llegaron luego a un espacio circular donde se exhibía un simulacro de operación de castración con punzante realismo. Se trataba de un cuadro viviente, protagonizado por cuatro estatuas de arcilla de tamaño natural. Tres de ellas estaban de pie, la cuarta yacía en la mesa de operaciones, desnuda de cintura para abajo, con los genitales atados con un cordel que los mantenía apelotonados y juntos. Uno de los hombres inmovilizaba al futuro eunuco, otro sostenía una bandeja, donde, previsiblemente, iban a colocarse los miembros amputados. Y el tercero, el cirujano en cuestión, empuñaba el cuchillo en tanto escrutaba los bajos de su paciente con expresión profesional y más que determinada. Las luces de la sala estaban emplazadas de modo dramático, creando contrastes y zonas tenebrosas. Un espacio espeluznante, lo suficientemente macabro como para intimidar a un tipo impresionable y algo infantil como Chen.

Había llegado el momento, Gilda y Zurbano tenían bien ensayada la secuencia del interrogatorio, la siguieron casi al pie de la letra. Entraron a saco, tal y como habían previsto. Gilda asumió la iniciativa, Chen seguía tratándola con mucha deferencia y respeto; la creía importante y eso aumentaría la presión durante el interrogatorio. Julián se limitaría a su rol de intérprete y, si convenía, haría el papel de policía bueno.

—Explícale que soy una enviada del Gobierno español. Sabemos que

ha mentido, Montoya no tomó el metro.

La reacción del interrogado fue de pánico absoluto. Miró a su alrededor, buscando una escapatoria. Pero la sala solo tenía una puerta —de entrada y salida— y sus dos visitantes se habían colocado frente a ella. Estaba atrapado.

—No deseo perjudicarlo. Lo que se diga en esta conversación no saldrá de aquí.

Chen seguía paralizado, temblaba como un flan. Miraba las estatuas con terror, como si de un momento a otro fueran a convertirse en amenazas reales, zombis. Estaba mudo, se limitaba a mover frenéticamente la mano abierta frente a él, gesto que en China significa una negación rotunda. Gilda insistió.

—Si no me lo cuenta a mí, tendrá que responder ante la policía china.

Sacó su móvil e hizo ademán de usarlo. El gesto vino oportunamente punteado por una nota lejana, chirriante y siniestra, la estudiante de violín no daba una.

—La decisión está en sus manos. O habla con nosotros o con los suyos.

La disyuntiva, más un par de palabras de aliento de Zurbano, inclinaron la balanza en favor de la confesión. El chófer debió pensar que más valía malo conocido que peor por desconocer.

Arrancó a hablar. Apenas si se atrevía a mirar a Gilda, se dirigía a Zurbano y de vez en cuando lanzaba ojeadas atemorizadas a los rincones oscuros del cuarto, a la puerta, a las estatuas susceptibles de transmutar en muertos vivientes.

—No tenía ni idea de lo que iba a pasar —tradujo Julián—.

De haberlo sabido nunca hubiera aceptado. Creyó que se trataba de una broma, o, como mucho, de una pequeña trampa para la compañía de seguros. —Aquí el intérprete añadió algo de su propia cosecha—: «Oye, esto está resultando más misterioso de lo que creíamos.»

—Que nos cuente todo. Desde el principio, paso a paso. Y dile que no me tenga miedo. Asumo que ahora no va a mentirnos.

Lo último pareció calmarle un poco y hasta se atrevió a posar sus ojos en Gilda, pero solo un momento. La visión de Zurbano le resultaba familiar, más tranquilizadora.

—No sabe qué le pasó a mister Max. Es cierto que no le vio tomar el metro, solo lo supuso. Lo dijo porque estaba asustado.

—¿Por qué estaba asustado?

—Había provocado un pequeño accidente adrede.

—¿Cómo es eso?

—Le pagaron.

—¿Quién?

—No lo sabe. Solo fue una voz femenina al teléfono. No la reconoció. Le habló en chino desde un número desconocido.

—¿Cuándo?

—Mucho antes, antes del verano. Le hicieron llegar el dinero por adelantado, solo tuvo que dejar el coche abierto en un lugar acordado. Al poco rato encontró un sobre bajo el asiento del piloto.

—¿De qué cantidad hablamos?

—Veinte mil yuanes. Casi tres mil euros, es mucho para un trabajador como él.

—¿Qué tenía que hacer a cambio?

—Chocar levemente contra el vehículo de enfrente. Y después salir del coche y discutir con el conductor agraviado. Nada más. No era un delito ni iba a dañar a nadie, por eso aceptó.

—¿Qué día tenía que hacerlo?

—Sin especificar. Le dijeron que le mandarían aviso al móvil. Pasaron los meses, casi se le olvidó. Hasta que esa mañana, ya en el Esmerald Gardens y mientras aguardaba a mister Max, recibió el mensaje acordado, *jintian* (hoy). Luego, cuando ya estaban atascados, le llegó otro SMS, decía a la (ahora).

Sea quien fuere el que mandó los dos mensajes, estaba tras él, o muy cerca de él.

—OK. Golpeó al coche de delante, ¿qué sucedió luego?

—El conductor tocado salió disparado, él siguió las instrucciones y salió también. Era un día de un gran atasco, había mucha tensión. Todos estaban de mal humor, se enzarzaron en una discusión. Cuando terminó el jaleo, regresó a su vehículo y descubrió que Montoya no estaba. Tuvo un ataque de pánico y se sacó de la manga lo del metro. De hecho, se autoconvenció de que podía ser cierto, la parada estaba cerca. Era una opción plausible.

El sonido de un motor aproximándose le había asustado de nuevo. Soltó el último párrafo a empujones, tartamudeando. Zurbano se vio obligado a interrumpirle, no comprendía lo que le decía. Entre sus propias carencias y el miedo de él, no acababan de aclararse. Gilda se impacientaba, el violín lejano atacaba los nervios de todos. Para colmo, se oyeron voces y de súbito cesó el

maullido del instrumento, alguien acababa de entrar en el museo. El amarillo natural de Chen se degradó a cerúleo, parecía a punto de sufrir un colapso.

—Hazle respirar hondo, no sea que se nos vaya a desmayar.

Perdieron unos segundos preciosos en ello. Las voces, había más de una, se acercaban. Gilda blandió de nuevo su teléfono, arma segura de coacción. Y continuó, implacable.

—Pregúntale cuándo vio a Montoya por última vez, y dónde. Aterrado, Chen respondió de carrerilla.

—Mientras estaba con el otro conductor. Montoya se le acercó y le dijo algo. Pero él ya estaba metido en la bronca y no le hizo caso. Además, le habló en inglés. Más tarde imaginó —o quiso imaginar— que había ido a avisarle de lo del metro.

—¿Vio lo que pasó después?

—Había mucha gente, se armó un poco de jaleo. Mister Max desapareció entre la multitud.

Las voces estaban ya en la sala de al lado.

—¿Quién paga la escuela de su hijo? Tres mil euros no son suficientes.

La pregunta no le desconcertó, la respondió sin vacilar, con una ingenua alegría.

—Su mujer juega a la bolsa. Es muy lista, siempre gana.

—¿Es eso creíble?

—Oh, sí. Muchas fortunas de aquí se están haciendo en la bolsa.

Por la puerta de la sala entraron los nuevos visitantes. Hubo una distensión general, los temores de Chen, también los de Gilda y Zurbano, habían sido infundados; se trataba de dos chicas que hablaban en ruso. Eran zarinas rubias, altas, potentes, y llevaban encima una fortuna en ropa de marca. Nada más entrar se abalanzaron sobre la estatua yacente. Reían del modo más idiota, y una de ellas alargó la mano y le toqueteó los genitales, chillando algo en voz aguda, medio ahogada entre carcajadas. Gilda sacudió la cabeza con incredulidad.

—Estos nuevos ricos rusos son unos descerebrados.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Julián. Gilda también hablaba ruso, menudo portento.

—Que hicieron bien en caparlo. La tiene muy pequeña.

A lo lejos volvió a reanudarse el violín, la misma pieza que llevaban quince minutos oyendo. Resultaba insoportable. Gilda se dio la vuelta y emprendió la retirada.

—Salgamos de aquí.

Regresaron en silencio. Chen estaba alicaído, muy amilanado. Tenía sobrados motivos, su implicación en el affaire Montoya podía costarle años de cárcel. Y aunque aquella señora no le delatara, se hallaba atrapado. Porque si ella había descubierto el engaño, tarde o temprano la policía china haría lo mismo.

Julián y Gilda apenas hablaron entre ellos. Pasada la excitación inicial, Julián empezaba a comprender que la investigación no era un juego teórico. Las personas involucradas en el crimen pagarían por ello, y en China la factura no sería una bicoca. Gilda, por su parte, procesaba las nuevas informaciones. Muy valiosas, aunque por el momento ignorara cómo o dónde encajarían. La desaparición o, mejor dicho, el asesinato de Max Montoya — estaba segura de que había muerto—, se perfilaba como un rompecabezas de muchas piezas.

Pekín, 8 de octubre

Había amanecido un día extraordinario, de atmósfera transparente y luz deslumbrante. Gilda Leyva pisó la calle y sintió un amor repentino, desbordado, dirigido a la divinidad, meteorológica u otra, que les había obsequiado con tan preciado regalo. Sin ella saberlo, acababa de sumarse a las multitudes pekinesas que padecen su peculiar síndrome de Estocolmo, ese que consiste en sentir gratitud rastrera hacia quien les tiene secuestrados. Y es que tras días de maltrato constante en forma de polución y tinieblas, cualquier respiro, aunque sea breve, de aire limpio, desencadena una euforia incontenible en la sufrida población.

Aquella mañana habían decidido dividirse para multiplicar esfuerzos. Julián se dedicaría a herborizar con su compañero de piso, juntos harían una incursión en el fascinante mundo de los venenos y las drogas. Ella, entretanto, visitaría la Hutong School Volunteering programme.

Había hecho ya algunas indagaciones por net. El programa había sido creado por un grupo de expatriadas inglesas, esposas de diplomáticos y empresarios instalados en la ciudad. El fin de la asociación era dar soporte y ayuda a mujeres chinas que desearan mejorar sus capacidades profesionales y personales. Ofrecía un abanico variopinto de amenidades, más o menos pedagógicas; desde cursos de idiomas —inglés y alemán— e informática hasta otros más lúdicos y caseros, tipo cocina mediterránea o punto de ganchillo. Las clases eran gratuitas y cualquiera podía inscribirse, bastaba con ser mujer y nacional. Ser pobre añadía puntos, daba preferencia en la lista de espera.

Gilda era escéptica respecto a estas iniciativas. Laicas o religiosas, la gran mayoría funcionaba como chiringuitos neocoloniales que necesitaban de la desgracia ajena para subsistir. Y demasiado a menudo su único fin consistía en entretener a una serie de féminas ricas que no daban palo al agua. Este parecía ser, precisamente, el caso. Las oficinas de la asociación, una casita chic, muy coqueta y con jardín, se encontraban cerca de la embajada inglesa.

Subió unos cuantos escalones, la puerta estaba abierta, le bastó empujarla. Entró en un hall espacioso obstaculizado por cajas abiertas llenas de ropa, comida y juguetes; dedujo que serían donaciones. Un pequeño ejército compuesto por mujeres de varias edades, con predominio de maduras,

correteaba de un lado para otro con listas, teléfonos y tabletas. Ninguna latina entre ellas, ni una sola rubia teñida o vestida de Armani. El estilo imperante —casual, desaliñado, campestre— las delataba como consortes de clase alta británica.

El lugar bullía de actividad, nervios y apresuramiento. La explicación a tanto trajín se hallaba en una pila de carteles que anunciaban un mercadillo de beneficencia para dos días más tarde. El dinero se destinaría a un orfanato de niñas en Yunnan, leyó. Estaba acabando de asimilar el escrito cuando una de las damas se detuvo para hablar con ella. Ni siquiera echó un vistazo a su pelo, ventajas de tratar con inglesas; asumían cualquier excentricidad sin alharacas.

—¿Es usted la del cáterin? Vaya a la puerta del fondo, la oficina de la directora.

Gilda no aclaró el malentendido, entre otras cosas porque parecía una idea sensata ir al despacho de la directora. Cruzó la sala sorteando *myladies* y otros escollos más o menos voluminosos. Golpeó la puerta, le respondió un *come in* energético.

Tras la mesa de despacho había una dama que muy bien podía haber sido la *dowager* de Downton Abbey dos décadas más joven. Era majestuosa y vestía una superposición incomprensible de túnicas étnicas; llevaba toda suerte de abalorios colgados del cuello, de las muñecas y los dedos, y unas medias gafas con montura multicolor que se mantenían en precario equilibrio sobre la punta de su nariz. El escritorio exponía un revoltijo de papeles, folletos, migas de galletas y *mugs* con bolsitas de té resecas; la pérvida Albión en estado puro.

Le señaló una silla mientras atendía el teléfono y en simultáneo divagaba por el ordenador. Hablaba un inglés engolado, de dicción impecable; el inconfundible tono *posh* de las clases dirigentes. En la misma línea, su conversación estaba salpicada de *indeeds* y sentidas exclamaciones —*oh dear, dear*—. Su cháchara resultaba descansante, por lo anticuada y artificial, como hallarse en un plató de serie televisiva, cualquier adaptación de Jane Austen, por ejemplo. O el mismo Downton Abbey, sin ir más lejos.

Gilda trató de imaginar a Berta Montoya en aquel escenario, no acabó de conseguirlo. Aunque, se le ocurrió, su labor allí quizá solo fuera azarosa.

En lo que aguardaba a la duquesa madre, miró a su alrededor. Una de las paredes del despacho captó enseguida su atención. La tenía detrás, retorciendo un poco el cuello le fue posible estudiarla. Estaba pintada en tono rojo

carruaje —muy *british*— y era una suerte de galería fotográfica. Había decenas de imágenes colgadas, básicamente propaganda autocomplaciente y cursi —chicas nativas agarradas del bracito de sus mentoras y madrinan occidentales—, pero entre ellas descubrió una que le erizó el vello. Reconoció el pueblo antiguo, las terrazas de arrozales que descendían hacia el valle. Aquella fotografía era idéntica a la que había visto sobre la mesa de Berta Montoya y que más tarde fue retirada del estudio.

Había entrado en el despacho dispuesta a ofrecerse como voluntaria para conseguir información. Cambió de idea a toda velocidad. Tenía que improvisar un plan de emergencia que le permitiera hacerse con aquella instantánea.

La *dowager*, entretanto, colgó el teléfono, aunque no por ello detuvo su perorata. Siguió hablando sin cortes o cambios de ritmo, como si la interlocutora que tenía enfrente fuera la misma que la del otro lado de la línea. O, siendo más exactos, como si no tuviera interlocutora.

—*Yes, indeed*, todo el mundo puede ayudar en la medida de sus posibilidades. No nos basamos en prejuicios, no existen límites en la colaboración. Si usted sabe hacer pizzas, haga cursos de horneado de pizzas. Y si lo suyo es el bordado o el punto de cruz, adelante con ello. Hay que sentar ejemplo. Queremos darles a estas mujeres herramientas para que en el futuro sean más libres e independientes, claro que esto último no se puede decir en voz alta. Oh dear. Ni siquiera a ellas, no lo entenderían. El Partido está por la línea dura, nos acaban de anunciar el cierre de la asociación. Todo esto —barrió el espacio con el brazo— está destinado a desaparecer en pocos días. Y no es un consuelo saber que no vamos a ser los únicos porque...

Resultaba encantador, casi entrañable, que aquel remedo de Maggie Smith la supusiera al corriente del contexto de su discurso. Se limitó a asentir, comprensiva.

—*Shame on them*.

El gesto de empatía más la frase conmisericordiosa pronunciada con acento extranjero, lograron —*at last*— hacerla descender de su globo. Varió súbitamente el tono.

—*Would you like a cup of tea? No trouble at all, no trouble at all...*

Ella solita se sobraba y se bastaba para montarse un diálogo vivaz, lleno de color y *politesse*. Y así siguieron un rato hasta que de súbito pareció descubrir que la presencia sentada al otro lado de su mesa era tangible, no un holograma o ente virtual.

—*By the way, who are you...?*

La miraba con expresión atónita, por encima de las gafas, como si fuera una paracaidista que acabara de ser lanzada sobre la silla. Se apresuró a contestarle, antes de que volviera a fugarse por los cerros de Úbeda —o del Worcestershire—, conocía el tipo.

—Soy periodista. Estoy ultimando un reportaje sobre las actividades de las asociaciones civiles en China, muy en especial de las femeninas. Me interesan, sobre todo, las que destinan sus esfuerzos a mejorar la vida de las mujeres nativas. Ustedes hacen una gran labor, la felicito.

—Ah, sí. Necesitamos toda la ayuda posible y la imposible. La situación de estas pobres mujeres, *oh dear...* Ahora mismo estamos preparando un mercadillo a beneficio de un orfanato de Yunnan, si está usted por aquí la invito a conocernos más de cerca. Es una institución para niñas que han sido abandonadas por sus familias por el mero hecho de haber nacido con el sexo equivocado. *What a sad story. ¿De dónde es usted, querida? Spain? Charming, although they do such awful things to the bulls.* Teníamos una colaboradora española en la asociación. Otra triste historia, su marido se evaporó, así, ¡puf! Como una pompa de jabón pinchada en el aire. Qué contratiempo desafortunado. Los hombres siempre se las arreglan —*somehow manage*— para generar conflictos...

Había pisado de nuevo el acelerador, las palabras salían de su boca a borbotones imparables, sin puntuación o respiro. A Gilda le resultó enormemente difícil conducir la conversación hasta el asunto que le interesaba: las fotografías colgadas de la pared. Tras mucho circunloquio, y varias idas y venidas, consiguió extraerle la historia de aquellas imágenes. Una vez al año, la asociación organizaba unos talleres fuera de la ciudad con algunas de las mujeres que asistían a los cursos. Las maestras que deseaban encabezar uno de estos retiros elegían a su grupo y se hacían responsables de él durante el viaje, también decidían la temática de su *workshop*. Precisamente la colaboradora española había organizado uno de ellos, estrategias de organización, creía recordar. Claro que aquello había sido antes de que desapareciera su marido, *how inconvenient*. Los talleres ofrecían unos días de convivencia y trabajo intenso. Las mujeres nativas reforzaban lazos solidarios entre ellas y en paralelo sacaban provecho de un contacto más estrecho con su tutora occidental.

—Aspiramos a que alcancen su plena realización, para que tomen conciencia de su importancia en la sociedad. Estos pequeños retiros en un

ambiente campestre les ensanchan el espíritu porque tal y como han sido educadas su espíritu es...

—No me cabe la menor duda —atajó velozmente Gilda. Señaló el muro donde colgaban las fotografías—. Transmiten felicidad, son imágenes encantadoras.

—*Aren't they?* Se hicieron la pasada primavera ¿Le agradecería disponer de algunas para su reportaje?

Por supuesto que le agradecería. Hubo suerte, ni siquiera se vio en la disyuntiva de tener que elegir. El archivo fotográfico completo estaba en la pantalla del ordenador, y la *dowager* se lo envió a su dirección mail en aquel mismo momento. Misión cumplida.

La despidió con una serie de efusiones dispersas, ¿estaba segura de que no quería una taza de té?, cuánto se alegraba de haberla conocido, España, una vez había ido a Sotogrande, qué caballos, esperaba verla de nuevo y... Pero sonó el teléfono y se embarcó de nuevo en una serie de parrafadas ininterrumpidas. Antes de que saliera por la puerta, le dirigió una última mirada entre mayestática y despistada.

—¿Cómo dijo que se llamaba, *my dear*?

—Paraliza el sistema nervioso, muerte casi instantánea. *Gelsemium elegans*. Una variedad que solo crece en China. La más letal de todos los *gelsemiums*, también la llaman *heartbreak grass*. Puede ser destilada, convertida a líquido para beber o, más taxativo aún, para ser inyectado.

Zurbano había pasado la mañana sonsacando a su compañero de piso. La cosa no resultaba tan sencilla como pudiera parecer a primera vista. Si de lo que se trataba era de colocarse un poco, había drogas a punta pala. Sin embargo, no existían tantas susceptibles de ser utilizadas en un asesinato. La *Gelsemium elegans* tenía potencial, seguramente la que más de todas y Gilda se reservó el nombre en la cartuchera. Acumulaba datos, seguía dando palos de ciego. Lo del veneno era instinto basado en realidades empíricas; tradición no faltaba, ni en China ni en la zona, desde luego. Le vino a la mente el asesinato de Neil Heywood pocos años atrás; amante china, potencial informante del M16 —a saber—, aún ahora no se había aclarado por qué fue asesinado. Ni se aclararía nunca. Más cercano en el tiempo, varios meses atrás, un supuesto hijo de Kim Jong, el líder norcoreano, había recibido una rociada de gas nervioso en un aeropuerto de Malasia, en pocos minutos estaba frente al Omnipotente.

Se habían reencontrado en la entrada del Ya Show, ascendían por las

escaleras mecánicas. Sherry les había mandado mensaje para que pasaran a recoger el traje.

Esta vez los recibió Wu Wang en persona, resultó ser un tipo tan untuoso y repelente como habían sospechado. Gilda sintió de nuevo una irreprimible náusea. Trató de pasar por alto aquella repulsiva uña larga del meñique con escaso éxito; la hipnotizaba, los ojos se le iban solos tras ella. Solo pensar en sus posibles usos le provocaba arcadas.

¿Dónde andaba la pequeña Sherry? La buscó con la mirada pero no la vio por ninguna parte.

El traje colgaba de una percha junto con otros pedidos ya listos. Su estampado de plumas y flores parpadeaba y relucía de modo tentador. Wu Wang procedió a su entrega con pomposo ceremonial, luego le señaló los probadores, estaban en la otra punta de la tienda.

La cabina era minúscula, tenía el suelo sembrado de agujas y carecía de espejo. Difícil, y un tanto peligroso, evolucionar allá dentro. Gilda se cambió de ropa sin tan siquiera sospechar cuál sería su nuevo aspecto. Dio un respingo de sobresalto cuando divisó, a lo lejos, su propio reflejo en el espejo. ¿Quién era aquella señora bajita vestida con tanto colorín? Bien, en cualquier caso, no iba a pasar desapercibida; no en un radio de, cuando menos, cien metros.

—Será usted la flor más bella en cualquier jardín —graznó el sastre. No hablaba inglés, le tocó a Zurbano traducir el piropo.

—Menuda desvergüenza —gruñó Gilda. Y, sin embargo, quizá el tipo tuviera parte de razón. La más bella, no; la más pajarera, seguro que sí. La cosa tenía su punto simpático. Su mirada, antes crítica, se suavizó hasta devenir aprobadora.

—Es original, único —proclamó, por fin, con voz reivindicativa—. Me gusta mucho. —La mejor defensa era el ataque, no quería que Julián empezara a ponerle pegas, le había visto enarcar las cejas de modo muy expresivo.

—Estás espléndida —concluyó por fin el becario. Y no mentía, en primera instancia había sufrido una conmoción pero conforme sus ojos se habituaban a la vistosa imagen lo repensó. El traje se situaba más allá del bien y del mal, ningún juicio podía alcanzarlo. Así las cosas, mejor ser positivos. Todo consistía en calibrar el asunto desde cánones no establecidos. Wu Wang, entretanto, revoloteaba en torno a su cliente. Pasaba la mano por las costuras, mostraba la caída de la manga, el encaje perfecto del hombro. El roce con

aquel personaje repugnante, aun con la tela de por medio, resultaba muy desagradable. Por no hablar de aquella uña, curva como una garra, que cruzaba, una y otra vez, bajo su nariz.

Gilda iba ya a darse la vuelta para regresar al probador y dar por finalizada la farsa cuando adivinó un movimiento en el fondo del espejo. Algo se movía a lo lejos, tras un montón de rollos de tela. De haber estado en el bosque hubiera jurado que se trataba de un pequeño animal, oculto tras los troncos de los árboles. Apenas una sombra, una mancha oscura que hubiera podido pasar inadvertida. Pero ella tenía una vista excelente y ni asomo de miopía. De inmediato supuso que sería Sherry, se dio la vuelta para saludarla. Sus ojos tropezaron con los rollos de tela, nada más.

—Julián, pregúntale a este tipo dónde está Sherry.

El sastre escuchó la pregunta con la cabeza algo gacha, los ojos huidizos. Sonrió abiertamente a Zurbano pero su mirada, endurecida por la astucia y la desconfianza, desmentía tamaña alegría. Contestó con un par de frases, en simultáneo abrió la mano y agitó la palma frente a la altura de su pecho. Gilda ya sabía lo que significaba el gesto, aun así quiso conocer la traducción exacta de sus palabras.

—Asegura que no está aquí. No ha venido, está enferma.

De camino al probador remoloneó un poco, y dio un rodeo para ver si la encontraba oculta en alguna esquina. No halló rastro de ella, quizá lo visto había sido una pequeña distorsión óptica; el reflejo de alguna seda creando un juego de sombras y luces entre las telas.

El traje ya estaba empaquetado. Pagaron, Wu Wang contó concienzudamente el fajo de billetes tres veces, tres, antes de darse por satisfecho. Usaba, no podía ser de otra manera, la uña del meñique para ir separando los billetes. Los acompañó luego hasta las escaleras de bajada. Lo último que vieron de él fue su coronilla negra y grasienta de brillantina; seguía en lo alto de las escaleras mecánicas, desde allí les hacía una reverencia tras otra.

—Necesito ir al baño.

—Serán una guarrada, te lo advierto. Buscamos una cafetería afuera ¿Cuánta autonomía tienes?

—Ninguna.

Le había sobrevenido una repentina cistitis. Le pasaba a veces, cuando se estresaba, y Wu Wang había conseguido atacarle los nervios. Solo pensar en él

sentía escalofríos y le quemaba la uretra. Incómodo, enojoso.

Preguntaron a una de las vendedoras del piso bajo. Llegados a un punto ya ni les hizo falta seguir las instrucciones recibidas; el penetrante olor a orina anunciaba la cercanía de los servicios de forma más que explícita, contundente.

El servicio de mujeres consistía en una serie de cuchitriles con agujero en el suelo y un par de pequeñas plataformas orientativas para poner los pies. Un baño de los de hacer puntería, clásico chino (y de otros tantos lugares bajo el sol). Gilda abrió la puerta del primer cubículo, los restos de una deposición mayor habían quedado atascados en el borde del hoyo. Una porquería, desde luego, pero al menos eran restos sólidos, había visto cosas bastante peores yendo por el mundo. Probó suerte con un par de cubículos más, uno de ellos tenía sangre y coágulos, no pudo abrir el otro, ya había alguien dentro. Se metió en el siguiente, no es que estuviera como los chorros del oro pero no había traza de fluidos humanos en el horizonte. Colocó los pies en las dos plataformas, se bajó las bragas y se agachó un poco, no demasiado, porque su sentido del equilibrio no era un prodigio; con los taconcitos, menos prodigio aún. Apoyarse en las paredes tampoco parecía buena idea, estaba claro que algunas usuarias se limpiaban los dedos por allí, había unos diseños francamente creativos, muy modernos y conceptuales. Mientras hacía su gotita de pis, silenciosa y breve, la puerta de al lado se abrió. Escuchó pasos quedos, el sonido del correr del agua.

Usó el pedazo de papel higiénico que llevaba siempre en el bolso —eso, más el imprescindible *lipstick*—, se reacomodó bragas y falda. Los goznes de la puerta eran muy silenciosos, seguramente por eso la muchacha no percibió su presencia. Estaba de espaldas a ella, doblada sobre el lavabo. Decidió no salir aún, ajustó la puerta hasta dejar solo una pequeña rendija que le permitiera observarla sin ser vista.

Llevaba el uniforme de las empleadas del mercado, se había quitado el pañuelo del cuello, lo sostenía en una mano. Con la otra se lavaba y desinfectaba unas pequeñas heridas que plagaban su nuca. Tenían forma de media luna y debían ser muy recientes; la sangre, roja y fresca, aún brillaba. En la misma zona quedaban otras marcas iguales, ya viejas y cicatrizadas, de color blancuzco. Acabó de lavarse, se colocó el pañuelo de tal modo que le tapara aquella carnicería, presente y pasada. Fue entonces cuando levantó el rostro y pudo verla de pleno. Abrió la puerta, alargó una mano hacia ella.

—Sherry.

Se había creído sola, la mención de su nombre la sobrecogió. Dio un brinco asustado. Pillada de improviso, por un momento mostró lo que era sin velos o simulaciones. Sucedió rápido, el efímero rayo de un faro alumbrando un momento de verdad para luego perderse de nuevo en una misericordiosa oscuridad. Misericordiosa, porque aquella verdad no era amable, sino pura desesperación, la más absoluta infelicidad.

Tras aquel instante revelador la expresión de la muchacha cambió de nuevo. Devino una mezcla curiosa. Resentimiento y reproche contra quien la espiaba, casi odio; pero, por encima de todo, temor, un pánico cervical. Seguía contemplando a la extranjera a través del espejo. Durante unos segundos permaneció petrificada, después despertó del trance y huyó despavorida.

Gilda encontró a Julián esperando en el pasillo. Se masajeaba el hombro con una mueca de dolor.

—Salió como una flecha, me dio un buen golpe. Parecía muy asustada.

—Lo está. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—No.

—Perfecto. Te quedas y hablas con las chicas de por aquí, a ver qué se dice de Wu Wang y de Sherry. Sobre todo de la chica. Dónde vive, si tiene amigos. No debe caer bien, te contarán toda clase de perradas de ella. Toma nota, ven luego al hotel. Cenaremos juntos.

El círculo rodaba y rodaba, igual que la rueda de un hámster. Un *loop* que no conducía a ninguna parte. Se sirvió otro whisky, vano intento de aplacar su irritación. Llevaba quince minutos intentando conectar el VPN, había tratado de ubicar el ordenador en multitud de países. Ni modo.

El *Firewall* chino funcionaba de p... madre aquella tarde. Maldita suerte. Y sin VPN no había modo humano de descargar el archivo de fotografías que le había enviado la *dowager*. Contuvo su frustración. En algún momento bajaría la guardia el censor del barrio, saldría a cenar, o se dormiría. Julián aseguraba que eran funcionarios de carne y hueso, encerrados en un despacho, dedicados *full time* a controlar ordenadores, y a fastidiar a sus usuarios, elegidos a voleo, o no tan a voleo. Fácil visualizarlos. Similares a los antiguos chupatintas, estarían encorvados sobre la labor, sentados en una silla espartana y rígida, tras una mesa de formica llena de ceniceros rebosantes de colillas, bolsas de cortezas de cerdo y termos con té. Una imagen más que plausible. Paciencia, entrega fanática: las virtudes del país aplicadas al ejercicio de la censura. Alta tecnología manejada de modo artesanal, sin robots ni maquinaria, solo hombres y mujeres. Exceso de mano de obra, había que dar trabajo a mucho personal.

Colocó el VPN en modo automático, la aplicación elegiría el país disponible, si es que había alguno. Veríamos dónde la llevaba. Encendió el televisor para entretener la espera. Apareció el logo de la BBC, un documental sobre naturaleza; ninguna posibilidad de desviaciones ideológicas. Adivinó a ciertos animalillos inofensivos extraviados entre una maraña de información. La pantalla era un frenesí de ideogramas e iconos. Por la parte inferior corrían incesantes subtítulos, en mandarín y otras tres lenguas asiáticas que no supo identificar. En el lateral derecho aparecían y desaparecían pequeñas cuñas publicitarias con monigotes y más ideogramas. El resultado general era susceptible de provocar una aguda fiebre cerebral. Decía mucho de los ciudadanos chinos que fueran capaces de ver televisión en semejantes condiciones. Para más inri, el documental trataba de mimesis y metamorfosis, con lo cual aún se generaba más confusión visual. En aquel preciso momento, por ejemplo, mostraba a un insecto que viraba del verde al marrón moteado hasta llegar a confundirse por completo con la rama sobre la

que estaba posado.

El mensaje sonoro la avisó: VPN conectado, servidor en Singapur. Voló en busca del correo, el archivo con fotos era pesado pero le dio tiempo a descargarlo antes de que volviera a fundirse la conexión y el ordenador aterrizara de nuevo en China. No más navegación por páginas de la «familia» Google.

La *dowager* le había mandado un popurrí con docenas de fotos. Eran redundantes, y hubieran podido servir para elaborar una tesis detallada sobre los estragos que causan ciertas instituciones «caritativas». La mayoría rezumaba paternalismo, clasismo y racismo a partes iguales. Por fin llegó a la que le interesaba, curiosamente la única ajena a esta pauta.

Seis mujeres chinas posando con sus bicicletas.

Asumió que aquel sería el grupo de *workshop* elegido por Berta Montoya, quizá hubiera hecho la foto ella misma. Era una bonita imagen, muy expresiva. Tomada al atardecer, seguramente tras un día de trabajo. Las mujeres estaban sintonizadas, había alguna suerte de armonía entre ellas. Buena convivencia, satisfacción; el día habría sido fértil, labor conjunta y gratificante. Seis mujeres en cinco bicicletas iguales, debían ser alquiladas. Tres estaban sentadas en el sillín, una zapatilla en el pedal, la otra en el suelo. Una iba de paquete, acomodada en la parte de atrás. Dos estaban en pie, con la bici entre las piernas, acababan de apearse. Todas sonreían, aunque no necesariamente a cámara. Unas se miraban, otra tenía una mano posada sobre el manillar de la bici de su compañera, una tercera —la que iba sentada de paquete— hacía el signo de la victoria. Llevaban el mismo sombrero, seguramente un *souvenir* comprado en la zona. Y ropas muy similares, ninguna sobresalía, ninguna era más que la otra, casi como si vistieran un uniforme. El hecho de que la fotografía fuera en blanco y negro daba aún más homogeneidad al conjunto. Resultaban indistinguibles.

Gilda hizo una pausa para descansar los ojos. Tras la pantalla del ordenador entrevió la de la televisión. Seguía abigarrada, repleta de imágenes en movimiento, subtítulos, propaganda. Medio adivinó a un camaleón en pleno cambio de color. Como runrún de fondo se escuchaba el discurso del presentador, la voz de David Attenborough, tantos años oída, como de la familia. Comentaba algo sobre la metamorfosis como fin para alcanzar la mimesis en la Naturaleza. Metamorfosis, μεταμόρφωσις, transformación. Mimesis, μίμησις, imitación. Transformarse para imitar. Camuflarse para difuminarse en el entorno y de esta manera confundir, despistar a los

depredadores.

Berta Montoya, cuerpo menudo, facciones poco precisas, pelo negro y liso. Berta Montoya, con gafas de sol, ropa local...

Amplió la fotografía hasta donde le fue posible. No estaba mal de definición, aunque el grano devino algo grueso. Los sombreros cónicos creaban sombras molestas sobre los rostros de las mujeres, y los ojos, todos ocultos bajo gafas oscuras, no le darían la clave. Se concentró en las bocas; las bocas chinas eran características, carnosas. Cinco mujeres las tenían así, los labios de la sexta eran delgados y finos, como los de Berta. Parpadeó un par de veces, aisló aquella figura de la de sus vecinas. Era una de las que estaba de pie. En la posición del cuerpo, en su porte, había un algo indefinido que la diferenciaba. Sí, era ella, mimetizada entre las mujeres chinas. De no haber sido por el detalle de la boca no la hubiera localizado. A Berta Montoya le bastaba con taparse los ojos y la boca —ah, las oportunas mascarillas— para integrarse en el *background* y pasar desapercibida. Integrada en un grupo, cualquier ojo externo asumía, tácitamente, que era nativa, una más entre tantas. Acercó la lupa del ordenador a otra de las mujeres, la que tenía el cuerpo más menudo. El ala del sombrero sombreaba por completo la parte frontal de su rostro pero un rayo de sol perdido capturaba una de sus mejillas y la oreja izquierda. Allí estaba, borrosa pero inconfundible, la peculiar deformación del cartílago de Sherry. Siguió explorando. Todas las bicicletas tenían su cesta colgada del manillar. En una había un ramo de plantas silvestres, en otra algo que parecía un chal o jersey apoltonado, una tercera acarreaba un cesto de paja, acercando la cámara se adivinaban unos pelos en su parte superior, unos pelos rizados y blancos. Posiblemente un fragmento de cabeza canina asomando, o quizá cuatro rizados del lomo. La caniche, la mascota que jamás abandonaba a su dueña y que se había lanzado en brazos de su vecina Berta, a la que conocía muy bien. *Bálbala-Bárbara*, cliente de Wu Wang a quien Sherry cosía sus vestiditos de tul.

Identificó a Guan-Yi por el anillo grande y cuadrado del dedo corazón, tenía la mano derecha apretando el freno y se distinguía con claridad. Intuyó quién sería la chica que llevaba de paquete, única que no podía conducir una bici. Lixúe, la chica ángel, la masajista albina y ciega. Por más que se acercó a la sexta mujer no consiguió dilucidar quién era. Daba igual, acabaría por descubrir su identidad. Lo importante era que en el mundo elegido por Berta Montoya existían pautas precisas.

A este fogonazo de clarividencia le siguió otro. Recordó a las multitudes

sonrientes que paseaban en lo alto de la Gran Muralla. Visualizó a los peatones cruzando la calle en pelotón, a las mareas de gente disciplinada en su carril del metro. Aquel día, en Tiananmén, había intuido que la clave del enigma se hallaba en ese fenómeno tan específicamente chino: el colectivo. Ahora lo sabía a ciencia cierta.

El zumbido de la colmena, el poder de China. Su gente, todos a una.

Cuando, a las ocho de la tarde, Zurbano llegó al hotel, se la encontró tirada en la cama. Tenía la tele puesta, un whisky en la mano. Parecía relajada, circunstancia insólita. La miró con aprensión, casi alarma; aquella calma sería transitoria, la que precede a otra tormenta. Otra, pues el cuarto parecía haber padecido el azote de un violento huracán. Todo estaba patas arriba, fuera de lugar. Cambio de escenario, un equipo de atrezo había entrado de volada, movido muebles de un lado para otro, traído nuevos accesorios. La habitación de hotel se había transformado en uno de esos despachos de comisaría que aparecen en las serie televisivas. Con algunas adiciones extravagantes; verbigracia, la cama y las mesitas de noche. Pero, en definitiva, proscenio listo para un nuevo acto.

El mapa grande de Pekín colgaba de una de las paredes. Al igual que un plano en campaña militar, tenía banderas y algunos recorridos marcados con rotuladores de colores. Otro de los muros del cuarto había sido convertido en un enorme panel de trabajo, un fondo de papel blanco acribillado de información. Gilda había ordenado, de manera plástica y gráfica, todos los datos que conocían sobre el caso Montoya.

En la parte alta, los nombres de los servicios secretos con sus siglas y protagonistas. El CNI, el MSS, la CIA. Se vinculaban entre ellos, se vinculaban con Max Montoya, con Wendy. Y con Gilda. Había una cartulina azul con su nombre. Luego, nada más.

Más abajo, un diseño radial partía de un rótulo escrito en color rojo con letras enormes —BERTA MONTOYA— y de aquella fotografía que él aún no había visto: un grupo de mujeres chinas en bicicleta. Alrededor de estas dos piezas orbitaban los satélites que componían el mundo de Berta, otras tantas cartulinas de colores. Una línea algo tangencial la unía a su marido, a su vez ligado a su *honey trap*, Wendy. En un raptó de humor negro, Gilda había dibujado un corazón partido con un interrogante en el interior de este triángulo. Julián se preguntó a quién sería atribuible, si a Max o a Berta. No a la colegiala, en todo caso.

Sobre este relato primordial había bramantes de colores que unían puntos,

cuadros y recuadros, todo ello salpicado de chinchetas y clips, banderitas, pequeñas sombrillas. Su *boss* habría desvalijado la papelería del barrio —las papelerías chinas son maravillosas, fácil perder la cordura en ellas—, y el resultado era casi una instalación artística. Además de los elementos plásticos había diagramas y palabras breves garrapateadas aquí y allí, conceptos básicos escritos en varios idiomas. Quizá fueran ideas que daban coherencia el conjunto.

A los pies de esta instalación, la despensa. «Cenaremos juntos», tendría algo que ver con ello. De las cantidades se deducía que les esperaba una noche larga por delante. Gilda había hecho acopio de vituallas suficiente como para soportar un asedio o un conflicto nuclear. Mezcolanza sin discernimiento, fiel reflejo de su errática manera de comer. Botellas de agua, bolsas de aperitivos y comestibles insanos, platos preparados, chucherías dulces, cerveza, un pato ahumado.

—Acomódate.

Se llevó el dedo índice a los labios y le señaló un lugar en la cama, a su lado. Subió el volumen del televisor. El canal de noticias chino de habla inglesa —la CCTV— emitía un reportaje sobre la visita de estado de los reyes de España.

Las imágenes se iniciaban en el aeropuerto. El avión de Iberia acababa de aterrizar, al pie de la escalerilla aguardaban los anfitriones y otras autoridades. La cámara se detuvo unos segundos en la puerta del aparato. Dado que no se abría, el reportero entretuvo el tiempo de espera mostrando al séquito de abajo.

Por parte del país anfitrión, el comité de bienvenida comprendía a Xi Jinping y a la primera dama, más luego un abundante cortejo de funcionarios, con y sin galones militares. Del lado español había rostros conocidos, Gilda señaló a Manolo Pinilla.

—Nuevo ministro de Exteriores. Se estrena en el cargo, este es su primer viaje oficial.

Julián, por su parte, identificó al vecino de fila.

—Y aquel es Adolfo de Blas, nuestro embajador. Se ha dejado crecer el pelo.

Media melena repeinada hacia atrás, sostenida con brillantina. Un *look* más adecuado a un artista pijo —tipo retratista de alta sociedad— que al embajador de un país crucial en todos los aspectos. A su lado había una señora difuminada, vestida de un color rosa pálido a juego con su piel. Estaba

a todas luces nerviosa, parecía catapultada allí por una desdichada casualidad. Zurbano amplió el chisme.

—Su esposa, la legítima, la vemos muy poco por Pekín. Habrá viajado expresamente para la ocasión. Se puede liar parda con la amante. Es de armas tomar, el otro día le dio una guantada en público.

—¿Quién a quién?

—La amante al embajador. En un bar de tapas muy conocido, con media colonia por testigo.

El siguiente de la fila era un señor bajito, a estas alturas Gilda fue capaz de reconocerle. El Picharrún se atusó el bigotillo, sacó un pañuelo blanco grande, de los de toda la vida, y se secó la frente con él. La mañana había sido calurosa, aun a esa hora temprana el sol caía a plomo sobre las pistas de aterrizaje. El acero del avión relucía como la armadura de un guerrero en día de torneo pero la puerta del avión seguía cerrada, ni traza de los visitantes reales. El cortejo chino permanecía firme e impertérrito, mas en las filas de los españoles empezó a cundir cierta desazón. El embajador susurró algo al oído del ministro ¿Qué estaría pasando? Doña Letizia tenía fama de perfeccionista. Quizá algún problema técnico de última hora; ¿*make up*?, ¿peluquería?

Si se trataba de eso, el asunto quedó resuelto de manera brillante, porque cuando por fin se abrió la puerta, la pareja que apareció era, no perfecta, sino pluscuamperfecta. Sobre todo ella, tan deslumbrante que casi se alcanzaba a oler su perfume desde la habitación cutre del Holiday Inn.

Xi Jinping y su esposa se adelantaron para recibirlos, después los condujeron por las usuales delicadezas y cortesías del protocolo. Saludos a las autoridades locales y militares, a los representantes españoles, el paseillo obligado frente a una parada militar.

El reportaje continuaba con un breve resumen de las diversas actividades realizadas hasta el momento. Don Felipe recibía una bicicleta, modelo democrático —el mismo que usaban millones de chinos—, de manos de Xi Jinping, en tanto que doña Letizia saludaba, muy formal —en China no se besa a los críos—, a una niña que le entregaba flores bajo la atenta mirada de Peng Liyuan, la primera dama. Y vuelta a los desfiles militares, visita a la Ciudad Prohibida, bailes regionales, la ópera de Pekín por la noche. Una agenda francamente apretada.

La emisión finalizaba con imágenes de la delegación comercial española, arropada por el ministro y el embajador, a punto de entrar en la sala de

reuniones con sus homólogos chinos. Llamaba la atención el desequilibrio numérico que existía entre una parte y otra de la negociación. Cinco españoles contra, al menos, dos docenas de funcionarios chinos. Tras muchas sonrisas y profusión de ceremonia, el tropel penetraba en una sala descomunal con una mesa ídem en forma de herradura. Luego, las dos enormes hojas de la puerta —repujado dorado con grandes dragones— se cerraban tras ellos. Acompañada de una banda sonora con gong gigante, un par de percusiones y una tuba, la imagen hubiera servido para marcar el clímax en una película de horror.

Se acabó la paz. Estaba desasosegada, iba de un lado a otro de la habitación. Toqueteaba objetos, frenaba, arrancaba de nuevo. Julián empezaba a conocerla y temía sus humores. Se encogió tanto como pudo, pretendía llegar a la transparencia. De reojo, vio cómo servía dos generosas raciones de whisky, una para cada uno. Después largó amarras y partió a toda vela.

—Los servicios secretos chinos quieren canalizar información a la carta hacia la CIA. Colocan un señuelo atractivo en el lugar pertinente. La Agencia pica, se aproxima a Montoya en dos frentes. Una honey trap en el máster de la Universidad, Wendy, la colegiala. Y un «amigo» en los campos de golf. El agregado militar de la embajada española es un fanático del deporte. A Jimmy, enlace y superior de Wendy, que habla español, le resulta fácil entablar con él y hacerse introducir en el grupo de golfistas. La estrategia funciona y todos encantados de haberse conocido. Jimmy está preparado para meter presión a Montoya, lo acorralará con el viejo asunto de la menor. Los del MSS, por su parte, están listos para empezar a pasar la información que les interesa derivar. Y entonces —oh, sorpresa— el pájaro se les evapora; así, de repente, sin previo aviso. Desconcierto general. Los chinos asumen que su desaparición es obra de la CIA. Están preocupados, quizá les ha salido el tiro por la culata y el señuelo ha dado con alguna información verdaderamente relevante. Los norteamericanos, por su parte, suponen que la responsabilidad es de los chinos, que estos han descubierto la jugada antes de tiempo. Les sorprende que se les haya permitido sacar a su agente colegiala del país, pero el asunto no les quita el sueño de modo inmediato. El MSS, en cambio, necesita saber qué ha pasado, temen que Montoya haya dado con algo serio y además este es su territorio, inaceptable que algo así escape a su control. Lanzan sus tentáculos pero no consiguen desentrañar lo sucedido. El desaparecido es ciudadano español y los servicios de inteligencia españoles gozan de buena reputación. En estos momentos hay una negociación bilateral

entre España y China, lo que resulta muy conveniente pues hay materia para negociar. El MSS llama a la puerta del CNI de modo discreto. En el intercambio de favores, los primeros están dispuestos a facilitar la resolución de ciertos acuerdos comerciales. Hay muchos países de la cuenca mediterránea que cortejan a China, ellos pueden inclinar la balanza en favor de España. Carmen Satrústegui, directora del CNI, me adjudica la Operación Peonía, con instrucciones muy precisas: no hacer nada. Como poner un trapo rojo frente al toro. Su insistencia en ese «no hacer nada» debería haberme alertado. Satrústegui conoce mi compulsión por resolver enigmas, y este es irresistible. Sabe que la desobedeceré. Filtra mi llegada al MSS, una manera tácita de vender mis servicios. Poco después Hang Zhao me contacta. Yo me he quedado sin cobertura y sin protección de los míos, y además estás tú de por medio. Me veo obligada a aceptar su propuesta, lo demás ya lo sabes. Sería una trama muy entretenida e interesante de no ser porque no lleva a ninguna parte. Solo ha servido para enredar, y para fastidiarnos a ti y a mí. Una gran comedia de errores. Lo que ignoran los chinos y los yanquis es que mientras que ellos andaban jugueteando a espías, se estaba creando un relato mucho más complejo y sofisticado que el suyo.

La síntesis, escueta y bien ordenada, refrescó la memoria de Zurbano. Estaba en ascuas, esperando lo que iba a venir a continuación, sin duda la solución del misterio. Pero no había contado con el carácter levantisco de su antigua protegida.

—Tengo hambre. Comamos.

Lo hicieron, comieron y bebieron encima de la cama. Un pícnic tenso, había algo, en la atmósfera, que no llamaba al disfrute. Gilda engullía con prisas y ansiedad, como si estuviera a punto de partir al frente. Zurbano la imaginó torturada, pasando noche tras noche en blanco. ¿Enferma?, eso había insinuado Guan-Yi, la doctora. No se atrevió a preguntar.

Llamaron a la puerta. El conserje de recepción venía a protestar, la habitación era de uso individual, aquel muchacho no podía pasar tanto rato en ella. Tampoco deberían haber traído comida y bebida; no tanta, al menos, dijo echando un vistazo al despliegue de restos que había encima del lecho. Por no hablar de cosas más graves, una señora mayor encerrada de noche en la habitación con un chico tan joven, eso era depravación. Gilda lanzó un gruñido malhumorado y dejó que Julián se las compusiera con él. Negociación fácil, una propina razonable obró el milagro de socavar por completo su escala de valores. Al homúnculo le sobraba flexibilidad y tenía claras sus prioridades,

cobró y regresó a su cineteca particular. Se pasaba el día viendo películas bélicas, mejor reservar su cólera para los japoneses.

Gilda hizo un gesto de impaciencia, como para apartar una mosca que la rondara.

—Cállate.

—No he dicho nada.

—Especulas mentalmente, me distraes. Y además estás equivocado. No es un crimen pasional. Un crimen pasional es un arrebato, un estropicio. Este ha sido cuidadosamente planeado, ni siquiera hay cadáver para entretener a los forenses. Que no sea pasional no significa que no esté motivado por pasiones. Pero son pasiones frías, reposadas.

Se había levantado otra vez. Deambulaba, inquieta. No quería interlocutor, a lo sumo, un frontón sobre el que lanzar sus pelotas. Se detuvo frente a él. Cambió bruscamente de tono y tema.

—¿Qué has averiguado de Sherry y Wu Wang?

Julián hizo un gesto de desagrado. En efecto, las empleadas del mercado se habían cebado con la pequeña Sherry. Era una víctima muy propiciatoria.

—Dicen que son amantes, que él la mantiene.

—Y un cuerno. Él la sojuzga. Violaciones repetidas, diría yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Puro sentido común. Sherry pisaría más fuerte si fuera una mantenida. Esa chica vive en un permanente estado de terror.

Recordó las medias lunas sangrientas. Para eso servía, también, la garra del meñique; contar dinero, rascarse la oreja, herir a su empleada antes o durante una violación. La visión le provocó un estremecimiento de angustia. No había compartido este sórdido episodio con su asistente. Había algo en Julián, una inocencia básica, que la frenaba. Deseaba protegerlo. Ridículo, la flaqueza que sentía por él resultaba muy enojosa. Le habló con aspereza.

—¿No lo ves? Y, sin embargo, es diáfano. La desaparición de Max Montoya forma parte de un crimen colectivo. Montoya es solo una de las víctimas, sospecho que la primera, como mucho, la segunda. Pero seguro que habrá otras después. Y cierra la boca que te entrarán moscas.

Había quedado estupefacto. Aunque, bien mirado, no dejaba de tener cierto sentido, al menos desde un punto de vista logístico. Lo había pensado ya, no era factible que una sola mujer, y además extranjera, pudiera asesinar y hacer desaparecer a su marido en China.

—¿Quiénes son sus cómplices?

—No son cómplices. Son socios, socias, para ser más exactos. — Señaló el panel, el nombre de Berta Montoya, los nombres que la rodeaban—. ¿Qué ves?

—Mujeres, todas mujeres.

—Tienen algo más en común, además del género.

Señaló a la chica ángel, masajista albina, en el panel.

—He visto como la pisotean en el trabajo. Es albina, existen muchos prejuicios referidos a los albinos. No habrá tenido una vida fácil.

Pasó luego a señalar a Guan-Yi, los del *hutong* habían hablado de un padre violento. La vecina de los Montoya: ojo amoratado, gritos, palizas. Sherry, violada, posiblemente apaleada también.

—Son mujeres torturadas, maltratadas.

—Berta Montoya, no. Un marido adúltero no es, per se, un torturador.

—Hay más que eso, aún desconozco el qué pero lo encontraré. Y también acabaré por saber quién es la sexta compañera de la fotografía. No obstante, hay algo de lo que ya estoy convencida, y es que estas mujeres han unido fuerzas. Ignoro cómo o dónde empezó su asociación. Seguramente la idea nació en el *hutong*, es posible que la figura clave del grupo sea la doctora. En China los líderes son muy importantes, también en el plano simbólico. ¿Recuerdas el anillo que llevaba? ¿Qué decía la inscripción?

—Fuerza, unión, lealtad. ¿Una especie de vengadoras?

—O una ONG que funciona solidariamente. Intuyo que tras el colectivo hay un discurso sólido. El machismo de China es rampante, he mirado las cifras de delitos contra las mujeres, espeluznantes. Las leyes son insuficientes, no las amparan ni protegen del maltrato doméstico, que aún se considera asunto privado. Estas mujeres han decidido defenderse por su cuenta. A lo mejor el proyecto está en pañales, y se circunscribe solo a ellas. En ese caso, el club se disolvería una vez se hayan librado de sus maltratadores, sean los que fueren. O quizá tengan previsto reclutar a más socias, y seguir *sine die*... Siempre habrá personal a quien liquidar.

Semejaba rocambolesco, pensó Julián, pero en China la realidad solía ser bastante más enrevesada que esta trama. Se daban sucesos tan barrocos que superaban con mucho cualquier ficción. La hipótesis de Gilda era plausible. Más aún, el país gozaba de larga tradición en sociedades secretas, materia que entusiasmaba al público. En el momento actual, cuando había auténtica chifladura por rescatar hechos pasados, no resultaría nada incongruente el retorno de estas sociedades secretas. China ya había tenido sus mujeres

guerreras, the warriors, que empuñaban la espada para defender su honor.

— ¿Y el *modus operandi*?

—Diabólicamente inteligente. Funciona como una deconstrucción detallada, minuciosa. Se articula un relato general formado por diversas acciones, como compartimentos estancos, separadas entre sí. Cuando se colocan todas en el orden correcto y en el momento preciso, componen el relato final. Solo sus creadoras conocen el diseño completo. Hay peones, y hay oficiales que reclutan a más peones. Los primeros cumplen partes menudas, inofensivas, como Chen al golpear con el guardabarros del coche de enfrente. Los oficiales se ocupan de las partes espinosas. Crímenes colectivos cometidos por un colectivo de apariencia informe. En este caso, es el bosque el que impide distinguir los árboles.

—Berta Montoya es occidental, muy llamativa.

—Berta es capaz de mimetizarse en el entorno chino. Lo hemos comprobado.

—Y a los peones se les paga. Como a Chen.

—En efecto. Reciben cantidades más o menos modestas por hacer tareas sin aparente relevancia. Puede que luego aten cabos, pero no hablarán. Primero, porque han quedado implicados. Segundo, porque la *omertá* funciona muy bien en China. Las relaciones con las instituciones del estado son delicadas y de alto riesgo, nadie quiere líos.

—¿Quién financia?

—Sospecho que cada socia aporta lo que puede.

—¿Una cooperativa?

—Tiene que serlo, dada la diferencia de clase entre sus socias. Y otra cosa fundamental, no es un grupo suicida ni temerario.

Gilda señaló la fotografía de las chicas en el campo.

—Estas mujeres quieren sobrevivir, pasar página. Actúan con prudencia, funcionan con un guion de hierro. Y, por encima de todo, son pacientes, el éxito de sus objetivos no es para mañana, los tiempos de espera son lentos, muy lentos. Programan sus actuaciones con mucha antelación. Por ejemplo, durante ese fin de semana de convivencia para trabajar en un *workshop*. *Estrategias de organización*, se llamaba. Y debió tratar, en efecto, de eso. Tres días con sus noches, tiempo suficiente para planear hasta el último detalle. El papel que jugaría cada una, los peones a cargo de cada una, la manera de financiarse. Seis crímenes, seis mujeres liberadas, compañeras en la misma guerrilla. Probablemente sortearon el orden en que se iban a

realizar las acciones. Y diseñarían un operativo distinto para cada una de ellas, crímenes sin pauta fija, que la policía no podrá relacionar de ninguna manera. Es lo más parecido a una operación de la Resistencia. Luego se separan, ya no volverán a hablar más del tema. Sus actividades conjuntas son inocentes. Sus caminos se cruzan casualmente: clases de caligrafía, sastrería, masajes. No hay comunicaciones escritas ni telefónicas que registren datos de la estrategia. Supongo que no has leído a Patricia Highsmith. No, claro, no es de tu época. Uno de sus libros estaba en la biblioteca de Berta Montoya la primera vez que fui a su casa, luego desapareció. No por nada. Hay algo en su trama que les sirvió de inspiración. Es a la vez simple y complejo: tú te ocupas de mi víctima, yo de la tuya. De esta manera se liquida el motivo de un plumazo. En este caso las pistas y huellas aún se enredan más porque peones y socias participan en las acciones de modo aleatorio, sin pauta fija. Cada crimen va a ser diferente, lo que hará muy difícil, si no imposible, establecer una conexión entre ellos. Uno ha implicado una desaparición, otro quizá pase por un accidente, un tercero puede ser un fallo en la salud. Y además sucederán de modo espaciado, sin calendario conocido.

—Los tiempos. ¿Cómo se definen los tiempos?

—Debe haber una contraseña general, algo preestablecido para que la maquinaria se ponga en marcha. Un desencadenante externo, fortuito, imposible de rastrear o de predecir. Cada vez que se da, se pone en marcha una acción. Y luego, cuando vuelve a darse, se pone en marcha la siguiente. En el orden previsto de antemano por sus creadoras. Sospecho que la desaparición de Montoya es la primera de estas acciones. O quizá la segunda; no sabemos quién es la sexta mujer del grupo, ni cuáles son sus circunstancias, quizá ya haya sido «liberada». En cualquier caso, son tramas complicadas, enterradas bajo pilas de información irrelevante. En el caso de Max Montoya hubo la posibilidad de enmarañar aún más el asunto. En China, cualquier crimen contra un extranjero convoca de inmediato la idea del espionaje. Berta Montoya es muy consciente de ello, dejar caer insinuaciones al respecto le ha venido bien. Han sugerido un relato implícito, y paralelo, que camuflaba la verdad. Dada la opacidad de las autoridades chinas y mi posición «oficiosa», ¿quién iba a desmentirlo? Lo que ella ignoraba, y aún ignora, es que sus insinuaciones tenían una base real. El relato paralelo existía de verdad.

—Y te enviaron a ti, eso lo desbarató todo.

—Sí. Pero de no ser por la mentira de Chen respecto al metro y la mención a la claustrofobia de Montoya, dudoso que hubiéramos llegado hasta

aquí. Berta debió hallarse en un dilema cuando se enteró de las declaraciones del chófer; fue una iniciativa imprevista del peón con la que nadie contaba. No podía desmentirle porque si lo hacía Chen acabaría por confesar que había sido sobornado para crear un incidente. Y al no desmentirlo se arriesgaba a que alguien descubriera que era ella la que mentía, por omisión. Exactamente lo que sucedió. Mala suerte. Siempre hay imprevistos no controlables. Tampoco Berta y sus compañeras contaron con que el teléfono de Max se extraviaría, acabaría en manos de la policía y, luego, de rebote, llegaría a mis manos. Más mala suerte. Pero además ella también cometió errores. Cuando vio que me aproximaba demasiado a su universo se asustó. Cambió las etiquetas de los trajes de Max, hizo que Sherry suprimiera su ficha de cliente. Una manera de señalar que allí había algo decisivo. Lo mismo sucedió con la fotografía del grupo de trabajo, hacerla desaparecer de su estudio fue fatal, me demostró que la imagen era importante. Es lo que tienen estas tramas con mecanismos tan precisos, un par de desajustes y todo el conjunto empieza a resquebrajarse.

Se despidió de Julián a regañadientes. Hubiera querido conservarlo toda la noche, sentado al lado de la cama, sosteniéndole la mano. Igual que una niña con miedo a la oscuridad, temía quedarse a solas, enfrentada a sus propios fantasmas. Julián, su esencia, afable y algo candorosa, le recordaba que existía algo llamado humanidad.

Aplazó el momento de acostarse. Se entretuvo desmontando el panel, triturando papeles y cartulinas en pedazos minúsculos. Lo metió todo en cuatro bolsas de basura, mañana las haría desaparecer en los diversos contenedores del mercado. En el teléfono tenía dos llamadas perdidas de un número que conocía demasiado bien, Hang Zhao empezaba a impacientarse. Pero no estaba preparada para acudir a él, antes tenía que hablar con Berta Montoya. Sería una conversación muy dura. Pero no iba a pensarlo ahora. Mañana, lo pensaría mañana, como Escarlata O'Hara. Hoy era imperativo dormir.

Sonata, Ambien, Lunesta, la tríada de drogas Z que regía su vida o, mejor dicho, sus noches. Una Santa Trinidad que le permitía ser funcional, siempre y cuando mantuviera un racionamiento estricto. El uso continuado de cualquiera de los tres fármacos generaba tolerancia, tras un tiempo —cada vez más corto— dejaban de surtir efecto. Entonces había que deshabitarse para volver a partir de cero. Y cada desenganche traía consigo desalentadores tormentos; noches inacabables, en las que el síndrome de abstinencia magnificaba la tristeza, el desánimo. El viaje a China había alterado un equilibrio que ya

normalmente era precario. Se había visto obligada a ir incrementando la dosis, ya apenas resultaba efectiva. Esta noche la aumentaría una vez más, mañana debería comenzar a rebajar.

Tomó doble dosis de Sonata, hipnótico que ralentizaba los procesos cerebrales. Calculó que conseguiría cuatro horas de inconsciencia. El descanso le facilitaría afrontar a Berta con cierta ecuanimidad. Sobrevivir con el espíritu entero, no aspiraba a mucho más. Lo grave de no dormir no es el debilitamiento físico sino la fragilidad emocional que genera; el insomnio es un torpedo directo a la salud mental.

Cerró los ojos, esperó. Dejó libre el cerebro, en diez minutos estaría dormida, no valía la pena esforzarse en vaciar la cabeza o tratar de relajarse. A menudo era peor el remedio que la enfermedad.

Más adelante, cuando a la mañana siguiente le contó la experiencia a Julián, no consiguió aclararle si había sido sueño, vigilia o un *twilight* delirante causado por la droga. Sea como fuere, el relato fue tan vívido como una proyección en la sala oscura. Un cortometraje perfectamente filmado y montado, con matices de luz, banda sonora, personajes reconocibles, coherentes con su papel. Como detalle curioso, en la reconstrucción del crimen ella asumía un doble papel. Estaba en la piel de Max Montoya, también era una narradora omnisciente capaz de desplazarse por el conjunto del cuadro.

11 de septiembre. El coche de Chen llega al Esmerald Gardens y Rem levanta la barrera. Los dos hombres cruzan unas palabras cordiales, ambos son caracteres risueños, se ven cada día, nada más natural. Bromean sobre la arena roja que cubre la ciudad; hoy será un día de atascos y tráfico desastroso, comentan con fatalismo. En el exterior del condominio, más o menos donde se halla la centuria romana, aguarda otro vehículo. Es lo suficientemente grande como para ocultar el cadáver tumbado de un hombre alto, casi seguro uno de esos flamantes todo terrenos, la ciudad está llena de ellos. Tiene los cristales ahumados, otra constante en el parque móvil de Pekín.

Chen detiene su vehículo al lado del estanque, desde allí llama a mister Max para avisarle que ya está abajo. Al usar el teléfono, descubre el mensaje de aviso, hoy es el día. Casi había olvidado el trato que hizo con la mujer desconocida, han pasado varios meses. Pero es un hombre de honor y el dinero recibido ha sido de utilidad. Su esposa lo invirtió en la bolsa, han podido pagarle a su hijo una buena escuela. Y, al fin y al cabo, chocar con el coche de enfrente no es un delito. «Con rozarlo basta», le había dicho aquella

voz al teléfono.

Mister Max entra en el coche. El vehículo se aleja del edificio, el todoterreno con los cristales ahumados los sigue.

Arriba, Berta ha despedido a su marido sabiendo que ya no le volverá a ver. Ni siquiera en un hipotético sueño hay modo de saber lo que siente en ese momento. Quizá esté mirando por los ventanales de la sala, desde allí se ve la barrera de entrada, un fragmento de calle.

El coche de Chen circula en dirección a Tiananmén con el todoterreno pegado tras él. ¿De quién es este último? De habersele preguntado, Rem lo hubiera identificado sin dudar. Porque él conoce todos los coches —flamantes, caros— del parking del Esmerald Gardens. Y este es uno de ellos, concretamente el de la señora que tiene un perrito blanco. Sin embargo, hoy no es ella quien lo conduce, tampoco viaja en él de pasajera.

El tráfico es infernal, los dos coches tardan en llegar a Tiananmén, donde se quedan definitivamente atascados. La mujer que conduce el todoterreno comprueba que están fuera del campo de visión de las cámaras de seguridad de la plaza. Espera unos minutos, suficientes para enviar su ubicación y esperar a que todos los integrantes del pequeño comando lleguen a los puestos adjudicados. Envía el nuevo mensaje a Chen: ahora es el momento. Ha empezado la operación.

Chen toca el parachoques de su vecino de enfrente. Hay suerte. El conductor es varón y agresivo. Sale disparado para evaluar daños, grita. Chen sale a su vez. Discuten, se crea una pequeña aglomeración de mirones, entre ellos hay tres o cuatro que no son espontáneos. Cuando, tras unos minutos, Montoya trata de acercarse a su chófer, le arrastran en dirección contraria. No resulta difícil generar una marea envolvente, la masa funciona por consignas no pactadas de antemano. Basta con que cuatro personas empujen en una dirección, el resto se sumará por inercia. Durante ese pequeño tumulto se le debió caer el teléfono a Montoya. Más tarde, algún ciudadano honesto pero temeroso lo encontró y envió a la policía de modo anónimo.

La marea arrastra a Max hasta dejarlo apoyado en la carrocería del todoterreno. De pronto se encuentra rodeado de chinos. No tiene miedo, pero tampoco es una situación ideal. En ese momento escucha una voz familiar.

—*Monsieur Max, bonjour!*

La ventanilla del conductor del todoterreno ha descendido, asoma un rostro femenino. Gilda reconoce de inmediato el corte en diagonal del flequillo, lo ha visto en el wechat. Es Tiantian, la secretaria de ENVER. La

sexta mujer.

—*Allez! Montez, Monsieur Max.*

Se abre la puerta trasera del coche, Montoya acepta la invitación, aunque solo sea para escapar a la pequeña aglomeración que le ha rodeado. Se resguardará unos minutos en ese coche, luego regresará al suyo. En el interior hay una mujer desconocida, apenas le da tiempo a saludarla. Siente un pinchazo en el muslo. Diez, nueve, ocho, siete, seis... anestesiado. Otro pinchazo, esta vez letal. Diez minutos después está muerto; sin dolor, sin enterarse.

Guan-Yi busca el teléfono en los bolsillos del muerto, no lo encuentra. Pero no puede detenerse en lamentarlo, no hay tiempo que perder. Acuesta el cuerpo en el asiento del automóvil y lo cubre con una sábana de color oscuro. Poco antes se ha deslizado en el interior del coche, del *hutong* al lugar del atasco, no más de cinco minutos en bicicleta. Ahora sale del vehículo, en cinco minutos más se hallará de nuevo en casa. El total de la operación no ha durado más de quince minutos, a lo sumo veinte. La doctora está lista para comenzar su clase de caligrafía, quizá la propia Berta Montoya sea una de sus alumnas de aquella mañana.

Finaliza el atasco. Tiantian se dirige a ENVER. Antes de llegar a la oficina se detiene en una esquina cercana a una boca de metro. Allí se realiza un rápido intercambio de chóferes. La secretaria desciende del coche, entra en el metro y llega al trabajo a su hora de siempre, o casi. La legítima dueña del vehículo se pone al volante. Conduce durante lo que en la proyección onírica de Gilda parece una eternidad. Y de pronto hay un descenso en picado a la oscuridad, una oscuridad muy profunda. De buenas a primeras podría ser un parking, pero en el lugar hay estruendo de motores, de máquinas...

La despertó el teléfono. La voz de Julián zumbaba como un cable de alta tensión, pura nerviosidad contenida.

—Creo que he dado con algo importante. ¿Puedes venir?

—¿Dónde estás?

—Lejos, más allá del sexto anillo. Súbete a un taxi y me pasas al chófer, yo le daré las instrucciones.

No perdió tiempo en la ducha, prefirió detenerse un momento en el comedor. Eran las siete de la mañana, el bufé humeaba, recién expuesto. Comió algo a toda prisa, buscó la cafetera. En la pantalla, el aguerrido equipo de veterinarios patrullaba por la ciudad en busca de nuevos entuertos que enderezar. Por unos momentos olvidó todas sus preocupaciones. Sonrió por

encima de su segundo café. Y es que había algo, en China...

El taxista y Julián hablaron un rato largo por teléfono, la dirección no era simple. Partieron. Gilda tenía la ciudad más o menos memorizada pero pronto se halló en regiones desconocidas. Se dirigían hacia el norte, hasta ahí llegaba su brújula interna, no más. Conforme se alejaban del centro cambió el aspecto de la ciudad, pasaron por barrios llenos de rascacielos uniformes; algunos de ellos espectrales y vacíos, más muertos que un cadáver tieso. Luego llegaron a una maraña de suburbios erizados de grúas, maquinaria pesada, fábricas.

Reconoció la figura de Julián a lo lejos, estaba de espaldas, contemplando una nave industrial. Pagó, se apeó del taxi y caminó hacia él. Conforme se aproximaba la invadió una intensa sensación de *déjà vu*. Ella ya conocía ese paisaje, el suelo polvoriento y gris, la chimenea larga y llena de carbón; la gran puerta de hierro oxidada y sellada, cubierta de rótulos con avisos en chino. Sin embargo, nunca había estado en esa zona, ¿por qué, entonces, le resultaba un lugar familiar? ¿Y por qué tenía la impresión de haberlo visitado en sueños?

Se le despejó el cerebro. Había visto aquella nave en la televisión china, estando enferma, en cama y con fiebre, de ahí la impresión onírica. Era el lugar donde se había llevado a cabo el fraude de la carne adulterada, el matadero industrial que transformaba carnes diversas, todas ellas innobles, en piezas comestibles de cordero, de vaca.

¿Cómo y por qué había llegado hasta allí su asistente?

—Ayer, en el Ya Show, las chicas me dijeron dónde vivía Sherry. Tuve un pálpito.

Sherry, la canija Sherry. El último segmento de la operación.

En China se come de todo. Lo que vuela, lo que reptas, lo que nada, lo que salta, lo que camina. El cuerpo del ingeniero Montoya no se hallaría nunca. Había entrado en la cadena alimenticia largo tiempo atrás, posiblemente el mismo día en que murió. A estas alturas ya no quedaría traza de él. Ni rastro de su ADN, esparcido por los mercados de la ciudad, en los chiringuitos de comida callejera, en los estómagos de cientos de ciudadanos. *Dust to dust, ashes to ashes*. Descanse en paz.

Habían cruzado la calle, estaban frente a la puerta de la nave. Por los intersticios del hierro oxidado aún se colaba un leve olor a putrefacción orgánica. La luz de la mañana, hasta entonces radiante, se atenuó de súbito, como si un aguafiestas hubiera echado una capucha gris sobre el sol.

Zurbano levantó los ojos al cielo y chasqueó la lengua.

—Regresa la polución, y viene densa.

El barrio ya llevaba un rato desperezándose. Primero habían sido unas cuantas bicicletas, luego los peatones, los cochecitos de lata. Pronto se encontraron rodeados por una nube de trabajadores, niños que iban al colegio con sus abuelos, vendedores ambulantes.

La vida seguía, con o sin polución. Con o sin Max Montoya.

Pekín, 9 de octubre

Hacia años que no dormía tan profundamente, tan a gusto. Estado ideal para prolongar. Hasta donde fuera buenamente posible, rectificó con prudencia, porque incluso en sueños el ministro utilizaba retórica funcional. Pero, ay, en medio de sensaciones tan placenteras surgió el aviso, mezquino, irritante. Hora de levantarse. Chitón, le ordenó con fastidio. Un rato más de solaz, tiempo para regocijarse con los recuerdos de la noche anterior.

Ni en la mejor de sus fantasías podían haberle salido mejor las cosas. Inaudito, llegar a Pekín y besar el santo. Y qué santo, madre mía. Una mujercita suave, aterciopelada, tan menuda que casi se le extravió cuando se le puso encima.

La vocecita, insidiosa, volvió a la carga: ministro, hora de levantarse. Qué pesadez, no sería tan tarde. Había tiempo de remolonear un poco aún.

Llevaba apenas veinticuatro horas en el país y las reservas que tenía con respecto a China se habían desmoronado. Yacían a los pies de la cama, hechas añicos, igual que las famosas murallas de Jericó, derribadas a toque de corneta. En este caso, lo que provocó la demolición fue el amor. Y ahora, tras las ruinas, se divisaba un precioso paisaje expedito: la vida tenía otro color. Pensó en China y los chinos —las chinas, para ser más precisos— con afecto. China era un país incomprendido, vilipendiado sin razón. Lugar de cultura milenaria y refinamientos sinfín. Cuando en la península los godos —¿o eran visigodos?— aún andaban en taparrabos, aquí ya existían criaturas exquisitas como la que había abrazado ayer. No por nada lo llamaban el Imperio Celestial; desde luego, él había tocado el cielo. Tercer aviso, insistió la vocecita: hay que levantarse, señor ministro. Suspiró, resignado. La llamada del deber, ah.

Se sentó y puso los pies en el suelo. Le pesaba el cuerpo, sensación en absoluto desagradable. La atribuyó a una súbita distensión a su vez achacable a la noche de placer. Se repitió las palabras, noche de placer, país asiático. Sonaba de lujo, de lujo. No obstante, tenía que afeitarse y ducharse. Arrastró los pies en dirección al baño.

La mala prensa del país era culpa de los periodistas. Creaban opiniones falsas. Necesitaban vender y tiraban del melodrama, lo que fuera con tal de

parir titulares aparatosos. Tomemos la polución, sin ir más lejos, el tan traído y manido *Airlipsis*. Una exageración, naturalmente. Él y su equipo habían aterrizado el día anterior a primera hora de la mañana. Un sol espléndido, con un cielo más claro que el de la meseta, tuvo que usar gafas oscuras. Unas horas más tarde llegaban don Felipe y doña Letizia con su séquito, y los cielos seguían diáfanos. Todo relucía, los uniformes de los militares, los aviones en la pista, las banderas. Y el comité de bienvenida, menudo arco triunfal les habían organizado, recibimiento lleno de color pero al mismo tiempo formal, serio. Como que estaba el mismísimo Xi Jinping acompañado por su señora —muy mona, aunque algo severa; no su tipo, desde luego—, y todo había funcionado fenomenal.

La comitiva que los condujo luego del aeropuerto al centro cruzó por una urbe notablemente limpia. Ni grafitis ni acumulaciones de basura en contenedores, ya quisiera él que Madrid estuviera tan aseada. Las avenidas eran amplias, generosas, estaban llenas de árboles y grandes adornos florales en honor de los monarcas. Uno de ellos incluso llevaba una inscripción en español, todo un detalle. El traductor se había liado un poco porque la frase rezaba: «Calurosos bienvenidos», lo que sonaba un poco gamberro. Nada, un pequeño despiste, la buena voluntad era lo que contaba.

Dejaron a los monarcas instalados en el St Regis, hotel en el centro neurálgico, no muy lejos de la Ciudad Prohibida, él y los suyos se alojaron en uno cercano a la embajada española. Magnífica suite, estupendo establecimiento, el Opposite se llamaba, hipermoderno y cómodo, diseño a rabiar. Igual que el barrio, Sanlitun, lleno de centros comerciales, de restaurantes y bares. Se refrescaron, cambio de ropa, baño rápido. Siguieron actividades diversas, todas ellas protocolarias y ya por la tarde empezó lo trascendente. Él y el embajador acompañaron a la delegación comercial hasta el lugar de la reunión con sus homólogos chinos. Y allí los dejaron. En cuanto se tomara un café los llamaría para ver cómo había ido la cosa. Seguro que todo en orden; hoy sería un gran día, uno de esos días perfectos.

Desde el mismo baño llamó a recepción y pidió que le subieran el desayuno. Se demoró bajo la ducha, salía un chorro vigoroso, a ver si le despejaba. Seguía atontado, cosas del *jet lag*. O, quizá, se dijo, una vez más con el alma encandilada, era la placidez que seguía a una intensa noche de amor. Se decidió por esta última versión, más romántica y favorecedora que la del desajuste horario. Se preguntó cuándo volvería a verla.

Hablando de ver o no ver. A la que sí había perdido de vista nada más

llegar fue a Amparo, su secretaria. No es que lo lamentara, todo lo contrario, la alentó a salir por su cuenta. Usted vaya, aproveche y disfrute —le aconsejó—, que si la necesitamos la llamaré, no pase cuidado. La amiga del consulado había ido a recogerla y es que ya ni el pelo. Hasta ayer por la noche, cuando tuvo una imagen fugaz de ella en la recepción del hotel, se tambaleaba bajo el peso de docenas de bolsas de compra de todos los tamaños. Debía sentirse culpable porque se escabulló a toda prisa hacia el ascensor sin tan siquiera saludarle. Eso fue al inicio de la velada mágica, cuando esperaba al embajador, que pasó a recogerle para salir a cenar. Pensó que llegaría con su esposa, pero se presentó solo.

Se entendieron de inmediato. Buen elemento, el tal Adolfo de Blas, pese a que tenía algunas veleidades poco ortodoxas para un diplomático. Se autodefinía como renacentista, de ahí lo del pelo largo. De hecho, le siguió diciendo, era artista plástico, y hasta se había montado un estudio en la embajada. Además de artista, también se consideraba un hombre libre de espíritu. Divagó un rato dándole vueltas al tema, algo latoso, pero tras unas cuantas copas empezó a concretar. Vivía solo, su mujer no quería ni oír hablar de instalarse en China, y, la verdad —entre una cosa y otra, dijo—, él casi lo prefería así. Aquello de «una cosa y otra» le confundió un poco al principio, no entendía a qué se refería. Pronto se hizo la luz, cuando lo de «una cosa y otra» se materializó en forma de un bombón nativo, a todas luces su *girlfriend*. Lo mejor, sin embargo, es que venía acompañada de un bombón gemelo, también nacional. Según Adolfo, ambas muchachas procedían del ambiente farandulero, de ahí que hablaran bien el inglés y fueran, igual que las occidentales, fémimas convenientemente liberadas. Cenaron los cuatro en un gastrobar estupendo, después tomaron copas en una terraza en lo alto de un rascacielos. La ciudad seguía limpia y brillante bajo la luz de la luna, un *skyline* espectacular, lleno de acero y edificios fantásticos construidos por arquitectos de primera fila. Muy sofisticado, el ministro Pinilla casi se sintió un paleta recién llegado a la gran metrópoli.

El embajador no hizo ningún esfuerzo por ocultar la relación que le unía a su amiga, al parecer también artista, escritora en ciernes. Se pasó la velada cantándole las glorias de España, y hasta llegó a asegurarle que algún día la pasearía por Sevilla y el barrio de Triana, promesa, a su modo de ver, algo temeraria. En cualquier caso, él pronto se encontró charlando amigablemente con el otro bombón. Era una chica encantadora y en el acto quedó claro que había conseguido impresionarla. Modestia aparte, había que ser ciego para no

advertir las miradas admirativas que le lanzaba, el modo atento en que bebía sus palabras. Todo lo cual la hacía aún más encantadora, siempre es agradable tratar con gente de buen criterio. Se llamaba Chao Xing, estrella matutina —le tradujo—, precioso nombre.

Ya viendo cómo se encarrilaba la noche, se las arregló para hacer un pequeño aparte con Adolfo. En el baño, para ser más exactos. ¿No sería una imprudencia ligar? Se sentía culpable, no por su mujer, que esa estaba muy lejos y ojos que no ven corazón que no siente y además hacía siglos que había perdido interés por el sexo y aducía una sempiterna jaqueca ante sus avances. La receptora de sus sentimientos de culpabilidad era Carmen Satrústegui. Poco antes de embarcar en el avión, la directora del CNI le había dado un sermón preventivo, avisándole que China abundaba en Mata Haris y sirenas.

Adolfo le tranquilizó con un par de carcajadas sinceras. Los del CNI estaban totalmente anticuados, aún se creían en tiempos del 007.

—A ver, Manolo. Tú aplica el sentido común. ¿Para qué nos van a mandar pelanduscas cuando pueden espiarnos con drones? Paparruchas, paranoias de los servicios secretos.

El argumento tenía lógica. Y él sabía de qué hablaba, vivía en Pekín. La ocasión la pintan calva, así que invitó a Chao Xing al hotel, y llegando despistó un momento y se tomó una Viagra a todo correr. En un arrebatado de inspiración última hora la había puesto en el neceser, y menos mal; la ayuda suplementaria le permitió dejar muy alto el pabellón español. Más tarde su Estrella Matutina sacó el Moët Chandon del minibar, hicieron un último brindis juntos. Debió caerse rendido, ya no recordaba más. Ella se habría ido en algún momento de la madrugada, haciendo honor a su nombre. Bien hecho, chica discreta.

Unos toques en la puerta, llegaba el desayuno. Echó ancla en la realidad, momento de volver al trabajo. Repasó el programa del día. Don Felipe tenía una ceremonia protocolaria en el People's Hall con el primer ministro y otras autoridades, después irían a la embajada donde se reuniría con los representantes de la colonia española, los de Inditex, Banco Santander, la Caixa y un largo etcétera de inversores avisados. Doña Letizia, entretanto, acompañaría a la corista del Ejército Rojo al Museo Arqueológico, más tarde ambas asistirían a una exhibición de gimnasia infantil en un lugar llamado Chaoyang Park. Por la noche, banquete oficial, mal lo tendría hoy para ver a «su chica», aunque quizá podía pedirle que lo esperara en el hotel.

Tomó su tercer café, empezó a sentirse más despejado. No necesariamente

una noticia positiva, pues eso le permitió darse cuenta de que algo no andaba bien. Los papeles de su maletín estaban embarullados. Él era un hombre prolijo, jamás los hubiera dejado en tamaño desorden, incluso había un par de manchas de bebida en uno de ellos. Alguien había andado revolviendo entre sus cosas. Tuvo una primera reacción de cólera, descolgó el teléfono para llamar a recepción, armaría un cisco, protestaría. Unos segundos de reflexión le frenaron. Recordó el modo súbito en que había pasado a brazos de Morfeo, su sueño profundo, la pesadez del despertar. Aquel último *champaigne*...la copa usada aún estaba en la mesita de noche, la levantó y olió. Serían imaginaciones suyas, le pareció detectar algún rastro de química. Le dio un vuelco el estómago. ¡Su amante —aquella sirena— lo había drogado! Quizá iba a morir, quizá ya estaba muriendo y, entretenido como había andado en frivolidades eróticas, no se había enterado. De hecho, se encontraba mal, muy mal, pésimamente. Por unos segundos creyó que iba a caerse redondo allá mismo. Temple, Manolo, se dijo. Mantén la cabeza fría, volvamos a la razón. De haber sido envenenados habríamos padecido el traspaso durante la noche, no iban a liquidarnos con una pócima de efectos tan retardados. Se palpó el cuerpo, no le dolía nada, solo estaba atontado. Qué alivio.

Desde luego, lo siguiente —y protocolario— sería alertar a los de Inteligencia, pero la bronca que se le vendría encima le hizo desistir. Al fin y al cabo, en los papeles tampoco había nada relevante. Lo malo no eran los papeles sino su orgullo herido. De ligar, nada, le habían seducido con alevosía. Chao Xing no se había rendido a sus encantos, porque no los tenía. La idea le deprimió como a un gusano, una marejada de autocompasión hizo descender su autoestima hasta abismos bastante más profundos que los anteriores a los de su meteórico ascenso. Decidió correr un tupido velo sobre el tema, concentrarse en las tareas del día.

Llamó al jefe de la delegación comercial. Al otro lado del teléfono le respondió una voz apagada pero aún con suficiente energía como para largar bilis fluida. Tras varios minutos de diálogo, seguían encallados en el capítulo de quejas y lamentos. Los hechos desnudos eran dolorosos: la delegación comercial española llevaba quince horas encerrada con la delegación china sin resultados, ni buenos ni malos. Y, lo que era peor, sin descansos ni pausa de ninguna clase. Los del equipo contrario, que jugaba en casa, no les habían dado nada sólido de comer, y de beber solo té vagamente coloreado y agua del grifo. Los chinos debían estar acostumbrados a este régimen frugal porque seguían impávidos, y sin aflojar un milímetro. En tanto que ellos, los

españoles, habituados a los pequeños descansos con tapeo y caña de por medio, andaban para el arrastre. Habían estado a punto de tirar la toalla no sé cuántas veces, siempre que parecían estar cerca del acuerdo sus interlocutores daban marcha atrás en el último momento. En fin, ahora entendía aquello de la tortura china. Y le dejaba porque tenía que volver a la sala, se había escapado un momento al servicio para atender su llamada.

El ministro hizo un cálculo veloz de horarios, más de medianoche en Madrid. Tanto mejor. Marcó el número personal de Carmen Satrústegui, que le contestó medio inconexa y adormilada. La había sacado de su mejor sueño, fenomenal. Aprovechó su debilidad para echarle la caballería sin suavizantes, esperaba que el disgusto le provocara una noche toledana. Ella le había asegurado que estaba todo resuelto, mentira. Pues a joderse. A joderse todos, no iba a ser él el único.

Colgó el teléfono, la pequeña revancha le había distraído un rato. Pero, ahora, regresó la depresión. Se acercó a la ventana, necesitaba un poco de aire fresco y de luz. Los acontecimientos habían tomado un sesgo funesto, era evidente que los chinos estaban bloqueando las negociaciones. Abrió la ventana, una avalancha de calor con perfume a varios metales pesados le golpeó el rostro. Miró el cielo, algo horrible sucedía, la luz se estaba apagando por momentos. Un velo tenue, formado por trillones de partículas de color humo, flotaba sobre los rascacielos, amenazaba con descender y envolverlos. Abajo, en la calle, avistó a gente con el rostro cubierto por mascarillas. El día había virado a gris, literal y metafóricamente hablando. Como su estado de ánimo, ni más ni menos. Trató de enfocarlo por el lado positivo: llegados a este punto, las cosas ya no podían empeorar más.

Se equivocaba, un pitido del móvil le avisó de la llegada de un nuevo mensaje. Contenía una imagen sin palabras. Un hombre de cierta edad —él—, durmiendo con la boca abierta, desnudo y espatarrado boca arriba en la cama. No obstante, lo peor, lo más escalofriante, era el esplendoroso despliegue de salva sea la parte de su anatomía. Jugarretas de la Viagra.

Pekín, 9 y 10 de octubre

Se acercó primero al parque, pensó que quizá la encontraría allí, pero toda la zona estaba acordonada. Debía celebrarse algún acto oficial, había enjambres de policías cerrando el paso a los peatones. La reina de España y la primera dama china estaban en el parque, oyó comentar a unas italianas que pasaron a su lado. Trató de subir a la acera y recibió una buena regañina. Era absurdo, la policía obligaba a los ciudadanos a caminar por la calzada, con el riesgo que eso suponía. Nadie protestaba, ni siquiera entre dientes. Una vez más, tomó nota del gregarismo de la masa, su capacidad para plegarse a la autoridad, al menos en apariencia. Quizá algún día explotaría, o quizá no. En tanto hubiera progreso económico, dinero para consumir, mercancía para comprar, la gente aguantaría. El tan cacareado amor por la libertad es una falacia, el hombre elige ser rico y propietario de «cosas» antes que ser libre. La libertad conlleva responsabilidades, muchos quebraderos de cabeza. Una idea cínica, sí, aunque no más que el mundo en que vivían, codicioso y despiadado.

Presentó sus respetos a la centuria romana y entró en el Esmerald Gardens por la puerta principal. El chaval de la entrada la saludó como a una vieja conocida, ahora, además, cómplice y testigo de sus amoríos. Repitieron su ritual infantil, dedo levantado, sonrisa.

Las flores del estanque seguían rozagantes pero ahora les conocía la tramoya. Sin apenas raíces, morirían pronto. «Aquí todo es efímero y sustituible», había dicho Berta aquel primer día, hoy lejano. Se le encogió el alma.

Le abrió la puerta, la visita no la sorprendió. La hizo pasar.

—¿Quiere té? ¿O prefiere algo más fuerte?

—Lo segundo, por favor. Si tiene whisky, whisky.

Desapareció en dirección a la cocina. Gilda se dirigió a los ventanales, desde las alturas se apreciaban bien los progresos del smog. El cielo estaba cada vez más sucio y espeso, el skyline era ya borroso, de seguir así pronto se esfumaría, engullido por la niebla.

Berta regresó con whisky y hielo. Bebieron las dos en silencio, se avecinaba una conversación imposible.

—No hay micrófonos —dicho así, en voz alta, parecía una puerilidad. Pero Berta comprendió y asintió.

Vestía con la sencillez de siempre, el pelo recogido, la cara limpia. Se mostraba serena, ningún signo de tensión. Extraña inversión de las tornas. La que venía a acusar estaba hecha un manojo de nervios, llena de desazón, en tanto que la culpable permanecía apacible y receptiva. En ello residía el poder de Berta Montoya, era de acero, capaz de dirigir emociones ajenas sin mover una ceja.

—Usted ya conoce la razón de mi visita —le dijo.

Berta afirmó con un levísimo movimiento de cabeza. No le rehuyó la mirada, la observaba con expresión inquisitiva, como si se preguntara qué opinaba ella de todo el asunto.

—No paro de darle vueltas. Tiene que existir un motivo, usted no es una asesina.

Volvió a afirmar. Cuando por fin habló lo hizo evitando subrayados y pausas dramáticas. Prescindió de cualquier pirotección emocional para servirse solo de palabras sobrias, limpias.

—Veraneábamos en el mismo pueblo. Max siempre tuvo un encanto especial, las chicas bebían los vientos por él. Se acostó con todas menos conmigo. Yo era poco agraciada, tiraba a intelectual y estaba llena de complejos. Y, sin embargo, al final me eligió a mí. El día de la boda, cuando recorríamos el pasillo de la iglesia, se me ocurrió que me llevaba colgada del brazo como quien carga con el patito feo. No me importó, le estaba muy agradecida. Un sentimiento de gratitud que se prolongó durante años, e hizo de mí una consorte devota, perfecta. Nunca supe por qué se casó conmigo, quizá mi falta de atractivos le daba seguridad. Y había otras ventajas, yo era culta, hablaba idiomas. Carecía de ambiciones personales, estaba siempre a su servicio, al de su carrera. Pronto descubrí que tenía historias. Primero fueron muchachas de nuestra edad. Conforme nosotros nos hacíamos mayores, la brecha generacional entre él y sus amantes se agrandaba. Descubrí que le gustaban las jovencitas. Por eso disfrutaba con la enseñanza, el aula era su coto de caza. Ni siquiera tenía que conquistarlas, solitas caían a sus pies. Los romances solían ser cortos e intensos, amores como de adolescente que le hacían sentir vivo. Sin embargo, siempre volvía. Digo mal, jamás se fue, no perdía la cabeza por ninguna. Y yo le resultaba una esposa muy adecuada. Nunca le hice reproches, un buen día me limité a trasladar mi dormitorio, y a comunicarle que no habría más intimidad entre nosotros, supongo que fue un

alivio para él. De esto hace ya muchos años. Yo no perdía la esperanza. Con la edad se aplacarían, los imperativos sexuales acabarían por ceder, al final quedaríamos él y yo frente a frente. Lo esencial, nuestra vida en común. Y entonces me miraría, me valoraría. Me quería, seguro, a su manera, me quería. Pero pasó el tiempo y gradualmente asumí que nunca me convertiría en cisne. Siempre sería el patito feo, colgada de su brazo. En realidad, no me quería, solo me usaba. Y un buen día me harté.

La historia, con su simplicidad, había pulsado una cuerda sensible, largo tiempo olvidada. Los patitos feos no mudan a cisnes, las hadas y los finales felices no existen. Gilda se vio a sí misma. ¿Cuántos años tendría? Catorce, o puede que quince, porque ya estaba físicamente desarrollada. Iba al instituto, estaba enamorada. Un primer amor principesco, con sueños románticos, de color algodonoso, sonrosado como el azúcar en hilachas que compraban en las ferias. La primera cita, el primer beso, muy leve, en los labios —de trámite—, y luego la petición. ¿Podía ella abrirse la blusa? Lo que el chico quería era pajearse entre sus tetas. Desoyó su instinto —le chillaba que aceptar sería humillante—, prefirió creerle a él cuando le aseguró que en esto consistía, en realidad, el amor. Tras este episodio se convirtió en la chica más popular del curso, durante días llevó tras ella a una jauría de chicos con un palmo de lengua fuera, igual que perros salidos. Su príncipe azul había hecho correr la voz, ahora todos querían una ración de lo mismo. Lección que no olvidaría en su vida. La crueldad existía, era una realidad muy poderosa. Sin embargo, eso no daba carta blanca para asesinar a nadie. Y una no se convierte en asesina por mero hartazgo. No si es una mujer perfectamente equilibrada, como Berta Montoya.

—Nada de lo que me cuenta vale la vida de un hombre.

Berta Montoya la miró con afecto, casi llegó a sonreír.

—Sabía que no conseguiría engañarla. Aun así, debía intentarlo.

Tras las extrañas palabras, se levantó y le entregó un ordenador que había en la estantería.

—La policía me lo devolvió ayer. Quédeselo, por favor. Se mantenía en pie. La conversación había finalizado.

Lo encendió sabiendo que allí estaría la clave. Un mensaje que Berta no había querido, o podido, transmitirle de viva voz. Las palabras convocan verdades feroces, por eso callamos, porque el silencio actúa como capa protectora, un muro que mantiene a raya a los demonios que nos asaltan y sitian. Berta era una personalidad intensa, hermética, llegar a su núcleo duro

sería tan trabajoso y arduo como excavar hacia el centro de la tierra.

Pero ahora mismo su afán inquisitivo triunfaba sobre cualquier otro sentimiento o idea. Los expertos del MSS habían examinado aquel ordenador sin encontrar nada esclarecedor en él. Ergo el mensaje estaba encriptado. O, más sencillo aún, Inteligencia China no tenía el código para desentrañarlo. Una idea simpática, casi le hizo un corte de mangas a la serpiente del plato, estaba hasta el gorro de su constante escrutinio.

No había demasiados archivos. La mayoría, técnicos y de trabajo, tan solo uno personal. Llevaba un título cínico y a la vez sarcástico —«prospecciones ocultas»— y consistía en una galería fotográfica de jovencitas, algunas de ellas preadolescentes, en diversas poses y situaciones. Ni una sola imagen truculenta o en la que se practicara el sexo activo. Una cría de trece años con el torso desnudo no es, en sí, una imagen pornográfica. Pero las intenciones del ojo que la mira, en este caso el de un hombre aficionado a las jovencitas, sí le pueden dar un uso pornográfico. Eso, más la acumulación de imágenes, explicaba la finalidad del archivo. Nada nuevo, Berta sabía que a su marido le inspiraban las chicas muy jóvenes; año arriba año abajo no suponía una revelación dramática o extraordinaria. Montoya nunca había practicado el sexo con menores, siempre había sido cuidadoso en eso, y su único patinazo —en Colorado— había sido involuntario. Ergo, la galería de fotografías, en sí, no era la causa del crimen. Algo se le estaba escapando.

Volvió a repasar las imágenes, despacio, una por una. Y vuelta a empezar, aún más despacio. En dos de ellas le pareció encontrar un rostro familiar, visto en alguna parte. Se detuvo a analizarlo. La niña era una de las más jóvenes de la galería, no tendría más allá de doce años. Instantáneas domésticas, muy inocentes. En una de ellas la cría estaba en la bañera, lavaba el pelo a una muñeca y sonreía a cámara. Su expresión era firme y segura, ni un atisbo de timidez. En la otra, se la veía concentrada leyendo un libro, tirada en un sofá. Debía ser verano, llevaba tan solo unas braguitas y en su torso desnudo se apreciaban ya unos pezones incipientes. Tenía las piernas largas y espigadas, una tirita en la rodilla izquierda. Era rubia, muy rubia y bonita, con grandes ojos azules.

Fue en busca del teléfono de Max Montoya. En la pantalla del Samsung la mujer rubia sonreía, acodada en la barandilla de un velero. Colocó su rostro al lado del de la niña que jugaba a muñecas en la bañera. Misma sonrisa, idénticos ojos azules. Berta Montoya no había nombrado una sola vez a su hija, tampoco había fotos ni vestigios de ella en la iconografía que la rodeaba.

Actuaba como si la maternidad, esa fuente de placer y felicidad para tantas mujeres, careciera de significado. Una negación protectora. La maternidad tenía significado, y mucho, mas no suponía una fuente de placer sino de dolor profundo. Aquella niña, metida a voleo en la galería pornográfica de su marido, era Diana, la hija de ambos.

Cruzó la recepción, acompañada por la diaria banda sonora de tiros y bombazos. El recepcionista —pegado a su móvil— era la viva imagen de la alienación que nos espera a todos. Ni una mirada, ni un saludo; premonición del mundo que llega, fin del contacto humano. Apresuró el paso. Necesitaba sentir el asfalto bajo sus pies, cruzarse con otra gente. Constatar que existía la normalidad.

Idea peregrina, la normalidad se había esfumado. Nada más salir un acceso de tos la dejó casi sin resuello, el carbón se le metía en la nariz, le picaban los ojos. Brumas y sombras lo cubrían todo; los edificios y vehículos surgían de la niebla como volúmenes fantasmagóricos. La polución había convertido la ciudad en una necrópolis habitada por espíritus que vagaban sin consuelo. También pudiera haber sido una urbe tras deflagración nuclear, o el planeta sumido en el eclipse solar que acompañará, presumiblemente, el día del Juicio Final. Debía estar al caer, porque entre el fragor del tráfico le pareció escuchar las trompetas de los jinetes del Apocalipsis. Era el teléfono, Julián la llamaba para advertirla. El Gobierno había activado la alerta naranja —la máxima— debido a la contaminación, lo más sensato sería encerrarse en la habitación del hotel.

Regresó a su cuarto y encendió el televisor. Por esta vez las autoridades habían desestimado embaucar a la población, se detectaba un toque de espanto en el locutor que anunciaba el cierre de escuelas y servicios diversos. El Gobierno había ordenado parón total de la maquinaria industrial de siete provincias, incluida Hebei, donde estaban ellos. Tras estas primeras informaciones generales, una señorita de expresión grave leyó una lista de recomendaciones a la ciudadanía: no salir de casa, mantener a los niños y ancianos hidratados y en un ambiente cerrado. La nota pintoresca la daba la prohibición de hacer barbacoas y costilladas, un chiste divino. Pero aun con esta pincelada de humor, el reportaje provocaba asfixia; transmitía la idea de que cualquier hecatombe era posible y, lo peor, inminente. Los aeropuertos funcionaban bajo mínimos, los autobuses y los trenes apenas circulaban. De seguir así, pronto estarían todos atrapados. La ciudad, ese ente polimorfo y canibalesco, les había tendido una trampa sin escapatoria posible.

Picoteó restos de comida del día anterior, no tenía suficiente apetito como para volver a salir. Llegada la hora de acostarse, rebajó la dosis de hipnótico al mínimo razonable para evitar un súbito síndrome de abstinencia. Aumentó algo la del whisky, maneras de compensar y premiarse. Sea como fuere, estaba resignada. Preveía una de esas noches largas y negras (del alma), sin raptos o gratificaciones místicas.

Su trabajo como agente consistía en entregar datos, nada más. El uso que luego se daba a estas informaciones escapaba a su control, muy en especial porque estaban relacionadas con temas de Inteligencia, siempre delicados, desde luego abordables más desde realidades pragmáticas que no de códigos morales. En este caso no había asuntos de estado de por medio. La desaparición de Montoya entraba en los territorios de la criminalidad normal. No habría componendas ni consideraciones tangenciales, solo el peso de la justicia. La ley debía ser aplicada, axioma incuestionable que ella nunca había puesto en tela de juicio. Sin embargo, ¿tendría en cuenta la ley las circunstancias atenuantes que rodeaban el caso? Dudoso. Los resultados de su investigación desencadenarían consecuencias terribles, para Berta y sus compañeras, mujeres que ya llevaban una gran carga de sufrimiento encima. ¿Podría ella, Gilda Leyva, asumir esta responsabilidad?

La identificación con Berta Montoya era genuina, se había creado un vínculo extraño entre ellas. Nada que celebrar, desde luego, el brote romántico no le iba a facilitar la labor. Entregarla a los servicios de inteligencia sería traición, una puñalada por la espalda.

No hay peor gabinete de tortura que el propio cerebro, y el de Gilda tenía una notable capacidad para crear monstruos execrables. Se debatía en una encrucijada moral que la precipitó hacia regiones agónicas encharcadas de porquería y corrupción. Infiernos habitados por una procesión de abortos deformes y voraces, sin rostro humano. La acechaban, reptaban bajo su piel, fagocitaban su cerebro y la obligaban a imaginar perversiones abominables, horrendas. Luchó con ellos a brazo partido, tratando de mantenerlos a raya. Se esforzó en convocar algo bello y bueno, fue en vano. Apeló entonces a una racionalidad fanática, cuadrada; se instaló en una calma falsa pero voluntariosa. El hábito sí hace al monje, esta era la idea.

Poco antes de amanecer consiguió ganar la batalla. Tras la victoria, algo pírrica, solo quedó el problema descarnado, esencial: un grave conflicto de conciencia. Se estrujó la mente pensando en cómo salir del enredo. No halló ninguna puerta de salida. En China existía la pena de muerte, las ejecuciones

eran constantes. Se hallaba ante un dilema ético sin solución posible.

Mejor dicho, había una sola solución, pero no estaba en sus manos aplicarla.

Rem, el joven centinela de la barrera, se las apañó para hacerle entender que no encontraría a la señora española en casa. Señaló repetidamente el parque, hizo un par de pases empuñando una espada imaginaria.

Anduvo hasta el templete. Era muy temprano, no corría un soplo de aire, ni siquiera el que movería un paseante. No había un alma, pura melancolía. Las lianas de los sauces estaban tan quietas que los árboles semejabán irreales, una decoración pintada sobre un forllo gris.

Berta y sus compañeros de taichí jian eran seres de otro mundo. Practicaban su coreografía, ajenos a la hostilidad ambiental, a las tinieblas que les rodeaban. Se detuvo a contemplarlos un rato. Creyó intuir el significado profundo de aquella coreografía pausada y suave en aquel día preciso. Un ritual reivindicativo, también la aceptación filosófica de un destino fatal. Esto es lo que nos ha tocado vivir —proclamaban los bailarines—, mas no por ello renunciaremos a la armonía, a cierta belleza. Eran el remanente de un mundo que desaparecía a toda velocidad. La antigua tradición china, delicada, sutil, dejaba paso al mercantilismo feroz, a la tecnología fría, a los robots: el futuro que se avecinaba y que ya era presente. Observando sus evoluciones, tan precisas y sincronizadas, comprendió mejor a Berta Montoya. La acción en grupo creaba un equilibrio extraordinario, un arma solidaria para afrontar la crueldad del mundo. Se podía cometer un crimen colectivamente, también se podía generar belleza del mismo modo.

La esperó a la orilla del lago, no había ninguna prisa. Minutos después se aproximó caminando despacio, aún con la espada en la mano. Bastó un cruce de miradas para que se comprendieran. Se explicó sin que le preguntara.

—En aquellas épocas aún conservábamos la inocencia, usted lo sabe —le dijo en voz queda—. Hacíamos fotografías a nuestros hijos desnudos, nos bañábamos con ellos. Me gustaría creer que Max nunca abusó de Diana, no en el sentido técnico de la palabra. Quizá la usara sin que ella se diera cuenta, a menudo jugaba a hacerla saltar entre sus piernas. Cantaba el «Arre, caballito». —Calló durante unos segundos, luego continuó con voz triste—: Pero no lo sé, ni lo sabré nunca. Ella le adoraba, siempre le ha adorado.

Se le quebró la última frase, una grieta de dolor cruzó por su rostro. Gilda rememoró las conversaciones entre Diana Montoya y su padre, su complicidad excluyente. La manera displicente, cuando no desdeñosa, con que la hija

nombraba a su madre. Con o sin abuso «técnico», Max le había robado, también, la maternidad.

—Cuando lo descubrí pensé en el suicidio como opción, un cóctel de narcóticos y vodka. Ruso, a ser posible. —Sonrió un poco—. Me gusta mucho el vodka ruso. Fui a la farmacia de Dashilar, la doctora que me atendió se negó a extenderme la receta. Era una mujer extraordinaria, creo que usted ya la conoce. Me miraba como si pudiera palpar mi dolor, su humanidad y gentileza me quebraron. Le conté mi vida entera. Difícil, con mi escaso chino, pero me escuchó con infinita paciencia y después me invitó a ir a su casa. Tomaríamos el té, charlaríamos. Lo hicimos, durante horas.

Permanecían las dos en pie, contemplando el *smog* que flotaba sobre la superficie líquida. La polución iba en aumento. Aire, cielo y agua se confundían, una aleación de colores turbios y texturas lóbregas. Un universo de postimetrías.

—¿Recuerda a Lixúe? La mujer que dirige el salón de masajes la subasta cada día al mejor postor. Hay clientes que pagan fortunas por practicar sexo con mujeres albinas.

Siguió hablando, explayándose por fin. Con una voz abrumada por la vergüenza, la vergüenza de pertenecer al género humano. Aun sin ponerles nombres, supo quiénes eran las protagonistas de sus historias. Sherry, Guan-Yi, su vecina de piso. Y Tiantian, la secretaria de Max en ENVER; tal y como ella había soñado, la sexta mujer era Tiantian. El catálogo de atrocidades y maltratos que soportaban aquellas mujeres era abultado. Los describió al detalle, con objetividad pero a la vez cercanía. Se los había hecho suyos, había unido su destino al de sus compañeras. Gilda la escuchó sin intervenir. No era quién para juzgarla, pero la realidad imponía su narrativa. Se lo dijo.

—Me coloca usted en una situación insostenible.

—Soy consciente de ello. Deme veinticuatro horas, se lo ruego, luego haga lo que tenga que hacer.

Era la respuesta correcta, la única posible y razonable. Ella, y solo ella, tenía la solución.

Se miraron a los ojos. Hubo un relámpago de reconocimiento y simpatía, de afecto. Pero no se detuvieron en semejante complacencia. El sentimentalismo le estaba vedado. Tampoco era su estilo, el de ninguna de las dos. Berta fue la primera en alargar la mano.

—Adiós. En otras circunstancias...

Dejó la frase en el aire. No hacía falta cerrarla. En otras circunstancias

hubieran podido ser grandes amigas, quizá algo más. Gilda retuvo la mano en la suya, no mucho, solo unos segundos más de lo necesario. Era afecto, también una oferta silenciosa de ayuda, un regalo de despedida. Un leve apretón le indicó que había sido aceptado.

Al tacto, su piel resultaba tibia y seca, acogedora. Se concentró en esa sensación, la que deseaba recordar de ella, el calor reconfortante, humano. Ya no la volvería a ver.

Pekín, 10 de octubre

Carmen Satrústegui se persignó nada más salir del *finger*. Estaban en tierra, loado sea Dios. Aunque igual podían hallarse en la dimensión desconocida, tras una transición que había resultado francamente intimidatoria. Ella y Peláez Vidal estaban desayunando en *business*. Se aproximaban a Pekín, de hecho, ya habían comenzado el lento descenso. Amanecía, el sol apuntaba tras un horizonte precioso, océano de nubes inmaculadas, cuando de golpe y porrazo el aparato se zambulló en una extraña zona de tinieblas. Poco después el comandante de la nave avisó que tenían dificultades para aterrizar, y les conminó a que se ataran todos bien atados. Problemas de visibilidad, dijo. Ni que lo jurara, afuera estaba más negro que la boca del lobo. Luego, pasaron dos horas volando en círculos, traqueteando en medio de una masa oscura y siniestra. De los partes dedujeron que se iban llevando a cabo algunos aterrizajes en cuentagotas. Debido a la polución. Mal asunto, comentó Peláez Vidal en tono grave, las partículas de metal pesado eran susceptibles de dañar gravemente los aparatos de la torre de control. Ah, y también los mandos del avión. Mejor se hubiera callado tan alegres predicciones, pero había estado en las Fuerzas Aéreas, algo sabía de aeronáutica, y los hombres son incapaces de pasar cinco minutos seguidos sin aleccionar a las mujeres. En fin, ya estaban en la madre tierra. Carmen Satrústegui volvió a santiguarse, y no se arrodilló para besar el suelo del aeropuerto porque el gesto le estaba reservado a Su Santidad y hubiera sido herético.

Habían volado hacia Pekín pocas horas después de que ella recibiera la llamada urgente del ministro de Exteriores. La delegación comercial estaba sumida en la desesperación, no se habían firmado los contratos. Algo, en la Operación Peonía, fallaba, el MSS no cumplía con su parte del acuerdo, lo que significaba que Gilda Leyva había hecho de las suyas. No hacer lo que se esperaba de ella cuando, por una vez, les hubiera ido bien que hiciera, precisamente, lo que no se esperaba de ella. Mujer impredecible. Conociéndola, la única opción era plantarse en Pekín y resolver el conflicto *in situ* y en directo, antes de que les montara alguna gorda, como aquella vez en Atenas. Doce horas serían más que suficientes. El avión fletado para los reyes regresaba a Madrid en la madrugada siguiente. Se sumarían al séquito.

Estimación más que optimista, no contaban con el destino.

Llegaron a una embajada en pleno desbarajuste. El cónsul, el embajador, el ministro y el resto de las fuerzas vivas españolas en China se hallaban allí reunidos. Gabinete de crisis. Les acababan de comunicar el cierre del aeropuerto de Pekín y la cancelación de todos los vuelos hasta nuevo aviso. Sin excepciones, las autoridades locales no estaban dispuestas a correr el menor riesgo. Mucho menos uno que implicara poner en peligro a los huéspedes reales de un país extranjero. Nunca, jamás, se había dado una situación tan grave, los niveles de polución habían alcanzado la cota de las mil y pico partículas por metro cúbico.

El comité de emergencia hispano había estado barajando alternativas. La más sensata hubiera sido poner a don Felipe y doña Letizia en un tren de alta velocidad que les condujera hasta alguna ciudad más allá de la polución, y desde allí enviarlos de vuelta a casa. Pero la nube de porquería alcanzaba toda la franja de la costa este, cubriendo hasta el mismísimo Shanghái, miles de kilómetros de desastre continuado. Y hacia el oeste no había aeropuertos de relevancia con vuelos internacionales. Todo demasiado complejo, cogido por los pelos. O se levantaba la contaminación a lo largo de ese día o don Felipe y doña Letizia no podrían regresar a España en el horario previsto. Y ya veríamos qué pasaba a la mañana siguiente. Atascados en Pekín, y a dos días de la fiesta de la Hispanidad.

Carmen Satrústegui no daba crédito.

—Vamos a ver. Debe haber expertos, alguien con dos dedos de frente estará estudiando el asunto. ¿Cuánto tiempo se prevé que dure esta barbaridad?

Nadie lo sabía con exactitud. La única referencia posible eran las comunicaciones oficiales, estas llegaban escasas y con poca sustancia útil. Se hallaban ante una situación inédita, la mitad de China había sido declarada zona catastrófica. A partir de ahí, cualquier cosa era posible, empezando por un levantamiento violento de la población. Así las cosas, el Gobierno había optado por la estrategia usual: secretismo, opacidad. Los pesos pesados del Partido estaban reunidos en permanencia. Se habían tomado medidas de emergencia, pero la cosa no hacía más que empeorar. Lo sabían por la embajada norteamericana, tenía sus propios aparatos de medición de aire y pasaba datos a sus aliados. La contaminación seguía en aumento, y la meteorología no colaboraba, nada de viento.

—Podemos seguir así días y días —proclamó Amparo en tono casi

festivo. Su amiga del consulado la había llamado un rato antes. Los mercadillos funcionaban a tope; con las fábricas cerradas y el personal de vacaciones forzosas, los comerciantes se frotaban las manos. Pero el gozo de la secretaria no despertó empatía entre los circundantes. Al contrario, su profecía levantó un clamor de lamentos entre los presentes. A tal punto que Carmen Satrústegui perdió la paciencia.

—Señores, basta de aspavientos. Solo sirven para excitar los ánimos y generar un ambiente derrotista. Calma, abordemos el asunto con pragmatismo.

Se acallaron las voces. En la vida hay momentos que requieren de institutrices severas y dirigentes claros. La directora del CNI se ocuparía de todo, daría órdenes inteligibles y sensatas. Un alivio tenerla allí.

—En primer lugar, que sus majestades no salgan del hotel. Estos niveles de *smog* pueden ser peligrosos para la salud. Sobre todo la de doña Letizia, que es ecologista y no tendrá defensas para afrontar estas vicisitudes. En segundo lugar, que alguien compre unos purificadores de aire y los lleve inmediatamente para allá.

Amparo asintió con un cabezazo enérgico.

—Eso, mi amiga del consulado usa unas plantas selváticas que absorben el ácido clorhídrico del ambiente. Les mandamos una docena, me consta que son cien por cien naturales y...

El ministro Pinilla casi se cae de la silla. Andar por el mundo con semejante asistente personal. Qué bochorno.

—Dióxido de carbono, querrá decir. Y no exhale insensateces, ¡plantas cien por cien naturales! ¿Les va a montar un manglar en la suite?

—Pues mi amiga las ha puesto en el salón de su casa y asegura que... —protestó Amparo.

—Déjese de monsergas —intervino Carmen Satrústegui—, su amiga está mal de la azotea. Las plantas tragan oxígeno por un tubo, y largan veneno, también por un tubo. Que les lleven esos cachivaches purificadores de inmediato.

Adolfo de Blas carraspeó ligeramente y Satrústegui le lanzó una mirada feroz. Aquel tipo le había caído mal a primera vista, necesitaba un corte de pelo con urgencia.

—Usted dirá.

—Hombre, para dos días. Valen una pasta.

La directora del CNI le atajó sin contemplaciones.

—¿Les va a racanear a nuestros reyes unos metros cúbicos de aire

limpio? Vamos, lo que nos faltaba. Que los compren ahora mismo. Y con cargo a la embajada, tendrá usted una partida para extras, supongo, y si no es así lo resta de sus gastos de representación, seguro que no son una bicoca. Y de paso, excelencia, vaya pensando en un plan B que se acomode a la nueva situación. Digo, por si sus majestades no pueden viajar mañana. ¿Qué se había previsto para el día de la Hispanidad?

—Solemos celebrar una fiesta en los jardines de la embajada.

—Pues se celebra, pero aquí dentro, en los salones. Y con la presencia de los reyes de España. Del defecto se hace virtud, puede usted darse por satisfecho. Que preparen una lista de invitados ilustres, sobre todo, personalidades chinas.

El embajador inició una débil protesta.

—Es una celebración básicamente para la colonia española y amigos. Muy abierta, popular.

—Pues este año será selecta. Restrinja la lista de invitados existente, tache a los de la colonia y meta a la gente con sustancia. Aquí no cabemos todos. Queda disuelta esta asamblea. Por la tarde nos reunimos otra vez con lo que haya.

La directora del CNI tenía vocación de maestra regañona, y la agarrada con aquel embajador petimetre le cargó las pilas dejándola en forma para encajar los reproches del ministro (si es que eran todos unos mocosos de guardería). Se hubiera ahorrado la desazón. A Manolo Pinilla ya se le había retirado el enfado, solo quedaban posos amargos de melancolía. Andaba con el rabo entre las piernas; nada como hacer el ridículo para bajarle los ánimos a un hombre y además se sentía muy culpable. En suma, le comunicó el estado de la cuestión en tono más abatido que agresivo.

Coyuntura sin novedades, las delegaciones comerciales seguían encerradas. A los españoles les habían dado un par de horas para ir al hotel y cambiarse de ropa, no más. Los chinos, en cambio, eran más numerosos y se iban turnando. Estaban siempre frescos y descansados, al punto de que los hispanos comenzaban a sospechar. Les parecía que, en realidad, no negociaban siempre con los mismos sino con un surtido variado, con eso de que no acertaban a diferenciarlos la parte contraria hacía trampa. No era solo un problema de fisonomías similares sino también de vestuario, toda la tropa oriental iba ataviada de la misma manera, con unos trajes sintéticos de color azul marino pasados de moda. A decir del portavoz de la delegación, los chinos jugaban sucio, y aprovechaban las idas y venidas al servicio para

relevare. O sea, salía uno y al rato regresaba otro que se hacía pasar por el mismo. Los nombres también llamaban a confusión, todos se llamaban Li algo.

Paranoias, pensó Satrústegui, pero se lo calló. Para que le quitaran la palabra de la boca ya tenía a su jefe de Operaciones Especiales.

—Bobadas. Paranoias. Deliran —dijo Peláez Vidal al instante.

—No me extrañaría nada —corroboró el ministro—. Los tienen a pan y agua, pero sin pan, porque aquí no hay pan.

Semejante carencia le recordó el agravio sufrido, todos los agravios sufridos. Miró a Carmen Satrústegui con ojos dolidos.

—Usted me había prometido resultados concretos.

—Y los tendrá. Para eso hemos venido.

Pekín, 11 de octubre

Gilda desayunó rodeada del jolgorio mañanero acostumbrado. Afuera podían resucitar Gog y Magog, y llegar el fin del mundo con invasión conjunta de zombis y alienígenas más el choque de un meteorito. Daba igual, los nativos seguirían impertérritos, sobre todo si se trataba de alimentarse, algo que hacían a todas horas y en cualquier lugar. Mitigaba mucho los nervios esta permanente normalización de cualquier desdicha o contratiempo. Le caían bien los chinos, gente risueña y con sustrato estoico, poco campo para psicólogos aquí. Pensó en su consultorio de Barcelona, cerrado por vacaciones durante dos semanas. Le resultaría extraño retomar a sus pacientes, volver a sus rutinas. Sería aburrido, exactamente lo que necesitaba; monotonía, tedio, descanso.

Estaba agotada, cerebralmente en las últimas. La noche anterior ni había tratado de dormir. Dejó las luces encendidas, no se desvistió. Leyó un par de horas, se entretuvo jugando al ajedrez contra sí misma. Miró la tele sin sonido. También pasó un buen rato obsesionada, perdiendo tiempo con el *Air Quality China*. La aplicación se emperraba en no funcionar, se había atascado en el límite del gráfico, 475 partículas por metro cúbico, consideradas el *summum* de la peligrosidad. Conveniente intervención «divina», Julián ya la había prevenido, cuando los niveles de *smog* no gustaban, las autoridades bloqueaban las aplicaciones, fin del problema.

Berta Montoya le había pedido veinticuatro horas de gracia, ya habían transcurrido más de la mitad. Se la comía el desasosiego, su único consuelo era pensar que había hecho casi todo lo que debía hacer, faltaba poco para que acabara la pesadilla. La confrontación con Hang Zhao sería tempestuosa pero al menos no implicaba suplicios morales. Si los acontecimientos se desarrollaban tal y como ella preveía, el desafío estribaría en que Inteligencia china aceptara su versión de los hechos. De tener éxito, Julián viviría tranquilo y ella podría volver a casa.

Su casa, el hogar. Ni siquiera recordaba el color de las paredes, el tamaño de la cocina. Llevaba siglos, una vida entera, en China. Las noches en blanco creaban una percepción distorsionada de la cronología; se magnificaba el tiempo y las jornadas adquirían contornos borrosos, sin horizontes. Sin

embargo, la realidad objetiva era mucho más sencilla. Había aterrizado en Pekín doce días antes, tenía billete de regreso para dos días más tarde.

Salió a la calle; por mucho que lo aconsejaran la municipalidad y el sentido común, no soportaba estar encerrada en el hotel, donde el tiempo transcurría con una lentitud desesperante. Prescindió de la mascarilla, en la actual situación, salvo traje de astronauta y bombona de oxígeno, cualquier otra medida resultaba grotesca. La polución se palpaba, en el aire flotaba una nieve lóbrega, copos de color negro como la noche. Había que ser ciego para no verlos, carecer de olfato y gusto para no sentir el carbón. No obstante, la vida proseguía con una normalidad insultante, casi señorial. Las tiendas estaban tozudamente abiertas, el mercado funcionaba como si nada. Seguía habiendo hombres acucillados lanzando sus dominós sobre las aceras, mujeres parlotando por las esquinas. Solo los ancianos y los niños habían desaparecido de la calle. En el *China Daily* —periódico en inglés del Partido, gentileza del hotel a la hora del desayuno— había leído que las escuelas permanecerían cerradas hasta nuevo aviso.

Deambuló sin prisa, entretenida en estudiar los diseños, algunos muy creativos, de las mascarillas y accesorios antipolución. Iba a cruzar la calle para volver al hotel cuando distinguió dos siluetas extemporáneas pero inconfundibles bajo el rótulo del Holiday Inn. Los servicios de inteligencia españoles habían tomado tierra en Pekín. La estaban esperando, más presión añadida a la ya existente. Ninguna sorpresa, aunque había albergado la esperanza de que el cierre del espacio aéreo les impediría aterrizar. No había caído esa breva. Pensó en aquellas enormes puertas que se cerraron tras la delegación comercial española. Allá debían seguir los empresarios; petrificados, cubiertos de telarañas en sus sillas. Hasta que ella no cumpliera su parte de trato con Hang Zhao no habría luz verde para la negociación.

Se alejó del hotel antes de que la avistaran. Paró un taxi, le dio la dirección de Zurbano. Los acontecimientos se precipitaban, no había tiempo que perder.

La madriguera de Zurbano le recordó sus épocas de universitaria. Durante una temporada había vivido en un piso con tal jaleo de idas y venidas que jamás acertó a dilucidar con cuánta gente cohabitaba. Algo similar sucedía aquí, el lugar era un hervidero de jóvenes en diversas fases y grados de *dolce far niente*. Julián se apresuró a explicarle.

—Es que estos días nadie trabaja. Por el *smog*.

Magnífico pretexto para enclaustrarse y tirarse a la bartola. Ambiente

veraniego pero en tético, por la falta de luz. Había chicas en camiseta y bragas, chicos en calzoncillos. En la mesa de la cocina un grupo jugaba a cartas, dos muchachas meditaban en el salón con la música a tope. El caos reinaba por doquier, con restos de comida y bebida —más de esto último— desparramados por todas partes. Una vivienda estudiantil *ad hoc*, aunque sus habitantes estuvieran más cerca de los treinta y hasta los cuarenta que de los veinte. La juventud occidental contemporánea es de muy lento crecimiento, pensó Gilda. Más que lento, tortuguil, se corrigió a sí misma. Le acababa de llegar una bocanada de marihuana que casi la tumba. Qué cabezas de chorlito.

—Diles que apaguen esos canutos ahora mismo. Y que aireen.

—Estás de broma. Con la de porquería que hay afuera.

—Vamos a tener visita. Y si huelen lo que yo huelo acabamos todos en las mazmorras del régimen. Por drogatas.

La noticia era lo suficientemente alarmante como para que se tomaran medidas. Hubo agitación general, una voz femenina sugirió poner un poco de orden a la leonera. Buena idea.

En el dormitorio de Julián tuvieron que expulsar a una pareja de tórtolos —desplumados— instalada en la cama. Chica occidental con muchacho chino, combinación bastante inusual, solía ser viceversa.

En cuanto se quedaron a solas Gilda hizo una síntesis del estado de la cuestión.

—Intuyo que Berta Montoya asumirá la responsabilidad de la desaparición de su marido. En solitario. Yo respaldaré su versión cien por cien, y tú deberás hacer lo mismo. Te comuniqué mis sospechas sobre ella, pero desconoces los detalles: por qué, cómo, dónde. Lo ignoras todo, de ahí no te sacan.

—¿Qué hay de las otras mujeres?

—¿Qué otras mujeres? No hay otras mujeres.

—Eso es encubrimiento.

—Tenemos un único crimen, la muerte y desaparición de Max Montoya. Si su mujer asegura ser la responsable, yo no la voy a desmentir. Mis teorías sobre conspiraciones y sociedades secretas son fantasías. Las ignoras, jamás te las he contado. Me acompañaste en algunas de mis pesquisas, juntos descubrimos que Wendy esperó a Montoya el día en que este desapareció, lo que descartaba a la CIA. Y en cuanto a Chen, si te preguntan les dices que ratificó sus declaraciones anteriores. No hay por qué joder la vida de esa familia.

Se hizo un breve silencio mientras Zurbano digería las instrucciones. Gilda remató el asunto.

—A Inteligencia no le afectan los delitos comunes. Y yo no tengo particular interés en propiciar la ejecución de un puñado de mujeres maltratadas. Me repugna la pena capital.

—Lo de Montoya también es una ejecución.

—No. Es un homicidio motivado por una necesidad imperiosa de liberación.

—Liberación ¿de qué?

—Infidelidades, humillaciones constantes.

Mentira piadosa. ¿Para preservar la inocencia de un hombre de treinta años? No, o no solo. El engaño tenía un punto egocéntrico, algo cercano a la coquetería. Gilda no deseaba ser el mensajero de las tinieblas. Por la misma razón obvió detallarle la sarta de crueldades padecidas por las compañeras de Berta. Quería que Julián conservara una imagen de ella luminosa, limpia, no ensombrecida por aquel mundo sórdido que había rozado, sin quererlo ni saberlo.

—Podía haber pedido el divorcio.

En efecto, cándido como un cordero recién salido del vientre de su madre.

—Si la fórmula fuera tan mecánica y simple no existiría la literatura. El alma humana está llena de recovecos, esquinas oscuras. También de factores atenuantes.

—¿Qué le pasará a Berta Montoya?

Una pregunta que no estaba dispuesta a responder. La fortuna la acompañó, les interrumpió el timbre de la puerta principal.

No hubo violencia, ni gritos o espantadas dramáticas como en las películas. Los agentes, de civil, preguntaron cortésmente por ellos dos. Saliendo del *compound*, los separaron.

Hicieron el trayecto en coches distintos, ambos llevaban las ventanas opacadas por cristales ahumados. Con la atmósfera imperante, pura tautología.

Circulaban hacia el centro, Tiananmén. Gilda supuso que se dirigían a los cuarteles del Ministerio de Estado y Seguridad, frente al mausoleo que alberga la momia de Mao Zedong (misterio insondable: la afición china al *gore*). Acertó. Sería un interrogatorio formal, en un entorno apabullante. El edificio imponía, desde luego, se correspondía con la magnitud del país y expresaba de modo fidedigno sus monomanías obsesivas: control de la información, marcaje de la ciudadanía, pavor a la disidencia. Envío un mensaje telepático de ánimo

a Julián —no te dejes acoquinar por el lugar y las circunstancias—, aunque de una cosa estaba segura: su confidente era de los que se dejaría torturar antes de fallarle. La lealtad sería su escudo, su fortaleza. Pensó en él con un cariño peligrosamente cercano a lo maternal. En los últimos días el becario se había reactivado de una manera portentosa. De hecho, su pasividad había sido falta de motivación más que otra cosa. En esencia, era un joven lúcido e inteligente, además de íntegro. Se alegraba de haber sido ella el motor del cambio. En cierto modo, era su delfín, un ahijado. Había apostado por él, no se había equivocado.

Hang Zhao la aguardaba en un despacho desabrido de la primera planta. La oscuridad exterior convertía las ventanas en elementos arquitectónicos irrelevantes. El cuarto estaba prácticamente en tinieblas, tan solo iluminado con una luz artificial miserable, simple círculo que caía encima de la mesa y una de las sillas. Atmósfera abisal. A Gilda le recordó el acabado de aquellas películas que denunciaban la tristeza del mundo más allá del telón de acero.

Su interlocutor se sentaba fuera del círculo de luz, a ella la hizo sentar dentro de él, otro clásico. Le ofreció té, encima de la mesa había un set de porcelana sutil, delicado, de nuevo tamaño para casa de muñecas. Aceptó, más por sostener algo en las manos que por inclinación. No se anduvo por las ramas ni esperó que él iniciara su interrogatorio. Le dio la noticia de sopetón, sin adornos.

En un primer momento no hubo reacción visible. Hang Zhao descolgó el teléfono que había sobre la mesa, Gilda tuvo la certeza de que estaba dando órdenes, en cuestión de minutos una expedición de Inteligencia pondría rumbo al Esmerald Gardens. Búsqueda y captura de Berta Montoya.

Tras finalizar su conversación, colgó el teléfono. Apenas distinguía su rostro, oculto entre las sombras.

—¿Pretende tomarme el pelo? —La dulzura de su voz resultaba más amenazadora que cualquier grito o puñetazo sobre la mesa. Empezaba el baile, Gilda estaba preparada. Conservó la sangre fría.

—Eso no sería muy inteligente por mi parte. Usted me pidió indagar qué le había pasado al doctor Montoya. Lo he hecho. Lamento que el resultado no le agrade, quizá hubiera preferido usted algo más ajustado a sus necesidades. Siempre podemos tratar de adaptarlo si quiere. Ahora bien, una cosa son sus necesidades y la otra es la verdad. Yo le traigo la verdad. La Agencia no tuvo arte ni parte en la desaparición de su señuelo. Max Montoya

murió a manos de su esposa. Fue un crimen pasional, aquí no hay sustancia para Inteligencia. El asunto no tiene ningún interés, ni para el MSS ni para el CNI, ni para la CIA. Tampoco para mí. Es un delito vulgar, responsabilidad de la policía.

—¿Cómo lo descubrió?

—Por eliminación.

Le habló de Rick y el picadero. Del Bella Vita, y de cómo Wendy estuvo horas esperando a su amante aquella tarde, justo antes de salir de China.

—A mi modo de ver Montoya ni siquiera llegó a imaginar que la CIA lo rondaba. Fue asesinado antes de que se le planteara la operación, murió convencido de ser un gran seductor. No obstante, también hubo otras cosas que me hicieron sospechar de Berta Montoya desde el primer momento. Llámelo intuición, instinto. Una mujer demasiado perfecta y compuesta, su impasibilidad no era normal.

—¿Y el motivo?

—Se cansó de sufrir vejaciones, de aguantarle los líos con jovencitas.

—No eran novedad.

Gilda mantuvo el tono coloquial, de intercambio de impresiones entre colegas.

—Desde luego. Creo que la colegiala fue la gota que colmó el vaso. La colegiala, sumada a la menopausia. Bajo su superficie helada, Berta Montoya es una mujer muy intensa, el cambio hormonal puede haber desencadenado un brote psicópata.

La mitad de su cerebro estaba pendiente del teléfono, sonaría de un momento a otro. Aun así le causó un sobresaltó, dio un pequeño brinco en la silla. El timbre, estridente y repetitivo, transmitía urgencia. Al instante supo que habían llegado al final del camino. Ya había sucedido. Respiró hondo. Hang Zhao no abrió la boca, se limitó a escuchar lo que le decía su interlocutor al otro lado de la línea. Cuando finalizó posó el aparato en su horquilla con un movimiento absurdamente pausado, filmado a cámara lenta. Se refrenaba, le hubiera gustado tirárselo a la cabeza de ella. Estaba furioso, su cólera le llegaba en forma de ondas expansivas, una tras otra, como una serie de bofetadas.

—La han encontrado, en su estudio. Muerta. A su lado había una caja vacía, un fármaco llamado Sonata. Y una botella también vacía, de vodka.

Ruso, vodka ruso, pensó de inmediato Gilda, con una silenciosa carcajada melancólica. Sintió un navajazo que le atravesaba el cuerpo. Recordó el calor

de su mano, el pequeño apretón cuando le aceptó la caja de pastillas, una muerte dulce, sin dolor. Lo había hecho, había optado por la única salida posible. Con su inmólación protegía a sus compañeras. Y a ella misma, Gilda, y a Julián, por extensión.

Los ojos de Hang Zhao llameaban en la oscuridad. Esta era la peor parte, ahora mismo avanzaba por un suelo sembrado de minas. Se concentró en crear el tono de voz ajustado, el gesto preciso. Teatro, actuación. Indiferencia, algo de displicencia. Transmitir que la muerte de Berta Montoya era solo un episodio más en su carrera de agente. Un episodio más bien tedioso y poco estimulante, su territorio eran los enigmas complejos de Inteligencia, no un simple crimen pasional. Pero tampoco debía pasarse de lista, adoptó un tono de maestrilla, al fin y al cabo, era psicóloga.

—El principio de Sonata es el Zolpidem, un hipnótico potente. Desconozco bajo que nombre se comercializa en China. Altas dosis mezcladas con alcohol, muerte segura.

La estaba escudriñando. Desconfiaba. Se le estaba escamoteando algo, aunque no sabía cómo, qué o por qué.

—No parece usted muy sorprendida.

Atenerse a la verdad, pegarse a ella como una lapa. Hasta donde sea posible, norma de supervivencia elemental.

—No lo estoy. Supuse que podía suceder algo así. La señora Montoya tenía muchas agallas. Y no debía resultarle atractiva la idea de pasar el resto de su vida como huésped en una de la cárceles de la República Popular China.

—Usted la alertó —una afirmación acusadora, no una pregunta.

—No exactamente. Ella adivinó que le estaba pisando los talones. Era extraordinariamente perceptiva, muy inteligente. Presumo que habrá dejado una confesión.

La tacita vibró en las manos de Hang Zhao. Fin de la contención. Pocos segundos después el encantador juego completo de té para muñecas se hacía añicos en el suelo. Una pena, la porcelana era fina como el papel, una exquisitez.

—¡Naturalmente que ha dejado una confesión! —vociferó—. ¡Escrita en inglés, en español, en chino! ¡Y no hay quien se la crea!

Permaneció serena. Sangre de horchata, sangre de reptil, sangre *on the rocks*. Había llegado el momento crucial. Desviar la atención, movimiento final de la jugada. *Alea jacta est*.

—Entiendo que esté disgustado. Sin embargo, y visto desde una

distancia prudencial, lo sucedido resulta muy oportuno. Piénselo. Nos ahorra muchos problemas. Aquí existe la pena capital, el Gobierno español se habría visto obligado a pedir el traslado de la señora Montoya a una cárcel española. Ustedes se hubieran negado, en España la ciudadanía y la prensa hubieran desenterrado el hacha de guerra, habría habido toda clase de presiones diplomáticas. El suicidio y confesión de Berta Montoya es lo mejor que nos podía haber pasado. A ustedes y a nosotros. Y no me cabe la menor duda de que el Gobierno español compartirá mi punto de vista.

Si Hang Zhao asumía que actuaba como agente de Inteligencia, favoreciendo los intereses de su Gobierno y tratando de evitar una colisión con la diplomacia china, entonces la partida estaba ganada. Prevalecería el pragmatismo sobre la furia. Trató de adivinarle entre las sombras. No le veía los ojos, pero acechaba los movimientos de sus manos. Las uñas bien manicuradas, los dedos largos y finos, tamborileaban sobre la superficie de la mesa.

Era narcisista, era arrogante, la idea de haber perdido una presa le sublevaba. Pero de cara a sus superiores quizá pudiera darle la vuelta al asunto, venderlo como un éxito personal. La muerte y autoinculpación de Berta Montoya cerraban el asunto con la debida asepsia. También les ahorraría un dolor de cabeza añadido, tener que «suicidar» a un extranjero en su celda siempre resultaba espinoso. Porque Berta Montoya estaba destinada a morir prematuramente, sí o sí. Ejecutar a una occidental estaba fuera de cuestión. Y una mujer europea y educada pudriéndose en las cárceles chinas durante años hubiera sido inviable, una fuente de malestar permanente, molesta.

¿Prevalecería el funcionario astuto y profesional, o el niño malcriado y narcisista?

Fue lo primero. Desde el otro lado de la mesa llegó una distensión, inmaterial pero palpable.

—Si no está satisfecho, siempre le queda derivar el crimen a la policía —se lo dijo con la convicción de que la sugerencia no prosperaría. Policía e Inteligencia no siempre iban de la mano, solían competir, desacreditarse mutuamente. Batallitas de pasillo, idénticas en todos los hemisferios. Y ya había detectado cierto conflicto en su anterior conversación con Hang Zhao. Su pronta respuesta confirmó lo atinado de su intuición.

—Pandilla de ineptos. Me pregunto cómo se deshizo del cadáver.

Gilda habló con objetividad gélida.

—Berta Montoya era una de las personalidades más herméticas y

retorcidas con las que me he topado en toda mi carrera. No creo que lleguemos a saberlo nunca.

Hang Zhao movió la luz de tal modo que su rostro fue visible. La miraba sin pestañear, sus ojos lanzaban destellos afilados entre dos rendijas casi achicadas. Lo dejaremos así, parecían decirle, por el bien de todos, pero no crea usted que me ha engañado. Ni por un segundo.

—Así sea. Permitiremos que se lleve el secreto a la tumba. —Hizo una breve pausa—: Este, y seguramente alguno más. Lanzó un suspiro, apenas una mínima brisa. Contempló el destrozo hecho con el juego de té.

—Galopan las nubes y cae la lluvia. Se condensa el rocío y se vuelve escarcha. ¿Le gusta la poesía?

—Poco. Me falta paciencia.

Fue entonces cuando Gilda escuchó la risa, queda y cascabelera. Procedía de un lugar impreciso situado detrás de ella. Giró la cabeza, no había nadie. Nada más que sombras amontonadas en la esquina.

Pekín, 12 de octubre (día de la Hispanidad)

Visto desde el prisma adecuado, la polución tiene sus partes positivas. Por ejemplo, es igualitaria. Apurando el razonamiento, podríamos decir que es el único fenómeno democrático que se da, día sí y otro también, en la República Popular China. No se somete a consideraciones de clase e incordia a todos por igual. Nativos y expatriados, reyes y plebeyos, diplomáticos, agentes de Inteligencia y secretarias marujas. Ni el mismísimo Xi Jinping se libra.

Sirva la pequeña digresión para adelantar que el día de la Hispanidad amaneció tan contaminado como el día anterior. La meteorología se había mostrado incommovible y había rechazado toda apelación a la sensatez. No había bufado una bocanada de oxígeno. La mitad de China estaba paralizada, autoridades y ejército en estado de alerta máxima. Por lo que pudiera pasar.

Pero no pasó nada. La ciudadanía, habituada a toda clase de cataclismos e incomodidades, siguió haciendo la suya y, en general, nadie movió una pestaña. Es lo que tienen las regiones ignotas del planeta que han vivido siempre fuera de la zona de confort. Sus habitantes son poco proclives a los aspavientos.

A primera hora de la mañana, el sempiterno becario del ICO, Julián Zurbano, recibió un wechat de su consulado. Debido a la imprevista situación de crisis provocada por los altos niveles de contaminación, la embajada se había visto obligada a restringir el número de invitados a la recepción de la Hispanidad. Lamentaban las molestias que ello le pudiera ocasionar y esperaban tener el placer de recibirle en otra ocasión, bla bla bla.

El mensaje, un envío masivo, desencadenó una ronda de frenéticas llamadas telefónicas entre los miembros más jóvenes de la colonia española. Hubo dimes, diretes. Y así se enteraron de que los reyes de España asistirían a la celebración, motivo por el cual se había decidido prescindir de ellos, el eslabón débil, menos relevante, en la cadena patriótica. De no haber mediado la pérdida del jamón, de la tortilla de patatas, de la paella y —sobre todo— del vino a gogó, la inesperada visita real hubiera sido considerada como un extra cachondo añadido a la parranda. Sin embargo, y en el estado actual de la cuestión, fue calificada unánimemente de catástrofe sin paliativos. Así nacen y se hacen los republicanos. *Hélas.*

El caso de Gilda Leyva y Julián Zurbano fue una excepción con imprevisto final feliz. Porque más o menos a la misma hora en que él leía su mensaje de cancelación, ella recibía una cartulina personal del propio ministro de Exteriores, con unas palabras de su puño y letra comunicándole que tendría mucho placer en saludarla durante la recepción. También aprovechaba la ocasión para agradecerle, en nombre del Gobierno español, los servicios prestados al país.

Una de las muchas virtudes que adornaban al becario era su buena educación. A las señoras se las escoltaba allá donde fueran, no había más que hablar. Sin embargo, ese día su mentora estrenaba traje nuevo y quedaba descartado hacerla ir de paquete en la moto. Fue a recogerla en taxi.

En las puertas de la embajada se había creado un extraño revuelo. Pese a estar ya abiertas, y pese al smog, los invitados permanecían en el exterior. Se habían apelotonado formando corros, cuchicheaban y gesticulaban de modo furtivo. Definitivamente, una atmósfera cargada de expectación. Quizá estuviera por llegar la pareja real. Pero no, porque los presentes oteaban en dirección opuesta a la embajada. Más en concreto, miraban a la acera de enfrente.

Una pequeña formación de chicas nativas se mantenía de pie y en posición de firmes al otro lado de la calle. Sus rostros semejaban máscaras trágicas, vestían de negro y con sobriedad monjil, ni maquillaje ni joyas ni adornos de ninguna clase. La figura central de este coro no era otra que la *girlfriend* de Adolfo de Blas. Contemplaba el edificio de la embajada española con intensidad, reproche y solemnidad a partes iguales; la clase de expresión que asumiría una víctima injustamente agraviada. En las manos enarbolaba una pancarta en la que acusaba al señor embajador —con nombre y apellidos— de machista y maltratador. Texto escrito en inglés y español, para que no cupiera la menor duda o posibilidad del famoso *lost in translation*. Y por si con eso no bastara, a sus pies había una pila de libros menudos coronados por un rótulo que anunciaba el título —*My life inside the Spanish Embassy*—, adelanto inequívoco de su contenido. Los libelos, de obvia autoría, se distribuían gratis, precisaba también el letrero. Una de las razones, aunque no la única, por la que muchas de las invitadas a la fiesta suspiraban por cruzar la calle. Estaba por ver quién sería la primera, la guapa que osaría aprovechar la ganga.

Para dar más fuerza a su denuncia, la amante afrentada se había rodeado de media docena de amigas solidarias. Cada una de ellas llevaba su propia

pancarta con un eslogan dirigido a las hordas de depredadores occidentales. Había algunos francamente inteligentes. «Me niego a ser exótica para satisfacer tu ego machista», rezaba uno, por ejemplo. «Stop al colonialismo sexual» resultaba un poco demagógico y excesivo. Pero el que proclamaba «No soy un clínex de usar y tirar», también daba bastante en el clavo.

La *girlfriend* de su excelencia la había liado parda, ya lo había vaticinado Julián, que ahora miraba a las muchachas a través de la ventanilla del taxi. A duras penas podía contener la risa. Y es que las conocía a todas, las había visto patrullar por bares y fiestas, con nocturnidad y alevosía. Pintadas, sofisticadas, sexis y más que disponibles. Eran las famosas cazadoras de occidentales. De víctimas, nanay.

Y en el entretanto una de las convidadas se decidió a visitar la acera de enfrente para hacerse con uno de los panfletos. Hizo el trayecto a toda prisa, con la cabeza gacha, ocultando el rostro. Fue un visto y no visto, una leve carrera de puntillas. Pero la siguieron bastante más, se había abierto la veda. Ni un solo varón emuló el gesto, *wonder why*.

Julián salió del taxi y sostuvo la portezuela a su acompañante. La cortesía sirvió para que una perfecta desconocida se colara limpiamente en el interior del vehículo. Entró con tanta precipitación que arrolló a Gilda, casi se le sentó encima.

—*To the Hotel Kempinski* —le soltó al conductor sin respirar.

La mujer vestía de tiros largos y cargaba con un neceser. Aun en el estado en que se encontraba —llevaba el rimmel corrido y el maquillaje desbaratado— resultaba fácil adivinar su identidad. *Madame l'Ambassadrice* huía. Más que una escapada, lo suyo era un estampida.

No todos los hombres son capaces de interpretar el significado profundo de un rimmel corrido, y además el taxista no hablaba inglés, así de simple. Se quedó impávido.

La señora embajadora repitió las instrucciones en voz más alta y ya quebrada por el primer sollozo. Ni por esas impresionó al taxista.

—¿Podemos ayudarla en algo? —dijo Gilda. Pregunta pertinente, el cuerpo de la intrusa le impedía salir del taxi. Parecían hallarse en un *impasse*.

La dama desdichada la miró con ojos vacuos. Ni siquiera se había dado cuenta de que el asiento trasero del coche aún estaba ocupado.

—¿Habla usted chino?, que alguien se lo diga en chino —exclamó, casi gritó, entre hipidos húmedos. Estaba al borde de un colapso nervioso.

Intervino entonces Julián, habló con el chófer y la embajadora se calmó

transitoriamente. Gilda se apeó, el coche se alejó del escenario del crimen. Estupendo psicodrama. Todo un clásico, tan solo faltó que su excelencia corriera tras el taxi, suplicando con el aliento entrecortado.

Vuelve, vuelve —diría—, tú eres la única mujer de mi vida —aseguraría—, solo ha sido sexo —juraría—, nada más que sexo, etcétera. No lo hizo, *peccato*.

Que las chicas tuvieran o no razón carecía de importancia, el coro enlutado semejaba la casa de Bernarda Alba en versión china y, la verdad, causaba muy mal efecto. Desde luego, en el interior del recinto habían llegado a la misma conclusión porque salieron tres funcionarios que conminaron a los invitados a entrar sin premura. Ninguno estaba de humor propicio para celebraciones. Los dos primeros empujaron al rebaño de huéspedes reticentes hacia dentro, mientras que el tercero se quedó en la calle pegado a un móvil. Tenía el rostro congestionado y se desgañitaba —en chino— con vehemencia. De vez en cuando hacía pequeños apartes consigo mismo, desahogos articulados en español llano.

—¿Que no se puede hacer nada? ¿Que ejercen su derecho a la libertad de expresión? Habrase visto. Menuda frescura, veniros ahora con lecciones de democracia...

La sustancia del conflicto era que la policía se negaba a retirar a las mujeres con sus pancartas y panfletos. Argüían que para ello necesitaban órdenes directas de algún mandamás de Interior. Y en aquel preciso momento, casualidad de casualidades, no había ninguno disponible. Está de más decir que los centinelas de la puerta —miembros de la guardia roja plantados, día y noche, frente a todas las embajadas— se comportaron como convidados de piedra. Impertérritos cual esfinges.

Antes de apelar a las autoridades del país anfitrión, determinación siempre arriesgada, la embajada había intentado por todos los medios dialogar con las manifestantes. A primera hora se había enviado un comité de buena voluntad al otro lado de la calle. Estaba compuesto por dos funcionarios españoles reputados por su carácter afable, y por Amparo, la secretaria personal del ministro de Exteriores, que se había ofrecido voluntaria y espontánea de última hora. Ella era mujer —como las manifestantes— y tenía mucha mano izquierda, argumentó de manera persuasiva. Y aun así la estrategia fracasó. Aquellas gorgonas los habían recibido a todos con cajas destempladas y se habían negado en redondo a irse. Para colmo, la instigadora principal del motín había exigido que saliera el propio embajador a parlamentar. Y cuando

este, en un movimiento cuasi suicida, se plegó a sus deseos y fue a reunirse con ella, se le colgó del cuello y se puso a llorar como una Magdalena, con lo cual proveyó a la prensa —ya hacía un rato que había cámaras y reporteros, ¿quién los había llamado?— con material gráfico de primera. La representación continuó luego con la desbandada de la señora embajadora. Y menuda representación, quienes estaban cerca de la puerta juraban que la mujer habría gritado algo así como «te voy a dejar en pelotas», antes de partir como un rayo, con solo el cepillo de dientes en la mano, es un decir. Y estas turbulencias del exterior no fueron más que entremeses, porque la neurosis y tensión que se respiraban dentro de la embajada hubieran necesitado, como mínimo, un equipo de exorcistas curtidos en mil batallas del espíritu. No había quien neutralizara tanto mal rollo junto.

En síntesis, fue una celebración enormemente entretenida. Y en el futuro, los afortunados expatriados a los que no se les retiró la invitación la recordarían como una de las más divertidas de toda la historia de la colonia española en Pekín.

En los salones de la embajada el tema de conversación mayoritario era el que era, y es que no podía ser de otra manera. Raras veces se había puesto un chisme tan goloso a disposición de tanta gente. Y con sus protagonistas de cuerpo presente.

Nadie ignoraba que Adolfo de Blas era un chulo pendón y calavera, y además indiscreto. En consecuencia, su desgracia inspiraba muy poca, si no ninguna, compasión, al menos entre los miembros del género femenino. Némesis le había pillado, proclamaban las mujeres, y a buenas horas. Los señores, empero, callaban, algo abochornados aunque tirando a más comprensivos. Cuántos políticos y hombres de estado derribados del pedestal por una bragueta floja, abierta a destiempo, se decía más de uno. Desde el despacho Oval, pasando por las entrañas del Fondo Monetario Internacional, los pasillos de la Cámara de los Lores y un largo etcétera. Si los grandes de este mundo no hacían alarde de fortaleza, ¿por qué iban a hacerla ellos, los simples ciudadanos de a pie? En definitiva, ninguno estaba dispuesto a tirar la primera piedra, dejaron el linchamiento en manos de sus señoras.

Además de andar muy distraídos, los invitados campaban a sus anchas. El conflicto había derribado todo protocolo. Nadie recibía a los huéspedes en la puerta, nadie vigilaba el acceso a las zonas privadas de la casa. Quien debería haber sido anfitrión de la fiesta se había resguardado en un rincón oscuro con un vaso enorme de coñac. Y aún estaba de suerte, le quedaban amigos. Manolo

Pinilla, ministro de Exteriores, no se había apartado de su lado desde que estalló la crisis. De vez en cuando le susurraba palabras de ánimo y le daba golpecitos alentadores en el hombro. Si hemos de ser sinceros, la solidaridad de Pinilla era más fruto del terror que de la generosidad. Al ministro no le cabía la camisa en el cuerpo. Chao Xing, su fugaz Estrella Matutina, era una de las penitentes de allá fuera, más en concreto, la que enarbolaba la pancarta «no soy un clínex de usar y tirar». La desvergüenza de la muchacha no tenía límite. Seguro, pero tener razón no le proporcionaba ningún consuelo. Pensaba en aquella fotografía de él en pelotas con el mástil enarbolado, y se le ponían los pelos de punta.

Amparo, poco dada a complicarse la vida, había descubierto en cuestión de horas lo que muchos expatriados de China tardan meses en descubrir. A saber, que lo mejor del país eran el callejeo y el marujeo, a poder ser combinados. Lo suyo sí había sido integración instantánea. Nada más llegar asumió de qué iba la cosa. A China se iba a comprar y a vender, y como en su caso no había nada que vender, de lo que se trataba era de comprar. En cuarenta y ocho horas, con la inestimable asesoría de su amiga del consulado, se había pateado todos los grandes mercados, con y sin techo, de la ciudad. Una llamada de la selva tan imperativa que le hizo olvidar por completo el yin, el yang y las visitas previstas a los templos de la espiritualidad. No le dolían prendas en admitirlo. La ruta directa hacia el karma no pasaba por contemplaciones intangibles sino por la concreción de las gangas y el regateo. En resumen, si de lo que se trataba era de conseguir paz y armonía, nada como comprar barato. Relajaba un montón.

Llevaba un rato admirando el traje de aquella señora del pelo granate. Qué atrevido, qué original. Parecía simpática, se animó a hablarle.

—Es precioso. ¿Dónde lo ha comprado?

El abordaje halagó a Gilda. Raras veces encontraba almas gemelas en materia de gustos, así que no tuvo ningún inconveniente en darle el precio, contarle la visita al sastre y pasarle la dirección.

—Me encantaría hacerme uno. ¿Cuántos días le tardaron?

—Tres.

—Si seguimos así —Amparo señaló vagamente al exterior con jovialidad— me dará tiempo. Igual hasta me hago dos, por ese precio. Creo que voy a ir ahora mismo, con lo baratos que son los taxis aquí, ¿verdad? Tanto gusto en conocerla, me ha agradado mucho charlar con usted.

Se alejó a toda prisa, veía acercarse a su jefe y prefería evitarlo. No había

pegado sello desde su llegada a Pekín y se sentía culpable. Ni se le hubiera pasado por la cabeza pensar que su transitoria renuncia al puesto de trabajo había sido gloria bendita para el ministro. Chistes y retruécanos de la vida. Solo los malentendidos hacen tolerable la convivencia.

Manolo Pinilla se había hecho repetir dos veces que la mujer del vestido espantoso con irisaciones chillonas y el pelo ídem era la colaboradora del CNI. Con aquellas pintas, costaba creerlo. En fin, vivían tiempos confusos.

Llegó a su lado. Se presentó, tomó su mano entre las suyas y se la estrujó con dramatismo.

—No tengo palabras para expresarle mi gratitud.

—Por favor. Faltaría más.

Al ministro le brillaban peligrosamente los ojos. Había bebido lo suyo y dormido muy poco, tenía los nervios a flor de piel.

—Un drama, lo de los Montoya. Cuando pienso en la hija, huérfana de padre y madre...

El teléfono móvil vibró en el bolsillo de su americana e interrumpió cualquier posterior ejercicio de conmiseración. Los reyes ya habían abandonado su hotel, tenía que ir a la puerta para recibirlos. Se despidió de Gilda a toda prisa.

De camino, mientras sorteaba invitados, padeció uno de esos cambios repentinos de humor tan propios de los momentos de inestabilidad emocional. En realidad, decidió, la aventura china había sido un éxito. Se habían firmado acuerdos que beneficiarían enormemente las relaciones bilaterales de ambos países. Y los de la delegación española se habían portado como unos jabatos. Recordó un cónclave similar, acontecido unos años antes, en el que una delegación británica encabezada por Peter Mandelsson había permanecido encerrada quince horas seguidas con el equipo chino. También entonces sus oponentes les sobrepasaban en número, y asimismo les tuvieron a pan y agua. Pero solo quince horas, una bicoca. Los españoles las habían doblado sin problemas, menuda resistencia, habían pulverizado el récord.

Y en cuanto a su aventura... de nuevo rememoró la fotografía. Un espanto, pero lo más probable es que jamás la utilizaran. De nada les serviría hacerla pública, ¿para qué? En pocos años se retiraba, él no pintaba nada. Y luego, caramba. Siempre le quedaría la memoria de aquel polvazo. En justicia, habían sido dos, cosas de la Viagra. Y a juzgar por su esplendor en la foto bien hubieran podido ser hasta tres. La idea le provocó un subidón, que la chica fuera una moneda falsa no alteraba el hecho esencial: él había cumplido con

largueza.

Salió a la calle en busca de los reyes con paso ligero. Que le quitaran lo bailado.

La directora del CNI se consumía de rabia. Tal era su cólera que ni Peláez Vidal, con todos sus galones, osaba dirigirle la palabra. Carmen Satrústegui era una patriota genuina y el lamentable esperpento ofrecido por el embajador de su país la había puesto fuera de sí. Se sentía ultrajada en varios frentes, priorizando el profesional. Inteligencia de Madrid debería haber tenido noticia del comportamiento incorrecto del embajador. Caerían cabezas, desde luego, y el primer golpe de guillotina sería para su terminal en Pekín. Le responsabilizaba del desaguisado. Si José Panagua, agregado militar de la embajada, hubiera hecho bien su trabajo, habrían encontrado la manera de desactivar el bombazo y ahorrarle al país semejante bochorno. Al parecer, y por lo que iba oyendo por los corros de chismosos, todo el mundo sabía del lío del embajador. Menos ellos, era intolerable. Pero ahora mismo los reyes estaban al caer, tenía las manos atadas. Al mal tiempo buena cara, simulación y a encajar el mal trago.

Y en esos violentos retortijones sanguíneos andaba cuando avistó a Gilda Leyva. La visión de su colaboradora más conflictiva fue higiénica, pues la distrajo y canalizó su enfado hacia otras direcciones. ¿Dónde iba con esa ropa?, y con la falda por encima de la rodilla a su edad. Otra que tal, tampoco ella sabía dominar sus instintos más bajos, follando con tíos jóvenes. Habrase visto.

No obstante, y pese a la nula simpatía que le inspiraba su agente, Carmen Satrústegui tenía cierto sentido de la justicia. Esta vez Leyva los había sacado de apuros. Es más, había logrado lo imposible, caer bien a aquel loco peligroso, su colega de Inteligencia China. Y Hang Zhao no ahorra cumplidos a la hora de hablar de ella. Tienen suerte de contarla entre los suyos, dijo. ¿Suerte? Pensó en la que les había armado en Atenas y se le encendió la sangre. En fin, la venganza era un plato que se servía frío. Algún día ajustaría cuentas con ella, algún día... Mas no sería hoy. Preparó la mejor de sus sonrisas y anduvo la distancia que la separaba de ella.

Gilda los vio llegar a los dos —Peláez Vidal iba pegado a sus faldas— con resignación fatalista. Había tratado de eludirlos. Los salones estaban llenos, quizá si hubiera vestido un traje menos llamativo lo hubiera conseguido. Pero con aquellas irisaciones relucientes y las plumas de pavo real, el objetivo de la invisibilidad se presentaba imposible. Agarró del brazo

a Julián para que no la abandonara, en compañía el trago se pasaría mejor.

El becario llevaba unas cuantas copas de más y se enfrentó a la plana mayor del CNI con un desparpajo notable. Todo fue bien hasta que al coronel Peláez Vidal se le ocurrió comentar que era amigo de su padre y, por cierto, padre e hijo se parecían como dos gotas de agua. Mal asunto. Julián empezó a alumbrarse como un farolillo rojo y miró al militar con tan manifiesta hostilidad que Gilda se vio obligada a darle un pisotón, por miedo a que largara alguna inconveniencia fatal.

La oportuna entrada de los reyes interrumpió un intercambio social que empezaba a resultar peligroso para todos.

Un murmullo de expectación recorrió los salones de la embajada. ¡Ya habían entrado! ¡Los reyes! ¡Ya estaban dentro! La noticia pasó de boca en boca. Hubo apretujones, remolinos que se hacían y deshacían. Para entonces había corrido mucho vino, se habían soltado las lenguas y la desinhibición alcanzaba casi a todos. De hecho, los únicos enteramente sobrios de los salones eran don Felipe, doña Letizia y Carmen Satrústegui, abstemia y practicante de cuaresmas fuera de temporada. La anécdota carecía de relevancia, porque de todos modos los monarcas pasaron por alto el excesivo jolgorio general y desplegaron encanto y amabilidad a destajo. Saludaron a los asistentes, se hartaron a estrechar manos, tuvieron palabras gentiles y sonrisas para toda la concurrencia. Actuaban con perfecta naturalidad, como si afuera no hubiera una polución capaz de liquidarse a poblaciones enteras. Y, desde luego, obviando la pequeña manifestación de amantes vejadas instalada en la acera de enfrente. Eran grandes profesionales, hacían su trabajo a la perfección. Consistía, precisamente, en ser mayestáticos.

Hacía un rato que Gilda había perdido de vista a Julián. Estaba sola, se dejaba mecer por el ir y venir general. No vio llegar a Hang Zhao.

—Señora Leyva, ¿cómo está?

Intercambiaron cuatro cortesías irrelevantes. Se habían reencontrado en un evento social, y se atuvieron a ello. Gilda le preguntó dónde había aprendido el español.

—Trabajé en la embajada de Madrid diez años. Hice varios cursos de verano en la universidad.

—¿Salamanca?

—¿Cómo lo sabe?

—Intuición. Y porque su español es perfecto, de la Castilla más hidalga.

Permanecieron juntos y en silencio un rato. A su alrededor, los invitados circulaban de un lado para otro, había carcajadas, mucha animación. Los reyes ya se habían retirado, la fiesta continuaba sin restricciones. Lo acontecido en el exterior no había empañado la alegría de los presentes, más bien al contrario, fue un evento fortificante que salpimentó el día y de alguna manera liberó de corsés a los presentes. Si el embajador era un juerguista, también ellos podían divertirse un rato. Es lo que sucede cuando caen los mitos sobre las instituciones sacrosantas. Perdido el respeto, viva la Virgen. Nadie soñaba en volver a casa, no en tanto hubiera vino y comida. Y teniendo en cuenta que la celebración estaba sponsorizada por los Botín y el Banco Santander, forrados ambos, la cosa podía ir para largo.

—Ustedes, los españoles, organizan fiestas estupendas —dijo Hang Zhao con un deje nostálgico.

—Supongo que hay algo cultural, tradiciones arraigadas. No obstante, me temo que el secreto del éxito es ofrecer comida y bebida gratis.

—No solo. Admiro la manera en que saben divertirse.

—Ah, sí. En general, sí. Aunque hoy hay quien no lo está pasando tan bien.

Las miradas de Gilda y Hang Zhao confluyeron en el mismo punto. Tras la partida de los monarcas, Adolfo de Blas se había refugiado de nuevo en un rincón. Medio oculto entre cortinajes, se lamía las heridas, vaso de whisky en mano.

Hang Zhao carraspeó ligeramente.

—Tengo entendido que pronto habrá un relevo de embajador. —Su expresión era inescrutable. Gilda no consiguió frenar una sonrisa, le brotó espontánea, irreprimible. La jugada había sido tan al estilo de su colega chino, llevaba la impronta de su humor malicioso, algo sádico.

—La escritora de afuera es de las suyas, ¿eh?

—Agente eficaz. Pero no hay que restar mérito a sus amigas. Estoy orgulloso de mi equipo.

De nuevo se hizo el silencio. En su esquina, el embajador apuró su copa de un trago. Hang Zhao sacudió levemente la cabeza, chasqueó una sola vez la lengua.

—El Gobierno de la República Popular China está convencido de que el próximo embajador será un digno representante de ese gran país amigo que es España.

—Oh, sí. Seguro.

Casi le oyó ronronear, parecía un gato que se relamiera los bigotes. Qué tipo.

Se fue sin despedirse de nadie, un mutis subrepticio en medio de la fiesta. Poco antes de salir buscó a Julián con la mirada. Estaba cerca de la mesa de bebidas, agradablemente acorralado por una chica muy bonita y de aspecto vivaracho. Más tarde le llamaría por teléfono, no le gustaban las despedidas. No deseaba escuchar declaraciones de afecto ni quería recibir abrazos cargados de significado. Sencillamente, le hubieran resultado intolerables. Cosas de ella, sus flaquezas. No podría resistir una despedida al uso.

Lo que necesitaba era tocar tierra. Algo real, concreto. Pensó en acercarse al Casablanca para beber en serio, lo tenía a cinco minutos andando. Pero allí se hablaría de los Montoya, del crimen de Berta, de su muerte. Tampoco podría resistirlo.

Decidió caminar y quemar un poco de alcohol. Le dolían los pies. Nunca en la vida había andado tanto como aquellos días en Pekín. Ignoraba el porqué; los taxis tenían precios irrisorios. Sin embargo, algo impelía a patearse la ciudad a pie y no en coche. El callejeo, la observación de la gente y sus mareas, un espectáculo inigualable. En un par de días se habría acabado.

Estaba por ver si volaría mañana. En cualquier caso, lo haría en cuanto aclarara, la polución no iba a ser eterna. Llegando a España le quedaba una última gestión, la definitiva. En lo que a ella respectaba, la Operación Peonía no finalizaría hasta que hablara con Diana Montoya.

—¿No sería mejor dejar las cosas tal y como están?

La presencia de Berta no la sobresaltó. Había escuchado su inconfundible risa un día antes, en el despacho de Hang Zhao. Sabía que volvería de nuevo. De hecho, la había estado esperando. Con ansia.

Caminaba a su lado, el paso acompasado con el suyo. Vestía una de sus túnicas mao de color azul claro y pantalones ligeros de algodón blanco, calzaba zapatillas de lona. Era la de siempre, serena, firme, cálida. Gilda la encontró más bella que nunca. Como si su desaparición del mundo físico hubiera acentuado ciertos rasgos preciosos, antes escondidos, demasiado sutiles para ser expuestos a la luz de la vida. Nada más sencillo que recrearlos ahora, dado que Berta era una proyección de su mente. Ninguna novedad. Ya le había sucedido en el pasado, breves brotes de esquizofrenia en tiempos de insomnio y tensión extremos. Convivía con ellos, casi había llegado a considerarlos un privilegio doloroso. Aprendía de su dialéctica, existía cierta sabiduría profunda en diálogos a dos voces que, aun siendo las mismas,

diferían. Eso, por no hablar de las compensaciones afectivas, prolongar la compañía de quienes amamos, casi nada.

—Piénsalo bien —insistió ella.

—No pretendas engañarme. ¿Para qué, si no, me diste el ordenador de Max? Quédatelo, me dijiste. Querías que se lo entregara a tu hija, que rehabilitara tu memoria.

—Ahora dudo. Me va a odiar.

—¿Más aún? Cree que has matado a su padre por razones de poco peso. Quizá, después de saber la verdad, te aprecie más.

—Es cabezota. No le gustará que la confrontes con la verdad.

—Si Diana quiere vilipendiar la memoria de alguien, que no sea la tuya. O, al menos, no solo la tuya. Yo me conformaría con que odiara a sus dos progenitores. Eso resultaría más equilibrado, más sano para ella.

—No embrolles la discusión. Haces sarcasmos para la galería.

—Sirven para defendernos de la estupidez, de la crueldad. Mira, la gente tiene hijos idiotas, no es obligatorio quererlos.

La última frase fue en exceso descarnada, Berta la abandonó. Gilda se quedó con la palabra en la boca, una señora de mediana edad hablando sola por la calle.

Aterrizó en la realidad para toparse con la mirada atónita de una niña china. Tendría unos cuatro o cinco años, iba de la mano de sus dos abuelos y la escrutaba con gravedad cómica. Le guiñó un ojo, tentación irresistible, ignoraba qué podía significar el gesto en China. La niña permaneció inmutable pero los abuelos se deshicieron en sonrisas, ellos sí concedían valor a la simpatía de una extranjera.

Pensó en China, había algo, en aquel país, que enganchara fuerte. Sus habitantes eran fascinantes, mezcla de inocencia y astucia comercial. Los echaría de menos. Añoraría los desayunos alocados, el somatén de veterinarios. Y la visión de aquellas masas llenas de vida e ilusiones (mercantiles). Siempre *on motion*. Avanzaban sin cesar, habían acelerado la marcha y eran imparables. Había llegado el momento de cederles el paso, el mundo que venía era asiático.

Un puñado de arena le golpeó con virulencia el rostro, dolía. Escuchó un aullido feroz, como si todos los lobos de la estepa hubieran descendido a la ciudad y estuvieran merodeando entre los rascacielos aerodinámicos. Pero el viento no traía manadas lobunas sino arena, arena roja. El aire se llenó de partículas minúsculas, átomos de sangre brillante.

Fue una transformación relámpago. Un segundo antes el aire de la ciudad estaba suspendido, inmóvil, y un segundo después fue torbellino, agitación huracanada.

Alrededor de Gilda voló el mundo. Objetos variopintos surcaban el aire: hojas, plásticos, ramitas de árboles, el jersey azul de un niño. Las copas de las moreras cimbreaban y temblaban sin control; las lianas de los sauces levitaron y ya arriba, en las alturas, se enredaron como serpientes en combate.

El feroz ataque venía del norte, de los desiertos del Gobi. Regresaba el viento de Mongolia, y venía cargado de arena, igual que aquel día, el día de la muerte de Max Montoya.

Como un mazazo, la agente Leyva tuvo una última revelación. Esta era la contraseña. Cada vez que soplaba el viento cargado de arenas del Gobi se accionaba el dispositivo. Podía suceder tres veces al año, había dicho Julián, ninguna, o dos veces en un mes. Cada tormenta de arena, un homicidio y una liberación.

Por entre el ulular de la borrasca volvió a escuchar un murmullo quedo, la risa de Berta. Había regresado a su lado, la miraba con una insolencia afectuosa, cómplice. Y su sonrisa corroboraba la hipótesis. Desechó ponerse a debatir con ella, la situación era de emergencia. Alguien más moriría de un momento a otro.

Sacó el teléfono del bolso, una vez lo tuvo en las manos no supo muy bien qué hacer. ¿Llamar a Hang Zhao?, ¿contarle sus teorías sobre conspiraciones y sociedades secretas femeninas?

La sonrisa de Berta se acentuó, levantó el dedo índice y se lo llevo a los labios. Silencio, decía, silencio.

Al diablo con todo. Berta tenía razón. Sus simpatías estaban con las víctimas, no con los verdugos. Y si alguna noche su conciencia se ponía demasiado puntillosa, siempre le quedaba apelar al argumento de la defensa propia.

Su misión había concluido, lo que sucediera a partir de ahora no le concernía.

Se protegió los ojos con las manos y levantó los ojos hacia el cielo. La arena y el viento estaban barriendo la polución, tras la cortina roja divisó un retazo de cielo azul. Cuando bajó la vista Berta ya no estaba a su lado. Pensó en Vassilis, su corazón empezaba a padecer un *overbooking* de amores perdidos.

—No me olvides. —Oyó su voz a lo lejos.

La buscó por entre las ráfagas de polvo, arena y viento. Se alejaba de ella, apenas si la adivinó. Era tan solo una silueta disolviéndose en la distancia.

—No te olvidaré.

En pocas horas se abriría el aeropuerto. Home. Tenía que ir a preparar las maletas. Levantó la mano y detuvo a un taxi.

永恒的爱

En Pekín-Shangháí-Prévessin Moëns-Kάτω Πίγκλια

Primavera de 2018